LOS HECHOS POLITICOS DEL SIGLO XX



Artículos	Páginas

La batalla de Stalingrado

Gerard Preminger,
historiador

Stalingrado, noviembre de 1942. En los barrios periféricos de la ciudad, ocupados por los nazis, comienza la batalla calle por calle. Kruschev y Yeremenko arengaban a los rusos: «Pasando sobre montañas de sus propios cadáveres, los soldados y oficiales de las brutales hordas hitlerianas intentan alcanzar Stalingrado y el Volga. Nuestro Partido Bolchevique, nuestro pueblo, nuestra gran patria nos han encargado impedírselo. La defensa de Stalingrado es vital.»

Las emisoras de radio nazis dicen la verdad por primera vez el 12 de enero de 1943. Suenan las cuatro primeras notas de la *5.ª Sinfonía* de Beethoven, las cuatro trágicas notas de «la llamada del Destino». Luego, la voz afligida del locutor anuncia la —para los alemanes— increíble noticia: los ejércitos del general Von Paulus han sido rodeados en Stalingrado. Pero, por entonces, en el frente ruso se estaba hablando ya de rendición. Una «bolsa» de varios centenares de miles de soldados alemanes, en pleno invierno ruso, sin alimentos y sin armamento suficiente, han pasado de ser asediantes a asediados.

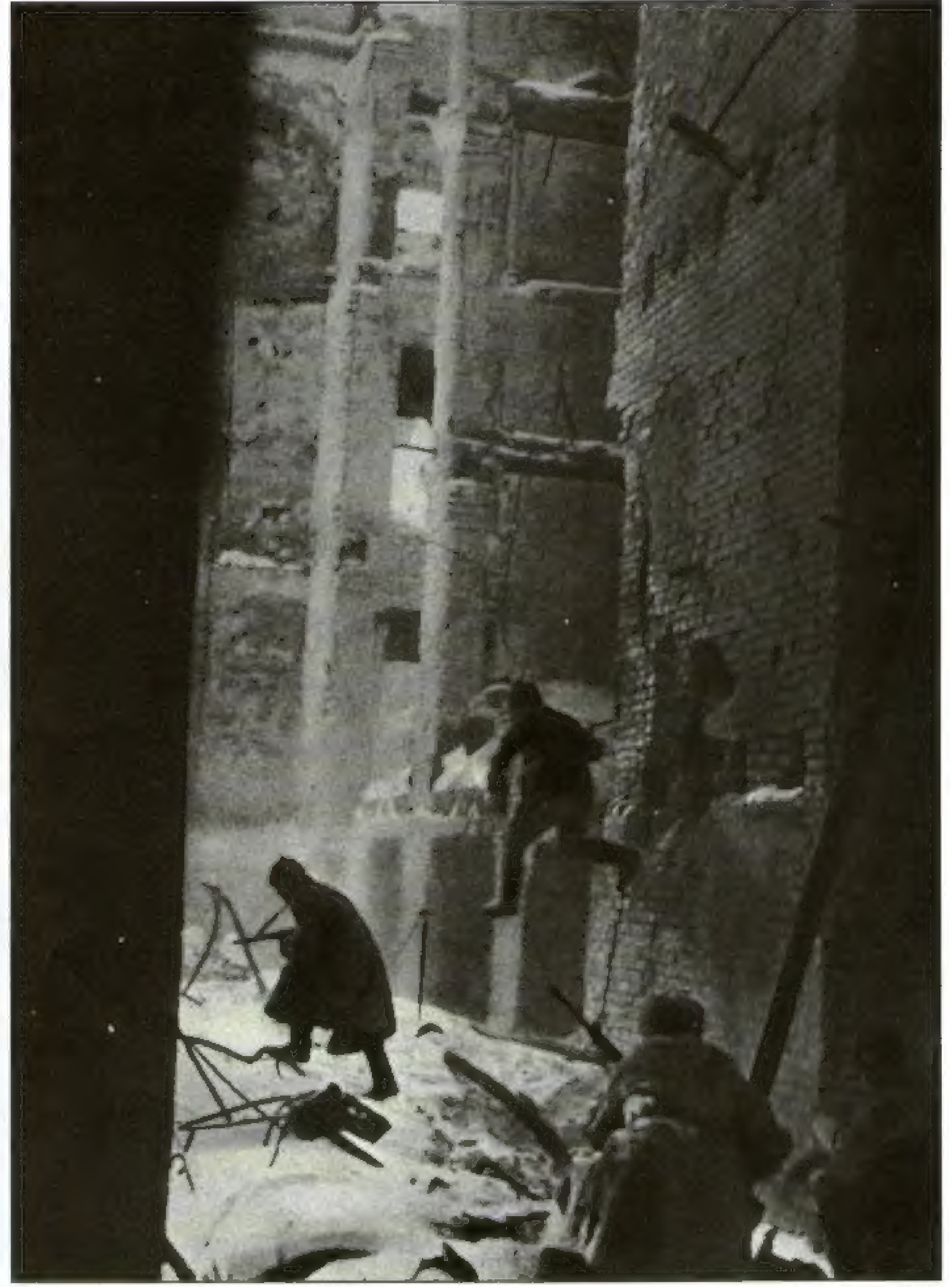


Novosti

La batalla de Stalingrado

1942
Enero-abril: *estabilización del frente oriental alemán.*
Mayo: *son conquistadas Kertsch y Crimea. Batalla de Jarkov.*
Julio: *cae Sebastopol. Se toma la parte oeste de Stalingrado.*
Agosto: *Stalingrado asediada por las fuerzas alemanas al mando de Von Paulus. Los soviéticos presentan una tenaz resistencia al intento alemán de conquistar la ciudad.*
Septiembre: *los alemanes penetran en los arrabales de Stalingrado; se combate casa por casa.*
Octubre: *encarnizada lucha en torno a las fábricas «Octubre Rojo» y «Barricadas». Los alemanes, expuestos al continuo fuego de la artillería soviética, sufren graves pérdidas, que no pueden reemplazar por dificultades de abastecimiento. Von Paulus propone retirarse, pero Hitler le ordena resistir.*
Noviembre: *contraofensiva soviética. Las tropas alemanas son cercadas.*
Diciembre: *continúa la ofensiva soviética. Intento de Von Manstein de levantar el cerco desde el exterior: fracaso.*

1943
Enero: *los alemanes reciben propuestas de rendición, que no aceptan. Empieza la liquidación de la bolsa alemana. A fines de mes, dicha bolsa es dividida en un frente norte y un frente sur. La del sur, capitaneada por Von Paulus, capitula.*
Febrero: *capitula el frente norte.*


Ullstein

«Al principio, Stalingrado sólo era para nosotros un nombre en el mapa», había afirmado el mariscal alemán Ewald von Kleist al finalizar la guerra. Lo que no podían intuir los soldados alemanes era la derrota y el horror con que se saldaría la batalla decisiva de la campaña de Rusia.

Rendición a -40° C

El día de la rendición, el 31 de enero de 1943, amaneció con un cielo sereno y un ambiente glacial: el termómetro marcaba 40° C bajo cero. Friedrich von Paulus, comandante del VI Ejército alemán rodeado por los soviéticos en Stalingrado, yacía sobre una colchoneta junto a los oficiales de su Estado Mayor. A través de las bocanadas de humo del cigarrillo aparecía su rostro de barba crecida que le daba un aspecto de derrota, mientras la radio probablemente emitía el concierto para piano y orquesta K. 467 de Mozart.

Von Paulus admiraba a este austríaco genial, del mismo modo que unos meses atrás había admirado a otro célebre austríaco: Adolf Hitler. Pero en esos momentos, cuando faltaban pocos minutos para que el joven oficial soviético Elcenko penetrase en su refugio y se hiciese inevitable la rendición, su fe en el Führer se había desvanecido. La inflexible postura de Hitler de no tolerar la rendición había llevado a decenas de miles de soldados alemanes a la muerte. Y Von Paulus y sus oficiales no se sentían responsables de las atrocidades cometidas.

La campaña de Rusia

Ya en el verano de 1941, el ejército del Tercer Reich había penetrado en la Rusia europea y se había encontrado con que una parte de la población colaboraba, bien porque creía que la victoria del ejército invasor era un hecho, bien por la necesidad de alimentar a los más allegados, o en definitiva porque había conocido el mal trato bajo el régimen de Stalin. No obstante, el Partido Comunista de la Unión Soviética llevó a cabo una activa propaganda haciendo públicos los desmanes nazis y alentando el patriotismo, con lo que la resistencia de los rusos se endureció y Stalin logró que la población se agrupara en torno suyo.

Hitler estaba convencido de que la campaña de Rusia iba a ser casi un paseo, pero el plan de los alemanes de 1941, con su ofensiva a lo largo del frente, no había acabado ni con el Ejército Rojo ni con Stalin. El fracaso de la guerra relámpago comprometía a Alemania a una guerra prolongada



Keystone



Ullstein



Keystone

La batalla de Stalingrado fue de un encarnizamiento excepcional. Las tropas soviéticas defendieron la ciudad calle por calle, casa por casa, contra los nazis.

Las destrucciones provocadas por la aviación alemana facilitaron, paradójicamente, esa resistencia soviética, al dificultar el avance de su propia infantería.

en la que tenía que enfrentarse a tres grandes potencias industriales, entre ellas Estados Unidos, y mantener la lucha en dos frentes.

Por su parte, Stalin temía por los puntales de la gran potencia económica rusa: los yacimientos petrolíferos de Maikop, Grozny y Bakú estaban conectados con los centros de distribución a través de cuatro rutas, tres de las cuales habían llegado a ser controladas por el enemigo. Sólo quedaba la ruta del Volga y, si ésta caía en manos alemanas, la economía soviética se derrumbaría y el Ejército Rojo quedaría paralizado.

El ejército alemán tenía que establecer un flanco defensivo para protegerse de cualquier contraataque soviético, teniendo en cuenta la extensa zona que era necesario cubrir. Y el lugar perfecto para asentar el extremo oriental del flanco defensivo era Stalingrado.

«Eliminar Stalingrado»

El plan de operaciones fue presentado por el general Franz Halder, jefe del Estado Mayor del Cuartel General, y bautizado con la clave «Fall blau» (Ocaso Azul). Hitler aceptó el plan, pero insistió en redactar personalmente la orden), que llevaba fecha de 5 de abril de 1942. El Führer escribía: «Es fundamentalmente necesario unir todas las fuerzas disponibles para realizar la operación principal en el sector sur, con el objetivo de destruir al enemigo al oeste del Don, para posteriormente capturar las regiones petrolíferas del Cáucaso y cruzar su cordillera». Y, más adelante, añadía: «De todos modos, debe intentarse llegar a Stalingrado o, por lo menos, eliminarla de la lista de centros industriales y de comunicación, sometiéndola a la acción de nuestras armas pesadas».

Fuerzas en presencia

El frente ruso recibió fuerzas impresionantes para la operación: para el norte (a lo largo del Don) disponía del IV Ejército Panzer (general Hermann Hoth); el VI Ejército (general Von Paulus) para el sur; el I Ejército Panzer (general Von Kleist) y el XVII Ejército (general Ruoff); el XI Ejército (general Von Manstein) también estaría disponible una vez hubiera terminado las operaciones en Crimea y capturado la fortaleza de Sebastopol; finalmente, las fuerzas satélites estarían formadas por los ejércitos III y IV rumano, VIII italiano y II húngaro. En fin, las fuerzas totales alcanzarían la cifra de 89 divisiones, nueve de ellas acorazadas y todas ellas bajo el mando supremo del mariscal de campo Von Bock.

El ejército soviético estaba en inferioridad de condiciones excepto en lo



que se refiere a carros de combate. Tanto la captura alemana de Crimea como el desastre de Barbenkovo habían significado una merma importante en hombres y armas.

Una ciudad-símbolo

El 23 de julio de 1942, Hitler había dado orden de conquistar simultáneamente el Volga y el Cáucaso, para luego marchar sobre Stalingrado, ciudad-símbolo que contaba con unos 600.000 habitantes y cuya actividad principal era la industria. Era, pues, difícil que el Ejército Rojo se dejase arrebatar esta ciudad. Prueba de ello es el celo con que se realizaron los cambios para organizar su defensa: las fuerzas del frente sur-oeste debían quedar absorbidas en el frente de Stalingrado, cuya formación se estaba llevando a cabo con los ejércitos de reserva del Stavka (Cuartel General). Este frente había quedado constituido el 12 de julio bajo el mando, al principio, del mariscal S. K. Timoshenko y, días más tarde, del general Gordov.

A partir del 17 de julio se empiezan a producir diversas escaramuzas y el 23 tiene lugar un ataque tan importante como mal dirigido. Al mismo tiempo, los alemanes penetraban por el sur, con lo que el Stavka daba órdenes a Gordov en el sentido de reforzar las defensas meridionales. Como consecuencia, el frente de Stalingrado llegó a tener una longitud de 700 km, con las dificultades que ello comportaba.

Yeremenko toma el mando

Ante éstos y posteriores ataques, Stalin piensa en la necesidad de crear un nuevo frente en el sudeste, a cuyo mando colocará a Yeremenko, célebre estratega a quien se encomienda la detención de la ofensiva alemana. Mientras organiza un Cuartel General en Stalingrado, las tropas alemanas consiguen aproximarse a 30 km de la ciudad. El pánico hace presa en la ciudad del Volga y se hace necesario tomar medidas muy severas para apartar a la población civil de las carreteras, donde es muy intenso el tráfico militar. Se improvisan fuerzas a base de carros de combate, cañones anticarros y lanzacohetes Katyuska, que son enviados a enfrentarse con las tropas de Hoth en Abganerovo. Después de una sangrienta lucha, Yeremenko logró que Hoth desistiese de penetrar por el sur.

El 25 de agosto: fecha límite

Ante la gravedad de la situación, Yeremenko es nombrado comandante supremo de los frentes de Stalingrado y del sudeste, debido a la dificultad de coordinación entre los jefes de ambos frentes; mientras, los alemanes ya han fijado el 25 de agosto como fecha límite para conquistar la ciudad. El día 23 debía comenzar la ofensiva desde el norte, el oeste y el sur.

En el momento convenido, las fuerzas de Hube emprendieron la marcha, arrollando las defensas soviéticas; y, por la noche, la ciudad ardía bajo el impacto de los ataques de la IV Flota Aérea. Incluso las mujeres trabajadoras habían improvisado la defensa, mientras Kruschev ofrecía a Yeremenko el servicio de las organizaciones del Partido y de las formaciones obreras; pero el empuje de las botas alemanas era arrollador. A la mañana siguiente, Stalingrado ofrecía un espectáculo dantesco: cientos de edificios en ruinas y millares de ciudadanos muertos. En los días sucesivos continuarán los ataques aéreos, con lo que se dificultará cada vez más la llegada de los transbordadores del Volga —cargados de suministros—, que en varias ocasiones saltarán por los aires.

«La situación está empeorando»

Ante la gravedad de los acontecimientos, Stalin envió un mensaje al general Georgij K. Zukov, en los siguientes términos: «La situación en Stalingrado está empeorando. El enemigo se encuentra a unos 3 km de



APN

Arriba, un espectacular momento de la batalla de Stalingrado: las tropas van al asalto entre las ruinas de la ciudad. Aquella brillante ciudad modelo que había sido antes Stalingrado no era ya, en septiembre de 1942, nada más que un espeluznante campo de ruinas. Decenas de miles de soldados, de uno y de otro bando, hallaron en ella su muerte. Hitler había dicho: «Hay que mantener Stalingrado a todo precio. Es una posición clave.»

EL VENCEDOR



APN

Georgij Zukov

Nace en Strelkovka en 1896. Participa en la Primera Guerra Mundial en el arma de caballería y, más tarde, en la guerra civil como comandante de escuadrón del Ejército Rojo. Coronel en 1925; general de división en 1933; jefe de Estado Mayor general en 1940.

29.VII.1941: *es apartado del cargo de jefe de Estado Mayor por divergencias con Stalin.*

XII.1941: *al mando de un ejército de la reserva, rechaza a las tropas alemanas en la batalla de Moscú.*

1942: *a causa de nuevas discrepancias con Stalin, es destinado a posiciones de mando secundario durante algunos meses.*

X-XI.1942: *vuelve a primera línea, dirigiendo la defensa de Stalingrado y más tarde la contraofensiva soviética; es nombrado mariscal de la URSS.*

1943-1944: *obliga a los alemanes a retirarse de Rusia Blanca y Ucrania.*

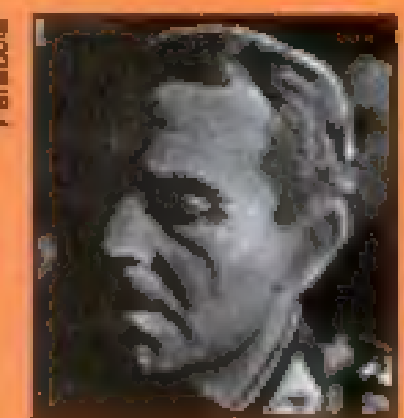
1945: *conquista Berlín (2 de mayo) y recibe la rendición de las fuerzas alemanas.*

1955: *es nombrado ministro de Defensa.*

1957: *se retira a la vida privada después de ser destituido.*

1974: *fallece en Moscú.*

EL VENCIDO



Farabola

Friedrich von Paulus

Nace en 1890 en la localidad de Breitenau. Participa en la Primera Guerra Mundial como oficial de infantería, para más tarde formar parte de la Reichswehr; coronel en 1935; general en 1939. Entre 1939 y 1940 combate en Polonia y en Francia.

I-1942: *obtiene el mando del 6.º Ejército en el frente ruso.*

V-1942: *destaca en el sector de Jarkov bloqueando una ofensiva de Timoshenko.*

VIII-XI.1942: *conduce al 6.º Ejército hacia Stalingrado, pero es detenido a las afueras de la ciudad.*

19-23.XI.1942: *es rodeado con su ejército por las divisiones de Rokossovski, Eremenko y Vatutin.*

31.I.1943: *Hitler le nombra mariscal de campo. Se ve obligado a rendirse.*

VIII.1944: *prisionero de los soviéticos, dirige un llamamiento al pueblo alemán incitándole a la lucha contra Hitler.*

1946: *en Nuremberg es presentado por los soviéticos como testigo de la acusación.*

1951: *una vez liberado, se establece en Dresde.*

1957: *fallece en Dresde.*

Stalingrado. Stalingrado puede caer hoy o mañana si el grupo norte de las fuerzas no le presta ayuda inmediata».

Se intentó organizar algún tipo de línea de defensa en el contorno de Stalingrado, a cuyo mando se colocó a Chuykov en sustitución de Lopetin, que había abandonado el campo de batalla con la moral desmoronada. Chuykov creía que el éxito de los alemanes radicaba en una buena coordinación de aviones, carros e infantería más que en una buena calidad de éstos. Por tanto, se trataba de minar dicha coordinación y de aplicar la lucha cuerpo a cuerpo, que tanta aversión provocaba en los alemanes.

Para poner en práctica sus planes, Chuykov solicitó y consiguió diez divisiones de infantería, dos cuerpos acorazados y ocho brigadas acorazadas.

Los alemanes, en el centro

Chuykov había planeado el ataque para el 14 de septiembre, pero los alemanes se adelantaron hasta llegar a la zona central de Stalingrado. La máxima preocupación radicaba en el peligro de que los alemanes capturaran la plataforma central de desembarque, con lo que los soviéticos no recibirían los refuerzos que habían solicitado. Varios carros fueron a bloquear las calles que conducían desde la estación del ferrocarril hasta la plataforma de desembarco. Durante toda aquella noche, el Cuartel General del LXII Ejército se mantuvo trabajando y transportando a los refuerzos, aunque no todos los hombres pudieron atravesar el Volga.

La actividad del día siguiente se caracterizó por la insistente disputa por el dominio del Mamayev Kurgan, montículo que dominaba todo el centro de la ciudad. Su valor estratégico lo convirtió en apetecible por ambos mandos; y, debido a la gran cantidad de proyectiles y bombas que recibió, la colina no vio la nieve durante aquel invierno.

El bando soviético había perdido muchos hombres; pero algunos soldados aislados o en pequeños grupos continuaban la lucha, asumiendo así las palabras de Chuykov: «Todo alemán debe sentirse como si viviera bajo la amenaza del cañón de un arma rusa».

Pero los alemanes ya habían hecho caer Kuporosnoye, al sur de la ciudad, permitiéndoles una salida al Volga y el aislamiento del LXII Ejército soviético. Yeremenko, en su desesperación, lanzó un ataque el 19 de septiembre con el objetivo de abrirse camino a través de las defensas alemanas y de establecer contacto con el LXII Ejército, pero el ataque fue un fracaso.

Cambios en los Estados Mayores

Mientras se luchaba febrilmente en las ruinas de Stalingrado, Hitler en su Cuartel General empezó a destituir cargos alegando ineficiencia. Zeitzler pasó a dirigir el Alto Estado Mayor,



A la izquierda, los aviones de la Luftwaffe aplastan Stalingrado bajo sus bombas. A la derecha, un Lavochkin La-5 FN. La introducción de este avión soviético fue un hecho importante: con ella se acabaría la anterior ventaja alemana en los cielos de Stalingrado y se iniciaría entonces la superioridad soviética.





Farabola

Las fuerzas

Alemanes
Hombres: *aproximadamente 250.000 (22 divisiones)*
Carros de combate: *450*
Cañones y morteros: *10.000*
Aviones: *800*

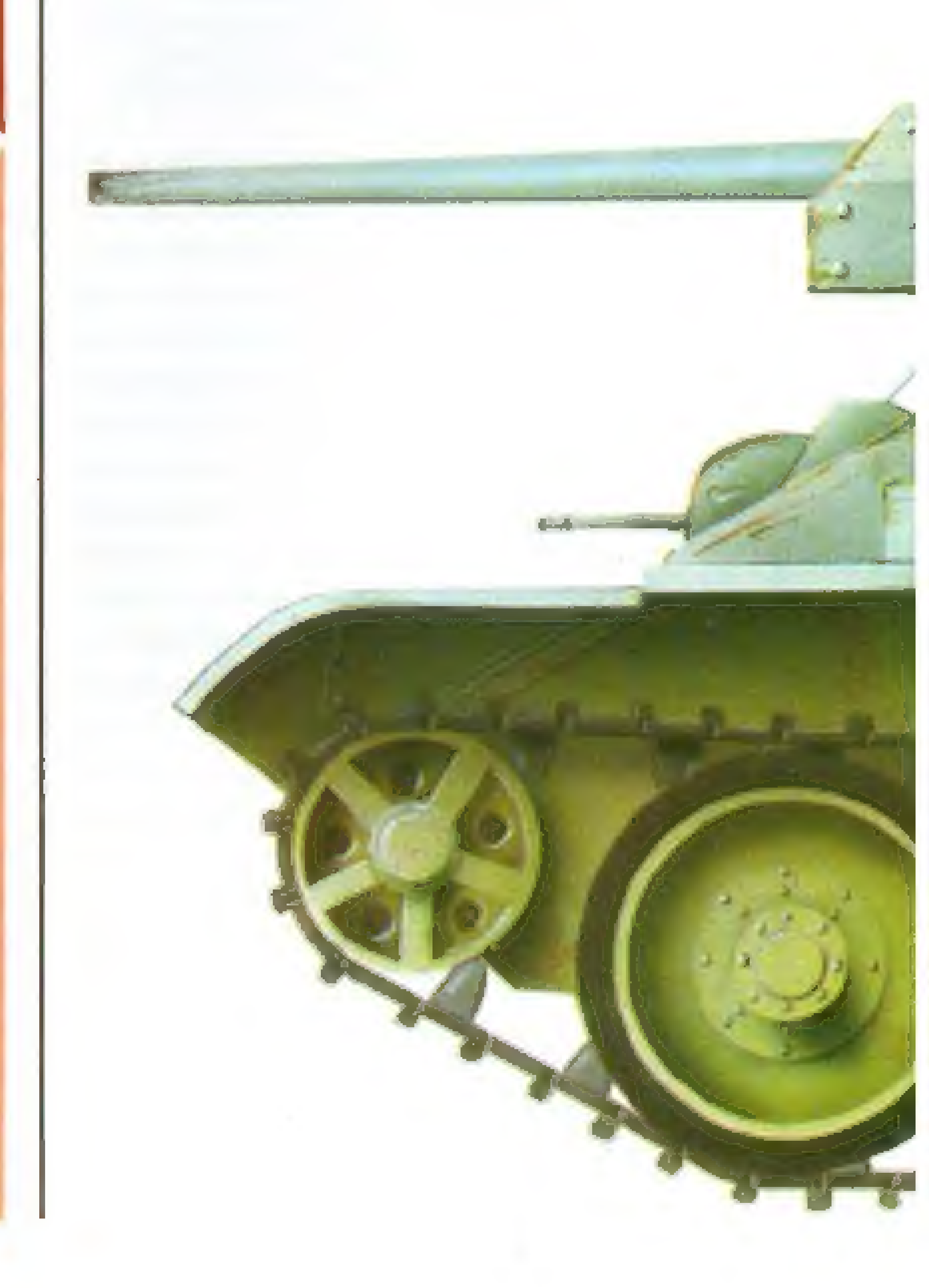
Soviéticos
Hombres: *aproximadamente 600.000 (50 divisiones)*
Carros de combate: *900*
Cañones y morteros: *13.500, más los Katyuskas*
Aviones: *1.100*

Las pérdidas

Alemanes
Muertos: *de 120.000 a 150.000*
Heridos: *50.000, de los cuales 30.000 fueron evacuados por vía aérea*
Prisioneros: *más de 90.000*
Aviones: *488 de transporte, 150 cazas, 160 bombarderos y 12 de otros tipos*
Recursos: *todo el material*

Soviéticos
Muertos: *60.000*
Heridos: *49.000*
Aviones: *319*
Recursos: *cerca de 120 carros de combate y 500 cañones y lanzacohetes*

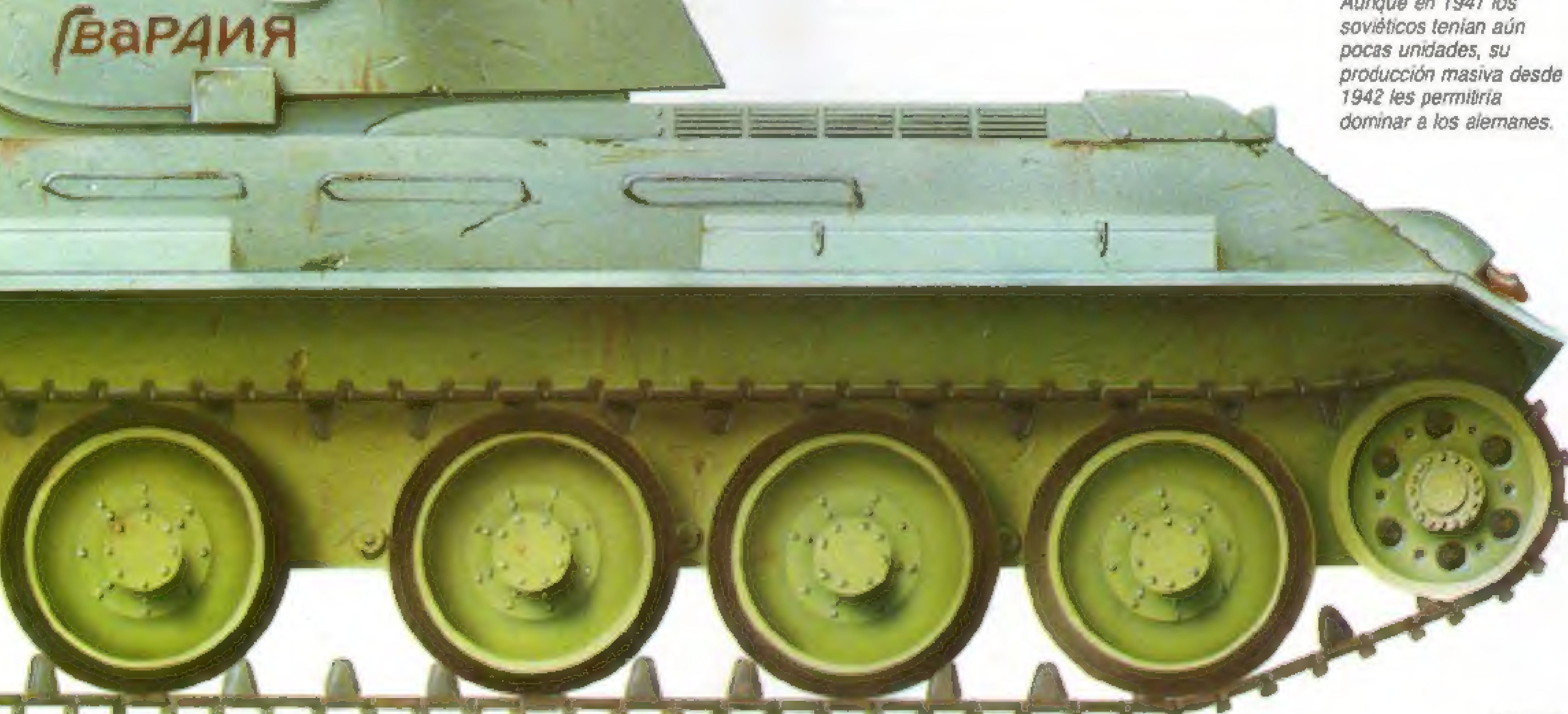
Los datos oficiales referentes a las fuerzas de ambos bandos y, sobre todo, a las pérdidas soviéticas son vagos e imprecisos, con frecuencia contradictorios, y, en algunos casos, inexistentes. Las cifras, pues, tienen un carácter puramente aproximativo.





Archivo Orbis





Arriba, a la izquierda, una salva de los famosos lanzacohetes Katyuska, los «órganos de Stalyn», que darían a la artillería soviética una potencia aplastante.

A la derecha, soldados alemanes medio cubiertos de nieve en una trinchera improvisada, durante el cerco de Stalingrado. La falta de aprovisionamientos fue decisiva.

En el dibujo de la izquierda, un carro soviético típico: El T-34 Modelo 1942. Este carro de combate fue netamente superior al carro medio alemán desde su aparición. Aunque en 1941 los soviéticos tenían aún pocas unidades, su producción masiva desde 1942 les permitiría dominar a los alemanes.

Archivo Orbis

Testimonios directos de los soldados alemanes

En enero de 1943, los soldados alemanes rodeados en Stalingrado pudieron escribir por última vez a sus familiares. Sus cartas, interceptadas por la censura militar alemana y consideradas inconvenientes para el Régimen, no llegarían jamás a sus destinatarios. Depositadas en los archivos de la Wehrmacht, fueron redescubiertas y publicadas una década después. He aquí sus trágicos testimonios:

I. *«A mi alrededor todo se derrumba, está agonizando todo un ejército, el día y la noche arden y cuatro hombres se ocupan en registrar la temperatura y la altura de las nubes.»*

II. *«Se nos dice que nuestra lucha es una lucha por Alemania, pero aquí son muy pocos los que creen que este absurdo sacrificio sea de alguna utilidad para nuestra patria.»*

III. *«Al ver el mapa, me estremecí. Estamos completamente solos, sin auxilio del exterior. Hitler nos ha abandonado. Esta carta saldrá si el campo de aviación sigue en nuestro poder. Estamos al norte de la ciudad. Los hombres de mi batería también sospechan lo de nuestra soledad, pero no lo saben con tanta certeza como yo.»*

IV. *«No soy cobarde; sólo me entristece el hecho de no poder dar ninguna prueba de mi valor, como no sea morir por esta causa inútil, por no decir por este crimen.»*

V. *«Todos los días son tomadas al asalto algunas posiciones, y todos los días el enemigo —o nosotros, según quien las ocupe— es desalojado de ellas. Ni el enemigo ni nosotros hemos sido capaces de decidir hasta ahora con qué fin hay que tomarlas aun en el caso de que puedan ser mantenidas.»*

VI. *«Hitler prometió firmemente sacarnos de aquí; así se nos explicó, y nosotros creímos con firmeza en su palabra. Hoy sigo creyendo en ella, porque aún necesito creer en algo.»*

VII. *«El ruso ataca en todas partes. Nuestras tropas resisten desde el principio del ataque, que no se interrumpe un solo día, luchando duramente y con sus fuerzas físicas completamente agotadas. Se portan como unos héroes y ni uno solo de ellos se rinde. El hecho de que el enemigo nos aplaste cuando se agota el pan, las municiones, el carburante y los hombres, no supone ninguna victoria para él.*

»Estamos seguros, desde luego, de haber sido víctimas de graves errores del mando y de que la destrucción de la fortaleza de Stalingrado le ocasionará graves daños a nuestro pueblo y en general a nuestra nación.»

VIII. *«Hemos invadido el país obedeciendo órdenes; obedeciendo órdenes hemos disparado nuestras armas, pasamos hambre obedeciendo órdenes, morimos obedeciendo órdenes y obedeciendo órdenes volveremos a salir de aquí. Hace tiempo que habríamos podido hacerlo, pero los estrategas todavía no se han puesto de acuerdo. Si no lo hacemos pronto, nos encontraremos con que ya será demasiado tarde. Pero es cosa segura que volveremos a ponernos en marcha obedeciendo órdenes. Con todas las probabilidades, en la misma dirección proyectada desde un principio, sólo que sin armas y bajo otro mando.»*

IX. *«Stalingrado es una buena escuela para el pueblo alemán; sólo es lástima que aquellos que reciben sus enseñanzas no podrán aprovecharlas ya, por ser demasiado tarde.»*

X. *«Tú eres coronel, querido padre, y miembro del Estado Mayor Central. Sabes lo que esto significa y me ahorrará explicaciones que pudieran tener un cierto sabor sentimental. Esto se acaba. Creo que pueden pasar aún ocho días y después será el fin. No pretendo buscar las razones que se puedan tener en pro o en contra de nuestra situación en campaña. Actualmente, tales razones carecen en absoluto de importancia y además de nada sirven; pero, si tengo que decir algo acerca de este tema, es sólo una cosa: no busquéis explicaciones de la situación entre nosotros, sino entre vosotros y en quien ha de responder de todo esto. Podéis estar orgullosos. Tú, padre, y todos los que comparten tus puntos de vista. Estad alerta para que la patria no sea víctima de mayores calamidades. El infierno del Volga debe ser para vosotros un aviso. No desdeñéis esta experiencia.»*

(*FUENTE:* Las últimas cartas de Stalingrado, *Ediciones Destino.*)



pero Von Paulus estaba convencido de poder arrebatarle el cargo si lograba capturar Stalingrado.

Pero el Estado Mayor soviético había rectificado los planes: ahora se trataba de dejar aislados al VI Ejército y al IV Ejército Panzer alemanes, evitando una batalla de agotamiento, mientras se enviaban divisiones para reforzar el LXII Ejército soviético y otras al norte de la curva del Don.

El éxito del plan soviético dependía de la estimación de que el poder de los alemanes iba en descenso y que no debían disponer de fuerzas para hacer frente a la ofensiva y, además, de la eficacia del LXII y LXIV Ejércitos para mantener en la lucha a las fuerzas germanas en la zona de Stalingrado.

Ataques y contraataques que agotan a los alemanes

El 4 de octubre, Von Paulus lanzó su más fuerte ataque en la zona norte, ante la esperanza del ascenso y el miedo al invierno. Los avances y retrocesos en la batalla se medían por metros; la mayoría de los combates tenían lugar junto a los edificios en ruinas.

El día 6 de octubre fue un día tranquilo, lo que hizo pensar a Yeremenko en un posible debilitamiento alemán. Se planeó un contraataque para el día siguiente, que, con la inesperada ayuda de los Katyuska, desembocó en la destrucción de cuatro batallones alemanes.



La imagen de la victoria: un soldado soviético agita la bandera roja desde lo alto de un edificio. Stalingrado ha sido reconquistada

Ullstein

Declaración de Von Paulus a un comandante de la IV Luftflotte

«No podemos ni siquiera replegar nuestras posiciones, ya que los hombres caen agotados. Es el cuarto día que no han recibido nada para comer ¿Qué podré responder, yo, comandante del Ejército, si un soldado viene a mí para decirme: mi coronel-general, un trocito de pan, por favor? Ya nos hemos comido los últimos caballos. ¿Se habría podido imaginar usted a los soldados precipitándose sobre un viejo cadáver de caballo para cortarle la cabeza y devorar su cerebro crudo? ¿Cómo continuar combatiendo con soldados que no tienen siquiera ropas de invierno? ¿Quién ha sido el hombre que tomó la responsabilidad de declarar que era posible asegurar un reavituallamiento aéreo?»

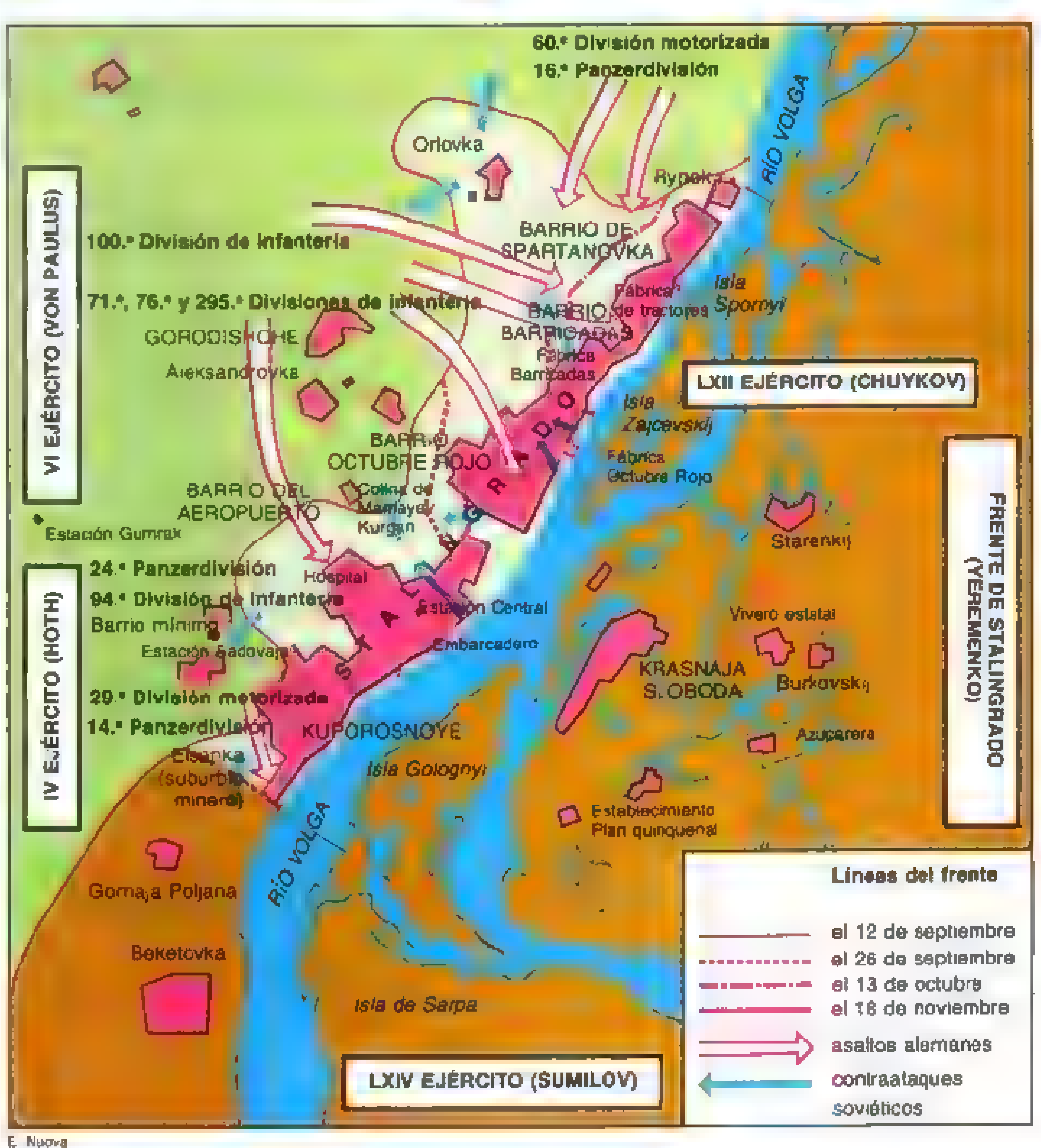
(*FUENTE:* Hitler, chef de guerre, *Gert Bucheit, Librairie Arthaud.*)

Tras varios días de tregua, el 13 de octubre Von Paulus lanzó 5 divisiones —dos de ellas Panzer— contra la fábrica de tractores y la fábrica «Barricadas». A lo largo de la jornada, la lucha fue confusa y, al caer la noche, los alemanes tenían prácticamente en sus manos la fábrica de tractores. En torno a sus muros yacían tres mil alemanes muertos, así como centenares de rusos.

En los últimos días, los rusos habían perdido muchos hombres, pero las pérdidas de los alemanes eran tan elevadas que la ofensiva de Von Paulus quedó paralizada por falta de soldados. No podía esperar refuerzos, y los soviéticos no habían agotado sus recursos. A pesar de las dificultades, hacia los últimos días de octubre Von Paulus ocupaba el 90 % de la ciudad, mientras el 10 % restante, en manos soviéticas, estaba bajo su fuego. Los hombres de Chuykov sólo ocupaban el Mamayev Kurgan, unos pocos edificios y un estrecho pasillo sobre la orilla del Volga. A pesar de su debilidad, los rusos lograron mantener sus posiciones, mientras los ataques alemanes eran, en los días sucesivos, cada vez más débiles

Con el invierno ruso como perspectiva

El invierno estaba a punto de llegar y la guerra de agotamiento del verano había dejado a la Wehrmacht mal preparada para enfrentarse a él. Entre



E. Nuova



Farabola

tanto, Zhukov ha elaborado un plan de contraataque: se trata de concentrar los carros, cañones y aviones contra las fuerzas rumanas situadas a ambos lados de los ejércitos VI y IV Panzer (en el Don y al oeste de los lagos situados al sur de Stalingrado). Las fuerzas en estos momentos están muy igualadas, tanto en hombres como en armamento.

Ya empezaban a caer las primeras nieves cuando la 22.ª División Panzer recibió órdenes de desplazarse. De sus 104 carros, 65 no se pudieron poner en marcha.

Chuykov también se encontró con un problema: el hielo del Volga. Debido al gran cauce del río y su situación meridional, a veces tarda meses en quedar completamente helado, y sólo cuando está helado del todo permite el tráfico rodado o a pie sobre las aguas solidificadas. Pero, en aquel momento, la gran masa de hielo se encontraba en movimiento hacia el sur, y Chuykov temía que Von Paulus lanzase otra ofensiva durante el período en que el LXII Ejército soviético no podría utilizar sus rutas de suministro y, por consiguiente, ya había dado órdenes para almacenar municiones, alimentos y ropa de abrigo

El último intento alemán

A las 6.30 horas del 11 de noviembre, Von Paulus inició su último intento para capturar Stalingrado, utilizando para ello 7 divisiones. Las tropas de Chuykov opusieron resistencia y el aislado grupo Norte bajo el mando del coronel Gorokhov intentó aligerar la presión lanzando un contraataque que desde el puente del ferrocarril se dirigía hacia la fábrica de tractores.

Después de varias horas de sangrienta lucha cuerpo a cuerpo, Von Paulus lanzó al ataque a su reserva táctica para llegar hasta el Volga a la altura de la planta de «Octubre Rojo». Sin embargo, en esta ocasión el LXII Ejército soviético no sentía la tensión de los días anteriores, porque los rusos estaban convencidos de que se trataba del último intento de Von Paulus. Aunque la lucha seguía siendo dura, el apoyo de la Luftwaffe carecía de la fuerza que había tenido en octubre y el número de hombres se había reducido a un tercio.

Durante la tarde del día 12 de noviembre, el ataque alemán comenzó a desvanecerse. El LXII Ejército soviético inició un contraataque bloque por bloque, casa por casa. La lucha empezaba a cambiar de sentido.

La gran ofensiva soviética

La madrugada del 19 de noviembre se caracterizó por el inicio del ataque de Yeremenko hacia Kalach, ciudad situada al oeste de Stalingrado, junto al río Don. Las fases del ataque consistirían en dirigirse hacia la retaguardia del VI Ejército alemán y, después de abrir una brecha, lanzar una ofensiva contra Sovetsky, desde donde se alcanzaría Kalach. La finalidad de esta operación era formar el anillo envolvente en el que quedaría atrapado el grueso de las fuerzas alemanas. También se preparaba una ofensiva contra el sector norte, al mando de la cual figuraba el propio Zhukov. Las fuerzas alemanas tenían sospechas del golpe que se preparaba a lo largo del flanco norte, pero el ataque de Yeremenko al sur de Stalingrado les cogió completamente por sorpresa.

Los acontecimientos se desarrollaban con suma rapidez. El frente rumano se había derrumbado y las fuerzas soviéticas de choque se desplegaban a ambas orillas del Don. Además, la consecución de un sólido anillo de cerco requería salvar el obstáculo que representaban las heladas aguas superficiales del Volga, que probablemente



Ullstein

En estas dos fotos dos imágenes de la derrota: soldados alemanes heridos se retiran de Stalingrado y el general alemán Von Paulus es interrogado tras capitular

no soportarían el peso de los carros y de la artillería pesada. La única posibilidad era, pues, la toma del puente de Kalach antes de que los alemanes lo volasen. Y se consiguió el objetivo después de que el teniente coronel G. N. Filippov y sus hombres partieran de madrugada hacia el puente haciéndose pasar por alemanes.

Hitler: «a cualquier precio»

Al principio, las reacciones alemanas ante el estado de cerco fueron diversas, aunque todos se mostraron de acuerdo en defender la retaguardia del ejército. Von Paulus había recibido órdenes según las cuales debía mantenerse en Stalingrado, en las posiciones a lo largo del Volga, y preparando un eventual repliegue. Sin embargo, antes de pensar en una retirada, era preciso resolver los problemas que entrañaba la escasez de combustible, municiones y alimentos. Von Paulus solicitó suministros por aire y carta blanca para abandonar el frente norte y Stalingrado en caso de considerarlo conveniente. Hitler prometió ayuda y fue tajante en cuanto al segundo aspecto: no sólo no se iba a realizar ninguna retirada, sino que todas las unidades del VI Ejército que estuvieran en la parte oeste del Don debían replegarse hacia el interior de la bolsa. La orden de Hitler finalizaba así: «Es necesario mantener a cualquier precio los actuales frentes del Volga y del norte. Llegan suministros por aire.»

El fracaso de Von Manstein

El mariscal de campo Erich von Manstein, el conquistador de Crimea, había sido elegido por el Führer para dirigir las operaciones en el sector norte del frente de Stalingrado. Cuando Manstein llegó a su destino, el panorama no podía ser peor; ya no disponía de fuerzas. Tras múltiples peticiones al Cuartel General del Alto Mando, empezaron a llegar refuerzos los primeros días de diciembre.

Mientras Manstein iniciaba una ofensiva por el sudoeste —donde las fuerzas de Yeremenko no eran tan compactas—, las tropas rusas se habían lanzado hacia el norte con el objetivo de eliminar al VIII Ejército italiano.

Mensajes alemanes el 13.1.1943

Mensaje del puesto de mando de Von Paulus

«La combatividad de las tropas decae rápidamente, vista la situación en cuanto a víveres, carburante y municiones. Tenemos 16.000 heridos que no reciben absolutamente ningún cuidado. Aparte de los que están en el frente del Volga, los soldados no tienen posiciones adecuadas, ni refugios, ni madera para calentarse. Una vez más, pido libertad de acción para continuar resistiendo mientras sea posible o para abandonar la actividad militar si es imposible proseguir, ya que los heridos no pueden ser cuidados y la desmoralización total no se puede evitar.»

Respuesta del Alto Mando alemán

«Ni siquiera mencione la capitulación. Los ejércitos cumplirán su misión histórica, a fin de facilitar al máximo, con su feroz resistencia, la creación de un nuevo frente en Rostov y la retirada del grupo de ejércitos del Cáucaso.»

Reacción de Hitler al enterarse de la rendición de Von Paulus

«No comprendo que Paulus no haya preferido morir. Un solo hombre como él basta para hacer olvidar el heroísmo que han demostrado tantas decenas de millares de soldados, oficiales y generales.

»Será el último mariscal que yo habré nombrado... Tienen que morir tantos hombres... y he aquí que éste, en el último minuto, viene a ahogar el heroísmo de tantos otros. Podía pasar a la eternidad y a la inmortalidad nacional; pero ha preferido pasar a Moscú.»

(Testimonio directo de Hitler recogido en taquigrafía, durante sus conferencias ante el O. K. W.; citado por William Shirer, en Auge y caída del III Reich.*)*


Farabola

Soldados alemanes, prisioneros de los soviéticos, marchan bajo una tormenta de nieve. Sólo el 5 % de ellos se salvarían.

Después de la ofensiva de los frentes sudoeste y Voronezh, los alemanes sólo tenían una alternativa: el ataque en línea recta. La única forma de salvar la operación consistía en que el VI Ejército cayera sobre la retaguardia de las fuerzas soviéticas en el Myshkovo.

El día 12 de diciembre, el general Hoth realizó un intento final lanzando más de sesenta de sus carros contra un regimiento del II Ejército de la Guardia. Después de luchar varias horas, los carros de Hoth tuvieron que reconocer la superioridad del enemigo y retirarse.

La oferta soviética de capitulación alemana

El frío era cada vez más intenso en Stalingrado, con lo que se le solucionaba el problema de los suministros a Chuykov debido a la solidificación de las aguas del Volga. Durante aquel mes de diciembre, unos 80.000 hombres sitiados habían muerto a causa del frío, las heridas, el hambre o las enfermedades; no obstante, el resto continuaba luchando.

El Alto Mando soviético fijó el 10 de enero de 1943 como fecha para el inicio del ataque que pretendía someter al ejército enemigo; sin embargo, se ofreció a los alemanes la posibilidad de capitular, ante la argumentación del fracaso militar, de los horrores que estaban pasando los soldados alemanes, y con la promesa de alimentos y tratamiento médico. Pero Von Paulus no estaba dispuesto a rendirse, con lo que la «operación anillo», consistente en la disección y aniquilamiento del VI Ejército alemán y las unidades a él agregadas, iba a seguir adelante.

10 de enero de 1943: el principio del fin

En la mañana del 10 de enero, Stalingrado tembló bajo el impacto de las bombas y los proyectiles. A pesar de la tenaz resistencia de los alemanes, no cabía esperar que pudieran rechazar la embestida soviética.

El día 21, el aeródromo de Gumrak, hasta entonces bajo control alemán, cae en manos soviéticas, acción que iniciará la fase final de la «operación anillo». El frente del Don había alcanzado el centro de Stalingrado el día 25, lo que significaba la división de las fuerzas de Von Paulus en dos grupos.

A pesar de las órdenes en sentido contrario, algunos comandantes alemanes habían comenzado a negociar la rendición individual de las unidades bajo su mando.

Manstein, al ser consciente de lo terrible de la situación, realizó un último intento desesperado de convencer al Führer en el sentido de que aceptase la rendición. Pero el comunicado enviado por Hitler a Von Paulus era tajante: «Se prohíbe la rendición. El VI Ejército mantendrá sus posiciones en tanto le quede un hombre y una bala, y con su heroico comportamiento realizarán una inolvidable aportación al establecimiento de un frente defensivo y a la salvación del mundo occidental».

Hasta el último hombre

El día antes de la rendición, Von Paulus enviaba un mensaje desesperado a Hitler: «Nos estamos descomponiendo. Preveo la caída definitiva para mañana o pasado mañana». La caída será «mañana» para Von Paulus: el 31 de enero se rendirá y será hecho prisionero. Algunos grupos resistieron hasta el 2 de febrero, fecha en que capitularán definitivamente todas las unidades supervivientes del ejército alemán.

Ante estas noticias, Hitler explota de ira. Pocas horas antes había nombrado a Von Paulus mariscal de campo y ahora conoce su rendición. Tras una sarta de insultos para el comandante de la plaza fuerte de Stalingrado, el Führer afirma: «Reconstruiremos inmediatamente el VI Ejército». Y lo reconstruirá, pero no podrá resucitar a los 200.000 muertos de Stalingrado y a la fe enterrada con ellos.

El fin trágico de la campaña de Stalingrado fue recordado en Alemania a lo largo de tres jornadas de luto nacional, y las palabras de Von Paulus adquirieron carácter de epitafio: «El VI Ejército mantuvo fielmente y hasta el último momento su juramento a Alemania y, consciente en todo instante de la importancia y la excelsitud de su misión, defendió sus posiciones hasta el último hombre y hasta la última bala por el Führer y el suelo patrio».

Balance de la hecatombe

Se desconoce la cifra exacta de bajas que sufrió el Eje en la campaña de Rusia, pero se calcula en un millón quinientos mil el número de muertos, heridos, desaparecidos o prisioneros. Quinientos carros y cañones de asalto y tres mil aviones fueron destruidos. De los 330.000 soldados cercados en Stalingrado, sólo 90.000 salieron por su pie después de la rendición. De ellos, unos 50.000 murieron a causa de una epidemia de tifus; y, del resto, muchos fallecieron en las marchas hacia los campos de concentración, situados, la mayoría, en Asia Central. De aquellos 90.000 que se rindieron, sólo 5.000 regresaron a sus casas al finalizar la guerra.

El bando vencedor había sufrido también un duro golpe: 60.000 muertos, 49 000 heridos y la ciudad de Stalingrado totalmente arrasada. La campaña de Rusia había fracasado, y tras ella se iniciaba el lento declive del Tercer Reich.

Si el mariscal Ewald von Kleist viviera, ya no hallaría la ciudad de Stalingrado en los atlas modernos. En su lugar encontraría «Ciudad del Volga»: Volgogrado.

La masacre de Katyn

¿Crimen alemán? ¿Crimen soviético?

Gerard Preminger,
historiador

En la primavera de 1943, la URSS rompe las relaciones diplomáticas con el Gobierno polaco en el exilio: desde Londres, donde se ha refugiado, el general Sikorski acusa a Stalin de haber hecho masacrar a 10.000 oficiales polacos que, cuando las tropas soviéticas invadieron Polonia en septiembre de 1939, se les habían rendido casi sin combatir.
Tras la invasión de la Unión Soviética por Alemania en 1941, los nazis habían descubierto en la localidad rusa de Katyn unas fosas comunes con miles de cadáveres de oficiales polacos. Los alemanes acusaron de la masacre a los soviéticos, y los soviéticos acusaron a los alemanes. Sólo al cabo de algunos años pudo saberse la verdad.

En los campos próximos a la Colina de las Cabras, junto a la aldea de Katyn, los rusos mataron, en 1940, a unos 10 000 oficiales polacos, que habían sido apresados por las tropas soviéticas en septiembre de 1939 cuando la URSS invadió Polonia. En 1941, los alemanes ocuparían la zona y en la primavera de 1943 descubrirían la masacre, estallando entonces la polémica: los alemanes acusaron a los rusos, y éstos acusaron a los alemanes. Con el tiempo, todo ello estaría más claro. En la foto, oficiales polacos desenterrados junto a la aldea de Katyn.



R. Hunt

Los sufrimientos de Polonia

Desde el 1 de septiembre de 1939 y hasta la finalización del conflicto, Polonia se encontró entre la Alemania nazi por una parte y la Rusia de Stalin por otra. El ejemplo más claro de esto fue quizás el destino que sufrió su capital, Varsovia. El drama de esta ciudad se inició en septiembre de 1939 cuando se opuso desesperadamente a las tropas del Reich. La represión fue terrible: los alemanes masacraron a miles de habitantes y concentraron en el ghetto de la ciudad a 450.000 judíos, de los cuales 100.000 murieron de penuria y privaciones y otros 300.000 fueron deportados y asesinados entre 1940 y 1942. Los supervivientes, en abril de 1943, se opusieron con las armas a la represión, pero casi todos fueron asesinados después de una desesperada e inútil resistencia.

Un año más tarde (agosto de 1944), los habitantes de Varsovia protagonizaron otra revuelta, bajo el mando del general Bor Komorowsky. Estaban bien organizados, tenían víveres y combatieron en forma de guerrilla, utilizando las cloacas de la ciudad como vía de comunicación tras una escaramuza y otra. Pero, después de dos meses de heroico combate, la capital polaca fue reducida, quedando sólo un montón de escombros; los supervivientes fueron llevados a los campos de exterminio. Las tropas soviéticas, situadas a algunos kilómetros, no movieron un dedo. Se calcula que, en el curso de la guerra, el número de las víctimas de la represión alemana y soviética en Polonia se sitúa en 9 millones (de ellos, cerca de 4 millones judíos).

Los sufrimientos de Polonia a lo largo de la historia han sido constantes. Apresada entre dos colosos, Rusia por el este y Alemania por el oeste, ha sido literalmente borrada del mapa en varias ocasiones, la última de ellas al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, cuando ambos la invadieron en septiembre de 1939. En la foto, patrullas alemanas rastrean una zona de Varsovia en ruinas.



Bibliothèque Nationale Salara

El 13 de abril de 1943, Radio Berlín daba la noticia siguiente: «Llegan informaciones de Smolensk según las cuales los habitantes de aquella localidad de la Unión Soviética han revelado a las autoridades alemanas la existencia de un lugar cercano donde los bolcheviques de la NKVD habían procedido a la ejecución en masa de 10.000 oficiales polacos.» Las autoridades germánicas habían sido conducidas al lugar conocido con el nombre de Colina de las Cabras, donde se hizo el horripilante descubrimiento: una fosa de 28 m de largo por 16 m de ancho albergaba los cadáveres de 3.000 oficiales polacos, amontonados en doce estratos. No en vano, las mujeres de aquella zona amenazaban a sus hijos con llevarlos a la Colina de las Cabras si no se portaban bien.

La noticia dada por Radio Berlín abría un período de intercambio de acusaciones de responsabilidad entre las autoridades soviéticas y el alto mando alemán. Si se acepta como fecha de la matanza el año 1940, hay que atribuir la responsabilidad a los soviéticos, a pesar de que éstos intentaron siempre fechar el hecho en el otoño de 1941 con el objeto de culpar a los alemanes, que por aquellos tiempos ya habían invadido el territorio de la Unión Soviética.

La postura de los políticos y la de los historiadores

En 1944, sir Owen O'Malley, embajador británico ante el gobierno polaco en el exilio, haciendo gala —como buen inglés— de su culto por la diplomacia, había sugerido a su ministro de Exteriores, sir Anthony Eden: «Tenemos que tener siempre presentes estos hechos [refiriéndose a la masacre de Katyn], pero no hablar de ellos jamás.» «Serán necesarios al menos veinte años para aclarar este hecho», había opinado Churchill, a pesar de que siempre estuvo convencido de que los rusos habían sido los responsables.

Desde el punto de vista de los políticos, Katyn puede ser un «enigma», como lo son aún muchos episodios de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, para historiadores de prestigio internacional, la responsabilidad soviética en el asunto es irrefutable. En este sentido se han manifestado especialistas de la talla de Adam Ulam de la universidad de Harvard, Bonald Hingley de la universidad de Oxford, Robert Conquest y Julius Epstein de la universidad de Stanford, y Henri de Montfort del Institut de Hautes Etudes Internationales de París, entre otros muchos.

Pactar la paz, pero desencadenar la guerra

A pesar de que la Unión Soviética había firmado una serie de pactos con Polonia con el objeto de evitar cualquier enfrentamiento mutuo (Tratado de Paz de 1921, Protocolo de 1929, Pacto de no agresión de 1932, acuerdos de la convención de Londres de 1933), el coloso del Este penetró en territorio polaco el 17 de septiembre

Abajo, un momento de la recuperación de los cadáveres en las fosas de Katyn durante la primavera del año 1943. Las tropas nazis que ocuparon la zona de Katyn en julio de 1941 oyeron contar luego a las gentes del lugar que habían visto llegar en oleadas sucesivas a prisioneros polacos y que éstos habían sido enterrados en la Colina de las Cabras. Los alemanes iniciaron las excavaciones y descubrieron algunos cadáveres con uniformes del ejército polaco, pero la llegada del frío volvió el terreno tan duro como la piedra y debieron interrumpir las excavaciones. Éstas no se reanudarían hasta la primavera de 1943, cuando los alemanes descubrieron la masacre.



Ullstein

de 1939. La URSS había considerado prioritario el acuerdo firmado con los alemanes el mes de agosto anterior, sobre todo desde el momento en que las tropas del Tercer Reich destruyeron las barreras fronterizas que lo separaban de la vecina Polonia. Las dos potencias invasoras del territorio polaco emitieron una declaración conjunta, el 28 de septiembre, según la cual anunciaban «haber resuelto definitivamente los problemas derivados de la desintegración del Estado polaco y de haber puesto las bases para una paz duradera en el Este».

Días más tarde, el periódico soviético *Krasnaya Zwiezda* anunciaba triunfalmente las victorias rusas: «Las tropas acorazadas, apoyadas por la aviación, la artillería y la infantería motorizada han avanzado como una avalancha, convirtiendo en inútil la resistencia del enemigo [el ejército polaco]. En doce o quince días, el enemigo ha sido completamente vencido y destruido. En ese período, un solo grupo de fuerzas ucranianas capturó a 10 generales, 52 coroneles, 72 tenientes coroneles, 5.131 oficiales, 4.096 suboficiales y 181.233 soldados.» Si éstas eran las cifras aportadas por un solo grupo, al término del ataque soviético el número de detenciones se había triplicado.

Campos de concentración soviéticos

Los oficiales polacos detenidos, incluidos los de la reserva, fueron conducidos a campos de concentración. Algunos se habían rendido espontáneamente, convencidos por la proclama del general soviético Timoshenko, que les prometía un salvoconducto para llegar a Hungría, desde donde «podían reemprender la guerra contra los alemanes».

Tres fueron los campos de prisioneros adonde fueron conducidos los oficiales polacos a partir del otoño de 1939: Kozelsk, Starobelsk y Ostaškov, los tres situados en la República de Ucrania.

El campo de Kozelsk estaba situado a 250 km al sudeste de la localidad de Smolensk. En noviembre de 1939 albergaba ya a 5.000 polacos, y en abril del año siguiente estaban internados: 4 generales, 1 contralmirante, un centenar de coroneles, 300 comandantes, 1.000 capitanes, 2.500 tenientes, 500 suboficiales, 200 oficiales pilotos, 50 oficiales de marina y un gran número de oficiales de la reserva, entre los cuales se encontraban 21 profesores de universidad, 300 médicos, unos cuantos cientos de magistrados, escritores, poetas, periodistas y hombres de negocios. Entre todos ellos, una sola mujer: la hija de un general, que sería encontrada también en la fosa común.

En un antiguo convento se había instalado el campo de Starobelsk, en el que habían sido internados 4.000 oficiales, la gran mayoría de ellos en activo. El tercer campo, Ostaškov, estaba enclavado en un idílico paraje al noroeste de Kalinin: una isla del lago Seliger. Unos 6.000 detenidos, la ma-



Ullstein

A la izquierda, una de las fosas excavadas en el flanco de la Colina de las Cabras, abiertas ante la presencia de los militares alemanes en el momento de la llegada de los médicos del Comité internacional encargado de investigar la masacre de Katyn. Este Comité estaba integrado por especialistas en medicina legal, criminología y anatomía patológica de diversos países europeos: Bélgica, Bulgaria, Dinamarca, Finlandia, Francia Hungría, Italia, Holanda, Rumania, Suiza, Checoslovaquia y Yugoslavia

A la derecha, una muestra del documento oficial redactado en 1943 por el Comité internacional de investigación sobre Katyn. En la parte derecha se ve la última página del documento, con la firma de los miembros del Comité. A su izquierda, un cadáver con las manos atadas a la espalda y un agujero en la nuca, como se dijo en el proceso verbal, «el modo en que se ha atado las manos responde al que se ha observado en cadáveres de civiles rusos, desenterrados también en el bosque de Katyn, pero sepultados en una fecha anterior». El establecer la fecha de la masacre era decisivo para culpar de ella a los nazis o a los soviéticos, y tanto el estado de los cadáveres como los documentos que éstos llevaban aún encima demostraban que habían fallecido en 1940 (cuando los soviéticos ocupaban aún la zona) y no en el otoño de 1941 (cuando ya la habían invadido los nazis). En la última foto, dos oficiales polacos son enterrados con los debidos honores.

yoría de ellos miembros de la más reputada burguesía polaca, habitaban las cuatro paredes de ese antiguo monasterio.

«Recuperar» a los prisioneros o hacerlos desaparecer

El general Zarubin había ideado un plan que pretendía la recuperación política de los detenidos. A tal fin, hizo desaparecer misteriosamente a todos los sacerdotes que celebraban misa en los campos, procuró mejorar la alimentación y puso en marcha una campaña de propaganda política a través de publicaciones y emisiones de radio. A pesar de los esfuerzos realizados en esta campaña, el experimento fue considerado un fracaso y el general Zarubin hubo de claudicar.

Los 15.000 prisioneros que habían estado retenidos en los campos comenzaron a ser evacuados durante los primeros días de abril de 1940. Unos cuatrocientos, seleccionados con un criterio poco claro, fueron enviados a Pavlishev Bor; el resto hubo de partir con «destino desconocido».

Los «amigos» polacos

El pacto de no agresión germano-soviético se convirtió en papel mojado cuando, en junio de 1941, las tropas del Tercer Reich penetraron con facilidad en el territorio de la Unión Soviética. En ese preciso instante, Stalin comprendió que había llegado el momento de ayudar a aquellos «amigos» polacos, a quienes había traicionado dos años atrás. La única condición que puso Polonia, representada por su Gobierno en el exilio, fue el retorno a la situación anterior a la agresión por

LE DOCUMENT OFFICIEL SUR KATYN

Le procès-verbal officiel des experts européens de célébrité mondiale, dressé à Smolensk le 30 avril 1943, a été signé de la propre main des douze membres de la Commission: docteur Speleers (Belgique), docteur Markov (Bulgarie), docteur Tramsen (Danemark), docteur Saxén (Finlande), docteur Palmieri (Italie), docteur Miloslavich (Croatie), docteur de Burlet (Pays-Bas), docteur Hajek (Protectorat de Bohême), docteur Birkle (Roumanie), docteur Naville (Suisse), docteur Subik (Slovaquie) docteur Orsós (Hongrie)

- 7 -

aufgefundenen Briefschaften, Tagebüchern, Zeitungen usw. ergibt sich, daß die Erschießungen in den Monaten März und April 1940 stattgefunden haben. Hiermit stehen in völliger Übereinstimmung die im Protokoll geschilderten Befunde an den Massengräbern und den einzelnen Leichen der polnischen Offiziere.

(Dr. Speleers)	(Dr. Markov)	(Dr. Tramsen)
(Dr. Saxén)	(Dr. Palmieri)	(Dr. Miloslavich)
(Dr. de Burlet)	(Dr. Hájek)	(Dr. Birkle)
(Dr. Naville)	(Dr. Šubík)	(Dr. Orsós)

Les mains liées ... une balle dans la nuque. *Le procès-verbal constate: « La manière dont on a attaché les mains répond à ce qui a été relevé sur les cadavres de civils russes, également déterrés dans le bois de Katyn, mais remontant à une date antérieure. »*



L'une des plus importantes constatations. *Le professeur Orsós, de Budapest, explique à la Commission: « Il s'agit ici d'une calcification en plusieurs couches, telle qu'elle peut se produire dans le tuf. Elle a enrobé la matière cérébrale déjà fondue en une masse d'apparence argileuse. Une formation de ce genre n'a jamais été observée sur des corps ayant séjourné en terre moins de trois ans. »*



Un livret de compte en banque et un certificat de décoration. *Le général de brigade polonais Smorawinski avait sur lui, outre sa carte d'identité, son diplôme d'attribution de la médaille « Virtuti militari » — ainsi que son livret de compte en banque.*



Les honneurs de la sépulture. *Les deux généraux polonais Smorawinski et Bohatyrewicz sont mis en bière, en présence de la Commission et seront inhumés avec les honneurs dus à leur rang.*

Viollet

El testimonio del general Anders, con el texto del gobierno polaco a la Cruz Roja Internacional

«Aunque estábamos preparados para lo peor y seguros de que había ocurrido una desgracia a nuestros compañeros, la noticia de que los prisioneros de guerra habían sido asesinados nos produjo una enorme indignación. La historia no había registrado jamás un crimen semejante. Envié un telegrama al general Sikorski, quien me respondió que nuestro Gobierno plantearía la cuestión inmediatamente. A mí me parece que, conociendo la psicología soviética, el juego diplomático hubiera podido llevarse mejor y de una manera más eficaz; pero, por otra parte, es comprensible que el Gobierno polaco se dirigiese a la Cruz Roja Internacional. Lo hizo en los términos siguientes:

»"Dadas las informaciones alemanas, abundantes y detalladas, sobre el descubrimiento, cerca de Smolensk, de numerosos miles de cadáveres de oficiales polacos, y en razón de la afirmación categórica de que éstos fueron asesinados por elementos soviéticos, en la primavera de 1940, parece necesario examinar las fosas comunes descubiertas y hacer verificar, por la institución internacional apropiada que es la Cruz Roja, la exactitud de los hechos señalados. El Gobierno polaco emprende las gestiones necesarias para que esta institución envíe una delegación al lugar donde aparentemente tuvo efecto la masacre de los prisioneros polacos."

»La reacción soviética fue la más inesperada posible. El hecho de que el Gobierno polaco presidido por el general Sikorski se hubiera dirigido a la Cruz Roja fue considerado por la URSS como un motivo suficiente para romper sus relaciones diplomáticas con él. No era más que la utilización de un pretexto, pues desde hacía tiempo la malevolencia de los soviéticos respecto a nosotros y su repugnancia a toda colaboración sincera con nosotros se hacían sentir netamente. En la nota del 25 de abril de 1943, el Gobierno soviético reprochaba al Gobierno polaco su colaboración con Hitler realizando una campaña antisoviética con ocasión del descubrimiento de los cadáveres de los oficiales polacos encontrados en los alrededores de Smolensk.»

(FUENTE: general Wladyslaw Anders, Memorias [1939-1946], *La Jeune Parque, París.)*

Abajo, el general polaco Anders. Prisionero de los soviéticos en 1939 y liberado en 1940, formó un ejército de polacos que luchó contra los alemanes en el norte de África y en Italia.

Bajo estas líneas, el general W. Sikorski. Jefe del Estado Mayor en 1921 y exiliado en 1926, tras el desastre polaco de 1939 será jefe del Gobierno polaco en el exilio.



Roger Viollet



Collection Viollet

Mensaje de Stalin a Churchill, el 21.IV.1943

«El Gobierno del señor Sikorski no ha vacilado un instante en sacar partido de la campaña difamatoria organizada por los fascistas alemanes contra la Unión Soviética, respecto al asesinato de ciertos oficiales polacos que ellos mismos encontraron en el sector de Smolensk, territorio bajo ocupación alemana. Así mismo, la prensa polaca se ha apresurado a atizar el fuego utilizando todos los procedimientos imaginables. El Gobierno Sikorski no ha impugnado las infames calumnias fascistas, tan afrentosas para la URSS; es más, ni siquiera ha estimado oportuno formular pregunta alguna sobre el asunto o solicitar una aclaración al Gobierno soviético (...).

»Tomando como base esos hechos, el Gobierno soviético ha llegado a la conclusión ineludible de que sus relaciones con semejante Gobierno deben cesar inmediatamente. Considero necesario informar a usted sobre lo antedicho, y confío en que el Gobierno británico reconozca la inevitabilidad de este paso, impuesto prácticamente al Gobierno soviético.»



Staatsbibliothek Berlin

Comunicado de la Cruz Roja Int., el 23.IV.1943

La Cruz Roja alemana y el Gobierno polaco en Londres solicitaron la colaboración del Comité Internacional de la Cruz Roja para la identificación de los cadáveres que, según fuentes alemanas, han sido hallados en los alrededores de Smolensk. El Comité Internacional de la Cruz Roja ha contestado a ambos que, de acuerdo con sus principios, está dispuesto a designar varios expertos, neutrales, siempre que se solicite la comparecencia de todas las partes interesadas, con arreglo al memorándum presentado por el comité a los países beligerantes el 12 de septiembre de 1939, es decir, el documento donde quedaban ya establecidas desde los primeros días de la guerra las formalidades indispensables para una posible participación del comité en futuras investigaciones.

En la foto inferior, una impresionante imagen de los cadáveres alineados en los campos próximos a la Colina de las Cabras. En una sola fosa fueron desenterrados los cadáveres de tres mil militares polacos, casi todos oficiales, a veces amontonados hasta en 12 capas superpuestas. En Katyn desaparecieron los cuadros completos del ejército polaco prisioneros de los rusos.



Telegrama de Churchill a Stalin, el 25 de abril de 1943, sobre el asunto de Katyn

«El señor Eden vio ayer al general Sikorski. Éste le ha asegurado que su demanda de encuesta a la Cruz Roja había sido enviada sin que él tuviera conocimiento de la línea que seguiría el Gobierno alemán. De hecho, los alemanes han actuado después de haber oído el anuncio de la radio polaca. Sikorski declaró también a Eden que su Gobierno había presentado este asunto simultáneamente al Comité de la Cruz Roja y al señor Bogomolov. Sikorski subrayó que anteriormente, en varias ocasiones, había planteado la cuestión de los oficiales desaparecidos al gobierno soviético e incluso una vez personalmente a usted. Bajo sus instrucciones, el ministro polaco de Información, en su discurso radiado, reaccionó firmemente contra la propaganda alemana, lo que le ha valido una respuesta brutal por parte de los alemanes.

»Como resultado de observaciones serias de Eden a Sikorski, el general ha decidido no apresurar la encuesta de la Cruz Roja e informará de ello a las autoridades de la Cruz Roja en Berna. Pedirá igualmente a la prensa polaca que ponga freno a su agresividad. En este orden de ideas, yo voy a intentar poner sordina a los diarios polacos que se publican en Inglaterra y que atacan, de una parte, al gobierno soviético y, de otra, a Sikorski por sus tentativas de trabajar en común con el gobierno soviético.

»Para realizar esto, yo le pido que abandone inmediatamente la idea de una interrupción de sus relaciones.

»He pensado mucho en este asunto y estoy más convencido que nunca de que una ruptura de las relaciones polaco-soviéticas sólo sería provechosa para nuestros enemigos. La propaganda alemana destaca esta historia para provocar una fisura en las filas de las naciones unidas y mostrar al mundo que los intereses de Europa y de las naciones pequeñas son defendidos por Alemania contra las grandes potencias extraeuropeas, es decir, la Unión de las Repúblicas Soviéticas, los Estados Unidos y el Imperio Británico.

»Conozco bien al general Sikorski y estoy seguro de que ningún contacto o compromiso puede existir entre él, o su gobierno, y nuestro común enemigo, contra el cual él conduce a los polacos a una resistencia severa y pura. Su apelación al Comité internacional de la Cruz Roja era claramente un error, aunque yo esté convencido de que no lo ha cometido de acuerdo con los alemanes. (...)

»Espero que usted me ayude en el cumplimiento de esta tarea.»

Firmado: Churchill

(FUENTE: Documents on Polish-Soviet relations 1939-1945. *General Sikorski Historical Institute, Heineman, Londres, 1961.)*





A la izquierda, mapa de la Europa oriental en el que se localiza Katyn, junto al río Dniéper, cerca de la ciudad rusa de Smolensk. Los oficiales polacos fueron llevados allí desde los tres campos de concentración de Ucrania en los que habían permanecido desde 1939 hasta el mes de abril de 1940.

parte de la URSS. El acuerdo entre ambos países fue firmado el 14 de agosto del año 1941, y en él se preveía, entre otros aspectos, la concesión de una amnistía general para todos los ciudadanos polacos que por aquel entonces estuvieran detenidos en territorio soviético, incluidos los prisioneros de guerra.

¿Dónde están los prisioneros?

Algunos altos oficiales fueron excarcelados —no sin antes concederles nuevos uniformes— y recibidos por el Estado Mayor con reverencias y abrazos. Pero los polacos, para poder reconstruir los cuadros de su ejército, completamente destruido, exigieron la recuperación del resto de los oficiales que habían estado confinados en Kozelsk, Starobelsk y Ostaškov. La petición polaca generó una serie de respuestas ambiguas y contradictorias: «Los hemos liberado a todos; tened paciencia, hay problemas en el transporte...»

Las autoridades polacas no dejaron de presionar, presentando detalladas relaciones de nombres, de datos, de referencias precisas relativas a los oficiales desaparecidos. Incluso el embajador polaco acreditado en Moscú, tras innumerables gestiones, logró ser recibido por Stalin. Ante su interlocutor, el jefe del Estado soviético telefoneó a la policía secreta con el objeto de recabar puntual información sobre los oficiales polacos; tras una corta espera, Stalin frunció el ceño y se le ensombreció el rostro. Con aspecto turbado, el «hombre de acero» regresó a su mesa y cambió de conversación...

«Se habrán escapado»

Stalin concedió una segunda entrevista, esta vez a los generales polacos Anders y Sikorski, antiguos detenidos en los campos de Ucrania. Ésta es la transcripción de la conversación mantenida entre ellos:

Sikorski: «No nos concierne a nosotros dar las listas; de cualquier modo, los comandantes de los campos las tienen. Tengo aquí una lista de 4.000 oficiales polacos que se encontraban en vuestros campos de trabajo, pero ha sido comprobado que ni siquiera uno de ellos se encuentra todavía allí.»
Stalin: «Imposible. Se habrán escapado.»
Anders: «¿Y adónde habrán ido?»
Stalin: «Bueno, hacia Manchuria.»

«Hemos cometido un grave error»

A pesar de estas respuestas, los polacos se quedaron convencidos de que sus compatriotas vivían y de que Stalin se negaba a su liberación. Las cosas empezaron a aclararse a partir del momento en que Stalin cambió su versión sobre los hechos: «Es posible que se encuentren en los campos que en la actualidad ocupan los alemanes.» Ésta será la línea de razonamiento que seguirán los rusos para justificar la ausencia de los oficiales polacos.

No obstante, las incógnitas se fueron despejando poco a poco, sobre todo a partir de octubre de 1940, fecha en la que un grupo de oficiales polacos fieles al régimen de Moscú fue seleccionado para llevar a cabo una acción en contra de los alemanes. El teniente coronel polaco Berling había sugerido al segundo jefe de la policía secreta rusa, Merkulov, en presencia del mismo Beria: «¿Por qué no utilizamos a los excelentes oficiales recluidos en los campos de Starobelsk y Kozelsk?» A Merkulov se le ensombreció el rostro y contestó: «¡Ésos no; hemos cometido un grave error con ésos!»

El relato de la gente del lugar

En julio de 1941, los alemanes ocuparon Smolensk; y durante la primavera del año siguiente enviaron unas secciones de la Todt (constituidas, en gran parte, por prisioneros polacos) con el objeto de recoger los restos bélicos de la zona. Aquellos prisioneros polacos fueron los primeros en oír hablar —por boca de los propios habitantes del lugar— de la existencia de la Colina de las Cabras, en el bosque de Katyn, y de los horrores allí cometidos contra sus compatriotas.

Aquel lugar ya era conocido en 1929, fecha en que la policía secreta lo empezó a utilizar para las ejecuciones. A orillas del Dniéper se construyó una dacha que servía de refugio al comando de ejecución y más tarde fue cercada una gran porción de terreno. Había sido inaugurada por los hombres de la Cheka (la policía política), a quienes posteriormente habían sustituido en sus funciones los de la GPU y, en 1934, los del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD). Todos ellos utilizaban el lugar en aquellas ocasiones en las que se requería una «solución final»

A la derecha, dos familiares de los soldados polacos que fueron asesinados en 1940 por los soviéticos intentan identificar a sus parientes entre los cadáveres desenterrados en Katyn en 1943. Gracias a la particular naturaleza del terreno, éstos se conservaban en buen estado y eran fáciles de identificar.


Bundesarchiv

Los alemanes descubren la masacre

A partir de 1940, las gentes del lugar habían observado la presencia de centinelas apoyados por perros policía a lo largo del perímetro del cercado, sobre todo tras la llegada a Katyn de los oficiales polacos. Las autoridades alemanas, al conocer los relatos de los aldeanos, hicieron cavar en la zona sospechosa. Fueron apareciendo poco a poco los cuerpos sin vida de los oficiales, que aún vestían el uniforme polaco. Los trabajos tuvieron que ser interrumpidos a causa del frío y del estado extremadamente duro del terreno. Pero, en la primavera de 1943, prosiguieron las excavaciones, sobre todo en una zona donde despuntaban abedules plantados no mucho tiempo atrás; bajo sus raíces, los cadáveres de los oficiales polacos se iban a convertir en vivificante abono.

Todos los cuadros del ejército

Este descubrimiento sirvió a los alemanes para arremeter contra los soviéticos, a través de las ondas de Radio Berlín: «...Todos los cadáveres llevan el uniforme del ejército polaco, las manos atadas y presentan un agujero en la nuca producto de un disparo de pistola. La identificación no será difícil, porque, por la particular naturaleza del terreno, los cuerpos se encuentran en estado de momificación y llevan todavía encima los documentos personales. Ha sido posible encontrar entre los restos los del general Smorawinski de Lublín. Estos oficiales, que originariamente estaban detenidos en un campo de prisioneros en Kozelsk, fueron transferidos en trenes de ganado a Smolensk, en febrero y marzo de 1940. Más tarde fueron trasladados a la Colina de las Cabras, donde fueron asesinados. Se calcula que el número de oficiales ejecutados asciende a 10.000, número que se corresponde con todos los cuadros del ejército polaco arrestados por los soviéticos.»

Stalin rompe las relaciones con el Gobierno polaco

Ante estas informaciones, tanto Stalin como su Estado Mayor tuvieron que buscar justificación a sus anteriores declaraciones referentes a que ignoraban el paradero de aquellos prisioneros. Se dijo que los detenidos habían sido destinados a «construir carreteras», hasta que llegaron los alemanes y los asesinaron.

Esta versión provocó la indignación del Gobierno polaco en el exilio (en Londres), que exigió una investigación a cargo de una comisión internacional de la Cruz Roja. Ante esta actitud de desconfianza de sus «aliados», la Unión Soviética reaccionó de manera desmesurada: rompió relaciones con el Gobierno polaco exiliado en Londres, apoyó la constitución de un ejecutivo polaco dócil con sede en Moscú y se opuso a la creación de la comisión investigadora.

Examen forense

Los alemanes, por su parte, apadrinaron la formación de una comisión médica internacional, integrada por especialistas de diversas universidades europeas. Una vez en Katyn, la comisión elaboró un informe en el que se aseguraba —tras examinar los cadáveres, el estado de los uniformes, y los centenares de documentos hallados entre ellos— que la matanza tuvo lugar entre marzo y abril de 1940. Todos los documentos (agendas, diarios, cartas, periódicos) eran anteriores a esta última fecha.

Informe de los criminalistas internacionales

«En el bosque de Katyn fueron investigados por la comisión enterramientos colectivos de oficiales polacos. Hasta la fecha fueron abiertas siete zanjas, de las que se desenterraron y reconocieron 982 cadáveres, el 70 % de los cuales fueron identificados. En varios de ellos se procedió a hacer la autopsia.

»Todos los cadáveres revelan, como causa de muerte, disparos en la nuca. De los documentos hallados en los cadáveres se deduce que las ejecuciones tuvieron lugar durante los meses de marzo y abril de 1940. En ello coinciden totalmente los hallazgos consignados en el Protocolo, encontrados en las zanjas y en cada uno de los cadáveres de los oficiales polacos.

FIRMADO: Dr. Speleers, Dr. Markov, Dr. Tramsen, Dr. Saxén, Dr. Palmieri, Dr. Miloslavich, Dr. De Burlet, Dr. Hájek, Dr. Birkle, Dr. Naville, Dr. Subik, Dr. Orsós.»

Este informe fue redactado con motivo de las investigaciones realizadas sobre enterramientos en masa de oficiales polacos en el bosque de Katyn, junto a Smolensk, por una comisión internacional integrada por destacadas personalidades de la medicina forense y de la criminología. Dicha comisión, que realizó su cometido en los días 28 a 30 de abril, estaba integrada por los arriba firmantes.



Arch. Ed. Atlas-Ct. Lalance

Mentiras soviéticas...

En otoño de 1943 entró en liza una tercera comisión investigadora: los rusos, al reconquistar Smolensk, se apresuraron a abrir las fosas y pusieron al frente de la investigación al académico Burdenko, expresamente encargado de rebatir los argumentos alemanes. Así pues, para los rusos, los autores de la masacre habían sido los alemanes; los testigos presentados por éstos habían confesado bajo amenazas y torturas; los cadáveres procedían de otro sitio y habían sido enterrados en Katyn; la ejecución había sido llevada a cabo por prisioneros rusos que fueron asesinados, al igual que los oficiales polacos, «en el otoño de 1941»; los alemanes habían hecho desaparecer todos los documentos con fecha posterior a la primavera de 1940 para evitar ser acusados; y, en fin, muchas de las balas encontradas eran, según el informe soviético, de procedencia alemana.

... y desmentidas polacas

Los argumentos de la comisión soviética fueron rebatidos, uno a uno, por comisionados polacos trasladados expresamente a Katyn. Se demostró que los testigos rusos, cuando no habían «desaparecido» o «fallecido», se contradecían; que las autopsias practicadas a los cadáveres habían confirmado la fecha de la muerte de las víctimas en torno a la primavera de 1940; que resultaba imposible que los alemanes hubiesen podido extraer, seleccionar y volver a restituir entre los cadáveres los documentos de las víctimas, los cuales, debido al avanzado estado de putrefacción, debían haber sido tratados químicamente para poder ser interpretados; y, por último, se demostró también que las balas alemanas halladas en las fosas estaban en posesión de los rusos desde antes de la guerra, época en que habían sido vendidas por la llamada Genschow.

Un caso archivado

El proceso de Nuremberg hizo resurgir el doloroso episodio de Katyn. En aquella ocasión, el papel de la acusación pública fue asignado a un coronel soviético, a pesar de que la URSS era parte sospechosa en el asunto. Y dicho coronel basó su alegación en el informe de Burdenko. Además, uno de los firmantes en 1943 del documento de la comisión médica internacional —el médico búlgaro Markov, pendiente de un proceso de tipo stalinista por



violler



violler

En estas fotos tres momentos de la investigación realizada en Katyn por la Comisión internacional en 1943. En la página anterior el Dr. Orsos, profesor de medicina legal y de criminología en la universidad de Budapest presencia la exhumación de uno de los cadáveres antes de proceder a la autopsia. Arriba el Dr. Miroslawich, profesor de medicina legal y de criminología en la universidad de Zagreb y miembro de la London Society of Legal Medicine, mientras muestra a un oficial alemán algunos hallazgos. A la izquierda el Dr. Naville, profesor de medicina legal en la universidad de Genève examina el uniforme de un soldado polaco

Informe de la investigación americana

«No se puede tener ninguna duda sobre la responsabilidad del Kremlin por lo que hoy se considera como uno de los más ominosos delitos de nuestro tiempo. Después de su investigación, la comisión del Congreso americano presentó abundantes pruebas que confirman estas conclusiones.

»Así fue la declaración del teniente coronel John H. Van Vliet jr., uno de los cuatro oficiales aliados detenidos por los alemanes y conducidos a Katyn: "Odiaba a los alemanes", concluye la declaración de Van Vliet, "no quería creerles. Con grandes reticencias tuve que reconocer que habían sido los rusos los que cometieron aquella matanza."

»El teniente coronel Donald Stuart, otro oficial americano obligado por los nazis a asistir a la exhumación de los cadáveres de Katyn, testificó: "Dejé Katyn convencido de que los rusos mataron a aquellos hombres. Esa masacre no podía ser una total falsificación (...)."

»Pero la prueba más interesante viene del propio Kremlin, que se negó a que los testigos compareciesen ante la Comisión (...). En Polonia, todos los periódicos fueron obligados a publicar el comunicado soviético en el que se endosaba la responsabilidad a los nazis.»

(Arthur Bliss Lane, ex-embajador de Estados Unidos en Polonia y promotor de la investigación.)

ese motivo— fue obligado a retractarse de dicha firma; y a los polacos se les prohibió ocuparse del asunto, después de que los soviéticos pusieran bajo su tutela a los países del Este europeo. Así pues, el caso Katyn, que se encontraba citado en las actas de acusación elaboradas por el tribunal militar de Nuremberg, acabó por ser archivado tras desaparecer de la sentencia.

La clave: confesión de Burdenko

En 1946 moría el que fuera presidente de la comisión soviética para la investigación del caso Katyn, profesor Burdenko, tras haber confesado, al parecer, que había redactado un informe falso por orden de Stalin. Esta noticia se filtró a Occidente y provocó que un grupo de diputados y senadores norteamericanos, capitaneados por el que fuera embajador de Washington en Varsovia, Arthur Bliss, forzase al Congreso a nombrar una comisión especial que fuese capaz de aclarar definitivamente los hechos. Dicha comisión volvió a examinar los documentos, pero sobre todo interrogó a muchos testigos que habían tenido alguna relación con los acontecimientos.

Tal es el caso, por ejemplo, del coronel americano Van Vliet, que había sido hecho prisionero por los alemanes y conducido a Katyn por éstos en calidad de observador. A pesar de su odio por los alemanes —provocado por las múltiples vejaciones a las que fue sometido—, Van Vliet declaró ante los comisionados americanos que no tenía dudas respecto de la responsabilidad rusa en los acontecimientos de Katyn. Entre otras cosas, expresó su extrañeza ante el hecho de que los oficiales polacos desenterrados llevaran botas casi nuevas, sobre todo teniendo en cuenta que, según la versión soviética, los prisioneros llevaban más de dos años detenidos en los campos de concentración y «construyendo carreteras» antes de ser asesinados

Otros testimonios

Otro testimonio fue el del oficial americano Henry Szymanski, que declaró haber hablado con centenares de personas que estaban al corriente de las muertes. Pero la declaración definitiva la hizo un prófugo polaco que testificó con el rostro cubierto ante el temor a las posibles represalias hacia su familia, en aquel momento residente en Polonia. Éste es el testimonio: «Soy



Swedish Institute

A la izquierda, un cartel de la propaganda antisoviética alemana en Bielorrusia en 1941. El oso ruso, con la hoz y el martillo grabados en la frente, y con las fauces ensangrentadas, se alza sobre una calavera. Tras descubrir la masacre de Katyn, los alemanes avivaron sus críticas contra la Rusia soviética y los crímenes de Stalin. El Gobierno polaco en el exilio pediría a la Cruz Roja que enviase una comisión investigadora, y esto enfureció tanto a Stalin que rompió las relaciones diplomáticas con el Gobierno polaco en Londres, al frente del cual se encontraba el general W. Sikorski. A pesar de la fingida ira de Stalin, luego se demostraría que los responsables fueron los rusos.

testigo de al menos 200 muertes en el bosque de Katyn. Un compañero y yo encontramos un escondite cercano a la fosa común, desde donde vimos a los oficiales polacos, conducidos cada uno por dos soldados rusos hasta la fosa, con las manos atadas a la espalda. Mientras un guardia sostenía al prisionero, el otro evitaba que gritase llenándole la boca de aserrín. Si alguno se resistía, era asesinado en el acto. Los demás eran lanzados vivos al fondo de la fosa, donde morían asfixiados.»

El coronel del ejército soviético Vasili Ershov, huido de su país, ratificó este testimonio ante la comisión americana, y añadió que los soldados rusos responsables de las ejecuciones habían consumido asombrosas cantidades de vodka antes y después de la masacre.

Estos testimonios recopilados por los parlamentarios americanos provocaron la indignación en la Unión Soviética, que lanzó una dura campaña de prensa contra la iniciativa.

Tras la muerte de Stalin, su sucesor en el cargo, Nikita Kruschev, en pleno proceso desestalinizador, quiso revelar la verdad, atribuyendo la responsabilidad de los hechos de Katyn a Stalin. No obstante, el dirigente polaco Gomulka consideró que una declaración en este sentido podía ser contraproducente para la moral de los polacos y para la credibilidad de los soviéticos en Polonia.

Las últimas referencias que se tienen sobre los acontecimientos de Katyn se refieren a una carta enviada por el jefe de la NKVD de Minsk al secretario de la Asociación anglo-polaca de Londres, en la que se atribuye la responsabilidad de la matanza a cuatro altos oficiales soviéticos, que, al parecer, habían interpretado erróneamente las órdenes de Moscú.

Desde el 19 de septiembre de 1976, en el cementerio londinense de Hammersmith se alza un obelisco negro costeado por exiliados polacos residentes en Inglaterra. En el transcurso de una sencilla, breve y emotiva ceremonia que pretendía rememorar unos hechos acaecidos 37 años atrás, quedó descubierto el monumento en cuya base se leen aún hoy dos palabras que estremecen: Katyn 1940

El desembarco en Normandía
El día más largo

Eduardo Haro Tecglen
periodista, director de *Tiempo de historia*)

Una carrera hacia Berlín: los británicos y los americanos desembarcan en Francia, en una gigantesca operación naval y aérea, mientras los soviéticos avanzan desde el Este. Cuando ya empieza a verse claro que los aliados ganarán la guerra, se inicia una «guerra» entre ellos para ver quién llegará primero a la capital del Tercer Reich. En esta carrera estaba en juego, en definitiva, el futuro reparto de Europa y el futuro reparto de influencias en gran parte del mundo.

Normandía, 6 de junio de 1944. El despliegue, tras duros combates, de lanchas de desembarco y vehículos de transporte en la playa Omaha, pone de manifiesto la envergadura de la operación Overlord. La invasión de Francia había empezado, era el principio del fin del Tercer Reich.



Farabola

En el bando aliado, no todos aprobaban el desembarco

«La potencia de la aviación, y particularmente la de las unidades de bombardeo, había introducido en la guerra una nueva dimensión. A pesar de los resultados, que, considerados desde su ángulo más favorable, eran poco concluyentes, y sin tener en cuenta el crecimiento continuo del arma aérea enemiga, los comandantes de las fuerzas del aire estratégicas aliadas habían llegado a creer que ellos controlaban el instrumento decisivo. Consideraban que ellos solos eran capaces de alcanzar la victoria. El general Spaatz, comandante de la Fuerza Aérea Estratégica de Estados Unidos (USSAF), estaba persuadido de que la operación Overlord no era en absoluto necesaria. El mariscal del aire Harris, su homólogo británico, compartía este punto de vista. El general Arnold, representante de las fuerzas aéreas de Estados Unidos ante los jefes de Estado Mayor interfuerzas, había llegado a la misma conclusión. Ninguno de estos jefes se oponía abiertamente a la operación Overlord ni mostraba irritación ante las exigencias de las que eran objeto sus efectivos. Ellos creían buenamente que, si proseguían su estrategia de bombardeos a ultranza, el objetivo que se buscaba se lograría finalmente.»

(FUENTE: R. W. Thompson, El Día D, *Historia ilustrada de la Segunda Guerra Mundial. Marabout, París.)*

Embarcaciones aliadas cruzan el Canal de la Mancha en dirección a Normandía la mañana del 6 de junio de 1944. La barrera de globos tenía por objeto proteger al convoy de los posibles vuelos rasantes de los aparatos de la Luftwaffe.

Publifoto

A finales del siglo pasado, un «poeta maldito» de vida castigada y marginal, Paul Verlaine, escribió una bella, triste y monótona *Canción de otoño*. Por una de esas fantasías que a veces tienen los guerreros, dos versos de ese poema fueron elegidos como clave para advertir a la resistencia francesa y a los agentes aliados en la Europa ocupada de que iba a comenzar la «operación Overlord», el desembarco en un punto del continente:

«Les sanglots longs des violons
de l'automne
blessent mon cœur d'une langeur
monotone.»

Dónde y cuándo

Los alemanes lo sabían. Captaron el primer verso el 1 de junio; el segundo, el día 5 de junio de 1944. La información alemana sabía muchas cosas, pero no las podía valorar: una gran parte de ellas obedecían a una intoxicación enemiga: se les hacía llegar noticias falsas por medio de agentes dobles. Esta información era exacta. El segundo verso indicaba que en las 48 horas siguientes iba a comenzar la invasión; pero nadie sabía exactamente por dónde ni en qué momento.

No era posible mantener a cubierto y en secreto los preparativos del desembarco. Toda la zona costera británica era un hervidero de soldados, de material de guerra de todas clases, de embarcaciones. «Parecía que la Isla iba a hundirse por el peso de los cañones y los tanques», recuerda un testigo. La fecha era también previsible: el 5, el 6 y el 7 de junio ofrecían unas condiciones meteorológicas adecuadas: muchas horas de luz —la literatura ha llamado al «día D» el «día más largo»—, mareas bajas, suposición de buenas condiciones del mar... Sin embargo, el 5 de junio las condiciones fueron adversas. El mar estaba endurecido, soplaban vientos fuertes y la visibilidad no era buena. Se aguardó al día siguiente y, aunque la meteorología no fuese óptima, se lanzó la operación: no podía aguardar más. Al amanecer, más de cinco mil embarcaciones zarparon de la costa británica, transportando un ejército de dos millones de hombres —en oleadas sucesivas—. Los alemanes les esperaban en Calais: llegaron por Normandía, cerca de Caen.

Roosevelt y Churchill, cita en Casablanca

La operación Overlord había sido minuciosamente preparada durante dos años. No constituyó solamente un problema estratégico y logístico, sino



¿Por qué el 6 de junio por la mañana?

[illegible]

también un arduo problema político. Los tres grandes personajes que dirigían la guerra en el bando de los aliados no estuvieron nunca de acuerdo en cómo, dónde y cuándo iba a realizarse la operación Overlord.

En enero de 1943 se reunieron en la ciudad marroquí de Casablanca el presidente estadounidense Roosevelt y el primer ministro inglés Churchill —con un De Gaulle en segundo plano—, y Roosevelt anunció, no sin sorpresa por parte de Churchill, que el final de la guerra debería producirse por «una rendición sin condiciones» de Alemania. Churchill asintió públicamente, pero le quedaron grandes dudas. Algunos miembros de su Gobierno de coalición, desde luego en contra de su voluntad, estaban por entonces realizando algunos contactos con los alemanes; y en ese momento, Churchill esperaba la posibilidad de que Alemania ofreciese una forma de capitulación a costa de Hitler y los nazis.

Churchill no olvidó un solo momento que su vieja y sólida mentalidad conservadora le advertía que el único peligro real era el soviético, el comunista, al que combatía personalmente desde 1917. Su idea era la de respetar una Alemania que en ese momento no había sufrido aún demasiadas destrucciones, instalar en ella una democracia y establecer una serie de regímenes democráticos en Centroeuropa: éstos constituirían una fortaleza contra la URSS, que quedaría reducida a su propio territorio. Aconsejaba a Roosevelt esa misma solución, que podría aplicarse también a los japoneses: la industria, la técnica, la ciencia y hasta las capacidades militares de esos dos países se convertirían en aliadas

¿Cambio en las alianzas?

Algunas fuerzas en la propia Alemania compartían esa idea y proponían algo más, un cambio en las alianzas, de forma que todo ese gran bloque ya democrático se reuniese en un asalto final a la Unión Soviética. La frase «rendición sin condiciones» que Roosevelt emitió en Casablanca y que repitió continuamente después —«Nunca trataremos con un gobierno del Eje, o con una fracción procedente del Eje, más que sobre las modalidades publicadas en Casablanca: rendición incondicional»— destrozaba los planes de Churchill. Y disipaba los temores de Stalin, quien, naturalmente, tenía las suficientes informaciones sobre el particular como para temer ese giro brutal de la guerra.

A su vez, Roosevelt temía que las sospechas de Stalin le llevaran a la



Arch. National Library. Washington-Snark



tentación de aliarse *in extremis* con Hitler: después de todo, ya había existido el pacto germano-soviético, que tenía esa misma intención [véase el artículo sobre *El acuerdo Hitler-Stalin* en el volumen anterior, páginas 25-36]. Por otra parte, Roosevelt deseaba que sus soldados —y sus generales, naturalmente— entrasen en Europa y realizasen una ocupación importante. Al comenzar el año 1942, Roosevelt había tratado ya con Stalin de la posibilidad de un «segundo frente», de un desembarco en Europa, que tenía previsto para 1943. Pero se habría adelantado en el caso de que la penetración alemana en territorio soviético lo hubiese hecho necesario. Desde ese momento, Stalin requería incesantemente que se produjese el desembarco. Pero los dos se encontraban con la oposición de Churchill, que guardaba la esperanza del cambio de alianzas.

El vientre del cocodrilo

En agosto de 1942, Churchill fue a Moscú, donde —según los informes de un testigo, el embajador americano Harriman— fue tratado por Stalin con sarcasmo.

—«Evidentemente —decía Stalin— no se puede ganar la guerra si se tiene miedo de los alemanes... Menos aún si no se quieren aceptar todos los riesgos...»

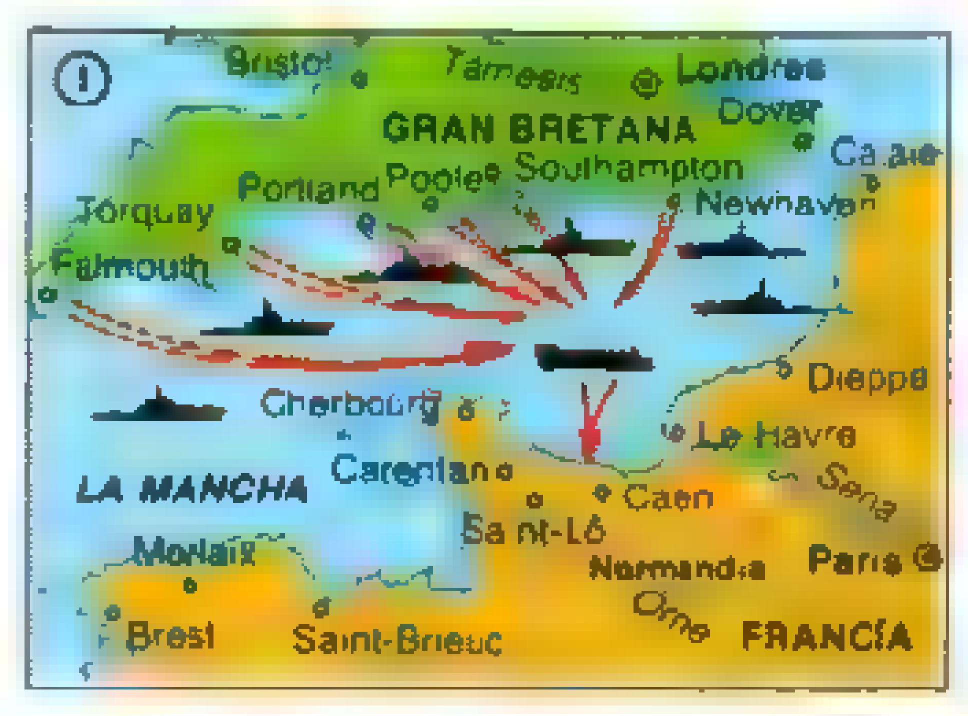
Churchill soportaba, y respondía con sus argumentos continuos: no se podía hacer un ataque frontal contra los alemanes. En un momento dado, dibujó en el papel secante que cubría la carpeta que tenía ante él un cocodrilo, y explicó su dibujo:

—«El cocodrilo es tan temible por sus fauces como por su cola, fuerte y ágil... Nunca se le ataca por esos sitios, sino por su punto débil: el vientre...»

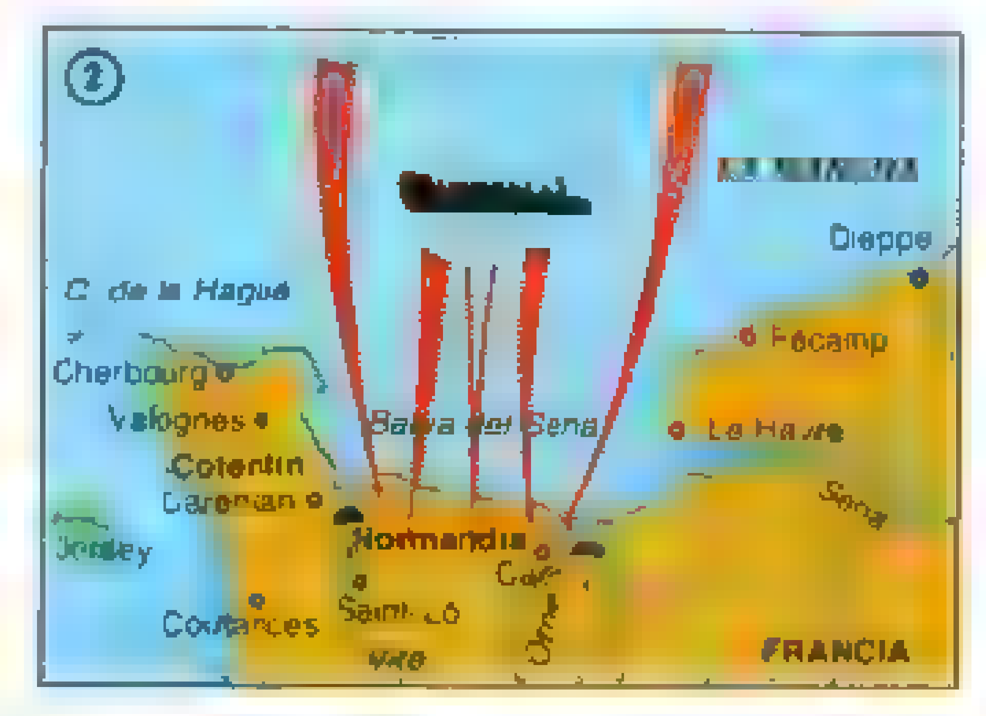
Sicilia, puerta de Europa

Para Churchill, el vientre blando y vulnerable era Italia, a partir de Sicilia. Era una buena previsión, que dio buen resultado cuando se emprendió. Pero su idea oculta estaba en el cambio de alianzas o, como excelente alternativa, en que Alemania y la URSS se destrozasen mutuamente. No tan «oculta» como para que Stalin no la adivinase y siguiese insistiendo en la apertura de un frente en el norte.

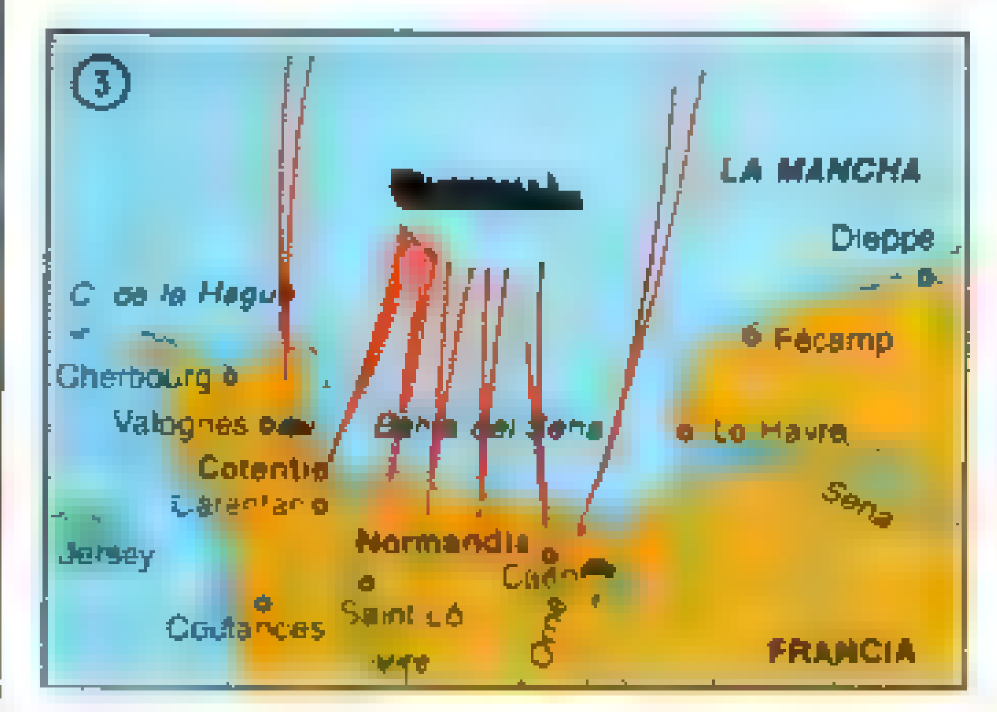
No mucho después de esta conversación, el signo de la guerra comenzó a cambiar. En el mes de noviembre de 1942 se inició la ofensiva soviética en Stalingrado; el 13 de diciembre, los soviéticos obtenían el triunfo de Kotelnikovo; y cuando se celebró la conferencia de Casablanca, del 14 al 24 de enero de 1943, se veía ya que los alemanes estaban perdidos en la URSS: las tropas soviéticas tomaron



1 Las embarcaciones en que viajaban las tropas de invasión zarparon de distintos puertos de Inglaterra en dirección a la franja de costa normanda comprendida entre Caen y Cherbourg



2 Según el plan inicial el ataque debía seguir tres direcciones, con el apoyo de dos divisiones aerotransportadas cuyo objetivo era cubrir los flancos del desembarco (flechas laterales)



3 El entonces general Montgomery —bajo cuyo mando estuvo el conjunto de las fuerzas aliadas comprometidas en la operación Overlord— propuso un desembarco en cinco direcciones

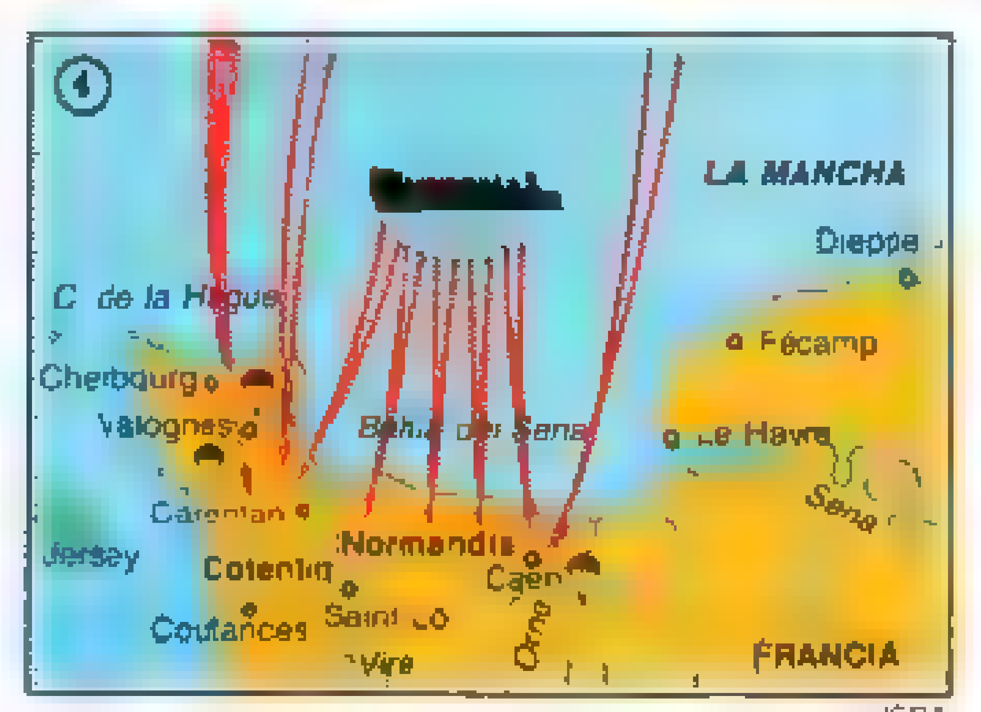


U.S. Army

Voronezh el 25 de enero; y los alemanes se rindieron, literalmente aplastados, en Stalingrado el 2 de febrero. En otros frentes se producían victorias aliadas incesantes: los americanos tomaban Guadalcanal el 9 de febrero, y el Eje se rendía en el norte de África el 13 de mayo. El 10 de julio, los aliados desembarcaban en Sicilia...

Llegar a Berlín los primeros

Desde ese momento, la mentalidad político-militar de Churchill y Roosevelt tenía una nueva preocupación: entrar en Europa, llegar a Berlín, antes de que lo hicieran los soviéticos. Durante todo lo que quedaba del año 1943, las tropas soviéticas progresaban con cierta facilidad: Bryansk, Smolensk, Kiev... Y comenzaban su ofensiva en la zona de Leningrado. El desembarco en Europa ya no contaba para Churchill como una forma de ayudar a la URSS



IGDA

4 Eisenhower añadió una tercera división aerotransportada (primera flecha a la izquierda). La segunda y tercera flechas indican la playa Utah; la séptima flecha indica la playa Sword.

A la izquierda, las rampas de las lanchas se abren para dar paso a los infantes. Cerca de 133 000 hombres (57 500 estadounidenses y 75.200 británicos y canadienses) asaltaron las playas el día D. Otros 23.400 participaron en calidad de tropas aerotransportadas.

Arriba, soldados del VII Cuerpo de Ejército en la playa Utah. Apenas hallaron resistencia

Abajo, bunker del muro del Atlántico. Este formidable dispositivo fortificado se reveló totalmente ineficaz para impedir el desembarco

El personaje del desembarco



IPS

Dwight D. Eisenhower

Tejano, nacido en Denison en 1890, pasó por las academias militares de West Point y Fort Leavenworth; estuvo destinado durante muchos años en puestos burocráticos, en los que llegó a ser general de división en el Estado Mayor. Cuando los japoneses atacaron Filipinas, se le nombró jefe de la División de Operaciones en Washington. En 1942 fue nombrado jefe de operaciones del ejército de Estados Unidos en Europa y dirigió el desembarco en el norte de África; después fue nombrado comandante supremo de las fuerzas aliadas en Europa Occidental, y en ese puesto dirigió y organizó todo el desembarco de Normandía y se mantuvo hasta que terminó el conflicto. Después fue jefe supremo de la OTAN (1950), cargo que abandonó (1952) para presentarse a las elecciones presidenciales de su país por el partido republicano: las ganó, y fue reelegido presidente en noviembre de 1956. Su sucesor fue Kennedy, en 1961. Murió en 1969.



PS

Planeador británico Horsa Airspeed utilizado para el transporte de tropas de asalto. Era remolcado por un Dakota que lo soltaba en vuelo.

Abajo, soldados estadounidenses desembarcados en playa Utah se dirigen hacia el frente, aun poco distante del mar. En la tarde del día 6, cerca de 23.250 hombres y 3.500 vehículos habían entrado en Francia por este sector con relativa facilidad: el número de muertos no llegó a 200.



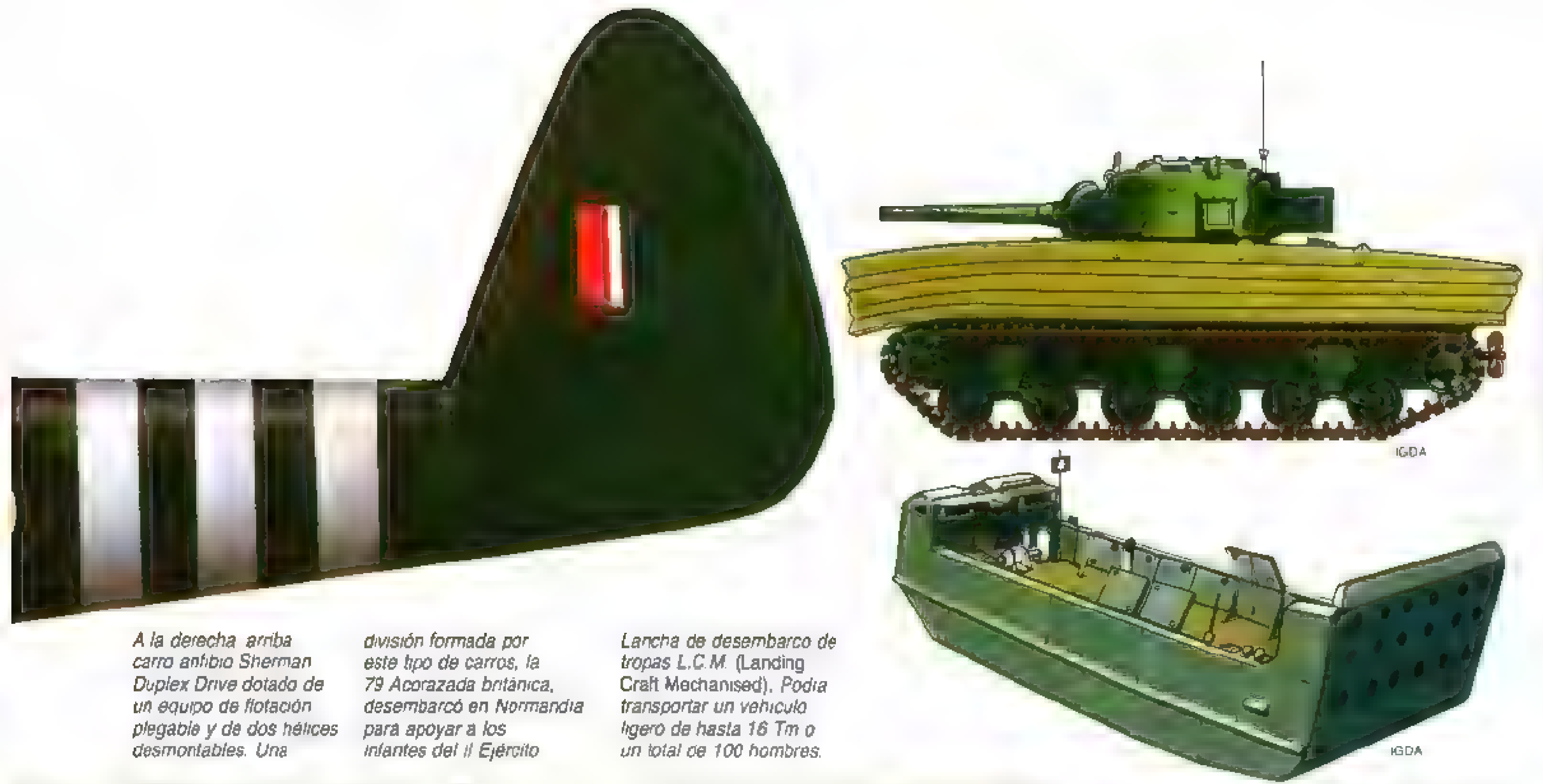
Archivo Orbis

en su lucha contra los ocupantes alemanes, que le causaba tanto regocijo y favorecía sus planes: era una carrera para llegar antes que ellos.

Los historiadores soviéticos han criticado con violencia el juego angloamericano. «El retraso voluntario en la apertura del "segundo frente" era un crimen de los medios reaccionarios ingleses y americanos contra los pueblos que se habían alzado frente a los invasores fascistas. Ese retraso había costado a esos pueblos enormes sacrificios. Los dirigentes americanos consideraban el desembarco de sus tropas en Europa como una de las etapas para el dominio mundial. Por eso, Churchill intentó, incluso en 1944, retrasar el desembarco, en interés de los capitalistas ingleses (...) Desembarcando en el norte de Francia, los dirigentes ingleses y americanos querían, sobre todo, realizar sus planes imperialistas en Alemania: impedir el aplastamiento del fascismo, salvar las fuerzas reaccionarias, evitar la democratización de los países de Europa occidental, cerrar al ejército soviético el camino hacia el oeste (...). El general Bradley, que mandaba el 1.er Ejército norteamericano, precisó de esta forma el objetivo del desembarco: "Para evitar el caos en el continente, teníamos que poner en juego todas las fuerzas disponibles, franquear el Canal de la Mancha, penetrar en Alemania, desarmar sus tropas y tomar en nuestras manos el control de ese país".» (Gregor Déborin, *La Segunda Guerra Mundial.*)

La versión inglesa

Los historiadores próximos a Churchill han dado siempre otra versión, que tampoco pudo nunca hacer pública: Churchill tenía muy poca confianza



A la derecha arriba carro anfibio Sherman Duplex Drive dotado de un equipo de flotación plegable y de dos hélices desmontables. Una división formada por este tipo de carros, la 79 Acorazada británica, desembarcó en Normandía para apoyar a los infantes del II Ejército

Lancha de desembarco de tropas L.C.M. (Landing Craft Mechanised). Podía transportar un vehículo ligero de hasta 16 Tm o un total de 100 hombres.

en la capacidad combativa de Estados Unidos, y temía que el desembarco en Francia resultase una catástrofe militar: el único suceso que, a esas alturas, podía ya hacer perder la guerra. El hecho es que, en las conferencias de Washington y de Quebec (mayo y agosto de 1943), Roosevelt decidió que el desembarco debía hacerse el 1 de mayo de 1944; pero, en la conferencia de Teherán (noviembre-diciembre de 1943), Churchill seguía hablando de aplazamiento

Un testigo, Hopkins, cuenta así la escena: «Churchill acudía a todos los recursos del arte oratorio, a todas las frases y perífrasis del arte oratorio que eran su fórmula; y Stalin agitaba su bastón con una indiferencia implacable frente a la esgrima de su hábil adversario, mientras Roosevelt, sentado entre ellos, considerado de común acuerdo como moderador, árbitro y autoridad final, intervenía muy pocas veces y sus palabras parecían enojosamente fuera de la cuestión que se debatía; pero parece que generalmente, tanto en Teherán como en Yalta, fue él quien tuvo la palabra final.» Y esa palabra final fue la que decidió el desembarco.

El general Eisenhower...

El 2 de febrero de 1943, Roosevelt había conseguido que Eisenhower fuera el comandante en jefe de todas las fuerzas aliadas en Europa: el nombramiento del general de más prestigio y más categoría del ejército de Estados Unidos significaba la preparación sin dilaciones de la operación de conquista. Fue él, y su Estado Mayor aliado, quienes prepararon todos los detalles de la operación Overlord: quien eligió el punto concreto y movilizó la operación de contraespionaje que hizo que

Relato de un testigo

Cornelius Ryan, que se hizo famoso por su libro sobre el desembarco en Normandía (El día más largo), *vio así el momento en que los americanos llegaron al punto denominado Omaha Beach:*

«Los hombres saltaron en un agua que tenía una profundidad de uno a dos metros. Sólo tenían una idea: llegar a la playa de guijarros y buscar el dudoso refugio que ofrecían los primeros desniveles. Pero bajo el peso de sus equipos, incapaces de correr en el agua profunda, sin protección de ninguna clase, se encontraron bajo el fuego cruzado de las ametralladoras y las armas ligeras. Caían los hombres al borde del agua, a lo largo de la playa. Algunos morían en el acto, otros se lamentaban pidiendo ayuda médica, mientras la marea ascendente les sumergía implacablemente. (...)

»Desgracias y desastres cayeron sobre las cabezas de los hombres de Omaha Beach. Descubrieron que no se les había desembarcado en su sector: algunos se encontraban a más de tres kilómetros. Compañías preparadas para asaltar ciertas posiciones precisas no las vieron jamás. Había pequeños grupos clavados en el suelo, aislados en un terreno que no reconocían, frecuentemente sin oficiales ni medios de transporte. Islotes de heridos aparecían en la playa. Al pasar, los soldados veían que algunos se mantenían sentados, muy rectos, como si se creyesen ya inmunes. Parecían en calma, tranquilos, indiferentes a todo lo que les rodeaba. Los soldados estaban extendidos hombro con hombro sobre los guijarros y la arena; se acurrucaban tras los cadáveres. Clavados en el suelo por el fuego de un enemigo que se habían imaginado destruido, desconcertados por los errores de navegación, decepcionados por la ausencia de embudos de proyectiles de obús en los que hubieran podido protegerse, aterrados por la devastación y la muerte que les rodeaban, se quedaban como petrificados al borde del agua, presas de un extraño letargo. (...)

»Recorriendo el sector de la 1.ª División de arriba a abajo, sin preocuparse de los proyectiles de obús y de las balas de ametralladora, el coronel Taylor, jefe del regimiento 16, gritaba: "¡Sólo hay dos clases de hombres que se queden en la playa: los muertos y los que van a morir! ¡Salgamos de aquí velozmente!" Cuando los soldados vieron que les era posible avanzar, su terror y su impotencia se cambiaron por una cólera enorme. No lejos de la cima de la colina de Vierville, el comandante Carl Weast y el capitán George Whittington vieron un nido de ametralladora servido por tres alemanes: cuando West y el capitán lo rodeaban prudentemente, uno de los tres alemanes se volvió bruscamente y les vio; gritó: "Bitte! Bitte! Bitte!" (¡Por favor!). Whittington mató a los tres. Después se volvió hacia Weast y le dijo: "Me pregunto qué querrá decir eso de bitte*..."»*



La infantería fue la principal protagonista del desembarco y la clave de su éxito. Pero miles de combatientes lo pagaron con su vida. Muchos no salieron de las playas, donde quedaron clavados por el fuego enemigo, otros ni tan sólo llegaron a pisar el suelo francés

Farabola

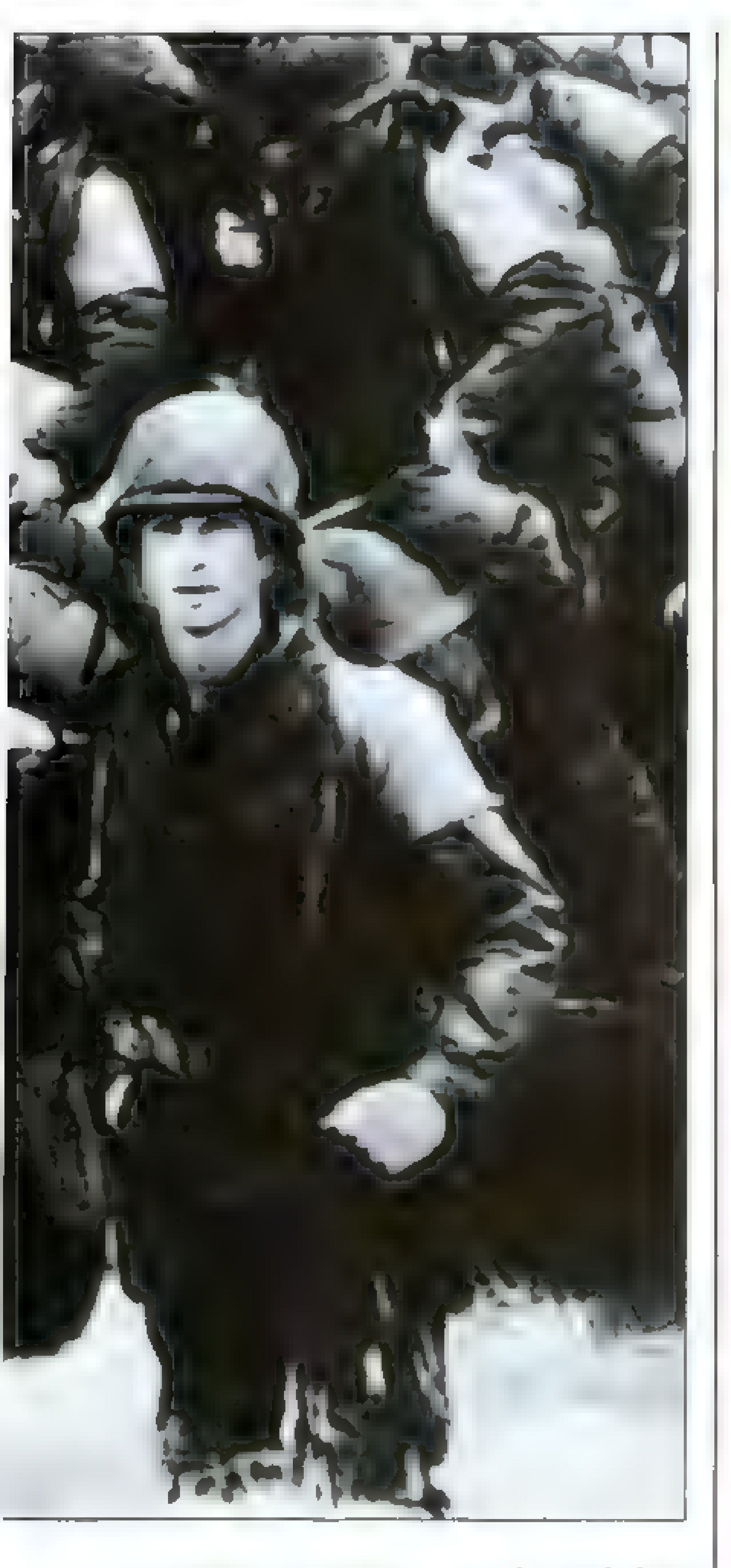
los alemanes esperasen la invasión por Calais; quien durante meses y meses dirigió los bombardeos sobre nudos de comunicaciones que impedirían que los alemanes pudieran llevar refuerzos a la zona atacada, y quien movilizó la resistencia francesa.

Von Rundstedt vs. Rommel

El mariscal Von Rundstedt disponía de 60 divisiones de infantería —al menos, sobre el papel— y 10 de tanques (9 divisiones acorazadas y 1 de infantería acorazada), más unas fortificaciones de primer orden (el «muro del Atlántico»); pero le parecían insuficientes para cubrir los 900 kilómetros de playas entre Holanda y España. Proponía concentrarlas todas en un punto algo lejano de la costa, para poderlas lanzar en bloque sobre el punto mismo de la invasión. Rommel no le atendió. Entendía que la superioridad aérea aliada impediría que las tropas llegaran aprisa, y prefería reforzar el muro del Atlántico y mantener las tropas desplegadas.

Hitler zanjó la cuestión con su orden número 51 en la que, pura y simplemente, se ordenaba al Ejército que arrojase al mar a los invasores apenas hubieran tocado tierra. Esto fue interpretado como un apoyo a las tesis de Rommel: evidentemente no se puede arrojar al mar a un enemigo si no se tiene previsto que puede desembarcar en cualquier lugar.

Hay que decir que los documentos de la época recogen que Hitler estaba seguro de que el desembarco iba a producirse en Normandía, pero que sólo podía alegar su «intuición»; fueron sus generales los que le persuadieron de que el punto elegido por el enemigo era el Paso de Calais. Tan seguros estaban de su talento militar y de la veracidad de los informes recogidos por sus agentes, muchos de los cuales estaban en realidad al servicio de los ingleses (Nigel West, en *MI-5*, que acaba de publicar en Londres Bodley Head, cita como uno de los más importantes a «Felipe Fernández», periodista español que escribía en *La Vanguardia* desde Londres y que tuvo varios nombres de código: «Garbo», «Arabel»; los alemanes le pagaron 20.000 libras esterlinas y le dieron la Cruz de Hierro de segunda clase, mientras los ingleses le condecoraron a su vez; los datos parecen corresponder a Felipe Fernández Armesto, «Augusto Assía», corresponsal en Londres de *La Vanguardia*) y creaban la intoxicación informativa, que incluso después de que comenzara el desembarco creyeron que era sola-



mente un amago, y que la verdadera operación iba a producirse en el Paso de Calais: este retraso les fue fatal.

Día D: 6 de junio, hora H: 6.30, lugar: Normandía

En la noche del 5 al 6 de junio comenzaron a caer en el suelo de Francia los primeros paracaidistas: una división británica, dos divisiones americanas; comenzaron a atacar inmediatamente y sufrieron graves pérdidas. Durante toda la noche, 2.000 aviones aliados bombardearon los nudos de comunicaciones, los arsenales y los puestos de mando de los alemanes; al amanecer, esta acción fue complementada por los cañones de los barcos de guerra. Y a las 6.30 de la mañana, los soldados aliados —principalmente americanos, británicos y canadienses—

El día más largo

5. VI. 1944:

22.20 (hora alemana): *se lanzan sobre Normandía los primeros paracaidistas aliados, cerca de Caen, para preparar el posterior lanzamiento masivo de paracaidistas.*

11.00-12.00: *los bombarderos pesados de las fuerzas estratégicas lanzan 6.000 toneladas de bombas sobre 40 baterías costeras en Francia y Holanda. Se lanzan los primeros paracaidistas sobre la península de Cotentin.*

6. VI. 1944:

12.00-1.00: *la 101.ª división aerotransportada americana salta en Cotentin; la 6.ª división aerotransportada británica salta cerca de Caen. En las costas inglesas se pone en movimiento una fantástica flota de más de 5.000 embarcaciones que llevan las tropas de asalto del 6 de junio: 133.000 hombres y 20.000 vehículos.*

1.15: *el 84.º cuerpo de ejército alemán, en Saint-Lô, es avisado del lanzamiento de paracaidistas.*

1.30: *la 82.ª división aerotransportada americana salta junto a la 101.ª*

1.45: *son alertadas las estaciones costeras de la Kriegsmarine. En el bando alemán, unos jefes creen que es el verdadero desembarco, pero otros piensan que es una maniobra de distracción.*

3.30: *los paracaidistas ingleses se lanzan al asalto de la peligrosa batería de Merville, que tomarán una hora después.*

4.50: *despunta el alba. Los bombarderos pesados de la 8.ª Air Force atacan de nuevo las defensas costeras; primeros bombardeos navales. Rommel, en Alemania, aún no sabe nada. En Berchtesgaden, Hitler se ha acostado.*

5.30 (6.30 para los aliados): *es la hora H. Desembarcan en las playas de Utah y Omaha las primeras tropas de asalto. En Utah encuentran poca resistencia alemana, pero Omaha será un infierno.*

6.10: *los Rangers se lanzan al asalto de la Pointe du Hoc, al oeste de Omaha, para neutralizar una batería peligrosa. La 21.ª división panzer recibe la orden de atacar a los paracaidistas británicos cerca de Caen.*

6.30: *la 50.ª división de infantería británica desembarca en la playa de Gold y la 3.ª en la de Sword, apoyadas por otras fuerzas*

7.00: *los Rangers llegan a la cima de la Pointe du Hoc, pero tardarán 3 días aún en conquistar la batería.*

7.30: *la 3.ª división de infantería canadiense desembarca en la playa de Juno.*

8.00: *despegan de Lille 2 de los 14 aviones alemanes que atacarán —casi simbólicamente— las cabezas de puente aliadas el 6 de junio. La 82.ª división americana toma Sainte-Mère-Église y la vía del ferrocarril Caen-Cherbourg. En Omaha, donde ha desembarcado la 2.ª oleada de asalto, no se avanza ni un metro, pero sí en Juno, Sword y Gold, donde desembarcan continuamente hombres y material.*

9.00: *la 21.ª división panzer deja de atacar a los paracaidistas para lanzarse contra la 3.ª división británica.*

9.15: *Rommel se entera del desembarco.*

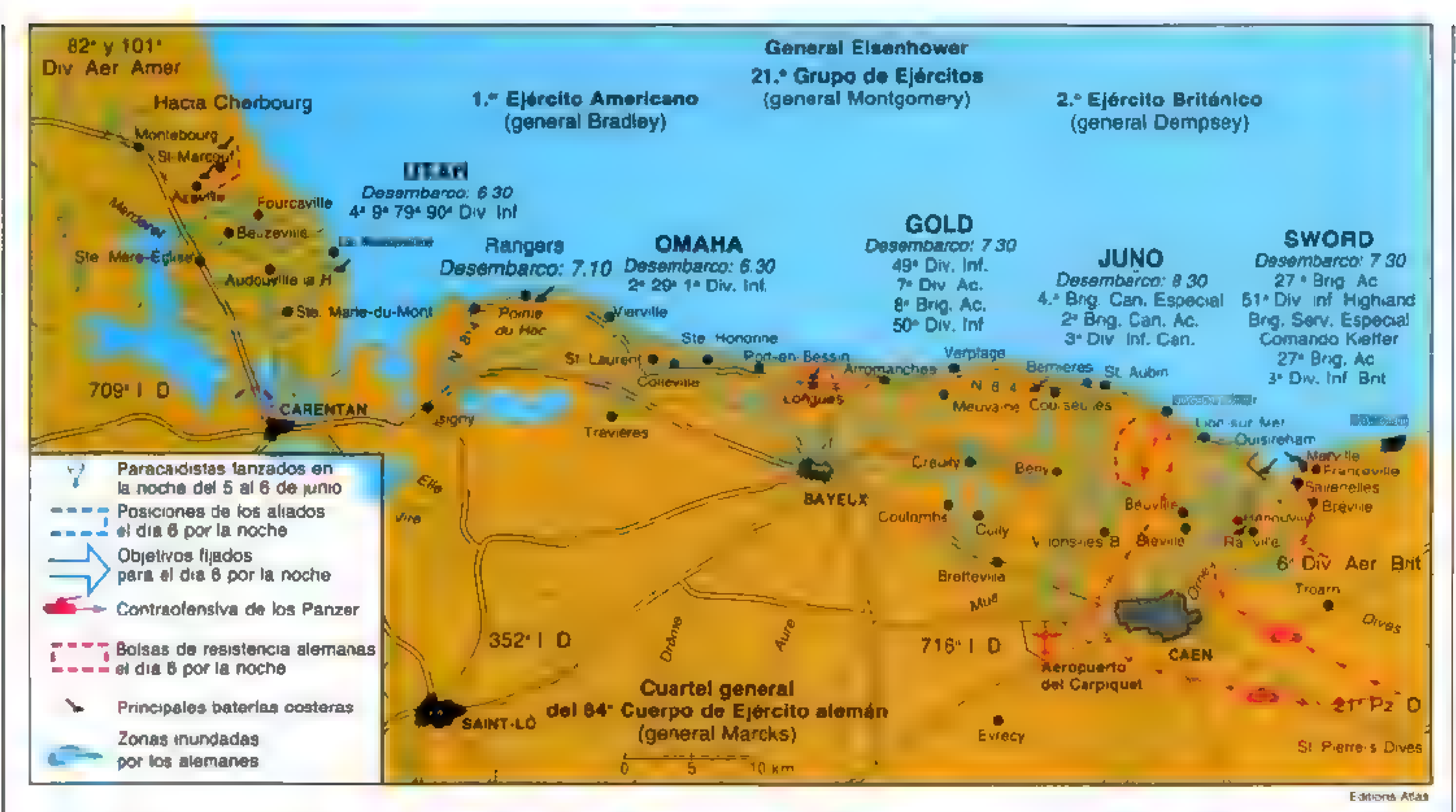
10.00: *los carros de combate desembarcados en la playa de Gold avanzan ya hacia el interior. El general Bradley piensa incluso en hacer evacuar Omaha, pero empiezan a abrirse salidas a ambos lados de la playa.*

12.00: *el infierno de Omaha se termina; los aliados empiezan a franquear el muro de hormigón. La 21.ª división panzer se enfrenta con los ingleses.*

13.00: *el comando 6.º desembarcado en Sword establece contacto con los paracaidistas de la 6.ª En Cotentin, los paracaidistas de la 82.ª y la 101.ª siguen sin establecer contacto entre sí.*

18.00: *la 21.ª panzer llega hasta la costa, abriendo una brecha entre Juno y Sword, pero Sword y Gold forman ya un bloque unificado.*

Crepúsculo: *Omaha está ya definitivamente asegurada. Rommel llega a su cuartel general y pone en marcha las reservas acorazadas, pero éstas no entrarán en combate hasta los próximos días. Comienza la* batalla de Normandía, *que durará 3 meses: los aliados tomarán Cherbourg el 27 de junio, Caen el 9 de julio, París el 25 de agosto, Bruselas el 2 de septiembre y cruzarán la frontera alemana el 11 de septiembre.*



tocaron tierra en cinco puntos distintos, bautizados en código como Utah, Omaha, Gold, Juno y Sword.

Fue una carnicería. Un testigo, Cornelius Ryan, cuenta así lo que vio: «En el mar, a dos millas de la costa, se veían flotar en el agua soldados vivos y muertos: los vivos gritaban y pedían ayuda a sus camaradas, los muertos iban dulcemente, llevados por la marea, hacia la costa. El sargento Régis MacCloskey vio desde su embarcación de municiones a quienes pedían auxilio y desaparecían para siempre bajo el agua; tendían los brazos, suplicaban que nos detuviéramos. Pero no podíamos hacer nada por ellos; nada por nadie. MacCloskey apretó las mandíbulas, se volvió de espaldas en el momento en que su embarcación pasaba junto a esos desgraciados y, unos segundos más tarde, vomitó. El capitán Robert Cunningham y sus hombres se acercaron instintivamente hacia los supervivientes; una lancha rápida les cortó el paso y les ordenó por el megáfono: "Su barco no se dedica al salvamento. ¡Avancen! ¡Sigan hacia la tierra!"»

Un muro realmente resistente

El desembarco se realizó en un arco de unos 90 kilómetros, entre Cherbourg y Le Havre. El muro del Atlántico fue mucho más resistente de lo que creía el general alemán Von Rundstedt. Muchos paracaidistas habían quedado empalados en las grandes zonas de estacas; y los planeadores habían rasgado sus vientres en ellas. Los cañones y los nidos de ametralladoras disparaban incesantemente. Minas marinas hacían saltar por los aires las lanchas de desembarco, y minas terrestres lanzaban al aire a los soldados de infantería.

Durante esa jornada, las pérdidas fueron tan graves y los progresos tan limitados que pudo creerse desde el Alto Mando aliado que la batalla estaba perdida. Esta sensación fue especialmente trágica para los hombres que llegaban a los puntos de mayor resistencia y veían con horror que la zona era impenetrable. Los americanos tropezaron sobre todo en la zona denominada en código Omaha, donde fueron literalmente barridos: Churchill llegó a creer que sus predicciones sobre la falta de capacidad combativa de los americanos era justa, y que la guerra se estaba perdiendo allí.

En Omaha Beach murieron la mitad de los hombres en el breve espacio entre su descenso de las barcazas y la tierra firme. Los que llegaron con vida se encontraron con que el fuego del enemigo era de una intensidad superior a la que imaginaron; «atónitos por la devastación y la muerte que les rodeaban —cuenta Cornelius Ryan en *El día más largo*—, se quedaron como petrificados al borde del agua, como presas de una extraña letargia. Muchos se dijeron que todo estaba ya perdido.»

¿Qué habría pasado si...?

Cuando terminó la jornada, el general Eisenhower, en su puesto de mando de Portsmouth, recibió el balance: 11.000 bajas, de las cuales 2.500 eran muertos, Eisenhower comentó que todo estaba perfectamente: por debajo de sus cálculos.

Pero probablemente, si los generales alemanes hubieran atendido la «intuición» de Hitler, si el general Von Rundstedt hubiese conseguido acumular sus fuerzas en un lugar de la retaguardia próxima, si el mariscal Rommel no se hubiese ausentado de la costa —había ido a ver a su familia, convencido de que el ataque estaba aún lejano—, si en el Estado Mayor alemán se hubiera creído que ése era el desembarco «de verdad» y no un amago, la batalla de Normandía habría sido perdida por los aliados.



El desembarco estuvo precedido y luego apoyado por intensos bombardeos aéreos. En la fotografía, Saint-Lô, arrasado tras un asedio de ocho días



Farabola



Farabola

Arriba, mulberry docks, muelles de emergencia que permitieron la llegada ininterrumpida de refuerzos a través del Canal de la Mancha

Atrás quedan los muertos, pero el avance sigue lentamente. Encarnizada, sangrienta, la batalla de Normandía se prolongó durante casi tres meses

Las playas, cabezas de puente

Una semana después del desembarco, los aliados tenían ya sólidamente establecidos en territorio francés unos trescientos mil hombres válidos. En calas, playas cerradas, pequeños puertos, instalaron rápidamente los servicios necesarios para que pudieran llegar sin riesgos los refuerzos. Los ingleses de Montgomery estaban encargados de contener los contraataques alemanes; los americanos de Bradley, de abrirse camino y penetrar; el general Patton, mandando una columna blindada, entró profundamente por el norte de Francia. Al cabo de un mes, había en Normandía más de un millón de soldados, 500.000 toneladas de avituallamientos diversos, 170.000 vehículos militares

La historia que nunca sucedió y la que sí sucedió

Los ejércitos alemanes eran incapaces de sostener el territorio atacado. Francia entera iba cayendo... Pero Hitler había anunciado un «arma secreta»: algo capaz de cambiar el rumbo de la guerra. Esta arma fue la «V 1», a la que seguiría la «V 2»: las «V 1» eran una especie de aviones sin piloto, enteramente cargados de explosivos, que comenzaron a caer, al ritmo de unas cien diarias, sobre Londres; esta ofensiva empezó una semana después del desembarco. Muchos historiadores se han preguntado si lo que Hitler preveía como arma final era la bomba atómica... Y otros creen que, si las «V 1» y «V 2» hubieran estado disponibles

unas semanas antes, habrían bombardeado las concentraciones militares que precedieron al desembarco y lo habrían hecho imposible.

Pero todo ello pertenece a la historia que nunca sucedió. La que sucedió decidió la guerra y también la posguerra. Las enormes fuerzas que avanzaban desde Normandía, las que desembarcaron —el 15 de agosto— en la Costa Azul, el hostigamiento de los «maquis» franceses, liberaron Francia. Los carros de combate del general Leclerc —muchos de ellos tripulados por combatientes españoles— llegaron a París. El 11 de septiembre, los ejércitos aliados habían atravesado las fronteras alemanas. Sin embargo, en su propio territorio, los alemanes reforzaron su defensa. Observadores militares ingleses creen que hubo un error por parte de Eisenhower: una operación de tropas aerotransportadas que intentaron caer más allá del Rin, en Arnhem. El mariscal Montgomery había advertido a Eisenhower que la operación era dudosa y que podía comprometer el resultado final. Se hizo, no obstante, y fue un desastre. Quizás esto retrasase el resultado final. Mientras tanto, las fuerzas soviéticas avanzaban en su territorio, ocupaban Polonia, Rumania, Bulgaria...

Hacia Berlín

Toda esta situación general estaba configurando ya el reparto de los territorios para después de la guerra. Los enormes ejércitos partidos de Normandía se fueron abriendo paso por el territorio alemán, pero encontraron contraofensivas alemanas poderosas. Hitler no creía ya que la guerra pudiese estar ganada; pero tenía un «presentimiento» más de los muchos que llenaron su vida de éxitos impensables pero también de grandes catástrofes: el de que, finalmente, los aliados comprenderían que debían enfrentarse con la URSS y podrían buscar la última alianza de una Alemania que todavía parecía mostrar fuerzas suficientes...

Pero el mes de enero de 1945, los soviéticos ocupaban ya grandes y ricos trozos de Alemania: Prusia Oriental, Alta Silesia... A fines de mes, estaban ya a la vista de Berlín: en el río Oder, a 65 kilómetros de la capital irremediablemente vencida. Ya Eisenhower no tenía más interés que el de correr locamente para llegar a Berlín. A las puertas de la capital, el mariscal Zhukov se había detenido esperando refuerzos.. En el mes de abril, soviéticos y aliados se encontraron por primera vez, y avanzaron juntos. Los tanques de Zhukov penetraron en Berlín, mientras Hitler se suicidaba. La guerra había terminado.


Farabola


EFE

Arriba, el mariscal Rommel (tercero a la izquierda) examina con su Estado Mayor los planos de la defensa de Normandía (febrero de 1944). Los alemanes temían el desembarco.

Abajo, de izquierda a derecha, los generales Eisenhower, Marshall y Bradley y el almirante King inspeccionan el teatro de operaciones una vez consolidadas las cabezas de puente

El atentado contra Hitler
La Providencia, con el Führer

José Luis Balbín,
director del programa de RTVE *La clave*

Abajo, Mussolini y Hitler examinan los efectos de la explosión en el barracón de conferencias de la «guarida del lobo» poco después del atentado. Mussolini, que acudía a una cita previamente acordada con Hitler, ya había perdido gran parte de su poder. A Hitler le quedaban aún meses a pesar de los atentados.

El 20 de julio de 1944 estalla una bomba en la «guarida del lobo», el cuartel general de Alemania en Prusia Oriental. La bomba ha sido colocada debajo mismo de la mesa junto a la cual se reúnen el Führer y una veintena de altos militares alemanes. En aquel momento pudo cambiar la marcha de la historia. Sin embargo, aunque murieron cuatro personas, Hitler salió ileso... y reforzado ante los ojos de sus admiradores: era una prueba más de la protección que le dispensaba la Providencia, como él mismo afirmó en aquella ocasión.



Ullstein

Ni el hecho de ser manco diestro, ni la banda negra ocultando la cuenca vacía de un ojo —recuerdos ambos de su campaña de África—, deterioraban en exceso la imagen de uno de los militares con mejor planta y más admirados del Berlín de los años treinta. A las cinco y media de la madrugada del 20 de julio de 1944, el coronel Klaus Schenk von Stauffenberg abrochaba los botones del cuello de su guerrera. Una mirada hacia el Wannsee (lago de Wann), desde donde llegaba una niebla tenue, algo más clara que la incipiente madrugada. Recogió de la mesita de noche el informe dactilografiado para Hitler y una camisa de repuesto en el armario. Los llevó al salón y los introdujo en una cartera de piel clara, sobre la bomba de fabricación inglesa.

El conspirador iba para músico

Klaus von Stauffenberg era descendiente lejano de Gneisenau, uno de los héroes contra las tropas napoleónicas. Hijo del chambelán del último rey de Württemberg, tanto su estirpe, en parte, como su inclinación espiritual, le encaminaban hacia la arquitectura y la música. Paradójicamente, a los 19 años era ya cadete del célebre 17.º regimiento de caballería Bamberg. En 1933, admiraba en Adolf Hitler su capacidad para entusiasmar a los alemanes en la recuperación de la dignidad nacional y sus prédicas continuas contra el desorden.

Ante su casa, el automóvil oficial enviado por el mando supremo lo esperaba a las 6 en punto de la mañana. Las calles de la colonia residencial estaban desiertas. Durante el trayecto, una parada para recoger a su ayudante, el teniente Werner von Haeften, también

Los conjurados: escrúpulos, contradicciones y confusiones

«El dilema ante el que se encontraban los adversarios activos del régimen en Alemania estaba relacionado a un conjunto de motivos complejos, difíciles de desglosar, de inhibiciones y de debilidades. Naturalmente, tradiciones problemáticas y ciertos principios fundamentales de educación desempeñaban un papel fundamental formaban el trasfondo del conflicto. No obstante, mientras que para la resistencia europea el deber y la moral se confundían, aquí las normas chocaban duramente unas contra otras y, para muchos, sin solución posible. Durante todo el tiempo en el que conspiraron, muchos personajes importantes, especialmente entre los de la oposición militar, no pudieron nunca superar del todo la repugnancia que les inspiraban sus proyectos.

»Éstos se les aparecían como una puñalada por la espalda y en ellos veían un abandono de todas sus concepciones de los valores tradicionales.

»Contrariamente a la resistencia europea, el primer efecto de este acto, de hecho liberador, no sería para ellos la libertad, sino por el contrario la derrota, lo que equivalía a decir que ellos se entregaban y entregaban su país al adversario; haría falta una moral altiva para negar el conflicto en el que se debatían quienes, a pesar de todo su odio por Hitler y el horror de los crímenes cometidos, no podían olvidar los de Stalin, las atrocidades del "terror rojo" y las grandes purgas, comprendidas las víctimas de Katyn.

»Estos escrúpulos dejaron también su huella en sus discusiones interminables, cuyo contenido real no puede saberse hoy sino por fragmentos: se deduce la idea de que el juramento posee un carácter obligatorio, incluso cuando lo ha violado quien lo ha prestado. Los conjurados se consideraban vinculados igualmente por el deber de obediencia y, si unos veían el atentado como la gran acción de la resistencia, a la vez lógica e inevitable, otros, cuya integridad moral no puede ponerse en duda, rechazaron la idea misma hasta el fin. Tanto los unos como los otros, sin embargo, estaban aislados en su propio país; expuestos, por la ampliación incesante del círculo de los iniciados, a la investigación de un inmenso aparato de vigilancia, y amenazados por una posible denuncia. Además, el hecho de que todos los planes dependiesen de acontecimientos cotidianos perjudicaba su libertad de acción: ya que si cada victoria de Hitler debilitaba las posibilidades de un golpe de Estado en el interior, cada derrota iba a contracorriente de las posibilidades en el exterior, es decir, ante los aliados, cuyo apoyo era indispensable. La historia de la resistencia alemana es, a causa de estas circunstancias, una historia de escrúpulos, de contradicciones y de confusiones.»

(FUENTE. Joachim Fest, Hitler, *Éditions Gallimard, París.)*

El almirante Canaris jefe del Abwehr, conspiraba contra Hitler desde 1938. Ahorcado en 1945



El coronel general Von Stulpnagel, uno de los jefes de la conjuración. Detenido, intentó matarse.



El barón Von Tresckow, estratega del atentado. Cuando éste fracasó, se hizo matar en combate



con una cartera en la mano izquierda. Von Haeften apareció acompañado por su hermano. La presencia de éste y la del conductor forzaron un silencio discreto entre el coronel y su ayudante.

En 1938 habían sido iniciados los primeros *progrom* contra los judíos. Con ellos, también había comenzado el desencanto del hijo del chambelán. Aquel decisivo 20 de julio de 1944, el coronel Von Stauffenberg ya contaba con un duro e intenso historial bélico a sus espaldas. Había combatido primero en Polonia; después, en Francia; por fin, en el aún más difícil frente ruso, donde el desastre de Stalingrado acumulara desencanto militar sobre el desencanto político. Von Stauffenberg se comprometía cada día más con la oposición. Solicitó el traslado a Túnez, donde su automóvil de campaña saltó sobre un campo de minas el 7 de abril de 1943 (dieciséis meses antes de aquella romántica y triste y tensa y esperanzada mañana ante el Wannsee). Cuando salió del hospital con un brazo y un ojo ausentes, tras reflexiva convalecencia, ya había tomado decisiones.

Von Stauffenberg había decidido lo mismo que muchos de sus compatriotas tiempo antes. Muchos más alemanes de los que se supuso durante no poco tiempo habían llegado a la conclusión de que, sin Hitler, la paz era posible. Desde antes de la guerra Adolf Hitler ya había sufrido, antes de aquel verano de 1944, once atentados. ¡Once atentados! Durante la guerra, el propio Tercer Reich los había ocultado, por razones obvias. Antes y después de la guerra, las potencias vencedoras, conociendo las vicisitudes de la resistencia antinazi, habían quitado importancia a los hechos, por razones menos obvias y no más justificables.

Farabola

El mariscal Rommel, con su esposa Lucía María y su hijo Manfred (que luego sería elegido alcalde de Stuttgart). La foto fue tomada en el otoño de 1943, cuando Rommel estaba aún al frente de las tropas alemanas en Italia. Gravemente herido en Francia unos días antes de desencadenarse el complot, su participación en éste sigue siendo aún hoy muy dudosa. Es posible que Rommel en sus contactos con algunos conjurados, aprobase la idea de hacer prisionero a Hitler y de obligarle a abdicar pero que no conociese el plan de asesinarle o que lo conociese pero no lo aprobase. En todo caso, él era (y así lo creían varios conjurados) la persona más indicada para sustituir a Hitler dado su prestigio dentro y fuera de Alemania.

El ejecutor del atentado

Klaus Philip Schenk, conde Von Stauffenberg, nace en Jettingen en 1907. Es hijo del chambelán del último rey de Würtenberg. Crece en un ambiente católico y culto. A los 19 años entra en el ejército, en el 17.º regimiento de caballería Bamberg. En 1933 acoge la subida de Hitler al poder como el final del desorden anterior; pero, ya en 1938, al enterarse de los progrom contra los judíos, se aleja del nazismo.

1939-42: *combate en Polonia, Francia y Unión Soviética.*

7.IV.43: *durante la campaña del norte de Africa, su automóvil salta sobre un campo de minas, perdiendo un ojo, la mano derecha y dos dedos de la izquierda. Será nombrado coronel jefe del Estado Mayor del ejército de reserva.*

20.VII.44: *tras haberlo intentado personalmente otras tres veces, coloca una bomba en la sala en la que Hitler iba a celebrar una reunión con altos oficiales en el cuartel general de Prusia Oriental.*

21.VII.44: *es fusilado en el cuartel de la Wehrmacht en Berlín.*



E. Nuovo

La jornada del 20.VII.1944

Hora

6.00: *el coronel Klaus von Stauffenberg sube al automóvil oficial que le espera a la puerta de su casa*

7.00: *el avión oficial en el que viaja Von Stauffenberg despega del aeropuerto berlinés de Rangsdorf.*

10.00: *el avión aterriza cerca del cuartel general de Hitler en Rastenburg (Prusia Oriental).*

12.30: *las personas convocadas a la reunión presidida por Hitler se dirigen al barracón de conferencias*

12.32: *Von Stauffenberg pone en marcha el mecanismo de detonación de la bomba*

12.37: *Von Stauffenberg coloca la bomba bajo la mesa de la sala.*

12.42: *la bomba hace explosión. Von Stauffenberg sale del cuartel general hacia el aeropuerto*

13.07: *Von Stauffenberg regresa hacia Berlín.*

16.00: *aterrizaje de Von Stauffenberg en Berlín. Se dirige al ministerio de la Guerra, donde se entera de que los conjurados aún no han hecho nada de lo acordado.*

17.00: *Hitler entra en su bunker con Mussolini.*

18.45: *la radio informa del atentado y de la supervivencia de Hitler.*

19.15: *Von Stulpnagel es llamado a Berlín por el general Beck, quien le ordena seguir los planes previstos.*

23.00: *un grupo de oficiales, dirigido por el teniente Von der Heyde, arresta a los principales conjurados.*

24.00: *los detenidos son ejecutados.*



Ullstein

Una larga resistencia

La resistencia había comenzado bastante antes de que Hitler hubiese iniciado sus campañas de expansión en Europa. Ya en 1937, nació un primer núcleo resistente, organizado por Carl Goerdeler, ex-alcalde de Leipzig y antiguo comisario para los Precios, personaje complejo que trató de obtener el apoyo de la vieja aristocracia y de la clase militar. Mientras se mantuvo vigente la «jefatura Goerdeler», los objetivos básicos de su doctrina tendían a la destitución de Hitler y a poner fin a las diferentes invasiones, mediante paz negociada, aunque manteniendo viva la idea de una «gran Alemania».

Las varias resistencias

A medida que la resistencia crecía y se organizaba seriamente, aumentaban las relaciones de sus principales jefes con las otras potencias. Los ingleses, por ejemplo, habían recibido buena información por medio del católico Josef Müller, quien se había puesto en contacto con ellos con la aprobación del papa Pío XII. Excelente información proporcionaba también Ulrich von Hassel, embajador alemán en Roma, que se había unido a los conspiradores. De hecho, las Iglesias habían jugado un importante papel mediador desde el primer intento de resistencia seria. Su desilusión fue tremenda. El pastor Dietrich Bonhoeffer había acudido a los ingleses a través del obispo Bell de Chichester, con quien se encontró en Suecia. La respuesta de Eden, el ministro británico de Asuntos Exteriores, fue contundente: «Los alemanes deben arreglárselas solos». En aquel tiempo, Londres aun no tenía que preocuparse del peligro soviético y se jugaba alegremente con la teoría de que «cada ciudadano alemán debe pagar».

Ya quedó escrito que la vieja clase militar se iba incorporando a la resistencia, de manera más nutrida de lo que generalmente se ha reconocido fuera de Alemania. Era un mundo perfectamente conocido y controlado por el general Ludwig Beck, antiguo jefe de Estado Mayor del ejército, dimitido en 1938, y jefe de Estado previsto en el caso de que se produjese el golpe. Aumentaban, sí, los conspiradores militares. Pero tampoco eran escasos los que condescendientemente fingían ignorar cuanto se tramaba, aun sin comprometerse.

Entre los diferentes grupos de conspiradores que habían ido surgiendo tras la iniciativa del carismatico Goerdeler, el llamado «círculo de Kreisau»,



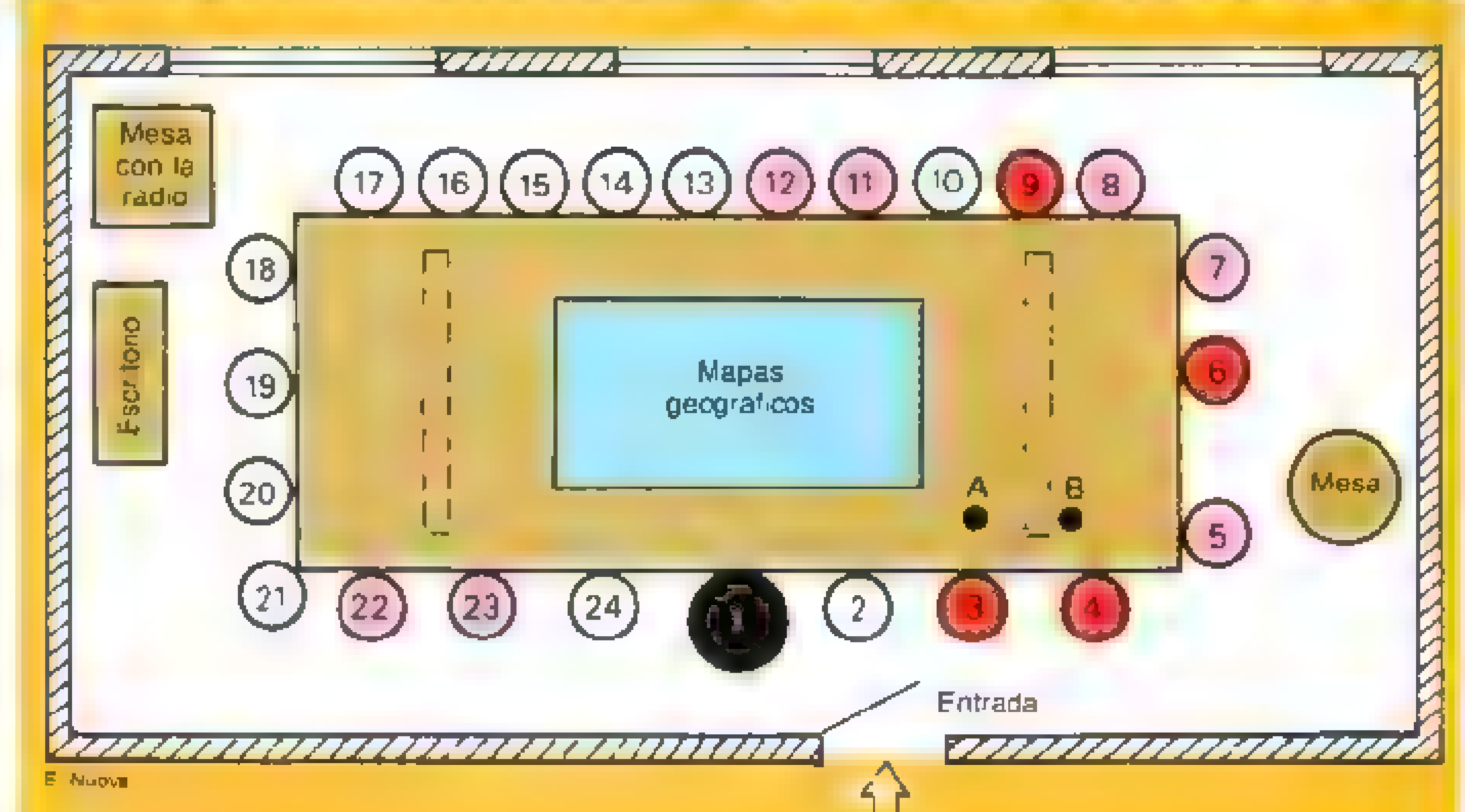
de orientación socialcatólica, eligió como jefe al conde Helmuth von Moltke, consejero legal del servicio de información del ejército: la Abwehr.

Los «tecnócratas» aparecían dirigidos por dos figuras importantes: Canaris y Oster, jefe y jefe de Estado Mayor, respectivamente, del contraespionaje (la Abwehr). De Oster se puede decir, incluso, que fue el principal organizador de la resistencia militar.

Once atentados fallidos

Aquel mundo de conspiradores en ebullición había prodigado las tentativas de todo tipo. Al principio, pausadamente. Entre 1942 y 1944, sin cesar. Los atentados se habían multiplicado. El primero, ya el 29 de septiembre de 1938, organizado por los generales Halder y Witzleben y por el coronel Oster. Un año más tarde, el 3 de sep-

El lugar del atentado



- *A: Lugar donde Von Stauffenberg colocó la bomba.*
- *B: Lugar donde se puso la bomba después.*

1 *Adolf Hitler. (Resultó prácticamente ileso.)*
2 *General Heusinger, vice-jefe del Estado Mayor general.*
3 *General de la Luftwaffe Korten, jefe del Estado Mayor de la aviación. (Muerto a consecuencia de las heridas recibidas.)*
4 *Coronel Brandt, ayudante de Heusinger. (Muerto por las heridas recibidas.)*
5 *General de la Luftwaffe Bodenschatz, oficial de enlace de Goering con el cuartel general de Hitler. (Gravemente herido.)*
6 *General Schmundt, ayudante en jefe del Führer. (Muerto pocos días después por las heridas.)*
7 *Teniente coronel Bormann, ayudante de Hitler. (Gravemente herido.)*
8 *Contralmirante Von Puttkammer, ayudante del Führer para la marina. (Herido ligeramente.)*
9 *Secretario Berger. (Muerto en el atentado.)*
10 *Capitán de navío Assmann, oficial del Estado Mayor del almirantazgo.*
11 *General Scherff, comisario especial de Hitler para la historia militar. (Herido ligeramente.)*
12 *General Buhle, jefe del Estado Mayor del ejército. (Herido ligeramente.)*
13 *Contralmirante Voss, representante de la marina ante el cuartel general.*
14 *General de las SS Fegelein, representante de las Waffen SS ante el cuartel general.*
15 *Coronel Von Below, del Estado Mayor, ayudante del Führer para la aviación.*
16 *Capitán de las SS Gunsche, ayudante de Hitler.*
17 *Hagen, taquígrafo.*
18 *Teniente coronel Von John, del Estado Mayor, ayudante de Keitel.*
19 *Mayor Büchs, del Estado Mayor, ayudante de Jodl.*
20 *Teniente coronel Weizenegger, del Estado Mayor, ayudante de Keitel.*
21 *Von Sonnleithner, representante del ministerio de Asuntos Exteriores ante el cuartel general del Führer.*
22 *General Warlimont, vice-jefe de la oficina de operaciones de las fuerzas armadas. (Contusionado.)*
23 *General Jodl, jefe de la oficina de operaciones de las fuerzas armadas. (Herido ligeramente.)*
24 *Mariscal de campo Keitel, jefe del mando supremo de las fuerzas armadas*

En la foto de estas dos páginas, el mariscal Goering, acompañado de su séquito, examina el lugar del atentado. En el dibujo superior, plano de la sala del atentado y distribución de las personas y los muebles que había en ella. Si no la Providencia, sí la suerte protegió a Hitler (una vez más) en el atentado. En primer lugar, la reunión no se celebró en el «bunker», como estaba previsto, sino en el barracón de conferencias, donde los efectos de la explosión serían menores. Además, aunque Von Stauffenberg puso la bomba por dentro de la gran pata de la mesa, luego la pusieron por fuera, y así la pata protegió al Führer

En la primera foto, un oficial muestra al fotógrafo, al poco del atentado, cómo quedaron los pantalones de Hitler hechos jirones. Pero aunque el Führer quedó literalmente en calzoncillos, él resultó prácticamente ileso. En la foto central, Hitler espera la llegada de Mussolini, pocas horas después del atentado. A su izquierda aparece, con la cabeza vendada, el general Alfred Jodl, que resultó ligeramente herido en la explosión. En las fotos de la derecha, arriba, Hitler visita en el hospital al general Schmundt, gravemente herido en la explosión, moriría pocos días más tarde a consecuencia de las heridas recibidas. Debajo, un momento del solemne funeral de Rommel, que se suicidó «por orden superior»: la alternativa que tenía era suicidarse, con la promesa de ser honrado por la nación y de ayudar a su familia, o ser sometido a la «justicia» nazi, con todas las consecuencias que ello podría tener tanto para él como para su familia.



E. Nuova



Ullstein

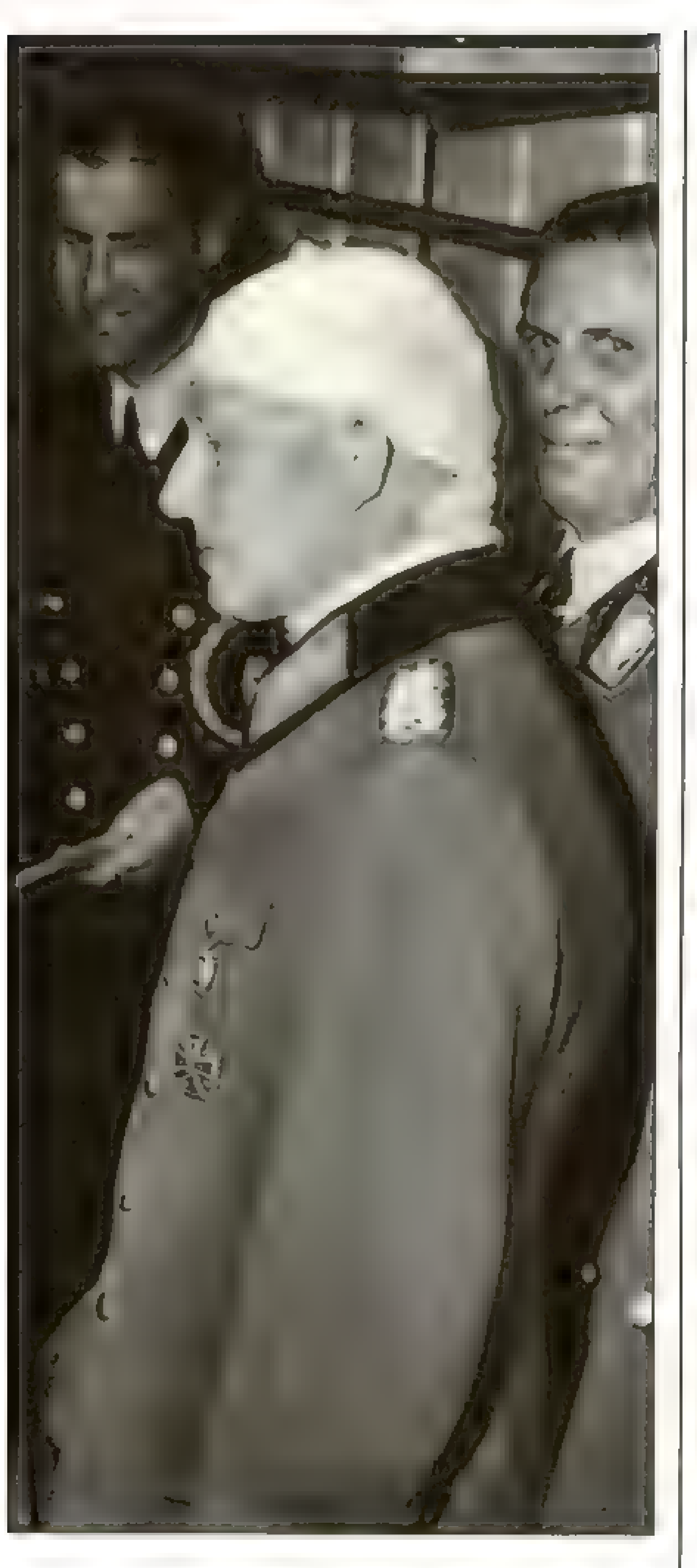
tiembre de 1939, segunda intentona, organizada por Von Hammerstein. Dos meses después, en noviembre del mismo año, nueva tentativa de Oster. La cuarta, dirigida por Von Bock, el 4 de agosto de 1942. La quinta, el 13 de marzo de 1943, preparada por el grupo de Olbricht, Tresckow y Schlabrendorff. Ocho días más tarde, el 21 del mismo mes, fue el turno de Von Gersdorff. En diciembre también del 43, otra vez el grupo de Von Tresckow. En la octava tentativa había fallado el propio Von Stauffenberg, pocos días más tarde. En enero de 1944, lo intentaron Von dem Bussche, Von Kleist y Von Tresckow. El décimo intento, 11 de julio de 1944, otra vez lo protagonizó Stauffenberg; pero no llegó a poner la bomba, pues sólo habría matado a Hitler y no a Himmler (el jefe de las SS), de quien también se querían librar. Y también lo intentó el mismo coronel cuatro días mas tarde, el 15, cinco antes de aquel día de julio, que amanecía con una niebla tenue sobre el lago de Wann.

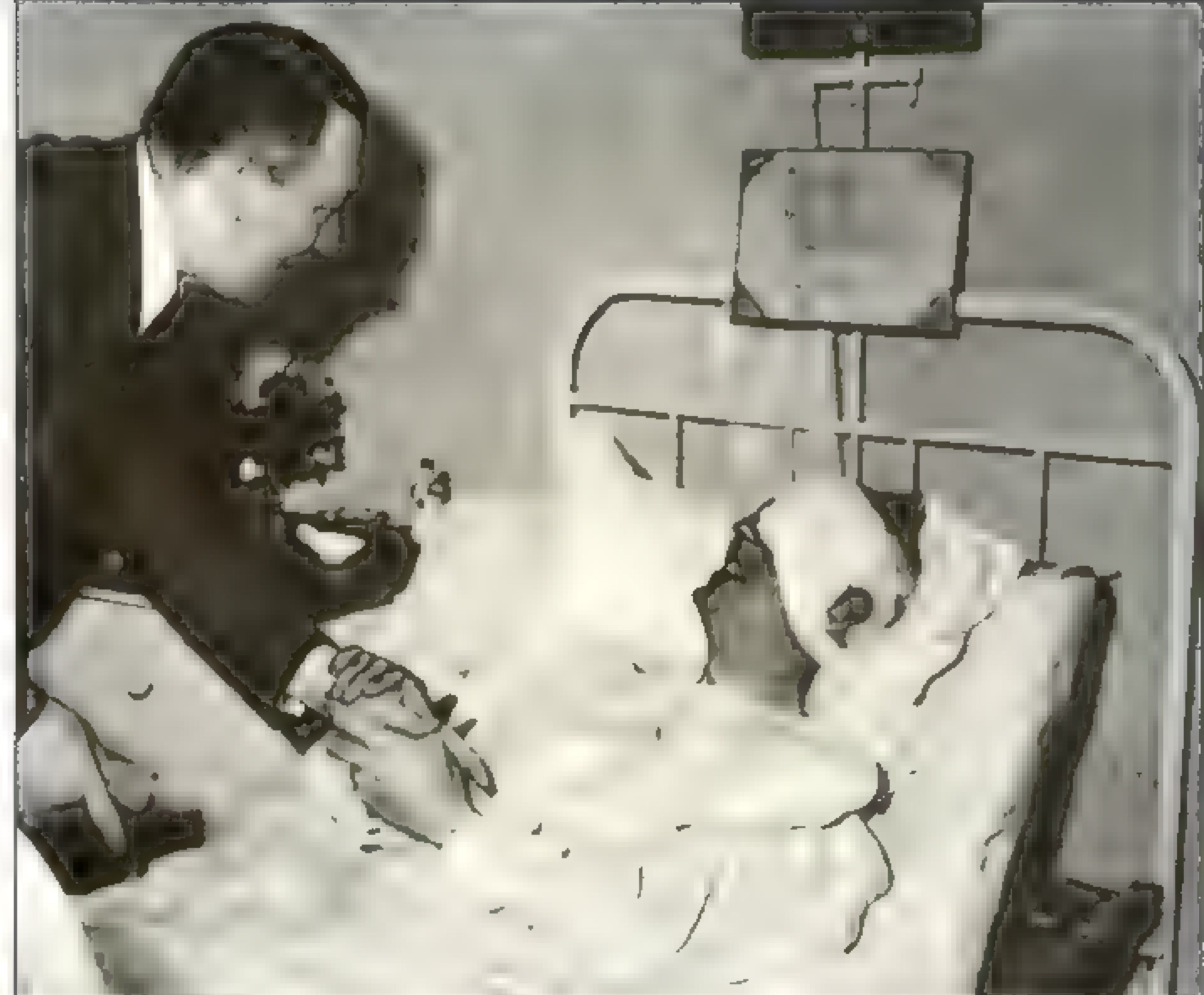
Las tentativas fallidas habían puesto nerviosos a los conspiradores. Parecía como si el Führer contase con una protección providencial. Cuando no era la suerte reiterada, eran los hechos de guerra. Pero todo fallaba en el último momento. En una ocasión, una bomba colocada en su avión personal no funcionó; y en otra, cuando ya se había conectado el dispositivo detonador... Hitler cambió su programa de actividades en los últimos minutos. Los nervios, sin embargo, se habían trocado en alarma general. Ya no era sólo la Providencia. Himmler sospechaba, muchos militares estaban vigilados y ya se habían producido detenciones. Uno de los cabecillas de la operación, Von Tresckow, combatía el desaliento con una frase de ánimo:

«La ejecución de Hitler debe ser intentada a cualquier precio. Aunque lleguemos a fracasar, tenemos que tratar de hacernos con el poder. Mostraremos al mundo y a las generaciones venideras que los hombres de la resistencia alemana han osado dar el paso decisivo, arriesgando sus vidas.»

El definitivo

Klaus von Stauffenberg formaba parte del grupo de Von Moltke. Pero mientras la luz del día comenzaba a ha-





Ullstein



Arch. I.G.D.A.

cerse sobre la niebla, en el silencio del automóvil no pensaba en los atentados fallidos. Pensaba, simplemente, que el duodécimo debía ser el último. Las oportunidades se diluían, tanto porque la red de conspiradores podía ser descubierta en cualquier momento, como porque los acontecimientos bélicos ya no daban paso a otras alternativas.

Quince minutos antes de las 7 de la mañana, el automóvil del alto mando que los transportaba, llegaba al aeropuerto berlinés de Rangsdorf, en una de cuyas pistas se dibujaba, ya claramente y con los motores en marcha, el avión personal del general Wagner, otro de los jefes de la conspiración. A las 7 en punto, el avión despegaba. Tres horas más tarde aterrizaba en Rastenburg, Prusia Oriental.

La «guarida del lobo»

Desde la derrota de Stalingrado, Adolf Hitler había instalado su cuartel general cerca de Rastenburg, en la *Wolfsschanze*, la «guarida del lobo», al norte de los lagos Mazurianos. Estaba formada por tres grupos de edificaciones, dispuestas en círculos concéntricos, cada uno de ellos protegido por campos de minas, casamatas y caballos de Frisia. Todos los visitantes sin excepción, incluso los más altos jefes militares, debían mostrar salvoconductos al oficial de guardia de las SS encargado de la inspección.

Una vez pasados todos los controles y ya dentro de la «guarida del lobo», Von Stauffenberg disponía todavía de dos horas largas, antes de la presentación al Führer de su informe, concertada para la una de la tarde. Así lo había planeado. Se dirigió al despacho del general Fellgiebel, jefe de comunicaciones del cuartel general, uno de los dos conjurados, junto con su camarada Stieff, en la Wolfsschanze. Después de la muerte del Führer, Fellgiebel sería el encargado de dejar aislado el cuartel general, cortando las comunicaciones con el resto de Alemania.

Diez minutos que pudieron cambiar el destino

La normal tensión de aquellos momentos aumentó cuando el mariscal Keitel anunció a Von Stauffenberg que el Führer esperaba la visita de Mussolini a primera hora de la tarde y que, por lo tanto, la reunión a la que el coronel había sido convocado sería adelantada

Hitler, tras el atentado

«Igual que todos los asistentes, Hitler había sentido la explosión como un "chorro de llamas infernales y deslumbrantes" y una detonación ensordecedora.

»Cuando se levantó del suelo, con el rostro ennegrecido y los cabellos chamuscados, entre escombros humeantes que aún ardían, Keitel se precipitó hacia él gritando: "¿Dónde está el Fuhrer?" y le ayudó a salir de la sala. El pantalón de Hitler estaba hecho jirones y él mismo estaba cubierto de polvo, pero prácticamente no había sido tocado.

»En el codo derecho, una pequeña hemorragia; en el dorso de la mano derecha, algunos rasguños insignificantes; y, aunque sus dos tímpanos hubiesen sido perforados, su sordera fue muy relativa y de corta duración. Las heridas de las piernas eran más espectaculares: estaban llenas de fragmentos de madera, pero en ese momento se dio cuenta de que el temblor de su pierna izquierda había disminuido sensiblemente. De las veinticuatro personas presentes en la sala en el momento de la explosión, sólo cuatro fueron alcanzadas gravemente. Hitler había sido protegido por el pesado tablero de la mesa, sobre el que estaba inclinado cuando la bomba estalló. Estaba muy excitado, pero parecía estar, al mismo tiempo, singularmente aliviado. No cesaba de repetir a su séquito, no sin satisfacción, que él sospechaba desde hacía tiempo la existencia de una conspiración y que ahora podría por fin desenmascarar a los traidores. Enseñaba a todos como un trofeo su pantalón desgarrado y su guerrera, en cuya espalda había un agujero cuadrado.

»Su serenidad procedía sobre todo del sentimiento de haber sido "salvado milagrosamente"; casi se hubiera podido decir que le estaba agradecido al traidor desconocido por esta nueva prueba de su "elección". En todo caso, vinculó el acontecimiento a esta idea, cuando, aquella misma tarde, Mussolini llegó a Rastenburg, donde era esperado. "Cuando rememoro todo esto, dijo Hitler mirando la habitación devastada con su visitante, saco la conclusión de que nada puede alcanzarme, tanto más cuanto que no es la primera vez que escapo milagrosamente a la muerte... Después de mi aventura de hoy, estoy más convencido que nunca de que estoy destinado a proseguir hasta su pleno éxito nuestra gran tarea común." Visiblemente impresionado, Mussolini concluyó: "Es un signo del cielo."

»A lo largo de la tarde, los nervios del Fuhrer, tensos durante demasiado tiempo, se descargaron en una explosión salvaje.»

(FUENTE: Joachim Fest, Hitler, *Éditions Gallimard, París.)*

Mensaje de Hitler por la radio

«Camaradas alemanes y alemanas. Por enésima vez, se ha preparado un atentado contra mi persona. Si os hablo hoy, es por dos razones: en primer lugar, para que oigáis mi voz y sepáis que, personalmente, estoy indemne y con buena salud. En segundo lugar, para que estéis al corriente de los detalles de un crimen del que sería vano buscar equivalente en la historia de Alemania. Un pequeño grupo de oficiales idiotas, ambiciosos, sin escrúpulos y además criminales, ha urdido un complot para eliminarme a mí y, al mismo tiempo que a mí, exterminar prácticamente al Estado Mayor del Alto Mando. La bomba, que ha sido colocada por el coronel conde Von Stauffenberg, ha estallado a dos metros de mí. Personalmente, estoy indemne, excepto algunos pequeños rasguños, equimosis y quemaduras. Considero este hecho como la confirmación de la tarea que me ha confiado la Providencia y la orden de proseguir como hasta ahora lo que es el objetivo de mi vida...

»El círculo que representaban estos usurpadores es de lo más limitado. No tiene nada que ver con la Wehrmacht y aún menos con el pueblo alemán. Es un pequeño núcleo de criminales, que serán destruidos sin piedad...

»En esta ocasión, las cuentas se saldarán como nosotros, los nacionalistas, tenemos costumbre de hacer.»

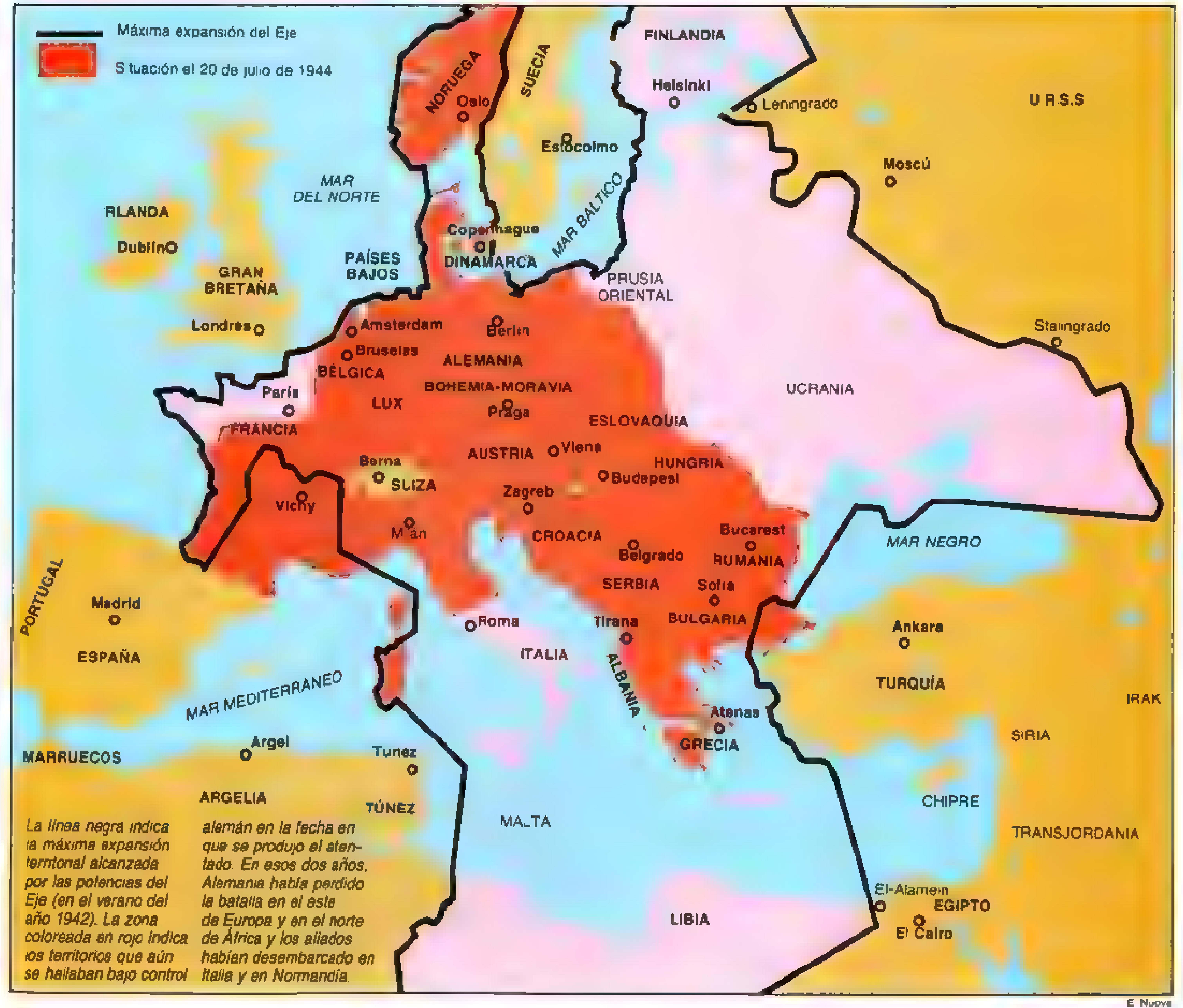


Ullstein

media hora. Pero había algo peor: se reunirían en el «barracón de conferencias», no en el «bunker» como estaba previsto. Los efectos de una explosión serían menores. Mirándose entre ellos, los conjurados calibran nuevos riesgos personales y la eventualidad de otra intentona fallida. ¿Convenía desistir?

Pocos minutos antes de las 12.30 horas, todos salieron de sus despachos y se dirigieron al barracón de conferencias. Durante el trayecto, Von Stauffenberg se disculpó un momento: «había olvidado» la gorra y la pistola en el despacho del general Fellgiebel. Fuera de la vista de todos los convocados a la reunión, puso en marcha el mecanismo químico de detonación. A partir de aquel momento, disponía de diez minutos, antes de la explosión.

Desde un barracón del cuartel general, hacia la una de la madrugada del 21 de julio, Hitler se dirige por radio al pueblo alemán, para confirmarle que salió ileso. A estas horas, los conjurados habían sido ya ajusticiados



La línea negra indica la máxima expansión territorial alcanzada por las potencias del Eje (en el verano del año 1942). La zona coloreada en rojo indica los territorios que aún se hallaban bajo control alemán en la fecha en que se produjo el atentado. En esos dos años, Alemania había perdido la batalla en el este de Europa y en el norte de África y los aliados habían desembarcado en Italia y en Normandía.

Siempre la Providencia

La sala de conferencias medía 10 metros de largo por 5 de ancho. Adolf Hitler se hallaba ante el centro de una mesa rebosante de mapas militares. A su derecha, los generales Heusinger, jefe del Servicio Operativo, y Korten, jefe de Estado Mayor de la Luftwaffe; a su izquierda, el mariscal Keitel y el general Jodl. Una veintena de otros altos oficiales, de pie, se agrupaban alrededor.

Keitel propuso al Führer oír el informe del coronel Von Stauffenberg; Hitler lo pospuso. Von Stauffenberg dejó entonces su cartera de piel clara en el suelo, apoyada en la parte interior de una de las espesas patas de la gran mesa de roble, pidió permiso a Keitel para ir a telefonear y salió. Comenzó la más corta y tensa espera de su vida al lado de Fellgiebel.

Mientras tanto, en la sala de conferencias, Heusinger hablaba; su ayudante Brandt seguía la información, completándola sobre el mapa. Para poder acercarse, empujó la cartera depositada por Von Stauffenberg hacia el exterior de la gran pata de la mesa. Una vez más, la Providencia se hacía hitleriana. Cuando Heusinger acababa de decir: «Si no retiramos inmediatamente a nuestro grupo de ejércitos situados en las inmediaciones del lago Peipus, una catástrofe...», eran las 12 horas y 42 minutos exactamente.

Cuerpos, gritos, llamas

Von Stauffenberg y Fellgiebel dirían más tarde que «el barracón explosionó como si hubiera sido alcanzado por una granada de 155 mm». Algunos cuerpos volaron por las ventanas. Se oían gritos entre los escombros. Aquí y allá brotaban llamas y humo.

Sin perder un instante, Von Stauffenberg y su ayudante partieron. Consiguieron pasar los dos primeros controles con la disculpa de necesitar hablar con el jefe del cuerpo de guardia. Desde el tercer control, donde no les dejaban pasar, telefonearon a la «guarida», alegando haber recibido la orden urgente y precisa de ir al aeropuerto. Ante la confusión reinante, el oficial de las SS que se hallaba al otro lado del teléfono, permitió su partida. Por el camino, el teniente Von Haeften desmontó la bomba de reserva, «su» bomba, y la lanzó fuera del automóvil. Pasaban unos minuos de la una de la tarde, cuando despegaban en dirección a Berlín en el mismo avión que los había llevado a la Wolfsschanze.

Hitler en calzoncillos... pero indemne

Atrás, dejaba el cuartel general, donde Fellgiebel no salía de su asombro. Había víctimas, sí; pero incluso el cuerpo tapado que parecía ser el de Hitler, lo era en realidad de su secretario y «doble». El Führer aparecía con la chaqueta rota, el pantalón hecho jirones y la cabellera revuelta, pero en

La noticia, en la prensa alemana

«La nación seguirá firme y fuerte»

«Con grandes titulares como "Al amparo de la Providencia", "El destino protege al Führer", "Viva el Führer", la Prensa alemana de esta mañana resume en sus editoriales su posición ante el intento de asesinato perpetrado contra la persona de Hitler. "Con profundo agradecimiento al destino —escribe Alfred Rosemberg en el Voelkischer Beobachter*— observamos que la perfidia y la bajeza no han alcanzado lo que se proponían. Sin dejarse abatir por nada, el Führer reanudó inmediatamente su trabajo. Sabe que sus soldados luchan y lucharán con el mayor vigor y sabe que el conjunto de la nación seguirá firme y fuerte. El 20 de julio de 1944 constituirá una nueva corriente de fuerza para la nación alemana y esta corriente estimulante pasará por todas sus comarcas. El pueblo alemán se sitúa nuevamente detrás de su Führer y le asegura su inviolable fidelidad y le promete poner en acción cada pensamiento y vibrar hasta lograr la victoria".*

La Providencia con el Führer

»El Deutsche Allgemeine Zeitung, *declara: "La lucha formidable que libramos exige ahora, después de que la Providencia se ha manifestado una vez más sobre el Führer, una intensidad acrecentada. Alemania se compromete solemnemente después de este acontecimiento a aumentar su decisión combativa, ya testimoniada hasta ahora, y a abrigar la certidumbre de la victoria."*

»Todos los periódicos han publicado ediciones especiales, en las que al lado de la fotografía del Führer se lee la declaración oficial y, al lado, las alocuciones de Goering y Doenitz. En sus comentarios se dice que no es ésta la primera vez que, durante la guerra actual, se ha atentado contra la vida de Hitler. Después de manifestar alegría y satisfacción, los periódicos dicen unánimemente que el pueblo alemán seguirá trabajando tranquilamente y redoblará sus esfuerzos.»

(Resumen de prensa transmitido por la Agencia EFE desde Berlín el 21.VII.1944.)

perfecto estado de salud. Parecía el más sereno de todos. A lo largo de la jornada, se balancearía entre el sosiego más o menos aparente y los raptos de cólera clamando por una venganza terrible, como en los tiempos de las SA. Telefoneó a Himmler, que tenía su cuartel general a 25 km de allí, para que hiciese ir desde Berlín a sus investigadores. Dio la orden de detener a Von Stauffenberg, pero Fellgiebel ya había cortado las comunicaciones.

Cuando Hitler acudió a recibir a quien ya sólo era *Gauleiter* de la Alta Italia, estaba eufórico. En vez de asistir a la organización de la victoria como tenía previsto, Mussolini presintió por un momento la derrota final, ante aquel espectáculo de destrucción; pero su protector lo reconfortó rápidamente: si después de aquello continuaba con vida, era porque también era indestructible su misión.

«No sólo no me suicido, sino que lo arresto»

A las cuatro de la tarde, el avión de Wagner aterrizaba en Berlín, con Von Haeften y Von Stauffenberg, encargado ahora de desencadenar la «operación Walkyria» —planeada hacía mucho tiempo— desde el puesto de mando del ejército territorial. Las tropas territoriales debían ocupar los cuarteles de las SS. Mientras el resto de los cabecillas de la conspiración abrían sus respectivas órdenes selladas, el coronel informó al general Fromm, comandante de la plaza

—«Hitler ha muerto. He sido yo quien ha hecho estallar la bomba. Ha comenzado la operación para el golpe de Estado.»

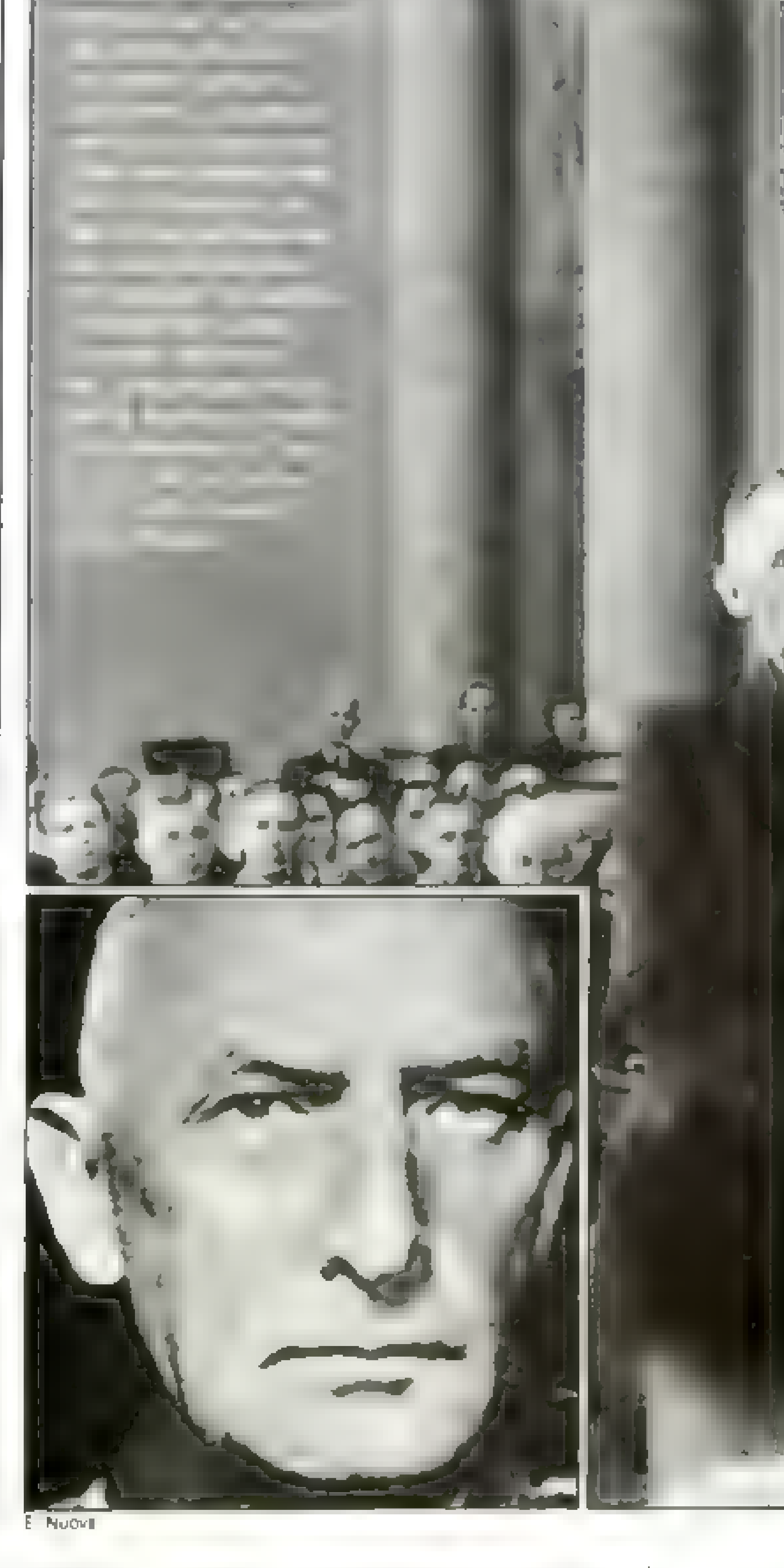
—«¿Quién le ha dado la orden?», preguntó Fromm, indignado.

—«El coronel Quirnheim, en nombre de usted.»

—«Será arrestado. Y usted, Von Stauffenberg, haría bien en quitarse la vida.»

—«General: no sólo no me suicido, sino que lo arresto.»

Poco después, llegaba el general Höppner, para ocupar el puesto de Fromm. Sería la única parte del plan cumplida a tiempo. Porque, mientras tanto, el desconcierto se apoderaba de los conspiradores, a medida que el tiempo corría en su contra. Los jefes políticos designados para aquel momento no aparecían. Sospechoso desde hacía tiempo para la Gestapo, Goerdeler había desaparecido pocos días antes del atentado, y nadie sabía su paradero. Tampoco aparecía Witzleben, jefe previsto de las fuerzas armadas. Instalado en el ministerio de la Bendlerstrasse, el viejo Beck, nuevo jefe del



E. Nuovi

Estado, no sabía qué hacer sin ministros. Tampoco lo sabían Von Kleist, Von Hammerstein, Von Wartenburg y Hans Gisevius.

Ni siquiera controlaban totalmente la situación militar dentro de la ciudad Cierto que en el ministerio de la Guerra estaban detenidos Fromm, el comandante de la región berlinesa Kortsfleisch —quien se había negado a declarar el «estado de sitio»— y el *Gruppenfuhrer* de las SS, empeñado en protestar por la presencia de un auto blindado ante su cuartel; mas también era cierto que habían fallado no pocas de las acciones relámpago planeadas, que las tropas territoriales se habían limitado a cercar el cuartel de las SS y que nadie había previsto la ocupación de las emisoras de radio

Controlar la radio

Precisamente fue la radio, en una información emitida a las 6.45 de la tarde, la que hizo cundir el pánico: «había habido un atentado contra el


E Nuova

Führer, pero éste se había salvado y había recibido, a la hora prevista, a Benito Mussolini». Von Stauffenberg rechazaba tal posibilidad: «He visto con mis propios ojos cómo saltaba el barracón. Es una maniobra de Goebbels.»

Goebbels estaba en su despacho del ministerio de Propaganda, cuando el edificio fue rodeado por un batallón de la Guardia, a las órdenes del comandante Remer. Goebbels anunció a Remer que se entregaría personalmente. Cuando el comandante entró en su despacho, Goebbels le pasó el auricular del teléfono: «hable usted personalmente con el Führer», dijo. Y Remer recibió el mando de las fuerzas de Berlín, para dirigirlas contra los conjurados.

Las comunicaciones desde la «guarida del lobo» habían sido restablecidas. Ráfagas de órdenes llegaban a Berlín. Las SS detenían sin remilgos a todos los generales que habían retenido la «operación Walkyria», en espera de la confirmación del atentado.

Aquella misma noche fueron detenidos el coronel Von Stauffenberg, el coronel Mertz, el teniente Von Haeften y el general Olbricht. En el patio de un cuartel de la Wehrmacht fueron fusilados antes del amanecer, a la luz de los faros de una camioneta, mientras la radio emitía la voz del Führer:

«Agradezco a la Providencia y al Creador, no el hecho de haberme salvado la vida, sino el de haberme dado la capacidad de resistir esta prueba y de proseguir mi misión, según mi conciencia.»

Atroz venganza

La venganza fue atroz. El 7 y 8 de agosto, se pronunciaron los veredictos sobre los más importantes implicados. Condenados a muerte por el tribunal militar de Berlín, el mariscal de campo Von Witzleben (casi en los huesos después de pasar por manos de la Gestapo), los generales Höppner, Stieff y Von Hase, los oficiales Hagen, Klausing, Bernardis y el conde Peter York von Wartenburg fueron llevados a una celda de la cárcel de Plotzensee desnudos hasta la cintura y colgados de garfios con lazos hechos con cuerdas de piano. Adolf Hitler había dicho que quería a los conspiradores «atados a los hierros, como fardos».

Hasta 7.000 sospechosos fueron detenidos. De ellos, 4.980 fueron ejecutados. La resistencia no era escasa.

La represión contra las familias de los conjurados

«La reacción punitiva se caracterizó no sólo por su intensidad, sino también por la amplitud de la persecución que desencadenaron. El clan entero de las familias de los conjurados fue incriminado de "complicidad ideológica", lo que significaba que todos debían ser ejecutados. Dos semanas después del golpe de Estado frustrado, en el discurso que pronunció el 3 de agosto de 1944 en el Congreso de los Gauleiter reunidos en Posen, Heinrich Himmler declaró: "Vamos a establecer aquí una corresponsabilidad absoluta de todo el clan. Ya hemos actuado en esta dirección... y que nadie venga a decirnos: esto es bolchevismo. Mal que os pese, esto no es en absoluto bolchevismo; esta noción se remonta a nuestras más antiguas tradiciones y estaba en uso entre nuestros antepasados. Basta con releer las sagas germánicas. Cuando una familia era puesta fuera de la ley, se decía: este hombre ha traicionado, su sangre es la de un traidor y hay que destruirle. Y la sangre que circula por las venas de su familia es mala, contiene sangre de traidor, hay que eliminarla. Y, en caso de vendetta, se destruía hasta el último miembro de un clan. La familia del conde Von Stauffenberg será destruida hasta el último miembro." Según este principio, todos los miembros de las familias de los hermanos Stauffenberg que se pudieron detener, hasta un niño de 3 años y un anciano de 85, padre de uno de sus primos, fueron arrestados y, la mayor parte de ellos, ejecutados.

»Lo mismo les sucedió a miembros de las familias Goerdeler, Von Tresckow, Von Seydlitz, Von Lehndorff, Schwenn von Schwanenfeld, Yorck von Wartenburg, Von Moltke, Oster, Leber, Von Kleist y Von Haeften, así como de muchas otras.

FUENTE: Joachim Fest, Hitler, *Éditions Gallimard, París.)*

Auch Du: *También tú. Los muchachos de las* Hitler Jugend *o Juventudes Hitlerianas tienen el «derecho» de enrolarse como voluntarios en las SS con sólo 17 años cumplidos; y este cartel de propaganda les exhorta a hacerlo: «también tú» puedes ir a luchar por la patria. Más tarde, cuando ya el Reich esté cerca de su final, esta edad será rebajada a los 15 años y en los últimos meses de la guerra, se llegará a reclutar incluso a muchachos de 14 años. Éstos lucharán al lado de los ancianos del* Volkssturm, *que alineará a hombres de más de cincuenta y más de sesenta años, armados con viejos fusiles inútiles. Será el último acto de la tragedia nazi.*



La batalla de las Ardenas
Última contraofensiva alemana

Mateo Madridejos,
periodista, subdirector de la *Hoja del Lunes* de Barcelona

El 16 de diciembre de 1944, Hitler lanzó en las Ardenas a las *Panzerdivisionen* al asalto de las posiciones aliadas. Alemania sorprendió al mundo con una furiosa contraofensiva, un último y desesperado ataque que degeneró en una de las más sangrientas batallas de la historia. Fue el canto de cisne de la Wehrmacht, el esfuerzo final que dejó exhaustas y diezmadas a las tropas, a pocos meses del colapso definitivo.



En diciembre de 1944, las Panzerdivisionen lanzaron en las Ardenas un último zarpazo de tigre moribundo. Las probabilidades de éxito eran prácticamente nulas, pero las fuerzas aliadas temieron sufrir un revés que retrasara su avance y prolongara la guerra sin cambiar su suerte

Foto PS

El despliegue alemán

En otoño de 1944, el mariscal Von Rundstedt disponía en el frente occidental de cuatro Grupos de Ejércitos —con un total teórico de 800.000 hombres— distribuidos del siguiente modo:

Grupo de Ejércitos H. *Capitán general Student. Cubría desde el Mar del Norte hasta Düsseldorf.*

Grupo de Ejércitos B. *Mariscal Model. De Düsseldorf al Mosela.*

Grupo de Ejércitos G. *Capitán general Balck. Del Mosela a Karlsruhe.*

Grupo de Ejércitos del Rin. *Heinrich Himmler. De Karlsruhe a la frontera con Suiza.*

La ofensiva de las Ardenas fue realizada por el Grupo de Ejércitos B, con 30 divisiones teóricas (unos 250.000 hombres), encuadradas en cuatro Ejércitos.

V Ejército acorazado. *General Von Manteuffel (4* Panzerdivisionen *y 3 divisiones de infantería).*

VI Ejército acorazado. *General SS Sepp Dietrich (4* Panzerdivisionen *y 5 divisiones de infantería).*

Estos dos ejércitos llevaron el peso de la ofensiva. El flanco norte estuvo cubierto por el **XV Ejército,** *del general Von Zangen, y el flanco sur, por el* **VII Ejército,** *del general Brandenberger.*

Los atacantes disponían de 1.300 cañones, 500 carros y 300 cañones de asalto, muchos menos de los previstos por Hitler. Los 3.000 aviones prometidos por Goering quedaron finalmente reducidos a 2.460.



E. Nuova

En ambas páginas, soldados alemanes cruzan un camino obstaculizado por vehículos abandonados al empezar la ofensiva. En su fase inicial, el ataque alemán cogió por sorpresa a los aliados y creó una gran confusión

En esta página, el mariscal Von Rundstedt, comandante supremo en el frente occidental. La prensa internacional le atribuyó la paternidad de la ofensiva, pero sólo fue un ejecutor de los planes de Hitler

En la página siguiente, a la izquierda, el general Sepp Dietrich. Mandaba el VI Ejército acorazado, que debía romper el frente, alcanzar el Mosa y dirigirse luego hacia Amberes, objetivo final de la operación alemana.

En la página siguiente, a la derecha, los generales Taylor (izquierda) y McAuliffe, comandante de la 101 División aerotransportada, a quien correspondió la misión de defender Bastogne de los asaltos alemanes.





Ullstein

Se estrecha el cerco sobre Alemania

Tres meses después del desembarco en Normandía, la guerra llegó a las fronteras de Alemania. En el Este, las avanzadillas del Ejército Rojo —la «horda asiática», que decían los nazis— estaban a las puertas de Prusia Oriental, bastión histórico de la dominación germánica en tierras eslavas. En el Oeste, los aliados occidentales, al irrumpir por la brecha de Avranches en agosto de 1944, abrieron el último acto de la «catástrofe alemana». En un largo frente, desde el Mediterráneo a la desembocadura del Rin, los ejércitos de Eisenhower se preparaban para el asalto final al Tercer Reich.

Foto PS

El dispositivo aliado

Comandante supremo:
Dwight D. Eisenhower.
Jefe del Estado Mayor:
General Walter Bedell Smith.

Tres Grupos de Ejércitos se alineaban de Holanda al Mediterráneo. De norte a sur, su disposición era la siguiente:

XXI Grupo de Ejércitos. *Mariscal Bernard L. Montgomery.*

XII Grupo de Ejércitos. *General Omar Nelson Bradley.*

VI Grupo de Ejércitos. *General Jacob L. Devers.*

La contraofensiva alemana se produjo contra el frente guarnecido por el XII Grupo de Ejércitos, especialmente en los sectores del **I Ejército** *(General Hodges) y el* **III Ejército** *(General Patton). El ataque más intenso se dirigió contra el sector del* **VIII Cuerpo del III Ejército,** *mandado por el general Middleton, que disponía de cuatro divisiones (sector de Bastogne). El otro punto crítico (sector de Monschau) estaba defendido por el* **V Cuerpo del I Ejército,** *con tres divisiones. Esto quiere decir que siete divisiones norteamericanas debieron soportar la embestida de dos Ejércitos acorazados alemanes.*

Eisenhower disponía también de un Ejército acorazado y aerotransportado (general Lewis H. Brereton), con las **divisiones 101** *y* **82** *que jugaron un gran papel en la contención del avance alemán.*

La superioridad aérea fue una de las claves del triunfo. Los efectivos aliados estaban formados por:

IX Fuerza aérea táctica norteamericana.

II Fuerza aérea táctica británica.

I Fuerza de aviación táctica.

Lo que significaba un total de:
4.700 cazas
6.000 bombarderos
4.000 aparatos de reconocimiento



Ullstein



Foto PS

Criterios dispares entre los aliados

En septiembre, sin embargo, las conveniencias logísticas y las precauciones tácticas aconsejaron un descanso de las tropas, a pesar de las reticencias de Montgomery y otros generales impacientes. El mariscal británico, a quien los norteamericanos tildaban de arrogante y locuaz, propugnaba, por el contrario, una rápida y vigorosa ofensiva para invadir el Ruhr, principal arsenal alemán, y abrir el camino hacia Berlín para terminar con la guerra antes de fin de año. Las discusiones fueron acaloradas.

«Las guerras se ganan con la opinión pública», dijo Eisenhower a Montgomery en una borrascosa entrevista celebrada en Bruselas el 11 de septiembre. «No», replicó el mariscal británico, «las guerras se ganan con victorias.»

Prevaleció el plan de Eisenhower, consistente en el avance agrupado y simultáneo de todos los ejércitos, desde la frontera helvética a Holanda. Por su parte, el general Patton, quien mortificaba a «Monty» recordándole su fracaso ante Caen, consideraba que el plan de éste daría ventaja a los británicos en el momento de la batalla decisiva. Ante los periodistas, Patton respaldó los criterios de Eisenhower: «Mis hombres pueden comerse el cinturón y hasta los zapatos, pero no pueden orinar la gasolina que necesitan para que anden sus tanques.»

Frente a la audacia de Montgomery, la prudencia de «Ike» se apoyaba en poderosas razones militares y políticas. En primer lugar, los imperativos logísticos, ya que las unidades en línea estaban a casi 600 km de sus bases de aprovisionamiento, y el puerto de Amberes no podía utilizarse mientras los alemanes dominaran las bocas del Escalda. Los ejércitos aliados consumían diariamente entre 1 y 3 millones de litros de gasolina, «la sangre rosa de la guerra»; las vías férreas y los puentes estaban destruidos; a partir del Mosa, en fin, los canales eran un serio obstáculo para los blindados.

Operación Greif

Simultáneamente a la ofensiva, la 150.ª Brigada blindada alemana, al mando de Otto Skorzeny, realizó la operación Greif *(Grifón o Grifo, fabuloso animal, mitad águila, mitad león), consistente en infiltrarse detrás de las líneas aliadas y dedicarse al sabotaje.*

La operación fue preparada en poco más de un mes, con unos 3.000 voluntarios cuidadosamente seleccionados y entrenados, en el máximo secreto, cerca de Nuremberg. El entrenamiento constituyó «una verdadera revolución psicológica», pues los alemanes aprendieron a comportarse como sus enemigos: no sólo hablaban inglés —algunos se expresaban en el slang *norteamericano—, sino que mascaban chicle, fumaban, vestían y saludaban como los G. I.*

A pesar de la oposición de Rundstedt y otros jefes militares, para quienes el sabotaje con uniformes del enemigo era contrario al honor y las leyes de la guerra, Skorzeny recibió el encargo directamente de Hitler: «Ustedes ocuparán, en su calidad de elementos avanzados, los puentes sobre el Mosa, entre Lieja y Namur. Sus hombres llevarán uniforme americano. Nada de escrúpulos: los ingleses nos hicieron lo mismo en Aquisgrán. Le doy poderes ilimitados.»

Tan pronto como los blindados abrieron brecha, los hombres de Skorzeny, con uniformes y material norteamericanos —incluidos jeeps y carros Sherman—, se infiltraron y actuaron como caballo de Troya o «quinta columna». Entre sus sabotajes se cuentan el corte de comunicaciones entre el puesto de mando del general Bradley y las divisiones en línea y la difusión de órdenes falsas: «Huid, muchachos..., estamos copados». Otros saboteadores, con brazaletes de policía militar (MP), dirigieron por caminos equivocados a algunos convoyes aliados.

Los norteamericanos capturaron a un oficial alemán que llevaba varias copias del plan de Skorzeny, lo que aumentó los temores y la confusión hasta el punto de que las consignas para descubrir a los infiltrados provocaron situaciones tragicómicas entre los aliados: un general fue retenido cinco horas por la MP por resultar sospechoso. Los saboteadores hechos prisioneros —algunos fueron ejecutados sumariamente— hicieron creer a los servicios de información que Skorzeny se dirigía a París para atentar contra Eisenhower. Las precauciones se multiplicaron hasta el absurdo y el sosia del comandante supremo, coronel Baldwin B. Smith, fue enviado de gira por el frente para despistar a los alemanes.

Un enigma persiste. Según testigos franceses, un coche verde oliva del ejército de los Estados Unidos, similar al que utilizaba Eisenhower, fue ametrallado y después incendiado en Versalles el 22 de diciembre de 1944, cerca del cuartel general, muriendo en su interior un oficial y un cabo norteamericanos. El hecho ocurrió en un lugar por donde habitualmente pasaba Eisenhower.

En un libro escrito después de la guerra, Skorzeny negó que se hubiera desplazado a París con esa misión. Los servicios secretos norteamericanos, que padecieron la «intoxicación», corroboraron la versión de Skorzeny tras interrogarle. No obstante, los testigos franceses dijeron haber visto un jeep en cuyo interior iba un hombre «gigantesco» con una gran cicatriz en el rostro. Y desde el jeep fue ametrallado el coche verde oliva semejante al de Eisenhower.



En ambas páginas, soldados alemanes que habían tomado parte en la operación Greif van a ser fusilados. Los hombres de Skorzeny se habían infiltrado en las líneas aliadas vestidos con uniformes americanos y esto, según las leyes de guerra, autorizaba a tratarlos como espías.

Abajo, a la izquierda ataque alemán en una carretera. El avance alemán fue más lento de lo previsto.

Abajo, a la derecha, Jochen Peiper, comandante de una columna que en un solo día penetró más de 20 km en territorio enemigo.



Foto PS



Foto PS

«Cara cortada»



Otto Skorzeny

Nace en 1905 en Viena. Oficial del ejército e ingeniero, se incorpora a las SS tras la llegada de Hitler al poder.

1943: *a partir de este año se dedica a la preparación de unidades de comando, a las órdenes directas del Führer. Libera a Mussolini de su prisión del Gran Sasso (12 de septiembre).*

1944: *en la noche y en los días siguientes al 20 de julio dirige la represión contra los oficiales antinazis que habían organizado el atentado para eliminar a Hitler. En octubre detiene al almirante Horthy tras conocer la Gestapo que éste se dispone a abandonar Hungría en manos de las fuerzas soviéticas. En calidad de coronel de las SS dirige en las Ardenas la operación* Greif.

1947: *juzgado como criminal de guerra por un tribunal aliado, es absuelto de los cargos que pesan sobre él, presumiblemente por haber suministrado algunas informaciones valiosas.*

1975: *convertido en un acaudalado hombre de negocios, muere en Madrid (España), donde se había instalado tras la guerra*

Los hombres del Intelligence Service le llamaban «Scarface» (Cara cortada). Escribió Misiones secretas *y* Los comandos del Reich.

La antesala de Alemania

A medida que los aliados se aproximaban al Rin, la resistencia alemana se hizo más encarnizada. Requerido por Hitler, el viejo mariscal Von Rundstedt olvidó todos los agravios de «el cabo» y asumió de nuevo el mando del frente del oeste. A mediados de septiembre, el III Ejército de Patton, tras un fulgurante avance de 400 km fue frenado en el Mosela, y el I Ejército de Hodges quedó detenido a las puertas de Aquisgrán.

Cediendo conciliatoriamente a los apremios de Montgomery, y pensando también en destruir las rampas de lanzamiento de las «V 2», Eisenhower autorizó una operación para establecer una cabeza de puente en Arnhem (Holanda). A partir del 17 de septiembre, tres divisiones aerotransportadas (dos norteamericanas y una británica) fueron lanzadas en el sector Nimega-Arnhem, apoyadas por tropas blindadas que avanzaban desde el sur. Muchos paracaidistas —«diablos rojos»— cayeron entre las *Panzerdivisionen* y fueron aniquilados. Los alemanes contra atacaron con fuerzas acorazadas. Al cabo de diez días de combates desesperados, los aliados tuvieron que evacuar Arnhem, donde una división británica quedó diezmada, ya que sólo 2.400 de sus casi 10.000 hombres consiguieron retirarse atravesando de nuevo el Rin.

A pesar del sangriento fracaso, Eisenhower evitó los reproches a Montgomery y se limitó a declarar que los aliados tenían por delante «una campaña larga y dura». Una vez más, el comandante supremo aliado demostró que, si bien no era un estratega de genio, sabía comportarse con el tacto preciso para afianzar su reputación de árbitro insustituible. No quedaba duda de que Eisenhower había evaluado mejor que «Monty» y otros generales propensos al arrebato la capacidad de resistencia que aún podía oponer el ejército alemán.

Durante octubre, los alemanes mantuvieron una guerra de desgaste. Aquisgrán se rindió el 21, cuando era un montón de ruinas; Patton no pudo pasar de Metz y las bocas del Escalda no quedaron libres hasta noviembre.

Un único propósito: retrasar lo inevitable

Mientras tanto, Hitler seguía obsesionado por la idea de romper la coalición de las potencias occidentales con la URSS, que juzgaba disparatada, y alimentaba en privado la esperanza de lograr una paz por separado en el Oeste que le permitiera volverse contra «las hordas comunistas». Hitler y el general Jodl decidieron que, dos meses más tarde, la Wehrmacht lanzaría una contraofensiva en el frente occidental. Se trataba de realizar un esfuerzo para detener la invasión y cambiar el rumbo

Armas de represalia

La búsqueda de armas secretas, de destrucción en masa, fue una de las grandes obsesiones de Hitler y sus consejeros. Cuando la derrota era inevitable, los científicos alemanes construyeron en Peenemunde, en la isla de Usedom, las denominadas «armas de represalia» (Vergeltungswaffe), *«V 1» y «V 2». Los dos principales artífices fueron Wernher von Braun y Hermann Oberth, ambos posteriormente incorporados a la carrera espacial de los Estados Unidos. En la investigación para obtener la bomba atómica, por el contrario, los sabios alemanes seguían un camino errado.*
«V 1»: *Bomba volante. Avión-proyectil pulsorreactor, sin piloto, de 8,32 m de longitud. Lanzado desde una rampa fija, era portador de casi una tonelada de explosivos y podía alcanzar un objetivo a 250 km. Las primeras «V 1» cayeron sobre Londres la noche del 12 de junio de 1944. Fueron fácilmente interceptadas por el fuego de los cañones guiados por radar y de los cazas veloces. Se dispararon 15.802, de las que 7.076 fueron destruidas en vuelo. Las rampas de lanzamiento en Holanda fueron destruidas por los bombarderos aliados*
«V 2»: *Primer misil de la historia. Proyectil estratosférico, de 14 m de longitud y unas 13 toneladas de peso, lanzado casi verticalmente desde un vehículo especial. Alcanzaba unos 80 km de altitud y al descender a tierra —teledirigido a una velocidad de 5.400 km/h— lo hacía sin ruido, lo que le aseguraba una terrible eficacia. Afortunadamente sólo llevaba una cabeza de guerra de 750 kg de explosivos, ya que no había medios para interceptarlos. El primero fue lanzado contra el área de Londres el 6 de septiembre de 1944. Amberes fue muy duramente castigada por las «V 2» durante la ofensiva de las Ardenas. Uno de los proyectiles hizo blanco en un cine de la ciudad belga y causó más de 200 muertos.*

de la guerra o, al menos, retrasar con una victoria táctica lo que parecía inevitable.

«Llegará el momento», argumentaba el Führer ante sus generales, «en que la tensión entre los aliados conducirá a la ruptura. La historia nos enseña que todas las coaliciones acaban por dislocarse. Lo único que queda es esperar el momento justo, por duro que eso resulte.»

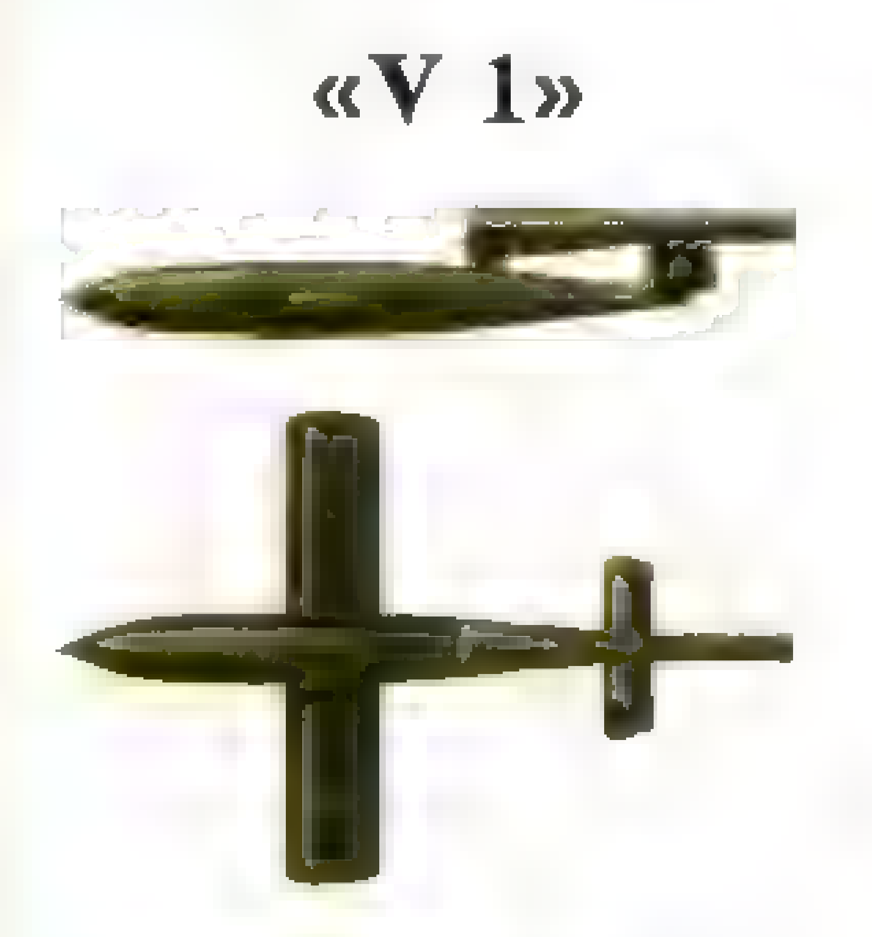

Archivo Orbis

Arriba, avión de apoyo táctico Hawker Typhoon, utilizado por los aliados en las Ardenas. Cuando a partir del 23 de diciembre mejoraron las condiciones meteorológicas, la superioridad aérea aliada permitió detener el ataque alemán.

En la página siguiente, el Königstiger alemán, uno de los carros de combate que tomaron parte en la ofensiva

En ambas páginas, una columna blindada del III Ejército aliado avanza en Luxemburgo.

«V 1»



Nombre real: Fieseler FZG-76 («V 1»)
Motor: Angus As 014 a reacción
Velocidad: 600 km/h
Altitud máxima: 2 800 m
Peso: 2 200 kg
Longitud: 8,32 m
Envergadura: 5,38 m
Cabeza bélica: 830 kg de explosivos

La denominación «V» derivaba de la inicial de *Vergeltungswaffe*, es decir, «arma de represalia».

E. Nueva

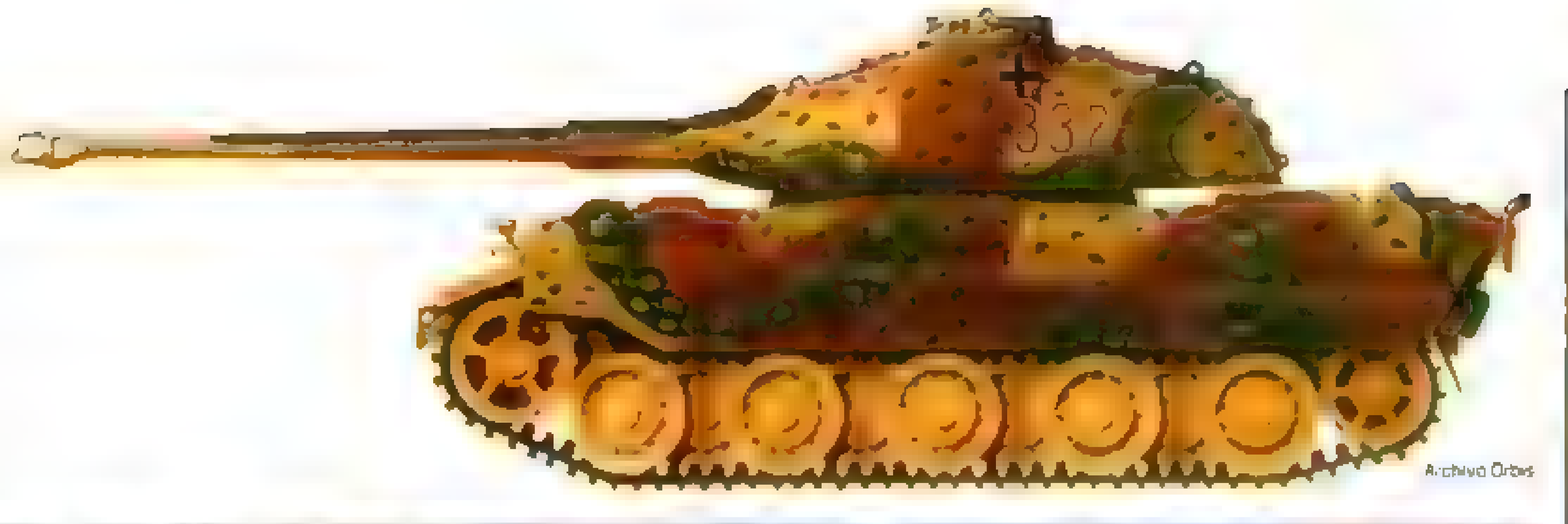


Junto a las profecías y el fanatismo, con los que había conquistado y obnubilado la voluntad del pueblo alemán, Hitler dejaba volar su fantasía ante los mapas militares. Creía entonces que los británicos estaban al borde del agotamiento y no tenía muy buen concepto del soldado norteamericano, al que suponía fácil presa del desánimo porque luchaba lejos del suelo patrio. La propaganda oficial insistía en que Francia sería «una gigantesca ratonera» para los norteamericanos.

La máquina propagandística de Goebbels machacaba frenéticamente. La «movilización general», proclamada en agosto, fue el primer paso del esfuerzo decisivo, y en otoño fueron llamados a filas todos los varones entre 16 y 60 años, con lo que el total de hombres en armas superó teóricamente los 10 millones. La Wehrmacht consiguió alrededor de 500.000 soldados para crear nuevas divisiones y reforzar las reservas.

El denominado «Plan Morgenthau», sugerido por el secretario del Tesoro norteamericano en la conferencia de Quebec (septiembre), fue utilizado por la propaganda nazi para propalar la especie de que los aliados se proponían el exterminio o la esclavitud de gran parte de la población de una Alemania desmembrada y despojada de sus recursos industriales. «El judío Morgenthau», tronaba la radio de Berlín, «canta la misma canción que los judíos del Kremlin.»

Paralelamente, la inactividad en los frentes y el relativo éxito de las «V 2»


Archivo Orbis



Cuatro meses en el frente occidental

Septiembre (1944)
17-28: *Batalla y fracaso aliado en Arnhem.*

Octubre
2: *Comienza la ofensiva contra Aquisgrán.*
15: *Patton es frenado ante Metz*
21: *Capitulación de Aquisgrán.*
22: *Comienza la limpieza de las bocas del Escalda.*
31: *Capitulación de los alemanes en Beveland.*

Noviembre
1: *Desembarco canadiense en Walcheren.*
8: *Patton ataca de nuevo en el sector de Metz. Los alemanes utilizan, por primera vez, los aviones a reacción.*
20: *Patton entra en Metz.*
23: *El general Leclerc libera Estrasburgo.*

Diciembre
3: *Los norteamericanos alcanzan el Roer*
16: *Comienza la contraofensiva alemana en las Ardenas.*
19: *Conferencia de Eisenhower con todos los altos mandos en Verdún. Se inicia el asedio de Bastogne.*
23: *Termina el mal tiempo y comienza la actuación de la aviación aliada, que será determinante.*
25: *Los alemanes alcanzan su máxima penetración, a 7 km del Mosa.*
27: *Termina el sitio de Bastogne.*

Enero (1945)
1: *Comienza la ofensiva de Himmler en Alsacia, que llega a 20 km de Estrasburgo (día 5).*
12: *Los alemanes inician la retirada final en las Ardenas.*
16: *Tras una hábil maniobra, Von Rundstedt consigue situar el resto de sus tropas en las líneas que ocupaban al comenzar la ofensiva un mes antes.*

permitían abrigar la esperanza de que, si se resistía durante el invierno, las nuevas «armas secretas» ofrecerían una alternativa menos ominosa que la capitulación sin condiciones. El potencial industrial del país estaba todavía en buen funcionamiento, como lo demostró la recuperación de los últimos tres meses de 1944.

La aventura final del Tercer Reich

Hitler preparó cuidadosamente la que iba a ser llamada «batalla de la ocasión postrera», el «último envite», en palabras de Eisenhower. Había que recurrir a las últimas reservas en hombres y material, y, en caso de fracaso, no quedaría sino el hundimiento, el final trágico auspiciado por una presunta revolución emparentada con el nihilismo. «El mundo entero imagina que Alemania está ya fuera de combate», le dijo Hitler a Skorzeny en octubre, «pero yo le demostraré lo contrario. El moribundo se levantará con toda su furia en el frente occidental.»

El plan alemán, denominado «Wacht am Rhein» (Alerta en el Rin), previsto en principio para el 26 de noviembre, consistía en un ataque masivo y por sorpresa en la región de las Ardenas (en las fronteras con Bélgica y Luxemburgo), el paso del Mosa y el avance hacia Amberes a través de un corredor dominado por las *Panzerdivisionen* que separaría a los ejércitos aliados. Hitler soñaba con repetir la *Blitzkrieg* de mayo de 1940 que acabaría en un nuevo Dunkerque del que esta vez ya no podría escapar el ejército británico.

Desde el punto de vista militar, el plan era excelente, incluso estudiado *a posteriori*, ya que en las Ardenas estaba el punto más débil del dispositivo aliado. Pero las circunstancias eran radicalmente diferentes. Alemania luchaba en dos frentes, estaba debilitada tras cuatro años de sangría bélica y tenía delante un enemigo cuyos recursos

«Nuts!»: Bastogne no se rinde

Bajo un frío terrible, sobre la nieve, unos 18.000 soldados norteamericanos al mando del general McAuliffe resistieron durante una semana en la ciudad belga de Bastogne, importante nudo de comunicaciones, los reiterados asaltos de tres divisiones alemanas al mando del general Von Luttwitz (40.000 hombres).

El asedio se inició el 19 de diciembre, y el 22 la situación era desesperada, con numerosos muertos y heridos y la moral declinando entre las tropas. A las 11 horas, los alemanes enviaron a cuatro oficiales con bandera blanca para entregar un mensaje de Von Luttwitz en el que éste proponía «una capitulación honorable» y concedía «un período de reflexión de tres horas a partir de la entrega de esta nota».

Al conocer el mensaje, delante de un grupo de oficiales, McAuliffe exclamó: «Nuts!», palabra que significa «nueces», pero que traduce coloquialmente una vulgar y rotunda negativa, algo así como «Váyase a hacer puñetas». McAuliffe escribió «Nuts» en una cuartilla que el coronel Harper entregó a los alemanes. Como uno de éstos solicitara aclaraciones, Harper precisó: «Dígale a su jefe que nuts *quiere decir algo así como "Go to hell" (Váyase al cuerno).»*

Redoblaron los ataques alemanes y la situación empeoró por momentos. Los bombardeos de la Luftwaffe incrementaron las penalidades de los sitiados. Faltaban municiones y víveres, y muchos soldados, agazapados en hoyos poco profundos en el perímetro de la ciudad, estaban a punto de morir de hambre y frío cuando, a partir del día 23, los aviones aliados pudieron lanzar aprovisionamientos en paracaídas. Bastogne se convirtió, definitivamente, como escribió Eisenhower, en «una espina clavada en el costado del alto mando alemán».

La Nochebuena, un diluvio de fuego y metralla cayó sobre la ciudad, y el día de Navidad, 18 Panzer perforaron el perímetro defensivo, pero fueron destruidos. Al día siguiente, los alemanes trataron por última vez de tomar la ciudad por asalto, pero al iniciar el ataque, un grupo de la 4.ª división blindada norteamericana rompió el cerco y reforzó física y moralmente a los extenuados defensores. ¡Así terminó el sitio de Bastogne!

Sin embargo, la más frenética arremetida alemana, la que causó más bajas, comenzó el 3 de enero cuando 8 divisiones fueron lanzadas al ataque. Fue uno de los episodios más sangrientos de toda la guerra. En varios puntos, con ferocidad inigualada, los SS se enfrentaron cuerpo a cuerpo con los paracaidistas norteamericanos. Todo terminó para los alemanes el 9 de enero, cuando el III Ejército de Patton tomó la iniciativa y rebasó Bastogne en dirección al Rin.

Un monumento en Bastogne rememora el heroísmo de los norteamericanos. Después de la guerra, McAuliffe tuvo que esforzarse en demostrar que no había empleado una expresión más gruesa que el ya histórico «Nuts!».



USIS

En esta página, abajo, soldados norteamericanos a la salida de Bastogne: resistieron el cerco de tres divisiones alemanas.

Entre las dos páginas, un carro Tiger alemán se cruza con una columna de prisioneros norteamericanos. Entre el 16



y efectivos eran muy superiores, fortalecidos por una moral de victoria. Con el plan de Hitler, Alemania corría, además, el riesgo de malgastar las reservas estratégicas —que ya no podrían recuperarse— necesarias para la defensa del suelo germánico en la fosa del Rin.

Algo parecido pensaron Von Rundstedt (comandante en jefe) y Model (jefe de operaciones) al proponer un atractivo plan de recambio, consistente en un fulgurante ataque para suprimir el saliente aliado en torno a Aquisgrán, pues consideraban que las fuerzas eran insuficientes para la ambiciosa empresa de llegar hasta Amberes; pero Hitler se mostró inflexible y ordenó que su plan se cumpliera hasta en los más mínimos detalles. La obstinación del Führer sólo era comparable a la magnitud de la derrota que estaba preparando.

Para seguir el desarrollo de las operaciones, Hitler se instaló el 10 de diciembre en el «Adlershorst» (nido de las águilas), el cuartel general cercano a Frankfurt, donde dos días después recibió a los generales que iban a participar en la ofensiva. Ya no era el Führer arrogante de la victoria, sino el dirigente envejecido de una empresa

y el 23 de diciembre fueron apresados cerca de 7.000 hombres; otros 50.000 murieron, fueron heridos o desaparecieron

En esta página, una ametralladora americana pegada a la nieve y apoyada por un carro en el sector de Bastogne



Foto IPS

que amenazaba ruina, a quien uno de los presentes describió como «un hombre viejo y quebrantado, las manos agitadas por un temblor nervioso (...), un enfermo que arrastraba los pies.» No obstante, les dirigió una arenga de inflamado belicismo, en la que insistió en la supuesta incoherencia de la alianza de sus enemigos y en la firme determinación de proseguir la lucha: «No debemos dejar pasar ni un solo momento sin hacer ver al enemigo que, haga lo que haga, no debe contar jamás con que se produzca una capitulación. ¡Jamás!»

Los Panzer atraviesan la niebla

Con un aplazamiento de veinte días, para esperar el mal tiempo, el ataque se inició a las 5.30 del 16 de diciembre, con una violenta preparación artillera que sorprendió a los norteamericanos, en un frente de unos 100 km, de Monschau a Echternach, guarnecido por tropas del I Ejército. Von Rundstedt alineó al Grupo de Ejércitos B, del mariscal Model, que estaba integrado por tres Ejércitos (30 divisiones, 10 de ellas acorazadas).

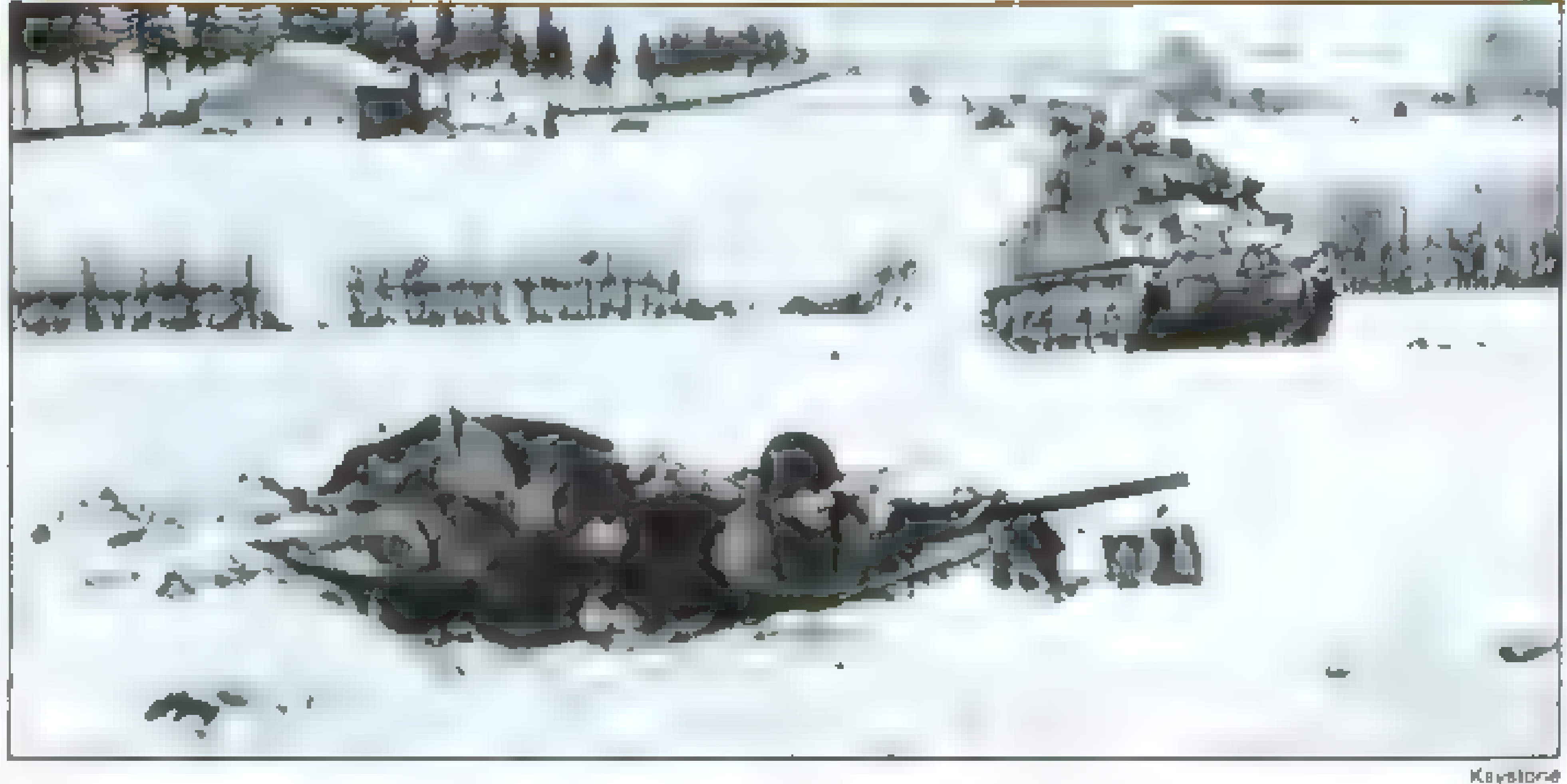
El frío era muy intenso. Como habían previsto los alemanes, el mal tiempo en general y la espesa niebla impedían la entrada en liza de la aviación. El metro de nieve que cubría el terreno no fue un obstáculo para el empuje inicial de los blindados. El más potente ataque de las *Panzerdivisionen* se produjo en el sector comprendido entre Malmedy y Bastogne, débilmente defendido por el VIII Cuerpo de Ejército norteamericano del general Troy Middleton, adscrito al III Ejército. La táctica empleada por los alemanes fue semejante a la de 1940: gran concentración de fuerzas en poco espacio para abrir una brecha profunda en las líneas del enemigo.

Patton, un general «explosivo»

El general George Smith Patton (1885-1945) fue considerado como el primer especialista de blindados del ejército norteamericano, a la altura de Heinz Guderian entre los alemanes. En 1917 organizó en Francia la primera brigada acorazada de las fuerzas expedicionarias, al mando del general Pershing. En el período de entreguerras, defendió la mecanización del Ejército y se dedicó a la formación y entrenamiento de las unidades acorazadas. Tras el desembarco en Marruecos (1942), participó en las campañas de Túnez y Sicilia, y en 1944 fue nombrado jefe del III Ejército norteamericano, con el que tuvo una destacada actuación en el desembarco de Normandía y en la batalla de las Ardenas. Su carrera militar culminó con una fulgurante ofensiva que, tras cruzar el Rin, a principios de marzo de 1945, le condujo hasta Checoslovaquia. Murió en un accidente de automóvil cerca de Heidelberg.

Sus brillantes dotes como estratega se vieron oscurecidas por una «volátil personalidad», inclinada a «las manifestaciones explosivas», como escribió el general Eisenhower. Su temperamento impulsivo y su ligereza en el lenguaje le granjearon una reputación de general controvertido, polémico, cuyas ideas causaron algunos problemas en un país en el que la supremacía del poder civil es un dogma del sistema político. Durante la campaña de Sicilia, de visita en un hospital, lanzó un torrente de improperios contra varios soldados y llegó a abofetear a uno de ellos por estimar que las depresiones nerviosas que los tenían hospitalizados eran meros pretextos para rehuir el combate. Fogoso anticomunista, provocó un serio conflicto diplomático cuando sugirió públicamente en Londres que los Estados Unidos y Gran Bretaña se asociaran después de la guerra para dominar al mundo. Sus soldados le apodaron «Old Blood and Guts», para denotar sus estallidos violentos y su coraje.

Su diario de guerra fue publicado en 1947 con el título de War as I knew it *(La guerra como yo la viví), libro en el que demuestra su gran afición a la historia y su profunda admiración por los estrategas.*



Keystone

¿Dónde está el frente?

La sorpresa de los aliados fue total. El general Bradley, que mandaba el sector, se encontraba en Versalles conferenciando con Eisenhower sobre asuntos rutinarios. Cuatro divisiones norteamericanas —4, 28, 106 y 9.ª blindada— fueron arrolladas, y algunas de sus unidades, cercadas y diezmadas. El frente se derrumbó en varios puntos, pero muchas unidades se pegaron al terreno y resistieron tenazmente.

Los blindados de Von Manteuffel, émulo de Guderian, abrieron dos brechas y avanzaron velozmente hacia el

La interpretación de un corresponsal español

En una crónica enviada desde Londres y publicada en La Vanguardia *de Barcelona el 11 de enero de 1945, el corresponsal de este periódico, Augusto Assía (seudónimo de Felipe Fernández Armesto), escribió*

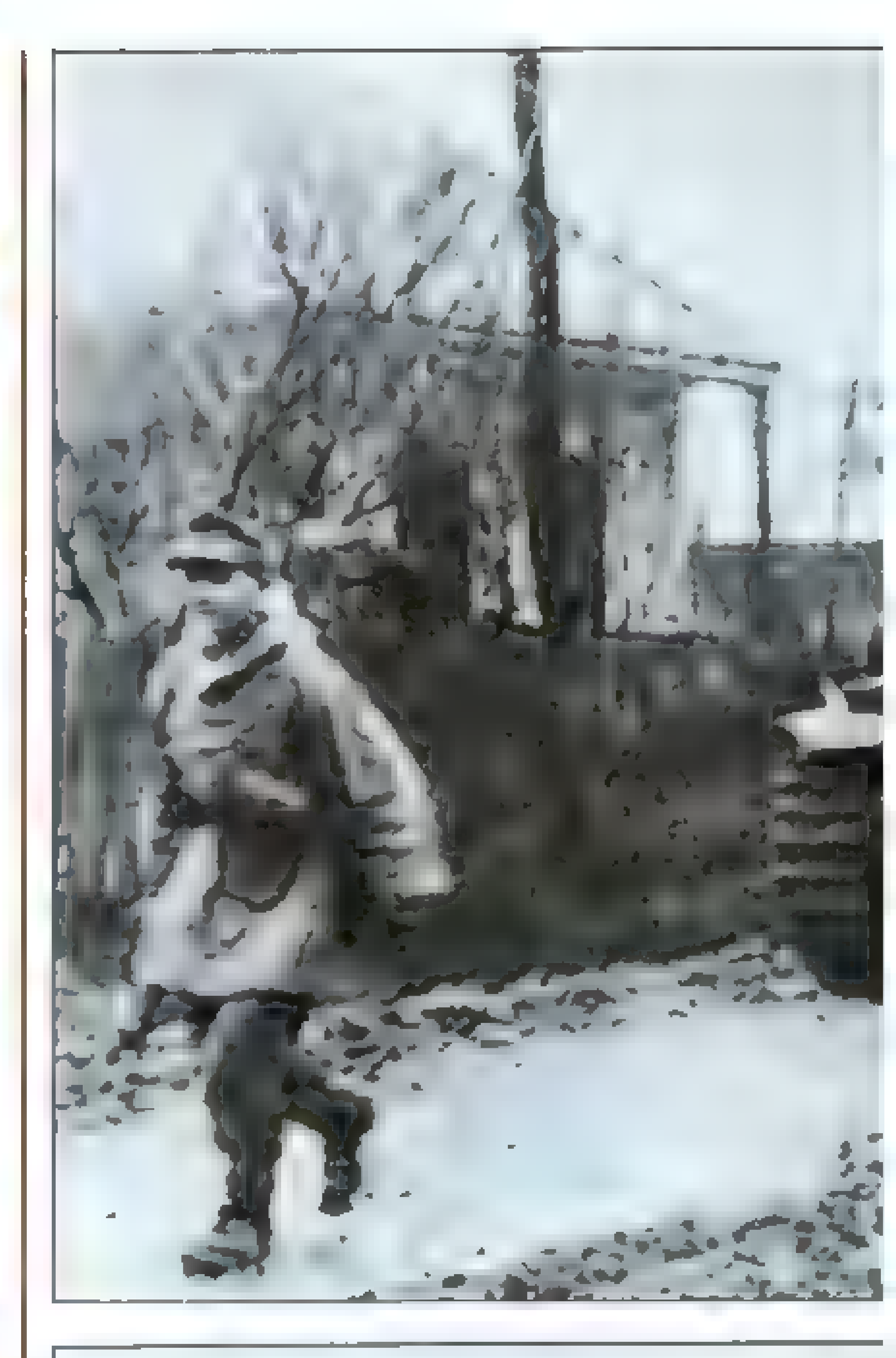
«Para determinar cuál es el grado de su fracaso habría que saber cuáles eran los verdaderos propósitos que Von Rundstedt se proponía con la ofensiva de las Ardenas. A juzgar por la propaganda alemana, no eran nada modestos

»Si el Ejército teutón no pretendía, como es posible, más que perturbar los planes aliados haciendo abortar la ofensiva contra el Ruhr para ganar un nuevo respiro y prolongar la guerra, es indudable que la operación ha sido realizada con extrema destreza y que, al menos por lo que se ve, de momento ha obtenido éxito.

»Pero si los propósitos de Von Rundstedt coincidían con los de la propaganda y su objetivo consistía en dar un golpe grave al poderío anglosajón, entonces la operación alemana no demuestra sino lo contrario de aquello que la propaganda ha querido atribuirle

»Por un lado, señala la desproporción entre su tarea y los medios de que la Wehrmacht dispone hoy; por otro, su poca resistencia e ímpetu para explotar una ofensiva perfectamente iniciada y planeada; por un tercero, la carencia de reservas y medios con que llevar a sus conclusiones ofensiva seria alguna.

»Comparada con la ofensiva que los mismos alemanes lanzaron en el frente occidental al fin de la otra guerra —el 21 de marzo, para ser exactos—, el ataque de Von Rundstedt es lo que una bocanada de viento a un huracán.»



Mosa. Tras un día de intensos combates, cuando las *Panzerdivisionen* parecían encontrarse en el camino hacia una victoria táctica, un grupo acorazado tomó Stavelot, a sólo 12 km del cuartel general del I Ejército, que tuvo que ser evacuado, pero no se dio cuenta de que se encontraba a menos de un kilómetro de un inmenso depósito con cerca de 10 millones de litros de gasolina. Mientras tanto, los hombres de Otto Skorzeny sembraron el desconcierto entre los sorprendidos norteamericanos. La confusión que crearon fue de tal magnitud que nadie sabía dónde estaba el frente en las primeras 24 horas de la batalla.

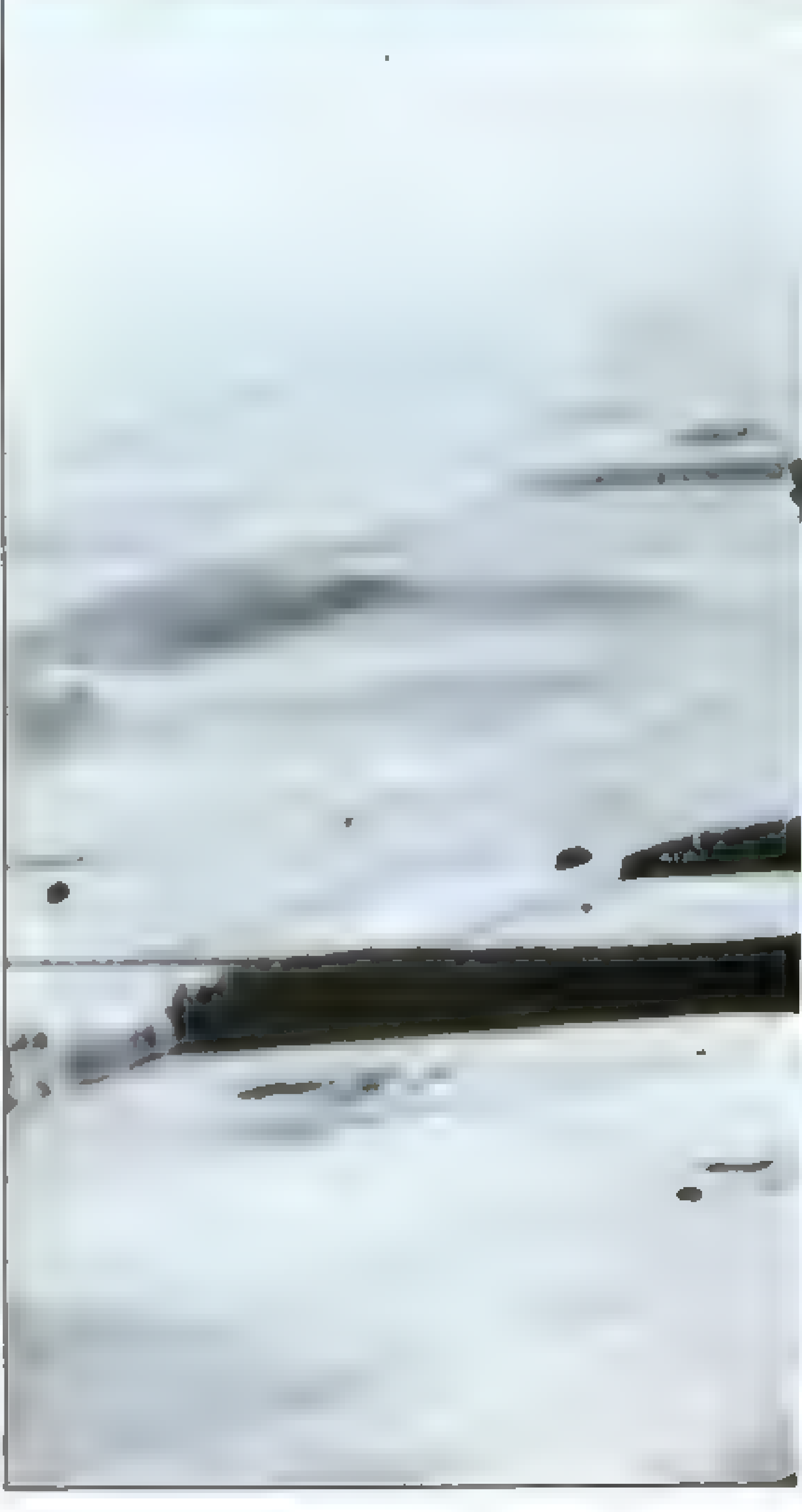
Bastogne: los norteamericanos resisten

El día 17, el alto mando aliado comprendió el alcance de la ofensiva. Dos divisiones aerotransportadas (101 y 82), que se encontraban descansando en Reims, fueron enviadas apresuradamente al teatro de operaciones. Después de marchar durante toda la noche, con los faros apagados, la muy curtida división 101 logró introducirse en Bastogne poco antes de que los alemanes completaran el cerco. Ante la resistencia encontrada en Bastogne, Von Manteuffel prosiguió hacia el Mosa, pero tuvo que distraer parte de sus efectivos para mantener el asedio de la ciudad. El avance se hizo más lento y perdió eficacia.

Puesto que la batalla de las Ardenas fue tácticamente «un problema de carreteras» —como dijo el general Ridgway, que mandaba las tropas aerotransportadas—, la resistencia de los G. I. en Bastogne, principal nudo de comunicaciones, resultó decisiva. Más tarde, la 7.ª división blindada norteamericana, con elementos dispersos de otras unidades, aguantó bien en St. Vith, otra importante encrucijada, hasta el día 21, en que se retiró ordenadamente, lo que supuso cinco días de retraso en los planes de Von Rundstedt. En Elsenborn, el punto más septentrional del saliente, la 78.ª división norteamericana resistió heroicamente las embestidas de las *Panzerdivisionen SS*, con lo que impidió el avance alemán hacia Lieja.

Colapso alemán y contraofensiva aliada

Ante la gravedad de la situación, Eisenhower se reunió el día 19 con sus principales colaboradores en un cuartel de Verdún, y ordenó la resistencia a ultranza para que los alemanes no atravesaran el Mosa. Al día siguiente, Montgomery recibió el mando de todas las fuerzas al norte del saliente, incluidos el I y el IX Ejércitos norteamericanos. Las defensas aliadas se reforzaron en un arco que iba desde Monschau a Dinant. A partir del día 22, el general Patton, mediante una brillante maniobra, irrumpió en el flanco iz-





Ullstein



Ullstein



Camera Press/Zardoya

Arriba, a la izquierda, carros alemanes cerca de Bastogne. Unos 40.000 hombres al mando de Von Luttwitz, mantuvieron un durísimo asedio de este nudo de comunicaciones desde el 19 hasta el 26 de diciembre, fecha en que las fuerzas del III Ejército de Patton levantaron el cerco. El día 28, Hitler, haciendo caso omiso de la opinión de sus generales, ordenó de nuevo conquistar Bastogne y proseguir la ofensiva hacia el Mosa.

Arriba, lanzacohetes alemán montado en un vehículo oruga blindado abre fuego contra las líneas aliadas. Estas armas eran operativamente menos eficaces que los Katyuskas.

A la izquierda, abajo, un Dakota lanza víveres y municiones para los defensores de Bastogne. El 23 de diciembre, aprovechando un cielo limpio de nubes, 241 aviones dejaron caer cientos de contenedores sobre el enclave belga.

quierdo alemán y se dirigió hacia Bastogne. En el norte, la 2.ª división acorazada del general Harmon atacó el flanco derecho alemán.

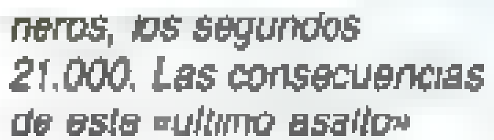
A partir del día 23, el buen tiempo permitió que la aviación aliada, cuya superioridad era abrumadora, empezara a machacar a los alemanes. Los bombardeos de la retaguardia y de las comunicaciones del Grupo de Ejércitos atacante cambiaron por completo el signo de la batalla. Las dificultades para los alemanes aumentaron peligrosamente y una de las divisiones en vanguardia quedó inmovilizada durante 36 horas por falta de gasolina. El día de Navidad, Von Manteuffel comprendió que no podría llegar al Mosa.

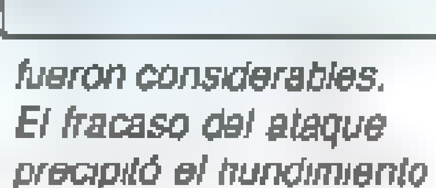
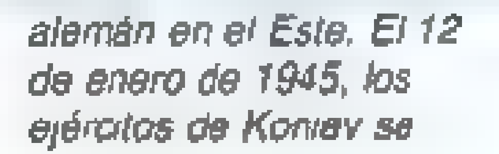
Los ejércitos germanos quedaron prácticamente inmovilizados en un corredor, saliente o «verruga» de 50-60



E. Nueva

Keystone



La batalla de las Ardenas costó la vida a más de 32.000 hombres: 8.400 norteamericanos y 24.000 alemanes. Los primeros tuvieron 16.000 prisioneros, los segundos 21.000. Las consecuencias de este «último asalto» fueron considerables. El fracaso del ataque precipitó el hundimiento alemán en el Este. El 12 de enero de 1945, los ejércitos de Koniev se lanzaron hacia Berlín. Hitler había jugado, y lo había perdido todo

km de ancho y unos 100 km de profundidad máxima, con los puentes del Mosa firmemente controlados por los aliados. Presionados hacia dentro los flancos del saliente, con riesgo de estrangulamiento, Von Rundstedt sugirió una retirada táctica a la que Hitler se opuso brutalmente, incluso cuando el general Guderian anunció la inminente ofensiva soviética.

En una dramática reunión celebrada el 28, el Führer no sólo desautorizó una vez más a sus generales, sino que ordenó desesperadas ofensivas en contra de la más elemental lógica militar. El 1 de enero, 8 divisiones SS al mando de Himmler iniciaron una maniobra de diversión en Alsacia, cuyo frente había sido parcialmente desguarnecido por la marcha de Patton hacia el norte. En principio, Eisenhower tomó la prudente decisión de evacuar Alsacia y situar en las crestas de los Vosgos el frente del VI Grupo de Ejércitos del general Devers, pero ante la intervención perentoria del general De Gaulle, que esgrimió razones políticas de peso, se ordenó la defensa a ultranza de Estrasburgo. La maniobra de las divisiones de Himmler fue desbaratada con más facilidad de la prevista en principio por el alto mando aliado.

El saliente se estrecha

A partir del 3 de enero, con nuevas unidades de refresco, los aliados lanzaron una contraofensiva general en lo que quedaba de saliente alemán en el sector central de las Ardenas. Ante el peligro de que la «verruga» fuera estrangulada por su base, el día 12 el mariscal Model recibió finalmente autorización para replegarse. Von Rundstedt demostró su genio de estratega al conseguir en tan sólo cuatro días que todos los ejércitos alemanes se pusieran a salvo. El día 16, un mes después del comienzo de la ofensiva, Hitler había quemado sus últimas reservas en hombres y material, ya irrecuperables, y sus extenuados combatientes se encontraban en las líneas de partida. El día 12, con una potencia inusitada, el Ejército Rojo había iniciado en el Vístula su irresistible marcha hacia Berlín, el corazón de Europa.

La nieve se tiñó de sangre

«The Battle of the Bulge» (La batalla del saliente), como la denominan los norteamericanos, fue incomparablemente mayor que cualquiera otra en la historia de los Estados Unidos en cuanto a la cantidad de tropas que se vieron comprometidas.

Para ambos bandos, el balance resultó aterrador. Los norteamericanos perdieron 76.890 hombres —entre ellos, 8.400 muertos—, las pérdidas más elevadas en una sola batalla en la historia nacional. Desconcertados al principio, los G. I. supieron rehacerse, lucharon con una tenacidad que sorprendió a los alemanes y escribieron su más bella página bélica en Europa, como subrayó Churchill.

Alemania perdió 120.000 hombres (unos 24.000 muertos), 1.600 aviones y unos 640 carros de combate y cañones de asalto. Todo el poder necesario para defender la frontera del Rin fue gastado en las Ardenas. La historiografía se muestra muy severa con Hitler, no sólo por sus errores de cálculo y su obstinación, sino porque, al utilizar las reservas estratégicas en una operación desesperada, precipitó el desenlace. En contra del consejo de Guderian, Hitler desguarneció el frente oriental y facilitó, por tanto, la marcha del Ejército Rojo hacia Berlín, adonde llegó antes que los aliados. La batalla de las Ardenas tuvo unas consecuencias calamitosas para el Tercer Reich, exactamente al contrario de lo previsto por el Führer. Las puertas de Alemania estaban abiertas.

Holocausto:
el genocidio judío

Gerard Preminger,
historiador

No puede hallarse en la Historia otro crimen tan atroz ni tan fríamente calculado como el que aniquiló a millones de seres humanos en los campos de concentración nazis. Reducidos al estado animal, sometidos a la más espantosa degradación moral y física, hombres, mujeres y niños fueron salvajemente torturados y arrastrados a las cámaras de gas por el solo hecho de pertenecer a una raza considerada inferior o de sostener creencias religiosas o políticas antagónicas a las de la «raza de los señores». Hitler fue el origen de este furioso torbellino de la muerte. Pero Hitler no estaba solo. Parte de un pueblo fanatizado por la propaganda, educado en el desprecio hacia el hombre no ario, le ayudó a borrar de la faz de la tierra a sus pretendidos «enemigos».

Capturados como alimañas, apartados de sus hogares y separados de sus familias, llevados en vagones de ganado a lo largo de días y noches interminables hasta las puertas del infierno, millones de seres humanos fueron reducidos primero a esqueletos vivientes, a huesos y harapos, luego a humo y cenizas. Judíos y gitanos, católicos y comunistas, polacos y rusos. Nadie pudo escapar a la barbarie hitleriana, nadie lo podrá olvidar



AGE



Camera Press-Zardoya

Arriba, judíos detenidos durante la insurrección del ghetto de Varsovia (abril de 1943). Cerca de medio millón de judíos vivían hacinados tras el muro, hambrientos y enfermos. Después del levantamiento, 25.000 personas fueron muertas o enviadas a Treblinka

En la página siguiente deportados judíos recién llegados a Auschwitz. En el andén de la estación se hacía una selección rápida, a unos les esperaba una muerte lenta, los trabajos forzados, otros eran directamente enviados a las cámaras de gas

El judío, enemigo del pueblo alemán

«El peor enemigo del labrador es el capital internacional judío. Éste azuza a los habitantes de la ciudad contra el campesino mediante el siguiente sistema: emplea la especulación y las manipulaciones bursátiles para reducir los precios del producto y elevar los del intermediario. Así, el agricultor gana poco y el consumidor de la ciudad paga mucho. Entretanto, el judaísmo y sus cómplices engullen las ganancias intermedias.»

(FUENTE: Heinrich Himmler en un editorial publicado en 1924.)

Día: 25 de enero de 1945; lugar: K. Z. Stutthof, campo de concentración situado a pocos kilómetros al este de Gdansk (Danzig para los alemanes). Cuando llegaron los soldados del Ejército Rojo, los primeros que iban a liberar un campo de exterminio nazi, sólo 385 de los 120.000 prisioneros que habían pasado por Stutthof (el 90 % de ellos era de origen polaco) lograron franquear las puertas del campo y respirar de nuevo la libertad. Los jóvenes soldados soviéticos descubrieron un espectáculo dantesco. Allí estaban los supervivientes del horror nazi, que vagaban moribundos, casi desnudos, por la amplia plaza del campo mientras el termómetro marcaba -30° C; allí estaba el patíbulo, que en numerosísimas ocasiones había servido para segar las vidas de cientos de polacos, mudo testigo de unos hechos difícilmente creíbles; allí estaba la cámara de gas, sofisticada habitación de la muerte, que en los últimos meses de 1944 había consumido la escalofriante cantidad de 200 víctimas por hora; y, finalmente, allí estaba el horno crematorio, con su erguida chimenea aún humeante, donde las SS habían intentado borrar todo rastro de su barbarie, pero sin conseguirlo, porque los 85.000 cadáveres que pretendían hacer desaparecer en el momento de la liberación del campo eran demasiados para la capacidad del horno. Así pues, los rusos encontraron también miles y miles de cadáveres amontonados formando un amasijo de brazos, piernas y cabezas.

El 27 de enero de 1945, otros soldados soviéticos pudieron presenciar una escena parecida en otro lugar siniestro: Auschwitz. Y en el mes de abril, tras la llegada de los blindados americanos al campo de Buchenwald, cerca de Weimar, el general Eisenhower comprobó con sus propios ojos hasta dónde fueron capaces de llegar los nazis en su desprecio por la vida de los seres humanos.

El terror como arma política

La historia de los campos de concentración nazis comienza pocas semanas después de que Hitler fuera nombrado canciller del Reich el 31 de enero de 1933; su existencia obedece al propósito de eliminar a la oposición política. Al principio, Hitler introdujo la «Schutzhaft» (custodia preventiva) como excusa para encerrar en los campos a elementos no gratos para el régimen; más adelante no tuvo escrúpulos para exterminarlos.



AGE

En marzo de 1933, con motivo de la puesta en servicio de los primeros campos —Oranienburg y Dachau—, Hitler definió así la función de estos establecimientos: «La brutalidad inspira respeto. Las masas tienen necesidad de que alguien les infunda miedo y las convierta en temblorosas y sometidas. No quiero que los campos de concentración se conviertan en pensiones familiares. El terror es el más eficaz entre todos los instrumentos políticos... Los descontentos y los desobedientes se lo pensarán dos veces antes de enfrentarse con nosotros, cuando sepan lo que les espera en los campos de concentración. Agrediremos a nuestros adversarios con brutal ferocidad y no dudaremos en doblegarlos a los intereses de la nación mediante los campos de concentración.»

No cabe la menor duda que quienes fueron delegados por Hitler para este cometido cumplieron fielmente los deseos de su jefe. En un principio, los campos se hallaban bajo el control de la SA («Sturm Abteilung», sección de asalto), tropas de choque que acabaron por ser anuladas después de un sangriento ajuste de cuentas con las SS durante la célebre «Noche de los cuchillos largos», el 30 de junio de 1934. La SA fue, por tanto, la encargada de instaurar el terror mediante asesinatos masivos en los primeros campos de concentración. El comandante de Dachau, Theodor Eicke, redactó de forma escrupulosa un reglamento cuya letra y espíritu legitimaban estos asesinatos.

SS: elegidos para matar

Tras la desaparición de la SA, Hitler asignó a las SS («Schutz-Staffeln», escuadras de protección) el control de los campos y Heinrich Himmler se encargó de organizarlas. Con tal fin creó unos destacamentos destinados al servicio de custodia de los campos, las «Totenkopfverbände» (formaciones de la calavera), reclutadas entre los nazis más fanáticos.

Las primeras remesas de prisioneros llegadas a los campos fueron obligadas a trabajar bajo una disciplina durísima y en unas condiciones inhumanas para levantar y ampliar los establecimientos. Aquéllos que no eran capaces de soportarlo morían sin remedio o eran fusilados; sin embargo, en ningún caso se revelaba la verdad sobre los fallecidos.

Bajo la directa supervisión de Himmler, los campos se multiplicaron. Después de Dachau, Sachsenhausen,

«Un parásito dentro de la nación»

«La antípoda del ario es el judío. Es difícil que exista en el mundo nación alguna en la que el instinto de la propia conservación se halle tan desarrollado como en el "pueblo escogido". La mejor prueba de ello la constituye el hecho de que esta raza continúe existiendo. (...)

»Las cualidades intelectuales del judío se desarrollaron en el transcurso de los siglos. Hoy le creemos "ladino"; sin embargo, lo mismo aconteció, en cierto sentido, en todas las épocas. Pero su capacidad intelectual no es el resultado de la evolución personal, sino el de la educación recibida de los extranjeros.

»Así, desde el momento en que el judío no poseyó jamás una cultura propia, las bases de su actividad intelectual fueron suministradas siempre por otros. (...)

»De esta suerte, la nación judía, con todas sus cualidades intelectuales evidentes, no posee una cultura verdadera, por lo menos una que le sea peculiar. Porque sea cual fuere la cultura que el judío aparente poseer, ésta será hoy en lo principal, propiedad de otros pueblos, corrompida, eso sí, gracias a sus manejos. (...)

»Su vida (la del judío) dentro de otras naciones podrá desarrollarse a perpetuidad en el único caso en que se consiga producir la impresión de que lo que con él se relaciona no constituye la cuestión de una raza, sino la de una "vinculación religiosa", por más que ésta sea peculiar a aquélla. He aquí el primer gran infundio.

»Para poder continuar subsistiendo como un parásito dentro de la nación, el judío necesita consagrarse a la tarea de negar su propia naturaleza íntima. Cuanto más inteligente sea individualmente el judío, tanto más afortunado será en su engaño, gracias al cual conseguirá que una parte considerable de la población llegue a creer seriamente que el judío es un legítimo francés, un legítimo inglés, un legítimo alemán o un legítimo italiano, a quien no separa de sus compatriotas otra diferencia que la de la religión.»

(FUENTE: Adolf Hitler
Mi lucha.)

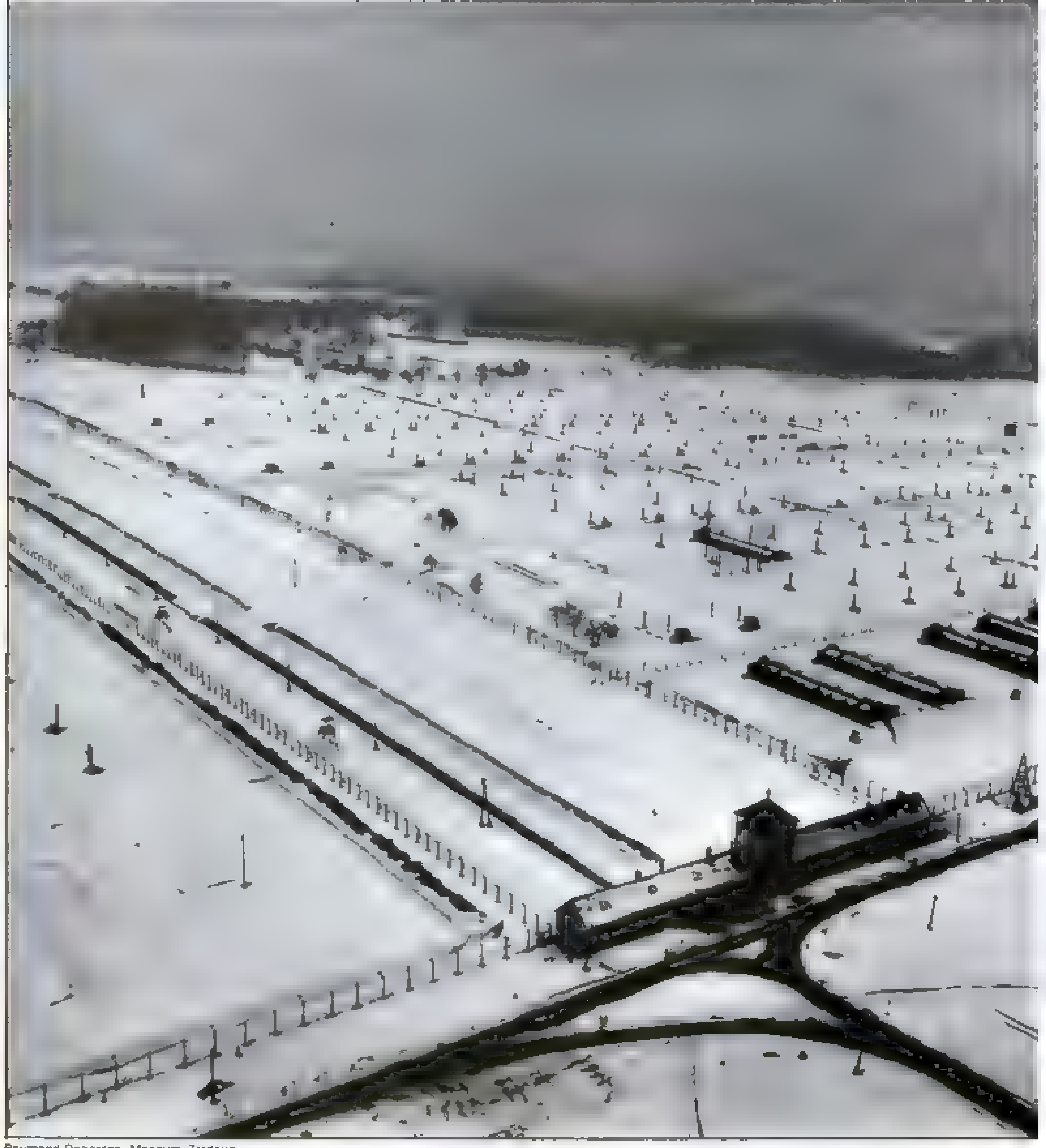
Heinrich Himmler, Reichführer SS

Nace en Munich en 1900. Combate en la Primera Guerra Mundial y es uno de los primeros afiliados al partido nazi. Racista fanático, dirigió el programa de exterminio de los judíos.
1923: *toma parte en el* putsch *de Munich.*
1929: *es nombrado jefe de las SS*
20.IV.1934: *se convierte en jefe de la Gestapo.*
30.VI.1934: *organiza la liquidación de la SA y demás adversarios de Hitler («Noche de los cuchillos largos»).*
17.VI.1936: *toma el título de Reichführer SS y asciende a jefe supremo de todas las fuerzas de policía del Tercer Reich.*
1939: *es nombrado comisario del Reich para el traslado de población.*
1.III.1941: *visita Auschwitz con los dirigentes del I. G. Farben; 40.000 deportados trabajan en las fábricas Buna-Monovitz (Auschwitz III).*
21.VII.1941: *decide la construcción del campo de Lublin-Majdanek.*
17.VII.1942: *visita Auschwitz. Se construyen nuevas cámaras de gas.*
1943: *es nombrado ministro del Interior.*
VII.1944: *comandante en jefe de las fuerzas interiores y de la reserva.*
IV.1945: *trata de establecer secretamente una paz por separado con EE.UU. y Gran Bretaña. Es expulsado del partido nazi.*
21.V.1945: *tras ser capturado cerca de Bremen por los británicos, se suicida en Luneburg antes de poder ser juzgado.*



AGF

Botellas de gas «Zyklon» (de hecho, un insecticida) empleadas en Auschwitz Las cámaras de gas de este campo tenían capacidad para matar en pocos minutos a 2 000 personas a la vez



Raymond Depardon. Magnum. Zardoya

Buchenwald, Ravensbrück (campo para mujeres), Stutthof, Auschwitz, Neuengamme,... Estos grandes campos tenían otros anexos dependientes de ellos: los *kommandos* exteriores.

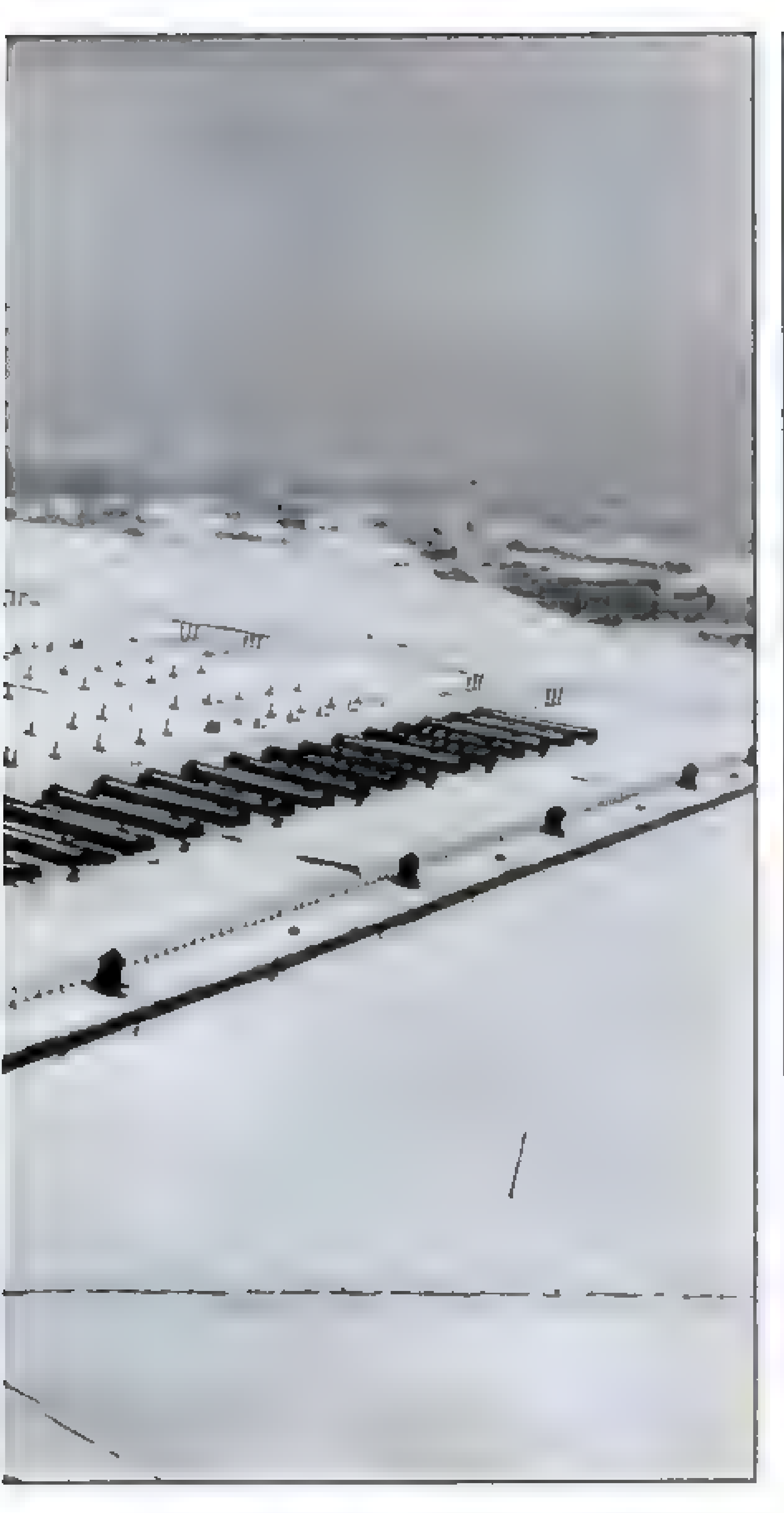
Esclavos para las fábricas del Reich

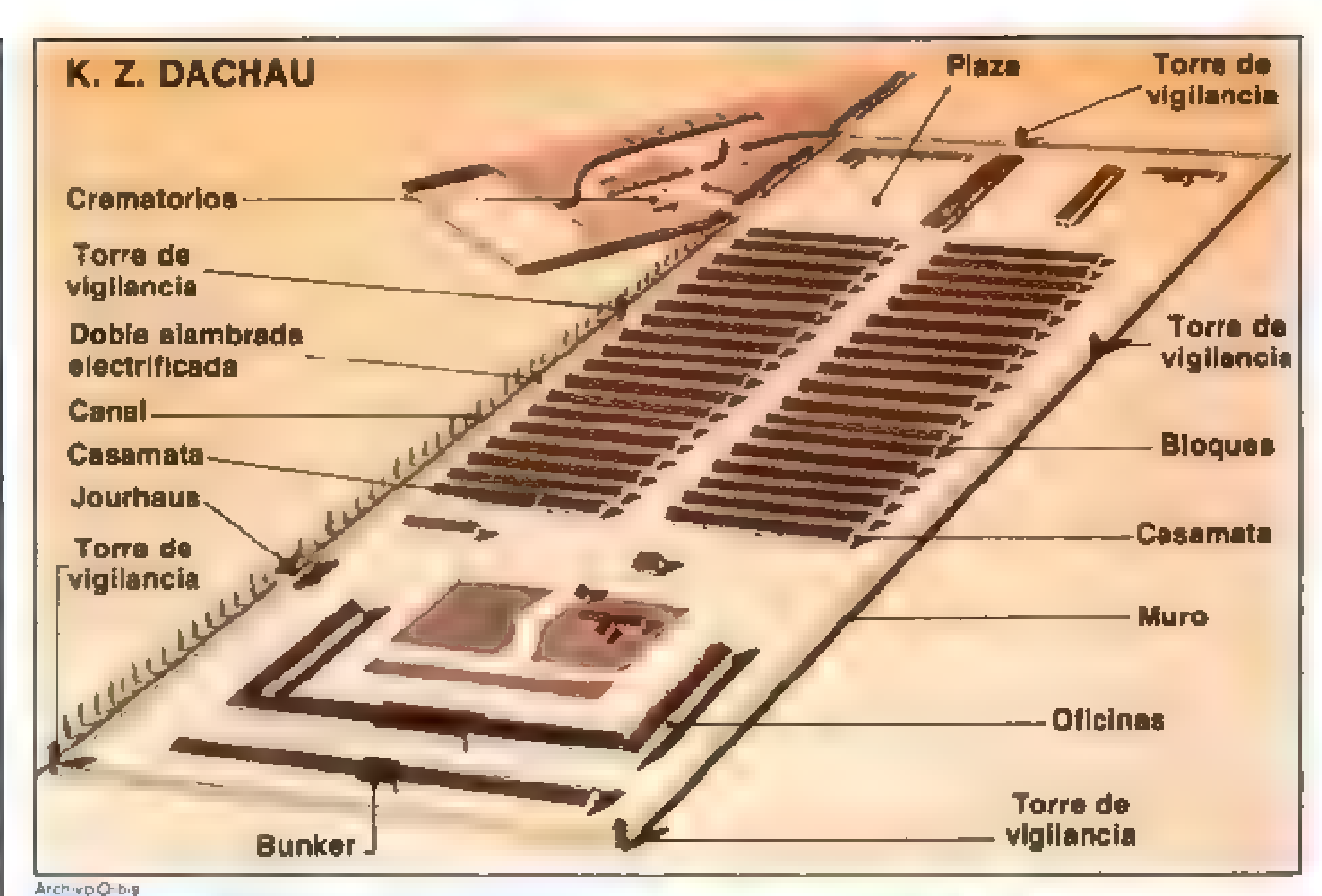
Antes de 1939, el número de prisioneros internados en campos de concentración era relativamente bajo, sobre todo si se tienen en cuenta las cifras del período de guerra; además, aún no se habían aplicado masivamente los sistemas de tortura y muerte. No obstante, esta situación cambió de modo radical tras las redadas de judíos llevadas a cabo por los nazis durante la tristemente célebre «Noche de cristal» (9-10 de noviembre de 1938), y después de la anexión de Austria, que significó la entrega de aquel país a manos de la Gestapo y de las SS. Tras estos acontecimientos, el número de internados aumentó vertiginosamente. Y Himmler planeó la posibilidad de explotar la fuerza de trabajo que tal cantidad de detenidos era capaz de ofrecer a sus secuaces

Hitler había prohibido el empleo de prisioneros en la fabricación de armamento, pero a partir de septiembre de 1942 se hizo imprescindible aumentar la producción bélica. Con este objetivo se llegó a un acuerdo según el cual los prisioneros trabajarían en las industrias privadas encargadas de abastecer al ejército, a cambio de dinero y de un porcentaje de la producción para reequipar a las SS.

1944: 30.000 muertos al mes

Pero las infrahumanas condiciones de trabajo y la pésima alimentación hicieron aumentar de manera alarmante la mortalidad en los campos. Al recibir un informe en el que se le comunicaba que de los 136.700 deportados que habían ingresado en los campos entre junio y noviembre de 1942 sólo habían sobrevivido 23.502, Himmler montó en cólera. Eso significaba que las bajas eran del orden de 19.000 mensuales, algo intolerable pa-





Archivo Orbis



AGE

En ambas páginas, vista de la entrada al campo de Auschwitz-Birkenau, del que en esta fotografía se ve sólo una cuarta parte. Cuatro millones de personas, la mayoría de ellas judíos polacos enviados directamente a las cámaras de gas, murieron en este lugar de crimen y degradación

Arriba, plano de Dachau, uno de los primeros campos de concentración y de exterminio nazis.

A la izquierda, torre de vigilancia y alambrada del campo de Struthof-Natzwiller, en Alsacia.

ra el buen ritmo de la producción. La respuesta de Himmler fue la promulgación de una ley titulada «El Reichsführer ordena hacer disminuir, en forma absoluta, el índice de mortalidad». A pesar de la grandilocuencia, en 1944 el número de víctimas había aumentado a 30.000 mensuales.

A medida que los ejércitos aliados avanzaban, la situación en los campos alcanzaba las metas que se habían propuesto sus funestos artífices. Como ha dicho el psicólogo Bruno Bettelheim, superviviente de Dachau y Buchenwald, por medio de los campos de concentración la Gestapo pretendía «Acabar con los prisioneros como individuos, extender el terror entre el resto de la población, proporcionar a los individuos de la Gestapo un campo de entrenamiento en el que se les enseñaba a prescindir de todas las emociones y actitudes humanas, proporcionar, en fin, a la Gestapo, un laboratorio experimental para el estudio de medios eficaces para quebrantar la resistencia civil.»

Auschwitz, largo calvario hasta la cámara de gas

Sobre la puerta de entrada de Auschwitz I, todavía hoy puede leerse un letrero que reza: «Arbeit macht frei» (El trabajo da la libertad). Situado en tierra polaca, entre Katowice y Cracovia, el campo de Auschwitz cuenta en su haber con la cifra más alta de asesinatos: se calcula en 4.000.000 el número de exterminados, la mayoría de ellos judíos (3.000.000 muertos en las cámaras de gas), además de millares de gitanos y de prisioneros de guerra soviéticos. El campo estaba rodeado de una alambrada espinosa electrificada, y varias torretas dotadas de ametralladoras y potentes reflectores custodiaban las instalaciones día y noche. A la llegada de cada convoy, los SS gustaban de repetir con macabro cinismo: «Aquí se entra por la puerta y se sale por la chimenea.»

En la misma estación de ferrocarril, los deportados que habían sobrevivido al viaje eran seleccionados: los más fuertes se empleaban para el trabajo, el resto era eliminado. Inmediatamente, los SS practicaban la «Strasse» (calle) en la cabeza de los prisioneros: un surco de unos 2 cm de anchura desde la frente hasta la nuca; a continuación se marcaba a fuego su número de matrícula en el brazo o en la nuca, número que también era inscrito en una placa de hojalata que el prisionero debía llevar constantemente atada a su muñeca, y cuya pérdida podía significar la muerte.

El vestido de los prisioneros consistía en un uniforme a rayas al que se cosía, según las categorías, un triángulo de paño de distintos colores dentro del cual se estampaba la inicial de la nacionalidad del detenido (F, francés; B, belga; S, español; R, ruso; P, polaco). Debajo del triángulo figuraba el número de matrícula. Los prisioneros judíos llevaban una estrella de David de color amarillo

«Kamaraden Polizei»

Los deportados que habían resistido las primeras vejaciones eran integra-

Testimonio de un deportado español

«Mi llegada al campo coincidió con el caso vergonzoso que trataré de relatar con toda fidelidad. Uno de los concentrados era obligado a correr con un cubo de carbón en cada mano desde un depósito cercano hasta las cocinas, unos 50 metros, seguido permanentemente por un soldado alemán, que llevaba una pistola en una mano y un flagelo en la otra. Así lo hizo durante varios viajes. Cuando, agotado, ya no podía más, trazaron un círculo y obligaron a nuestro hombre a girar a su alrededor, caminando sobre los codos y las rodillas. Ensangrentado y deshecho lo condujeron a las letrinas del campo. El hombre no era más que un amasijo de trapos y sangre, y, ante las risotadas de los otros alemanes, uno de ellos era el encargado de llevar a cabo la repugnante y vergonzosa tarea de obligar al español a comerse sus propios excrementos, mientras lo amenazaba constantemente con la pistola y le disparaba cerca del cuerpo.»

(FUENTE: C. Martí, detenido en el campo de Saint-Médard, próximo a Burdeos. Citado por Montserrat Roig en Els catalans als camps nazis. *Edicions 62.)*


AGE


AGE

dos en escuadrones de trabajo bajo las órdenes de un «Kapo» (KAmaraden POlizei), generalmente delincuentes de derecho común que colaboraban con los SS en los peores servicios y brutalidades. Los escuadrones de trabajo debían recorrer diariamente varios kilómetros a pie para llegar al lugar del trabajo. Una vez allí les estaba prohibido hablar. Si alguno caía rendido por el cansancio o se alejaba de su puesto, era fusilado inmediatamente, y su cadáver debía ser cargado por sus compañeros hasta el campo para el recuento.

Sometidos a una despiadada explotación, los deportados llegaban a convertirse en lo que según la jerga de los campos se denominaba «musulmanes»; es decir, detenidos que habían alcanzado el último grado de agotamiento, el límite de sus fuerzas.

Los prisioneros de Auschwitz trabajaban, en el I. G. Farben, en las fábricas de material de guerra de la Unión Krupp y en empresas más pequeñas que los empleaban en minas, bosques o trabajos de construcción de carreteras. De este modo, las SS, a cambio de proporcionar mano de obra barata obtenían de tales empresas sustanciosos beneficios.

El umbral de la muerte

La escasísima alimentación era otra forma de morir lentamente. En Auschwitz, un prisionero recibía alrededor de 1.740 calorías diarias, cuando las mínimas indispensables debían ser 4.800. Además, la disentería y otras enfermedades causaban estragos entre los deportados. Algunos «afortunados» lograban acceder a la enfermería («Revier») que, a pesar de ser un lugar siniestro e insalubre, y en la mayoría de las ocasiones la antesala de la cámara de gas, significaba un refugio para muchos prisioneros, sobre todo en invierno.

En noviembre de 1944, ante el avance de los aliados hacia Alemania, Hitler ordenó la suspensión de matanzas en Auschwitz y el desmantelamiento de los hornos. Se inició así el último de los sufrimientos para los que aún sobrevivían: 60.000 personas fueron evacuadas hacia Buchenwald. Anduvieron toda una noche recorriendo 70 km; luego les esperaban tres largos días de penoso viaje en vagones de tren descubiertos, soportando temperaturas de -20° C.

Al entrar los soviéticos en el campo de Auschwitz el 27 de enero de 1945, se encontraron con 5.000 deportados, la mayoría de los cuales murieron poco tiempo después a causa del estado en que se encontraban.

Pantallas de piel humana en la habitación de Ilse Koch

Sobre una colina boscosa y arrasada por el viento, próxima a la ciudad de Weimar, la cuna de Goethe, se levantó en 1937 el campo de Buchenwald. En la puerta de hierro forjado de su entrada se podía leer una inscripción que



Camera Press Zardoya

A la izquierda, un «musulmán» enfermo. Se llamaba así a aquellos que habían alcanzado el límite de sus fuerzas.

En el centro, una de las fosas comunes de Bergen-Belsen (abril de 1945).

Arriba, un hombre va a morir asesinado. Este dramático y elocuente testimonio pone de manifiesto el absoluto desprecio por la vida y la implacable ferocidad que imperaban en los campos de exterminio.

decía: «Jedem das seine» (A cada uno lo suyo). Buchenwald era una auténtica «fábrica de cadáveres»: en los sótanos de su «Krematorium» estaban las salas de disección, cámaras de tortura y la sala en la que se llevaban a cabo ahorcamientos mediante ganchos de hierro clavados en las paredes; desde allí, los cadáveres subían en un montacargas al piso donde estaban instaladas las cámaras de gas y los hornos crematorios. A pesar de la enorme capacidad de este edificio, en el patio también se amontonaban carretas de muertos procedentes de los barracones o de la enfermería.

Un cierto número de deportados —en su mayoría políticos y judíos alemanes, polacos y checos— fue empleado en las fábricas de Gustloff anexas al campo, en la «Steinbruch» (cantera), o en la reparación de carreteras.

La crueldad de los campos se vio aumentada en Buchenwald por la presencia del comandante Walter Koch y, sobre todo, de su esposa Ilse, cuyo nombre tiene para los supervivientes un significado escalofriante: nadie puede olvidar las lámparas de su habitación, cuyas pantallas fueron elaboradas con la piel tatuada de algunos deportados.

En los primeros días de abril de 1945, las SS recibieron orden de liquidar el campo. Gran cantidad de deportados fueron evacuados hacia los campos de Bergen-Belsen, Dachau y Flossenburg, entre otros. Muchos murieron en el camino. Sin embargo, la última empresa de exterminio no pudo ser llevada a cabo por las SS gracias a la decisiva acción de la organización clandestina del campo que logró liberarlo el 11 de abril de 1945, algunas horas antes de la llegada de los blindados americanos. De los 250.000 detenidos que habían pasado por Buchenwald, en aquel momento sólo sobrevivían penosamente unos 25.000.

Mauthausen, escalera hacia el abismo

Auténtica fortaleza inexpugnable, Mauthausen fue construido junto a la cantera de Wienergraben, a orillas del Danubio, en las cercanías de la ciudad austríaca de Linz. El acceso a la cantera se efectuaba descendiendo los 186 escalones de la «escalera de la muerte». Al amanecer, los prisioneros la baja-

Cronología de la deportación

1933
31.I: *Hitler es nombrado canciller del Reich.*
27.II: *incendio del Reichstag; pretexto para una violenta represión y para detenciones masivas.*
21.III: *puesta en servicio del campo de Oranienburg.*
31.III: *puesta en servicio del campo de Dachau.*
27.IV: *Goering crea la «Geheime Staat Polizei» (Gestapo).*
2.V: *ocupación de los centros de los sindicatos obreros que serán suprimidos; sus dirigentes y militantes son conducidos a diferentes campos de concentración.*

1934
30.VI: *«Noche de los cuchillos largos»: después de este sangriento ajuste de cuentas, las SS suplantan a la SA y se apoderan de la dirección de los campos de concentración.*
1.VIII: *muerte de Hindenburg. Hitler toma el título de Reichsführer.*

1935
15.IX: *promulgación de las leyes antisemitas de Nuremberg*

1936
12.VII: *puesta en servicio del campo de Sachsenhausen.*

1937
VII: *puesta en servicio del campo de Buchenwald, en el bosque de Ettersberg (cerca de Weimar).*

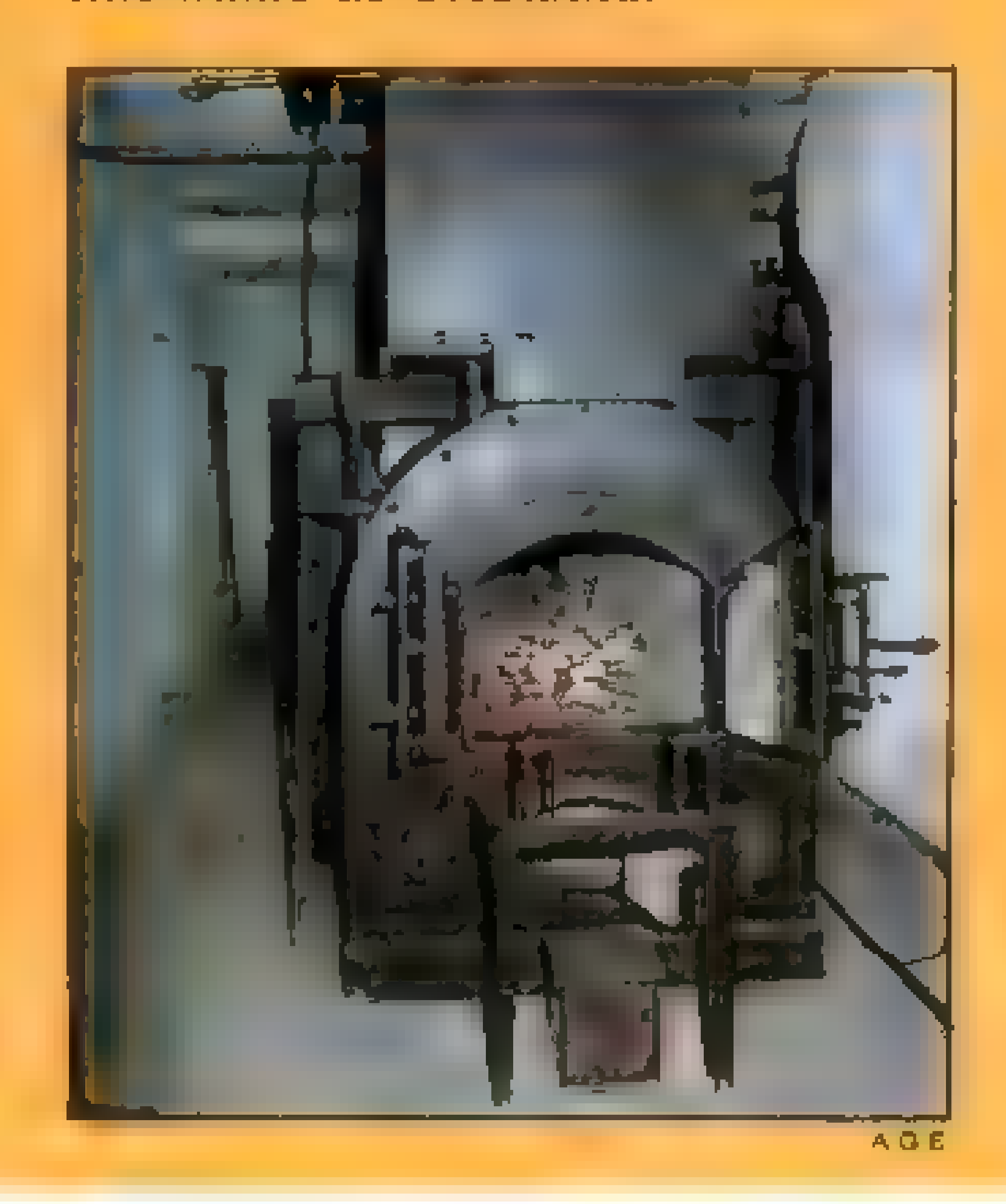
1938
VII: *construcción de los campos de Mauthausen (Austria) y Flossenburg (Alemania).*
9-10.XI: *«Noche de cristal». Incendios de sinagogas; 30.000 judíos serán enviados a Buchenwald, Dachau y Sachsenhausen.*
XII: *un comando de trabajo es enviado de Sachsenhausen a Fürstenberg para la construcción de un campo de mujeres en Ravensbruck, al norte de Berlín.*

1939
13.V: *primer convoy de mujeres hacia Ravensbrück.*
VIII: *creación del campo de Stutthof, cerca de Gdansk (Danzig).*
1.IX: *invasión de Polonia e inicio de la guerra.*

1940
4.V: *construcción del campo de Auschwitz.*
4.VI: *creación del campo de Neuengamme.*
14.VI: *primer convoy de polacos hacia Auschwitz.*
15.XI: *cierre del ghetto de Varsovia.*
XII: *llegada de importantes convoyes de españoles a Mauthausen.*

1941
8.II: *acuerdo entre el I. G. Farben y la dirección del campo de Auschwitz para la construcción de las fábricas Buna-Monovitz (Auschwitz III).*
V: *puesta en servicio de los campos de Gross-Rosen y de Natzweiler-Struthof.*
21.VII: *creación del campo de Lublin-Majdanek.*
3.IX: *uso masivo de las cámaras de gas en Auschwitz.*
16.IX: *a su llegada a Buchenwald son asesinados 300 oficiales rusos.*
30.IX: *comienzo de la construcción de Birkenau (Auschwitz II).*
8.XII: *entrada en funciones del campo de exterminio de Chelmno.*
29.XII: *decisión de utilizar los detenidos de los campos para experiencias sobre el tifus.*

1942
20.I: *conferencia de Wannsee sobre la «solución final».*
15.III: *puesta en funcionamiento del campo de exterminio de Belzec.*
17.V: *se inaugura el campo de exterminio de Sobibor.*
23.VII: *inauguración del campo de exterminio de Treblinka.*


AGE

1943
2.II: *Bergen-Belsen, llamado «campo de reposo», se convierte en campo de concentración.*
2.VIII: *rebelión armada en el campo de Treblinka.*
IX: *se empieza a construir el campo de Dora*
14.X: *rebelión armada en el campo de Sobibor.*
XI: *cierre y liquidación completa por las SS de los campos de exterminio de Treblinka, Sobibor y Belzec.*

1944
24.VII: *evacuación del campo de Lublin-Majdanek.*
21.VIII: *detención de la deportación de judíos a Auschwitz.*
24.VIII: *bombardeo de Buchenwald.*
1-2.IX: *evacuación de Natzweiler-Struthof a Dachau.*
7.X: *rebelión del «Sonderkommando» de Auschwitz.*
28.X: *Dora se transforma en un campo autónomo y toma a su cargo 23 «kommandos» exteriores de Buchenwald.*
26.XI: *destrucción de las cámaras de gas en Auschwitz.*

1945
25.I: *liberación de Stutthof.*
27.I: *liberación de Auschwitz.*
12.II: *evacuación de Gross-Rosen.*
5-6.IV: *liberación del Ohrdruf-Kommando S 3 de Buchenwald.*
11.IV: *liberación de Buchenwald y Dora.*
15.IV: *liberación del campo de Bergen-Belsen.*
21.IV: *evacuación del campo de Sachsenhausen.*
28-29.IV: *liberación de los campos de Dachau y Ravensbrück.*
30.IV: *suicidio de Hitler en el bunker de la Cancillería*
5.V: *liberación de Mauthausen.*
8.V: *capitulación de Alemania. Liberación de Theresienstadt.*
14.XI: *se inician las sesiones del proceso de Nuremberg.*

1946
1.X: *veredicto de Nuremberg.*

(*FUENTE:* Deportación. El horror de los campos de concentración. *Editorial Petronio.)*

Archivo Orbis



A G E

Arriba, situación de los principales campos de concentración y de exterminio en la Europa ocupada por los nazis.

A la izquierda, niños en el campo de Auschwitz-Birkenau. Los niños de los campos de exterminio no tenían otro horizonte que el de la muerte, no había para alimentar sus sueños más que el humo de las chimeneas de los hornos crematorios. A los que lograron sobrevivir, les esperaba un difícil camino, lleno de macabros recuerdos que jamás podrían borrar de sus mentes.

«Enseñar a contar hasta 500,...»

«Para los pobladores no alemanes del Este sólo habrá una escuela primaria de cuatro grados. Esa enseñanza elemental tendrá exclusivamente el siguiente objeto: enseñar a contar hasta 500, escribir el nombre completo, inculcar la doctrina de que hay un mandamiento divino, obedecer a los alemanes, y ser honrado, trabajador y dócil. No estimo necesario que se enseñe a leer.»

(*FUENTE:* Memoria de Himmler sobre el tratamiento reservado a los pueblos extranjeros en el Este. *Editada por Helmut Krausnick.*)

En esta página, víctimas de los experimentos del doctor Joseph Mengele, médico jefe del campo de Auschwitz. Los deportados sirvieron de cobayas humanas para las más execrables experiencias pseudomédicas. El Instituto de Higiene de las Waffen SS era el encargado de dirigir este tipo de actividades. Miles de personas fueron castradas, esterilizadas o sometidas a las más horribles mutilaciones.

En la página siguiente, montones de zapatos de los deportados. Incluso muertos, los internados eran una fuente de riqueza para las SS. Casi todo resultaba aprovechable: cabellos, ropa, zapatos, prótesis dentales de oro; hasta los huesos calcinados eran vendidos como abono. Sólo en Dachau se reunían cada mes prótesis por un valor de unos 30 000 marcos-oro.

Esterilizar mil mujeres al día

«Queridísimo Reichsführer:

Cumplo con el deber que me ha señalado de tenerle periódicamente informado de los resultados de mis investigaciones...

»Pese a la brevedad del período de tiempo que he tenido a mi disposición, sólo cuatro meses, ya me hallo en condiciones, Reichsführer, de informarle de cuanto he descubierto. El método inventado por mí para esterilizar el organismo femenino sin intervención quirúrgica se encuentra, en la práctica, totalmente a punto. El método se funda en una sola inyección en el cuello del útero y puede ser aplicado mientras se efectúa un examen ginecológico normal, conocido por todos los médicos. Cuando afirmo que el método está a punto "en la práctica", quiero decir que aún han de efectuarse determinados perfeccionamientos, que este sistema puede ser, desde ahora, utilizado en lugar de la intervención quirúrgica para nuestras esterilizaciones eugenésicas y sustituirla

»En cuanto a la pregunta que Vd., Reichsführer, me formuló hace casi un año respecto al tiempo necesario para esterilizar por este sistema a un millar de mujeres, puedo responderle con suficiente aproximación. Es decir, si mis investigaciones siguen con el ritmo actual —y no existe motivo para suponer lo contrario—, no está lejano el momento en que un médico práctico, que disponga de la instalación adecuada y de una docena de ayudantes (el número de ayudantes está en función de la aceleración del programa que se desee cumplir), se halle en condiciones de esterilizar varios centenares —e incluso 1.000— mujeres al día...»

(*FUENTE:* Carta del Dr Carl Clauberg a Himmler. 7.VI.1943.)



AGE

ban corriendo, golpeados por los SS que formaban dos hileras; por la noche, la subida se llevaba a cabo en columnas de a cinco, muy a menudo con un bloque de piedra a la espalda. En la cima de la cantera, al final de la escalera, se abría un abismo en la roca cortada que los SS habían bautizado con el nombre de «pared de los paracaidistas», porque muchos prisioneros desesperados se lanzaban al vacío o eran empujados y precipitados por sus guardianes.

Entre 1939 y 1945, el campo de Mauthausen llegó a albergar a 335.000 deportados de los que murieron 122.777, sin contar los que eran asesinados antes de ser registrados. Antes de morir, sin embargo, habían de sufrir todo tipo de humillaciones. En los barracones, donde se hacinaban diez veces más personas de las inicialmente previstas, 5 ó 6 prisioneros tenían que compartir un pequeño jergón de paja. En plena noche podía llegar la orden de dirigirse desnudos al baño para regresar sin secarse a los barracones, o de formar en la plaza central del campo durante horas soportando temperaturas de hasta -20° C.

En el despacho del comandante del campo, Franz Ziereis, responsable de los crímenes allí cometidos, se encontró una orden que decía: «En el caso de que el enemigo se aproxime, háganse sonar las sirenas, oblíguese a todos los detenidos a entrar en el «Keller» (galerías subterráneas) y procédase a su eliminación, utilizando el gas.»

Un Comité Internacional de Resistencia, creado clandestinamente por los deportados, liberó el campo tras duros combates entre el 5 y el 7 de mayo de 1945, antes de que llegaran las fuerzas aliadas.

Un día cualquiera en un campo de concentración

La diana solía sonar entre las 4 y las 5 de la madrugada. Había que ocuparse de la limpieza personal, pero en muchas ocasiones se carecía de agua. A continuación se distribuía un tazón de agua sucia eufemísticamente llamada café, cuya máxima virtud era estar caliente. Sin perder tiempo, los internados tenían que formar en la «Appelplatz» o «Lagerplatz» (plaza central del campo) donde se pasaba lista. Tras este trámite, que podía durar horas, los prisioneros eran agrupados en «Kommandos», cada uno de los cuales constituía un grupo de trabajo a cuyo frente estaba un «Kapo». Los trabajos forza-



AGE

dos se realizaban aprovechando al máximo la luz solar. El único momento de reposo era el de la «comida»: un plato de sopa y las denominadas «porciones», que consistían en 300 g de pan de salvado o de serrín de madera. Por la noche, otro plato de sopa, esta vez con trocitos de legumbres secas, col y nabos. Cinco veces por semana se distribuían con el pan 25 g de margarina, y una vez por semana un pedacito de salchicha vegetal de unos 75 g o dos cucharadas de mermelada. De vez en cuando, dos cucharadas de coágulos de leche que pretendían ser queso.

A medida que pasaba el tiempo y aumentaba el número de prisioneros en los campos, las raciones de comida fueron disminuyendo. Para los hambrientos, cualquier cosa era comestible, ya fueran mondaduras sucias o patatas crudas; en algunos campos, incluso se dieron actos de canibalismo.

Los barracones de madera («Blocks»), además de albergar a los prisioneros amontonados, estaban cargados de piojos, pulgas, polvo, moho y excrementos humanos. Los enfermos que no cabían en la enfermería se quedaban en los barracones, agrupados por enfermedades, esperando la llegada de la muerte.

Los castigos corporales formaban parte de la vida cotidiana. Era casi imposible escapar a los castigos porque todo estaba prohibido: aproximarse a menos de dos metros de la alambrada, dormir con la chaqueta o sin calzoncillos, no ir a la ducha los días señalados o ir los días no señalados, salir del barracón con la chaqueta desabrochada, llevar bajo la ropa papel o paja para protegerse del frío,...

La contravención del reglamento podía significar 20 ó 50 bastonazos en los riñones, o bien tener que permanecer en posición de firmes bajo los focos de los reflectores durante toda la noche, con las manos cruzadas detrás de la nuca

Sin embargo, los SS pocas veces se manchaban las manos. Se elegía a los verdugos entre los propios compañeros de los prisioneros: los odiados «Kapos». En ocasiones, los mismos prisioneros aceptaban colaborar para poder disfrutar de algunas ventajas. El llamado «Sonderkommando» (destacamento especial) se encargaba de las cámaras de gas y de los hornos crematorios. Lo formaban prisioneros polacos, lituanos, rusos y ucranianos, en su mayor parte judíos. Su trabajo consistía en abrir las cámaras de gas, arrastrar con garfios los cadáveres hasta el horno, limpiar la cámara para la siguiente utilización y trasladar las cenizas y huesos que habían caído a través de las parrillas.

Exterminio

Ya en los últimos meses de 1939, Hitler propuso un programa de eutanasia, destinado a eliminar los enfermos incurables, fundamentalmente los mentales. El asesinato de las víctimas se llevó a cabo obligándoles a inhalar monóxido de carbono. Los familiares debían contentarse con un certificado de defunción que aludía a «muerte por pulmonía o debilidad cardíaca».

Cuando Hitler decidió la llamada «Solución final», fueron dispuestos los grandes campos de exterminio polacos (Chelmno, Belzec, Sobibor y Treblinka) para dicho cometido. En Chelmno, por ejemplo, los deportados eran obligados a prepararse para tomar un baño antes de ser enviados a trabajar. A continuación se les introducía en camiones especiales, preparados para que el monóxido de carbono producido por los motores penetrase en la cámara donde viajaban las víctimas. Cuando ya no se oía ningún grito, los camiones se trasladaban hacia un bosque cercano donde los cadáveres eran arrojados en grandes fosas. Más tarde se construyeron las cámaras de gas fijas y los hornos crematorios. Para el funcionamiento de aquéllas se utilizó el gas «Zyklon-B», «mucho más eficaz», según palabras de Rudolf Höss.

Cuando el exterminio fue masivo, se «perfeccionaron» las instalaciones. En Treblinka, y con la presencia de Himmler, se inauguraron nuevas cámaras y hornos capaces de eliminar 5.000 cadáveres en 24 horas.

Con la aplicación de técnicas más expeditivas, en la primavera de 1944 se alcanzó la cifra de 24.000 gaseamientos diarios. Previamente, las víctimas eran despojadas de todas sus pertenencias. La rapiña de las SS llegó hasta el punto de especular con el pelo de los deportados que, mediante un adecuado tratamiento, era convertido en fieltro industrial. Tras la liberación de Auschwitz se encontraron siete toneladas de cabellos humanos en los almacenes del campo. Los huesos sin quemar se vendían a firmas industriales, y las cenizas, se utilizaban como fertilizante Las prótesis dentales de oro o platino iban a parar a los bolsillos de los SS.

Además de las cámaras de gas, los nazis utilizaron otros muchos medios para matar. Los prisioneros de guerra y políticos de cierta relevancia eran fusilados. En Mauthausen se colocaba a los prisioneros de espaldas contra una



AGE



AGE

Arriba, los americanos encontraron montones de cadáveres en el patio de la Boelke Kaserne del campo de Dora-Mittelbau, en Nordhausen (15 de abril de 1945). Antes de evacuarlo, las SS remataron a los heridos.

Abajo, los deportados supervivientes del campo de Dachau muestran su alegría a la llegada de las tropas americanas (29 de abril de 1945). Combates entre nazis y aliados tuvieron lugar a menos de 3 km.

regla vertical graduada —a modo de medidor de estatura— que tenía un agujero a la altura de la nuca; por este orificio se disparaba certeramente y sin posibilidad de error. En algunos campos, las víctimas fueron obligadas a descender a fosas llenas de cal viva en las que luego se arrojaba agua.

Experiencias médicas

En varios campos, los internados fueron utilizados como cobayas humanas y sometidos a terribles experiencias: inoculación de enfermedades, ablación de músculos, castración y esterilización,... Algunas de estas experiencias estaban orientadas a encontrar los métodos más eficaces para el exterminio de las etnias y los grupos sociales considerados inferiores. El Instituto de Higiene de las Waffen SS dirigía estas pruebas, llevadas a cabo por médicos nazis en colaboración con las secciones de química farmacéutica del I. G. Farben y otras empresas. Cuando las víctimas ya no servían para nada, una inyección venenosa terminaba con sus vidas.

El Dr. Brack ideó un método de esterilización basado en la proyección intensa de rayos X sobre los órganos genitales, mientras el individuo, sin advertir lo que le estaban haciendo, rellenaba un formulario en una ventanilla. También se pensó en la castración quirúrgica, pero resultaba un método excesivamente lento. En Dachau se hicieron más de 500 operaciones para el adiestramiento de estudiantes de medicina: la mayoría de los operados falleció sin remedio.

Uno de los más crueles «médicos» nazis fue el Dr. Sigmund Rascher. Introducía a sus víctimas en cámaras de descompresión, las sometía a temperaturas bajo cero, las sumergía en recipientes de agua helada para «observar las reacciones del paciente». En Auschwitz se efectuaron experiencias consistentes en someter la epidermis de los internados a la acción de gases tóxicos; se les inyectaba petróleo o gasolina, y se estudió la influencia de determinados productos químicos sobre la capacidad mental de las víctimas. Algunas deportadas sufrieron la inoculación de células cancerígenas en el cuello del útero, para después ser gaseadas.

Millones de muertos

Se ha hablado mucho y se han barajado gran cantidad de cifras al referirse al genocidio judío y a las víctimas de la barbarie nazi en general. Se estima que murieron alrededor de 5.934.000 judíos, de ellos, 3 millones eran polacos, 900.000 ucranianos, 450.000 húngaros, 300.000 rumanos y 210.000 alemanes y austríacos. Según algunos historiadores, otros seis millones de personas murieron en los campos de concentración del Reich.

Entre 150.000 y 200.000 soldados, oficiales e industriales fueron responsables directos de estas muertes. Desde el final de la guerra, sólo unos 35.000 han sido juzgados y condenados por ello.

Además de los judíos, gentes de todas las etnias, grupos sociales, nacionalidades y credos religiosos y políticos sufrieron en silencio la degradación y la muerte: gitanos, homosexuales, miembros de la Resistencia francesa, soldados rusos, republicanos españoles, políticos comunistas y sacerdotes católicos,... Nadie escapó al holocausto.

La caída de Berlín
Agonía y fin del Tercer Reich

Eduardo Haro Tecglen,
director de *Tiempo de historia*

El corazon del Reich dejaba de latir. Berlín libraba la última batalla y Alemania estaba a punto de capitular. El fin de la guerra en Europa ya era un hecho. Esta célebre fotografía ilustra el momento histórico en que dos soldados soviéticos se disponen a izar la bandera roja en la Cancillería, era el 30 de abril de 1945

El 22 de abril de 1945, las fuerzas soviéticas entraban en el barrio de Pankow, 5 km al norte del centro de Berlín. Cuando ya todo estaba perdido, Hitler y los más destacados protagonistas del nazismo esperaban en el bunker de la Cancillería un último milagro, o en todo caso, la oportunidad de encontrar un final grandioso. Mientras tanto, en la calle, entre bombas y llamas, sumidos en una oscuridad casi total, viejos y niños continuaban combatiendo en una desesperada e inútil batalla. La guerra tocaba a su fin en Europa.

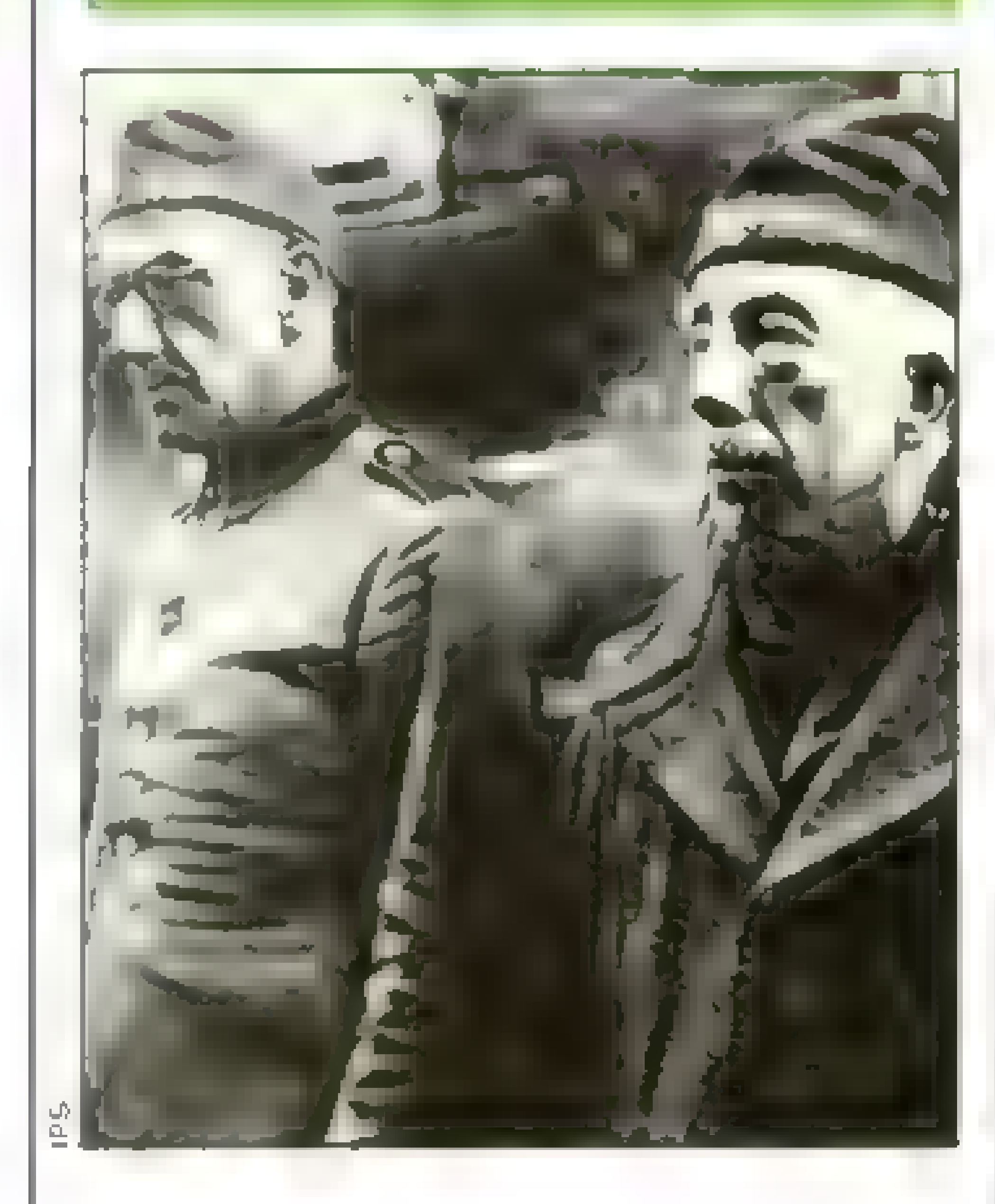


Ullstein

Berlín, abril de 1945

Día 9: *los transportes públicos prohibidos para quienes no tengan pases.*
20: *por la operación Clausewitz la ciudad se convierte en «zona defensiva» y todo el poder pasa a los comandantes de la ciudad.*
21: *ataque de bombarderos norteamericanos. Por el norte, las tropas soviéticas llegan al «cinturón defensivo». La electricidad y el gas se limitan a hospitales y cuarteles.*
22: *pena de muerte a quienes han utilizado la electricidad para cocinar. Los soviéticos penetran en los barrios de Pankow y Weissensee. El Cuerpo de Seguridad fusila 20 prisioneros políticos. Los periódicos dejan de publicarse: sólo aparece una hoja de campaña.*
25: *deja de funcionar el metro.*
26: *la ciudad está ya enteramente cercada.*
27: *tropas soviéticas ocupan plazas y calles del interior de Berlín. Aún es posible la comunicación telefónica con los barrios ocupados.*
28: *el general Bersarin, comandante soviético de la ciudad. Orden de entregar todas las armas, municiones, aparatos de radio, cámaras fotográficas y vehículos.*
29: *fracasa la última ofensiva alemana para romper el cerco de la ciudad. Deja de publicarse la hoja de campaña.*
30: *suicidio de Hitler. Bandera roja en el Reichstag.*


Arch. Chiasselotti


IPS

Sobre estas líneas, ancianos encuadrados en la Deutscher Volkstum (milicia popular). Los hombres movilizados sorprendidos sin armas o abandonándolas eran fusilados en la misma calle por las patrullas del Cuerpo de Seguridad

En el momento en que comenzaba el año 1945 —exactamente cinco minutos después de media noche—, Hitler envió por radio su mensaje de Año Nuevo a un pueblo maltrecho y destruido. Les explicó que estaban ganando la guerra: «Mi fe en el porvenir de nuestro pueblo permanece inquebrantable», decía en el mismo momento en que sobre Berlín caían por centenares bombas de dos mil kilos. Era el bombardeo más duro de la guerra. Casi a la misma hora, Churchill hablaba en el Club de la Primavera; prometía también la victoria: «Antes de que pasen muchos meses, la banda siniestra que ha dominado este desgraciado continente durante demasiado tiempo habrá sido barrida.» La previsión exacta era la de Churchill, con una diferencia sobre sus cálculos: Churchill creía que la guerra podría terminar el 1 de octubre de 1945 en Europa y, en realidad, terminó el 30 de abril. Quizá cuando Hitler hablaba entre el fragor de las bombas y de los cañones antiaéreos estaba ya pensando lo mismo en su refugio de la Cancillería, el bunker que ha dado después su nombre a las últimas resistencias sin porvenir. El 16 de ese mismo mes de enero, el Führer durmió allí por primera vez. Había estado visitando el frente de las Ardenas. Cuando regresó a Berlín, después de hacer una visita al matrimonio Goebbels —llevó él mismo su té en un termo, para no consumir el de sus amigos—, prefirió dormir en el bunker, que le ofrecía más seguridad. De todas formas no se instaló en él hasta el 16 de febrero. Probablemente le decidió el bombardeo británico de la ciudad de Dresde (la sucesión de bombardeos que arrasaron la ciudad entre el 13 y el 16), en el que habían muerto unas 135.000 personas: más de las que morirían, poco después, a consecuencia de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki.

En la página anterior, el rostro de este soldado alemán revela la fatiga de un ejército definitivamente hundido.

En esta página, a la izquierda, daños causados en Berlín por los intensos bombardeos aliados en los meses anteriores a la capitulación, a la derecha, imagen del infierno berlinés tras un bombardeo. abajo, 25 de abril de 1945. soldados soviéticos y americanos se encuentran en Torgau. sobre el río Elba, a unos 120 km de Berlín.

IPS



Col. Dr. S. Wolfstrache-Snark



IPS

Berlín bajo las bombas

Berlín sufría ataques incesantes: el 3 de febrero, mil fortalezas aéreas de los Estados Unidos lanzaban bombas incendiarias y explosivas sobre la ciudad. «Fue indiscutiblemente la prueba más terrible sufrida por Berlín», relataba un periodista sueco que estaba en la ciudad y que vio a los desertores y a los obreros extranjeros «sembrando el terror en las calles». Horst Lange escribía su diario berlinés en aquellos momentos. «Todos los días se observan en los tranvías y en el metro estallidos insensatos e histéricos de pasajeros: en un ambiente de silenciosa intranquilidad rompe de pronto una nueva situación de furia, hasta que la persona que la ha provocado se hunde de nuevo en el silencio. Gritos, lágrimas, acusaciones inútiles...», anotaba el 3 de febrero. Y el 4: «Epidemia de suicidios. Ha ocurrido un caso terrible con una muchacha que vivía en nuestra casa: se ha quemado viva. Un joven miembro de las SS se envenena junto con su esposa (...) En la carta de despedida se han encontrado estas líneas: "...es mejor morir ahora voluntariamente que ser asesinado dentro de poco por los rusos..."» Va apuntando imágenes en los días sucesivos: dos paquetes de tabaco que se cambian por féretros para dos suicidas (a los que quitan la ropa antes de enterrarlos: los supervivientes no tienen con qué vestirse). Ancianos con viejos mosquetones oxidados colgando de cuerdas o cintas; heridos con vendas ensangrentadas; refugiados con bultos de ropa; «un hombre que llevaba consigo una mandolina enfundada en un estuche de cuero artificial»; grandes embudos abiertos en las calles por las bombas; tranvías incendiados; «una mujer hombruna conduce un tractor por la Plaza de Leipzig remolcando una pieza de artillería pesada». La radio exige que no se ofrezca comida ni alojamiento a los desertores, y dice: «no deis cuartel alguno a esos canallas y cobardes, arrolladlos con vuestros vehículos, arrojadlos de los vagones del metro». Una orden autoriza a los oficiales a fusilar en el acto a los soldados alemanes que se entreguen al pillaje en ciudades alemanas; poco después se insta a los soldados para que detengan y ejecuten a sus superiores si éstos son culpables de deserción o de pillaje

El cerco se estrecha

La guerra apretaba cada vez más a Alemania. El día en que Hitler bajaba por primera vez al refugio que iba a ser su tumba, los soldados del Ejército Rojo llegaban a Prusia Oriental y tomaban Varsovia; tres días después el gobierno húngaro cambiaba de frente y declaraba la guerra a Alemania. El 1 de febrero, las fuerzas soviéticas llegaban al Oder, entre Küstrin y Frank-

Testamento de Hitler

«Después de seis años de una guerra que, a pesar de sus reveses, se inscribirá un día en la Historia como la más gloriosa y la más heroica manifestación del deseo de vivir de una nación, yo no puedo abandonar la ciudad que es la capital de nuestro país. Quiero compartir la suerte de millones de seres que han aceptado permanecer aquí. Además, no quiero caer en manos del enemigo que busca ofrecerse un nuevo espectáculo presentado por los judíos con el solo objetivo de divertir a sus masas histéricas.

»En consecuencia he decidido permanecer en Berlín y escoger voluntariamente la muerte en el momento en el que yo juzgue que la posición del Führer y de la Cancillería no pueden ser mantenidas por más tiempo. Muero con la alegría en el corazón, consciente de los logros inmensos de nuestro pueblo, campesinos y obreros, y de la aportación incomparable que ha hecho a la Historia nuestra juventud, que lleva mi nombre.

»Antes de mi muerte excluyo del partido al ex-mariscal del Reich, Hermann Goering y le retiro todos los derechos que le confería el decreto del 20 de junio de 1941... En su lugar nombro al almirante Doenitz presidente del Reich y comandante supremo de las fuerzas armadas.

»Antes de mi muerte excluyo del partido y relevo de todas sus funciones al ex-Reichsführer de las SS y ministro del Interior, Heinrich Himmler. Además de su falta de lealtad hacia mí, Goering y Himmler han atraído sobre ellos una vergüenza imborrable al negociar secretamente con el enemigo a mis espaldas y contra mi voluntad, intentando tomar el poder ilegalmente.

»Aunque durante los años de lucha yo no haya podido asumir las responsabilidades de un matrimonio, ahora, antes del fin de mi vida, he decidido tomar por esposa a la mujer que, después de años de amistad fiel ha venido libremente a unirse a mí en esta ciudad casi cercada para compartir mi destino. Ella entrará en la muerte conmigo, según su deseo, como mi legítima esposa. Será para nosotros una compensación de lo que las exigencias de mi misión al servicio del pueblo nos han privado.

»Todo lo que yo poseo —en la medida en que mis bienes tengan algún valor— pertenece al partido y, si éste no existe, al Estado. En caso de aniquilación de éste, todas las instrucciones devienen inútiles. Los cuadros reunidos con mis desvelos a lo largo de los años no han sido nunca adquiridos para constituir una colección particular, sino simplemente para formar una galería de pinturas en mi ciudad natal, Linz, a orillas del Danubio.

»Mi mujer y yo hemos preferido morir para escapar a la vergüenza de una derrota o de una capitulación. Deseamos ser incinerados inmediatamente en el mismo lugar donde yo he cumplido la mayor parte de mi trabajo cotidiano durante los doce años que he pasado al servicio de mi pueblo.»

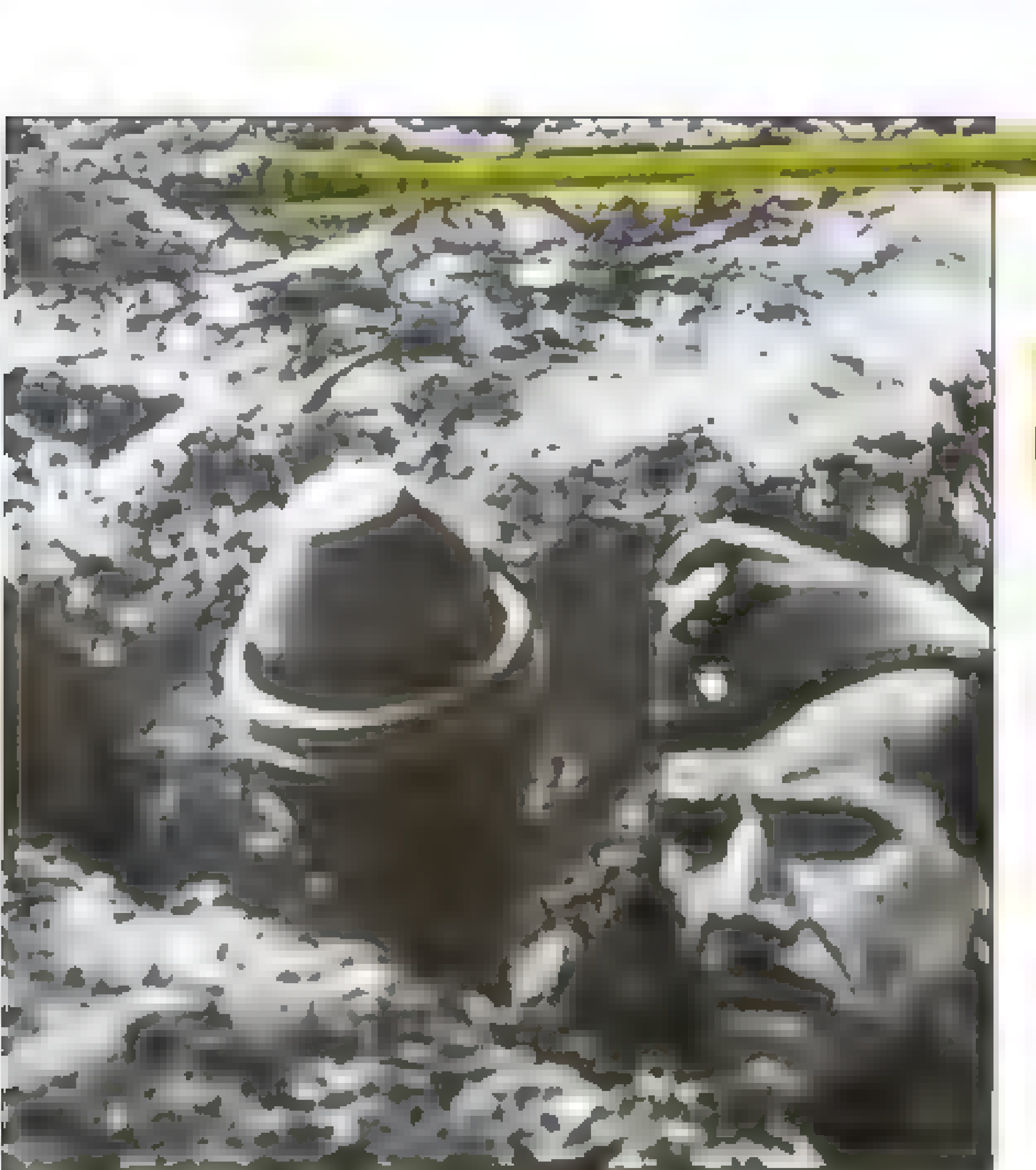


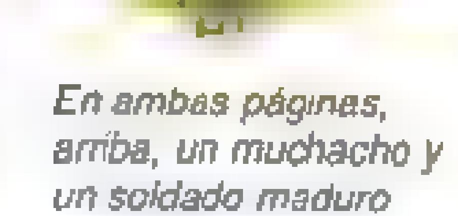
furt, y el 8 de febrero comenzaba la ofensiva británica en el Rin, que los americanos cruzarían el 7 de marzo.

¿Qué esperaba Hitler en el bunker? Entre otras cosas, un milagro descendido del Walhalla. Las esperanzas militares aún tenían menos posibilidades. Entre los proyectos de armas nuevas y, en teoría, definitivas que le ofrecían sus técnicos estaban el caza a reacción y un desarrollo del cohete «V 2». Llegó hasta él alguien que le prometió «el rayo de la muerte». No cesaba de imaginar soluciones políticas, hasta las más extremas: dejaría su puesto a Martin Bormann, con quien los angloamericanos podrían tratar. Se sabe qué tratado imaginaba: una última alianza con los países democráticos para, entre todos, destruir a la Unión Soviética.

Un cuerpo vacilante y agotado

Los servicios de información le intoxicaban: le daban partes según los cuales no sólo los países democráticos mantenían querellas con los soviéticos, sino que incluso las mantenían entre ellos a propósito de la delimitación de zonas de ocupación. El mariscal Kesselring le había llevado documentos capturados según los cuales esta querella existía realmente; pero Hitler la sobreestimaba, en su desesperación, hasta el punto de imaginar una guerra entre británicos y americanos... No sólo eran los servicios de información los que le intoxicaban, sino también su médico personal, el profesor Morrell, que diariamente le inyectaba drogas para mantenerle en pie y en estado de excitación. En el *Kriegsbuch des Oberkommandos der Wehrmacht* se cita la descripción de un testigo acerca de Hitler en el bunker: «Su cuerpo ofrecía una imagen terrible. Se arrastraba penosa y pesadamente. El tronco le caía hacia delante, y arrastraba sus piernas desde sus habitaciones hasta la sala de conferencias del bunker. Le faltaba completamente el sentido del equilibrio; si era detenido en este breve camino, de veinte a cuarenta metros, tenía que sentarse en uno de los bancos dispuestos a lo largo del pasillo, a ambos lados, o apoyarse en su interlocutor. Tenía los ojos inyectados en sangre. Aunque todos los documentos que se le pasaban estaban escritos con letras tres veces mayores que las normales, en unas "máquinas de escribir especiales para el Führer", sólo los podía





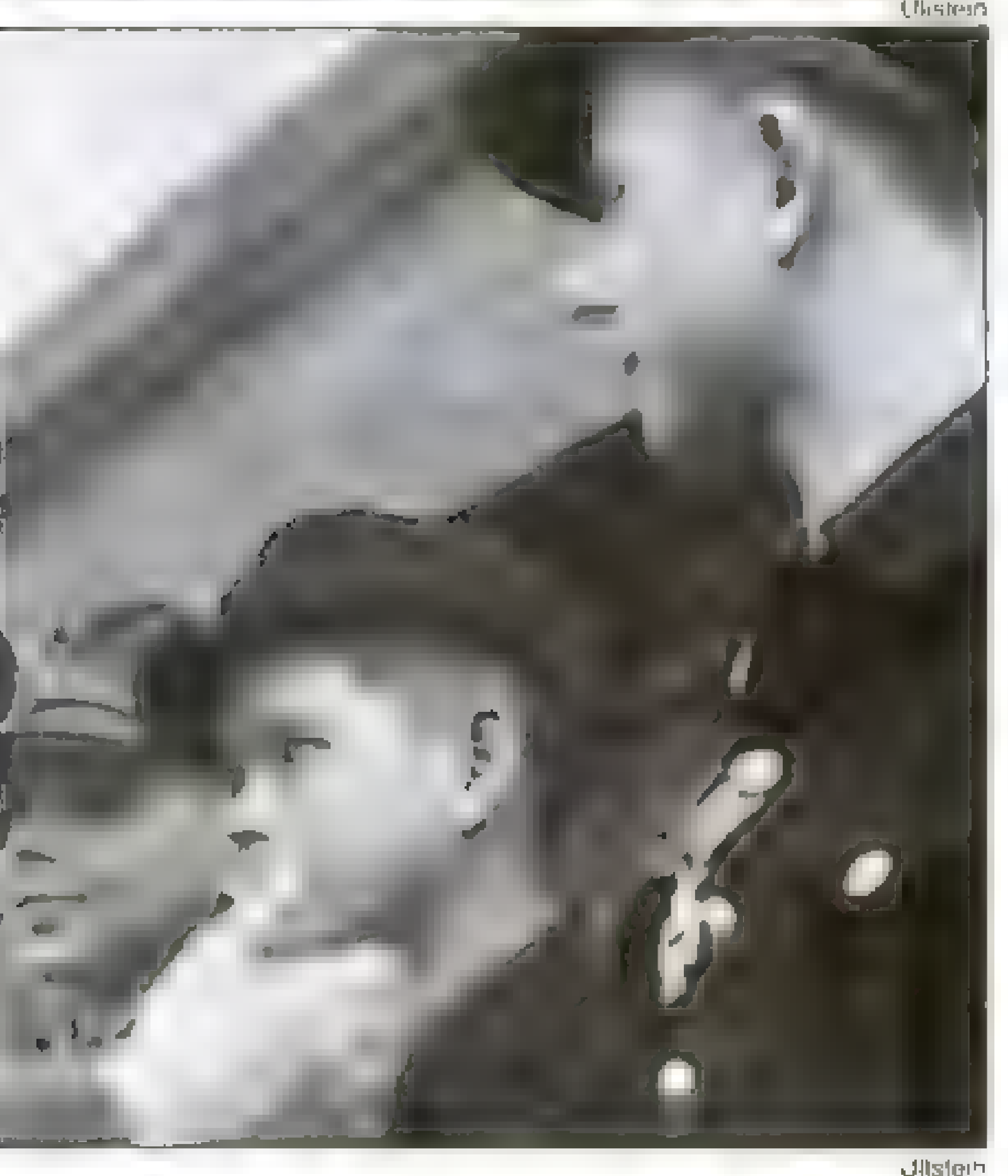
Archivo Orbis

Ullstein

En ambas páginas, arriba, un muchacho y un soldado maduro esperan apostados en una trinchera improvisada el ataque soviético.

Arriba, carro pesado soviético IS-2, empleado en el frente de Berlín.

Abajo, Panzerfaust alemán. Podía alcanzar un objetivo a 60 m.



Ullstein



Ullstein

leer con gafas de alta graduación. De las comisuras de los labios goteaba frecuentemente la saliva.» Una de sus secretarias le describe vacilante y agotado: se dejaba caer sobre un sofá y un criado le colocaba las piernas en alto. «Permanecía allí estirado, apático, obsesionado por un solo pensamiento: chocolate y pasteles; se había convertido en enfermiza su apetencia de pastel.»

Los últimos días en el bunker

La vida en el bunker era extraña, alucinante: una mezcla de ceremonias familiares, fiestas extemporáneas, olor de muerte y esperanzas dementes. El bunker era un refugio a prueba de bombas bajo el jardín de la Cancillería, donde surgía una torre para caso de salida de urgencia. Descendiendo, había una planta llamada «antebunker» donde estaban el personal burocrático y de servicio y los almacenes de provisiones y objetos necesarios. Una escalera de caracol llevaba al «Führerbunker», situado a unos quince metros de profundidad. Tenía varias habitaciones y en ellas vivían Martin Bormann, el médico personal de Hitler, Goebbels y otras personas próximas. Hitler tenía seis habitaciones privadas; dos de ellas estaban destinadas a Eva Braun. Había una sala de mapas y una de reuniones. Los habitantes permanentes del refugio fueron cambiados varias veces de habitación: las de Hitler fueron siempre las mismas, y apenas salía de ellas mas que para asistir a las conferencias, sobre todo de una salita junto a su alcoba. Había en esta salita un solo cuadro: un retrato de Federico el Grande. Un escritorio, una mesa, un sofá y tres sillones eran sus únicos muebles.

Al principio, la vida en el bunker estaba regulada por un cierto orden. Hitler se levantaba hacia las doce de la mañana y comenzaba sus audiencias de personas llegadas del exterior; comía en presencia de sus visitantes —la cocinera probaba personalmente todo lo que se le ofrecía—. Daba órdenes a sus secretarias, recibía a los médicos. Trabajaba a veces en planes futuros, como la reconstrucción de Linz, y preparaba los planos de la Ópera y del Museo que imaginaba para esta ciudad. Junto a él estaba su perra alsaciana, «Blondi». Las reuniones en la sala de conferen-




Ullstein



Casiraghi



cias duraban hasta las dos de la madrugada; después tomaba un refrigerio con sus íntimos a quienes exponía sus filosofías y sus ideas de la guerra (Brian Gardner, *The wasted hour, the tragedy of 1945*). Poco a poco, esa apariencia de orden se fue deteriorando. Era todo un mundo el que se desmoronaba: la guerra que se perdía, los fieles del Tercer Reich que trataban de huir o de pactar con el enemigo, la ciudad que caía bajo las bombas y perdía toda su moral. Y se hundía toda la concepción aria, nazi, de la historia y de los ya imposibles Mil Años de prosperidad.

El Ejército Rojo en los arrabales

La ciudad: ruinas, sombras, miedo, desesperación. El 9 de abril sólo se podía viajar en tranvía o en metro exhibiendo unos pases que justificaban la necesidad de un servicio. El 22 de abril se dictaba la pena de muerte para quien utilizase la corriente eléctrica o el gas. Ese día llegaban las tropas soviéticas a los arrabales (a Pankow, donde se establecería años más tarde la capital de la República Democrática Alemana) y se fusilaba a veinte prisioneros políticos; dejaban de publicarse los periódicos. El 25 de abril se cerraba el metro. El teléfono seguía funcionando: nadie se cuidaba de él, y aún podían mantenerse comunicaciones con sectores de la ciudad ocupados ya por los soviéticos...

Algunos escritores anotaban lo que veían. Hilde Domin retrata un personaje berlinés: «un hombre estaba sentado en el bordillo de la acera, con las piernas extendidas y la espalda apoyada contra el poste de luz. Estaba descalzo. En sus pantalones y en su jersey de algodón azul había remiendos limpios, de un azul claro, como si fueran trocitos de cielo azul en una tarde nublada. Había metido una mano por debajo de los canales del pantalón, mientras metía la otra por un roto, más arriba. La parte superior de la ropa que llevaba puesta era un viejo saco de azúcar en el que se habían cortado una especie de colgantes sin mangas. Las grandes letras, impresas en color rojo, del molino de azúcar, ya habían desaparecido casi por completo, y la pieza que la cubría había alcanzado ya un estado de deshilachamiento tal que sólo parecía cubrir la piel desnuda (...) Cuando pasé junto a él, levantó la cabeza y dijo: "¡Noticias maravillosas, señora! ¡Maravillosas! La guerra ha terminado. ¡Paz!"» Otro recuerda una mujer con un cochecito de niño camuflado corriendo entre las explosiones de los proyectiles de obus, que parecía sortear milagrosamente. Otro, los últimos fusilados por desertores: se mataba a todo hombre, de cualquier edad, que no llevara un fusil en las manos. Otro, los letreros fijados en los árboles ofreciendo intercambios: «Periquito por café...»

Niños y viejos en las trincheras

Los soldados eran ya niños. Y ancianos. La ultima quinta movilizada era la de quienes habían cumplido dieciséis años, pero la leva se llevaba a los que tenían catorce, quince: las madres iban a verles a las barricadas y las trincheras y, llorando, les pedían en voz baja que desertaran. Una de las últimas salidas de Hitler al exterior, al jardín de la



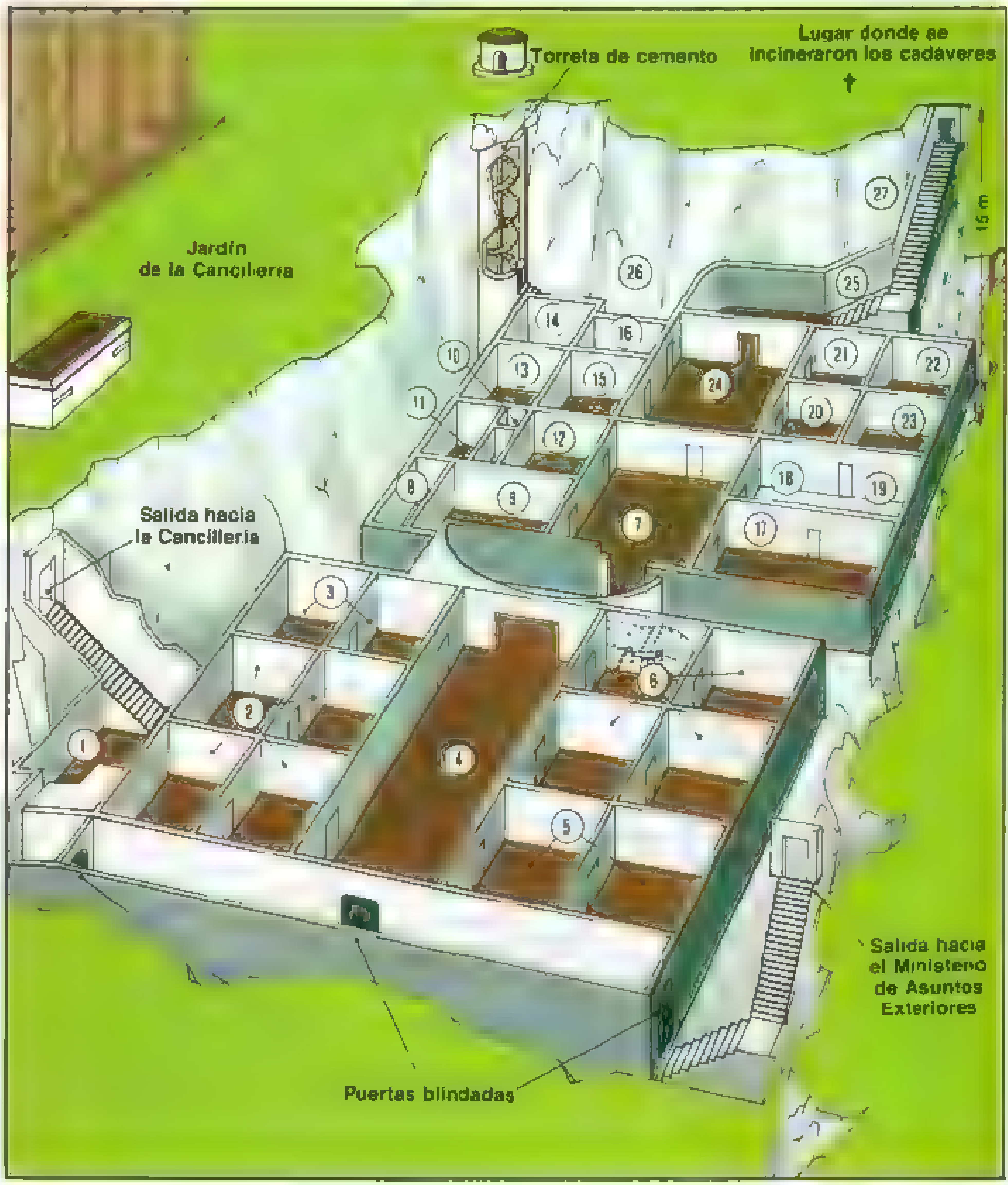
Ullstein

En la página anterior, arriba, el cadáver de Goebbels. El ex-ministro se suicidó junto a su mujer y sus seis hijos el 1 de mayo

En la página anterior, abajo, Eva Braun a finales de los años 30. Se suicidó en el bunker junto a Hitler la tarde del 30 de abril.

En ambas páginas, entrada y torre del bunker. En segundo plano se ve parte de la Cancillería.

En esta página, planta del bunker: **1**, habitación del mayordomo, **2**, cocinas; **3**, habitaciones de esparcimiento, **4**, comedor; **5**, alojamiento del servicio, **6**, alojamiento de los fusileros de Goebbels, **7**, sala de espera, **8**, instalación eléctrica **9**, lavabos; **10**, retrete; **11** y **12**, tocador y gabinete de Eva Braun, **13** y **14**, despacho y dormitorio de Hitler, **15**, antecámara; **16**, sala de mapas, **17**, cámara del médico; **18**, cuerpo de guardia; **19**, central telefónica, **20**, salón, **21**, dormitorio de Goebbels, **22**, enfermería, **23**, sala de reunión, **24**, alojamiento de los guardias, **25** a **27**, salidas de socorro secundarias.



E. Nuova

Cancillería, fue el 20 de abril de 1945, para pasar revista a un batallón de niños, miembros de las Juventudes Hitlerianas. Les acarició la cara como un abuelo a punto de morir. Era el día de su cumpleaños y le rodeaban los jóvenes héroes, los que se habían distinguido en los últimos combates. Les condecoró.

Ese día había pensado Hitler una última posibilidad de resistencia. Había imaginado trasladarse a Berchtesgaden, el «nido de águilas», el orgulloso lugar donde había recibido años antes a Chamberlain, que iba a implorarle la paz a cambio de lo que quisiera. En lo que aún le parecía la fortaleza inexpugnable —contra toda lucidez, naturalmente— reuniría los últimos restos del ejército para organizar una defensa wagneriana. Goebbels, en cambio, le había sugerido que él mismo, con todos los habitantes del bunker, se fuesen a las puertas de Berlín para morir luchando. La situación psicológica en el interior del bunker oscilaba entre la preparación de un final grandioso —un último legado a la historia— y las más insensatas esperanzas. Una de estas últimas esperanzas fue la noticia de la muerte de Roosevelt.

«Está escrito en las estrellas...»

Fue un día especial. Era el 13 de abril. Unos días antes, Goebbels estuvo leyendo a Hitler un pasaje de la historia de Federico el Grande, de Carlyle, en el que se relataba cómo el rey estaba al borde de la derrota y del hundimiento de Prusia, y había decidido envenenarse. El historiador Carlyle se dirigía al personaje de su narración, y le decía: «Rey valeroso: espera un poco y tu sufrimiento habrá acabado. El sol de tu buena fortuna se está levantando ya por detrás de las nubes, y pronto podrás verlo»; y ya en estilo impersonal continuaba: «El día 12 de febrero murió la zarina; el milagro de la casa de Brandemburgo había ocurrido.» Contó Goebbels que Hitler lloraba de emoción escuchando este párrafo. Completó su efecto llevando a Hitler unos horóscopos encargados a los astrólogos oficiales en los que se predecía un milagro parecido y, en efecto, cuando el 13 de abril llegó la noticia de la muerte de Roosevelt, Goebbels pudo asociarla a la de la zarina en la Guerra de los Siete Años. Goebbels dijo entonces a Hitler: «¡Le felicito, mi Fuhrer! Roosevelt ha muerto. Está escrito en las estrellas que la segunda mitad de abril marcará para nosotros un recodo decisivo. Hoy es viernes y trece de abril. Es el día en que todo ha tomado un nuevo giro.» Pero ese mismo día llegaban noticias de los frentes la caída de Viena y el avance soviético por el Danubio, y el progreso por el mismo río, en sentido contrario, del III Ejército de los Estados Unidos que iba a encontrarse con los soviéticos en la misma ciudad austríaca donde había nacido Hitler, en Linz, mientras que el VII Ejército pasaba de largo por Nuremberg, ciudad sitiada, para lanzarse sobre Munich, cuna del movimiento nacionalsocialista. Goebbels murmuró: «A lo mejor el destino se ha mostrado otra vez cruel y se ha burlado de nosotros...» La influencia que los últimos resistentes nazis creían que podría tener la muerte de Roosevelt era la de

Una guerra futura contra la Unión Soviética

«La noticia del suicidio de Hitler se acogió con alegría en Londres y en Washington, donde se temían revelaciones comprometedoras en caso de proceso. Churchill lo confiesa abiertamente: "El final escogido por Hitler era mucho más favorable para nosotros que el que yo temía... No dudo de que hubiera compartido la suerte de los criminales de Nuremberg." (...)

»Los medios dirigentes americanos e ingleses hicieron todo lo posible para que el gobierno de Doenitz tomara plenos poderes en Alemania. (...) El gobierno de Doenitz intentaba un acuerdo con los gobiernos americano y británico para una guerra futura contra la Unión Soviética. Desde el primer día de su Gobierno, Doenitz declaró a un grupo de oficiales alemanes: "Debemos ponernos al lado de las potencias occidentales y marchar contra la Unión Soviética. Solamente colaborando con ingleses y americanos podremos, en el porvenir, recuperar nuestro territorio que está en manos de los rusos."»

FUENTE: G. Déborine,
La segunda guerra mundial,
Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú.



PS





Ullstein



Camera Press Zarcoya



Camera Press/Zardoya

En la página anterior abajo, soldados rusos junto a la fosa donde fueron enterrados Adolf Hitler y Eva Braun

En ambas páginas, arriba, asalto de la Cancillería para los soviéticos era la caída de la Alemania nazi

En ambas páginas abajo, un blindado alemán, mudo testigo del inútil sacrificio de Berlín y de su derrota

En esta página, soldados rusos en la entrada de la Cancillería junto a centenares de cajas de condecoraciones nazis

dejar a Churchill al frente de la alianza: y Churchill siempre creyó que había que contener y destrozar a la URSS, mientras Roosevelt mantenía la idea de que había que colaborar con el régimen soviético. Pero todo estaba ya demasiado avanzado, y era tarde para cualquier cambio de alianzas.

Eva Braun: una rubia de bonitas piernas

Unos días después —el 15 de abril— llegó al refugio Eva Braun, la amante secreta de Hitler desde doce años antes. La mayoría de los historiadores están conformes con la idea de que Eva Braun no representó un papel importante en la vida pública y política de Hitler, aunque tuviera un lugar importante en su vida privada. Eva Braun estaba en lugar seguro, y podía haber salido hacia un país neutral: decidió ella misma acudir a Berlín para compartir lo que ya sabía: los últimos días de Hitler. Era una mujer «muy delgada, elegante, de bonitas piernas —que mostraba de buen grado—, discreta y reservada, con el pelo rubio ceniciento. Se mantenía en la sombra: pocas veces se la veía» (testimonio del mariscal Keitel en el proceso de Nuremberg). Sin embargo, la conducta de esta mujer tan leal y probablemente poco inteligente contrastó con la de algunos de los líderes del Tercer Reich: Himmler trató de conseguir la paz por su cuenta —mediante una misión que solicitó del sueco conde Bernadotte—. Goering huyó con un fantástico botín —camiones cargados de tesoros—, el propio Ribbentrop quiso escapar en la noche del 20 de abril —la del cumpleaños de Hitler—. Una de las más curiosas aventuras fue la del arquitecto

La capitulación

29.IV.1945: *Hitler escribe su testamento político. Expulsa a Goering y a Himmler del partido y los destituye de todos sus cargos; nombra al almirante Doenitz presidente del Reich y jefe supremo de las fuerzas armadas y a Goebbels, canciller.*
30.IV: *suicidio de Hitler y Eva Braun.*
1.V: *suicidio de Goebbels.*
2.V: *el general Weidling, último oficial con mando en Berlín, se rinde al Ejército Rojo. Doenitz encarga al ministro de Hacienda Von Krosigk la formación de un gobierno de transición.*
4.V: *firma de la capitulación de las fuerzas armadas alemanas en Holanda, Alemania del Norte, Dinamarca y Noruega, por parte del almirante Von Friedeburg en el cuartel general de Montgomery, en Lüneburg.*
7.V: *firma de la «capitulación incondicional» de la Wehrmacht en el cuartel general de Eisenhower, en Reims, por parte del general Jodl y del almirante Von Friedeburg.*
8.V: *segunda capitulación, firmada en el cuartel general soviético de Berlín-Karlshorst ante el mariscal Zukov por parte del mariscal de campo Keitel, el almirante Von Friedeburg y el general Stumpff.*
23.V: *destitución y arresto del gobierno de Doenitz.*

Albert Speer, días más tarde —el 23 de abril—. El hombre a quien Hitler había confiado la misión de crear la arquitectura y el urbanismo del Reich había recibido con espanto la noticia de que Hitler empleaba la táctica de «tierra quemada» —destrucción total en las ciudades que iban a caer en manos del enemigo: era su propia obra la que debía volar por los aires. Sintió lo que él llamaba «conflicto entre su fidelidad personal y su sentido cívico del deber». Este conflicto lo resolvió con una audaz idea: llegaría hasta el bunker e introduciría gas mortal por uno de los orificios de ventilación —conocía muy bien, naturalmente, su disposición— en el momento en que todos estuvieran reunidos en la sala de conferencias. Pero cuando llegó —con su gas— descubrió que el orificio estaba protegido por una chimenea de cinco metros, construida por orden de Hitler y que, por lo tanto, su hazaña era imposible. Le sobrevino el arrepentimiento: descendió al bunker y se lo confesó a Hitler, sabiendo que sería inmediatamen-



Snark Internacional



Ullstein

te fusilado. No fue así. Apenas le escuchó, el Führer le perdonó fácilmente y le agradeció su confesión.

Regalo macabro

Hitler sabía ya en ese momento que iba a morir. El día 26, la aviadora Hanna Reitsch, a la que Hitler había llamado para que sustituyera al traidor Goering, le propuso que escapara con estas palabras: «El Führer debe vivir para que Alemania viva. El pueblo lo exige.» Hitler le contestó: «No, Hanna, no. Muero por el honor de la patria. Como soldado debo obedecer mi propia orden de defender Berlín hasta el final. Querida niña, no era esto lo que yo quería. Creí firmemente que la batalla a orillas del Oder salvaría Berlín; nadie ha sido más sorprendido que yo por el fracaso de nuestros esfuerzos. Y, cuando comenzó el cerco de la ciudad, creí que quedándome en mi puesto daría ejemplo a todos los ejércitos y vendrían a salvar la ciudad. Querida Hanna, no he perdido aún las esperanzas: el ejército del general Wenck llega

Orden de Stalin al Ejército Rojo

«Las tropas del primer frente de Rusia Blanca, bajo el mando del mariscal de la Unión Soviética Zukov, en cooperación con las tropas del primer frente de Ucrania, mandadas por el mariscal de la Unión Soviética Koniev, tras duros combates de calle, han concluido el aniquilamiento de los contingentes enemigos de Berlín y, hoy, 2 de mayo, han copado enteramente la capital de Alemania, Berlín, centro del imperialismo alemán y núcleo de la agresión nazi.

»Hoy a las 15 horas (hora de Moscú), la guarnición alemana, mandada por el general de artillería Weidling y su Estado Mayor, han cesado la resistencia y depuesto las armas.

»El 2 de mayo, antes de las 20 horas, nuestras tropas han capturado en la capital más de 70.000 soldados y oficiales alemanes.

»65 unidades de infantería, 31 unidades de artillería, 23 de carros, 10 de artillería, 11 de transmisiones, 26 formaciones aéreas, así como 2 formaciones de la flotilla de guerra del Dniéper, del contralmirante Grigoriev son citadas en la orden del día.

»Para conmemorar esta victoria, las unidades y formaciones que se han distinguido particularmente serán propuestas para condecoraciones y llevarán de ahora en adelante el nombre de "Berlín".

»Hoy a las 22,30 nuestra capital, Moscú, en nombre de la patria, saludará a las valientes tropas de los primeros frentes de Ucrania y de Rusia Blanca con 24 salvas de 324 cañones.

»Expreso mi reconocimiento a todas las tropas que han tomado parte en la caída de Berlín.

»¡Gloria eterna a los héroes caídos en la lucha por la libertad y la independencia de nuestra patria!

»¡Muerte a los invasores alemanes!»

Comandante en jefe supremo
Mariscal de la Unión Soviética:
STALIN

En ambas páginas, los soviéticos celebran la victoria desfilando junto a la puerta de Brandemburgo. Esta puerta simbolizaría luego la división de Alemania

En la página anterior, abajo, Berlín liberado una ciudad fantasmal, reducida a escombros. A lo largo de la guerra habían caído sobre ella 73 000 Tm de bombas.

Abajo, a la izquierda el mariscal Zukov, comandante del primer frente de Rusia Blanca Firmó en nombre de la URSS el acta de capitulación de Alemania

Abajo, a la derecha, el mariscal Koniev comandante del primer frente de Ucrania. Tras liberar Polonia y Bohemia, participó en el asedio de Berlín.



IPS



IPS

Arriba, el Ejército Rojo controla Berlín. Cerca de 2,5 millones de hombres, apoyados por unos 41 600 cañones (la mayor concentración de artillería de la guerra) y más de 6.250 tanques habían sido lanzados contra Berlín.

Abajo, el mariscal soviético Rokossovski estrecha la mano del mariscal británico Montgomery (junio de 1945) en la ciudad de Frankfurt tras la completa ocupación del territorio alemán por las fuerzas aliadas



IPS



Farabola

desde el sur, y es preciso que detenga a los rusos para salvar nuestro pueblo». Pero mientras pronunciaba estas palabras hacía un regalo a la aviadora: dos ampollas de cianuro. «Hanna, usted es una de las personas que morirán conmigo. No quiero que ninguno de nosotros caiga vivo en manos de los rusos, y ni siquiera quiero que encuentren nuestros cuerpos: Eva y yo nos haremos incinerar. Usted puede elegir su forma de acabar.»

«Matrimonio de guerra»

Todo había terminado. A la una de la madrugada del día 29 de abril, Hitler cumplió su última decisión personal: se casó con Eva Braun. El Dr. Goebbels salió a la calle en busca de alguien que tuviera una cierta representación legal para el matrimonio: encontró —luchando, con el fusil en la mano— a un concejal, Walter Wagner, a quien llevó a la sala de conferencias del bunker. Allí se celebró un «matrimonio de guerra», después de escuchar el juramento de los extraños novios de que eran de «raza aria». Hubo una fiesta: una botella de champán para los invitados. Hitler llamó a una secretaria y le dictó el «testamento político»: una acusación más a los judíos, culpables de la guerra, y la predicción de que, treinta años después —en 1985—, surgiría de nuevo en Alemania un «odio indestructible» contra la «judería internacional y sus adictos». Exhortaba a los alemanes al «renacimiento glorioso de una nación verdaderamente unida en el movimiento nacionalsocialista». Aún destituía de todos sus cargos a Himmler y a Goering, y nombraba su sucesor al almirante Doenitz. En su testamento personal dejaba todos sus bienes al partido. Firmaron los testigos a las cuatro de la madrugada. Luego, durmió. Uno de los testigos, Goebbels, escribió su propio testamento, como «apéndice al testamento político del Führer». A mediodía, Hitler todavía presidió una última conferencia de guerra, y aún recibió una mala noticia. Mussolini había sido asesinado y colgado por los pies en Milán. Instantes después, Hitler envenenó a su perra «Blondi», repartió cianuro a sus secretarias y se retiró con Eva Braun a sus apartamentos privados

La hora final

Una de las secretarias cuenta un instante enloquecido: los supervivientes celebraron un baile en aquellos momentos. Bailaron toda la noche. El 30 de abril, después de comer, Hitler dio orden de que llevaran 200 litros de gasolina al jardín exterior. Se despidió de todos, se encerró con Eva Braun; y se escuchó un disparo de revólver. Uno solo. Los testimonios de cómo Eva Braun y Hitler se suicidaron varían: el hecho fue que los dos murieron. Sus cuerpos fueron llevados al jardín y regados con gasolina: fue todo rápido, entre las explosiones de proyectiles de obús.

Al día siguiente, Goebbels interrumpió los juegos infantiles de sus hijos —de tres a doce años: los nombres de cada uno de ellos comenzaban con H, como homenaje a Hitler— y ordenó a un médico que les inyectara cianuro. Murieron en el acto. Él y su esposa subieron al jardín, y un leal de las SS les mató: sus cuerpos fueron incinerados. Y todo el bunker comenzó a arder. Muchos de sus ocupantes escaparon, otros murieron.

El almirante Doenitz tomó el mando, y emitió una orden del día advirtiendo que británicos y americanos serían en el futuro los responsables de la expansión del bolchevismo.

La creación de la ONU
El difícil camino de la paz

Miguel Ángel Bastenier,
periodista

En junio de 1945, la paz era aún un frágil sueño. El mundo estaba estremecido por los horrores de la guerra; Hiroshima y Nagasaki ignoraban la tragedia que se cernía sobre ellas. El día 26 de aquel mes, los representantes de 50 Estados firmaban en San Francisco la Carta de las Naciones Unidas. La ONU había nacido. El objetivo común era arbitrar una fórmula de cooperación internacional que permitiera a las naciones dirimir sus controversias sin recurrir a las armas. Un bello deseo que todos sabían difícil de realizar, pero así lo expresaron en el primer artículo de la Carta: «Salvación de la paz mundial, defensa de los derechos del hombre, igualdad de derechos para todos los pueblos, aumento del nivel de vida en todo el mundo.»



Rex Features

La guerra se acercaba a su fin y era necesario crear los medios para mantener la paz y la seguridad entre los pueblos. Con la firma de la Carta de las Naciones Unidas en junio de 1945, el mundo ensayaba por segunda vez, después del precedente fallido de la Sociedad de Naciones, un método para prevenir nuevos conflictos. En la fotografía, la sede de la ONU en Nueva York, abierta a todos los Estados soberanos dispuestos a aceptar las obligaciones de la Carta

La Sociedad de Naciones, el sueño de Wilson

La ordenación de la paz y el establecimiento de un sistema de seguridad que evitara el recurso a la guerra fueron las principales preocupaciones de los aliados en la última fase de la Primera Guerra Mundial. El presidente norteamericano Wilson pidió la creación de una Sociedad de Naciones en el punto 14 de su famosa proclama del 8 de enero de 1918, soñando con la creación de una autoridad supraestatal que hiciera respetar un orden justo y universal. Sobre un texto base de su secretario de Estado, el coronel Hanse, los aliados discutieron secretamente en febrero de 1919 la realización del proyecto. Finalmente, el 28 de abril de aquel año se llegó al acuerdo de incorporar el acta de creación de la Sociedad de Naciones como los primeros 26 artículos del Tratado de Versalles.

Sin embargo, el sueño wilsoniano tuvo que topar con la dura realidad del empirismo británico y de la desconfianza antialemana de Francia. París hubiera querido una Sociedad de Naciones convertida en «policía internacional» con medios de acción propios. En cambio, Wilson propugnaba un auténtico código penal para las naciones, cuya fuerza fuera la razón. En cuanto a los británicos, cuyo proyecto acabaría por imponerse, pretendían un laxo marco de relaciones en el que la soberanía de Westminster no sufriera el menor menoscabo.

El 10 de enero de 1920 entró en vigor una carta por la que los 32 Estados fundadores —los 19 vencedores de la guerra más 13 neutrales, entre ellos España— se comprometían a renunciar a la guerra, garantizar su independencia recíproca, recurrir al arbitraje en caso de conflicto, e imponer sanciones económicas y aun militares por el incumplimiento de estos pactos. Era un esquema en el que los principios venían lastimosamente grandes a la capacidad real de la organización para asegurar su observancia, y al que le faltaría de salida su fuerza inspiradora. Los ideales de Wilson no fueron compartidos por el Senado de Estados Unidos, que en su tradicional función de guardián de la política exterior se negaba a ratificar el ingreso del país en la Sociedad de Naciones.

La organización se estructuraba en una Asamblea General, un Consejo, y un Secretariado con sede en Ginebra, cuya misión era consolidar en el mundo una paz de papel. El mismo Consejo, a la manera de gabinetillo mundial, estaba formado por cuatro miembros permanentes: Francia, Gran Bretaña, Italia y Japón, a los que se sumaría más tarde China, y un número de miembros no permanentes que aumentaría hasta siete. Sin embargo, su acción se vería obstaculizada por la capacidad de cada uno de sus componentes para vetar la adopción de medidas coercitivas contra los Estados infractores. Posteriormente, los celos y las rivalidades entre potencias conducirían a situaciones de comedia bufa, como la amenaza no realizada del dictador español Primo de Rivera de retirar a España de la organización si no se le concedía uno de los puestos permanentes.

El ingreso de Alemania en 1926 y de la URSS en 1934 no pudieron compensar el descrédito de la Sociedad de Naciones, que se había revelado impotente para condenar la ocupación japonesa del Manchukuo chino, impedir la invasión italiana de Etiopía, y de adoptar una actitud significativa ante la Guerra Civil española. La Segunda Guerra Mundial sería la fosa en que quedaría enterrado el primer ensayo de «Naciones Unidas».


Rex Features

Placentia Bay, Terranova, 1941: la Carta del Atlántico

Todo empezó a bordo de un buque de guerra norteamericano en el Atlántico Norte. Era el mes de agosto de 1941. Hacía más de un año que Francia había caído ante la invasión nazi; Gran Bretaña se batía en el norte de África con alemanes e italianos; Alemania, que había atacado a la URSS en junio anterior, todavía tenía expedito el camino hacia Moscú; los submarinos de Doenitz hacían una carnicería mensual de alrededor de medio millón de toneladas de embarcaciones británicas hundidas; el Pacífico estaba todavía como su nombre indica, y en Estados Unidos, pese a los acuerdos de Préstamo y Arriendo con Gran Bretaña, la tentación aislacionista parecía muy lejos de hallarse vencida. Únicamente el ataque japonés a Pearl Harbour en diciembre de aquel año barrería la idea de la «Fortaleza Americana».

En aquel barco y en Placentia Bay, Terranova, cuatro hombres, el presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt, el *premier* británico Winston S. Churchill y sus asesores, Sumner Welles por el primero y sir Alexander Cadogan por el segundo, no sólo establecerían las condiciones para una eventual entrada de Estados Unidos en la guerra, sino que estudiarían también las condiciones y los medios para el mantenimiento de la paz tras la victoria. El 14 de agosto de 1941 se daría a conocer la existencia de un documento, o más bien un borrador, que se ha convenido en llamar la Carta del Atlántico. El primer escrito direc-

tamente emparentado con la creación de la ONU. Poco antes de morir, Roosevelt diría que la comadrona de las Naciones Unidas había sido una hoja de papel garrapateada por aquellos cuatro hombres, de la que se guardaba únicamente el original sin copias en el Departamento de Estado en Washington, que ni Churchill ni él habían podido firmar, puesto que no estaban autorizados por sus parlamentos respectivos. Ahí comenzó la historia de las Naciones Unidas, casi cuatro años antes de su creación.

Moscú, 1943

La tarea iniciada por los dos países anglosajones precisaba de la colaboración de un tercero, la URSS, antes de cobrar más altos vuelos. El 1 de agosto del año siguiente, a la Declaración de Washington se adhirió por primera vez la URSS, junto con Gran Bretaña y Estados Unidos, por medio de su embajador en la capital norteamericana, un joven diplomático que lograba ser ambicioso sin parecerlo: Andrej Gromyko. Sin embargo, el enlace entre las diplomacias de las tres grandes poten-

En ambas páginas, el Palacio de las Naciones, en Ginebra, sede de la Sociedad de Naciones desde 1920 hasta 1946. Actualmente alberga dependencias europeas de las Naciones Unidas.

Abajo, G. Stresemann, ministro del Exterior de la República de Weimar hablando en la Sociedad de Naciones. Hasta 1926, Alemania no entró a formar parte de este organismo internacional.



AGE

cias aliadas no se produciría hasta la celebración de la conferencia tripartita de Moscú, que tuvo lugar del 19 al 30 de octubre de 1943 con asistencia, por primera vez en el curso de la guerra, de los ministros de Asuntos Exteriores de las tres potencias: Cordell Hull por Estados Unidos, Anthony Eden por Gran Bretaña y Vjačeslav Molotov por la URSS. En el punto 4 de la Declaración, que más tarde firmaría como dádiva al esfuerzo de guerra en Asia continental el embajador chino en Moscú, se hacía la primera referencia a la creación de un organismo internacional similar a la Sociedad de Naciones. Los Estados firmantes reconocían «la necesidad de establecer a la mayor brevedad posible una organización internacional basada en el principio de la soberanía de todos los países amantes de la paz, grandes o pequeños, para el mantenimiento de la paz y la seguridad en el mundo».

Dumbarton Oaks, 1944

El siguiente paso se daría en la conferencia de Dumbarton Oaks, en agosto-octubre de 1944. Allí, en una mansión señorial del siglo XVIII, que luego pertenecería a la Universidad de Harvard, se reunirían sir Alexander Cadogan, subsecretario permanente del Foreign Office británico, Edward R. Stettinius, subsecretario del Departamento de Estado norteamericano, el embajador soviético Andrej Gromyko y el embajador chino Wellington Koo.

La primera dificultad a resolver, en un clima presidido por la ya previsible derrota alemana, fue sentar cuatro comensales a una mesa en la que uno de ellos, la URSS, no estaba en guerra con uno de los contendientes de los otros tres: Japón. Para ello se organizó una

En esta página el presidente de EE. UU. Franklin D. Roosevelt y el primer ministro de Gran Bretaña, Winston Churchill, conversan a bordo del Príncipe de Gales en el curso del encuentro en el que suscribieron la llamada Carta del Atlántico (14 de agosto de 1941). En este documento se exponían los principios que iban a inspirar la política de los aliados en cuestiones de índole internacional: renuncia a ganancias territoriales, rectificación de fronteras de acuerdo con los países interesados, participación de todos los Estados en el comercio internacional, cooperación entre países, libertad de los mares y renuncia al uso de la fuerza. La Carta del Atlántico constituyó uno de los antecedentes directos de la creación de las Naciones Unidas

En ambas páginas, los representantes de las tres grandes potencias aliadas reunidos en Yalta. De izquierda a derecha, en pie, Anthony Eden, Edward Stettinius y Viačeslav Molotov; sentados, Churchill, Roosevelt y Stalin. La configuración del mundo de la posguerra quedó decidida en Crimea



Rex Features

doble conferencia anglo-americana-soviética y anglo-americana-china. Los anglosajones eran los únicos que comían a dos carrillos. Y ya en este doble *ménage a trois* diplomático se diseñarían las posiciones en torno a las cuales iba a batallarse durante el año siguiente. Cuando Cadogan afirmaba que era preciso crear una organización «en la que cada Estado miembro tuviera unas responsabilidades paralelas a su poder», quería decir que habría Estados más miembros que otros, y cuando Gromyko subrayaba que había que dar a la organización los medios para defender la paz, se hacía eco de la avisada posición francesa ante la creación de la Sociedad de Naciones en 1919; es decir, *si vis pacem para bellum*.

Un Estado, un voto

El 21 de agosto de 1944, comenzó la ronda de conversaciones entre anglosajones y soviéticos, y de inmediato surgió la polémica sobre la autoridad que había que dar a cada uno de los Estados, teniendo en cuenta sus dimensiones y potencia, y en otro plano, qué fuerza coactiva iba a poseer la organización. En lo relativo a la formación de una Asamblea integrada por los Estados miembros no hubo controversia; todos serían iguales y soberanos: un Estado, un voto. Ahí no estaba el problema. El debate se centró en la composición y poderes del Consejo. La URSS se mostró contraria al principio wilsoniano reflejado en alguna medida en la Sociedad de Naciones de la «igualdad de funciones», por el que todos los Estados serían llamados a participar en puestos determinados y todos tendrían igual poder de decisión según el puesto que ocuparan. A ello opuso el principio de la unanimidad, eufemístico término que enmascaraba el derecho de veto. Según Moscú, no todos los Estados por definición iban a tener las mismas responsabilidades y era necesario el acuerdo total entre los principales para llevar adelante cualquier iniciativa. En este terreno, la URSS se alineó con Gran Bretaña, que propugnaba un Consejo, trasunto de Gobierno de la organización, formado sólo por las grandes potencias, mientras que Estados Unidos, en la estela del idealismo wilsoniano, hablaba de 11 miembros, entre permanentes y elegidos.

El 29 de septiembre se llegó a un acuerdo sobre el proyecto soviético, aunque sin entrar en materia acerca de la petición de Moscú de que la organización contara con una fuerza de intervención, principalmente aérea. Gran Bretaña no quiso oír hablar de ello y Francia, que habría estado en la misma onda, vivía ausente con un gobierno provisional dirigido por De Gaulle, apenas arrojados los alemanes de la capital pero no de todo el territo-


E.C.P. Armero

rio, y una legitimidad que irritaba a Roosevelt, el hombre que no fue capaz de comprender al general de la Resistencia.

Las conversaciones anglosajonas con China comenzaron el mismo 29 de septiembre, y la potencia asiática apoyó las concepciones soviéticas, incluso en el tema de la fuerza de paz, pensando esta vez en Japón como la Alemania de Oriente. China propuso un Consejo de siete miembros, cuatro de ellos permanentes, entre los que no estaba Francia. En cambio, en la primera conferencia se contaba con invitar a París a ser el quinto grande una vez concluida la guerra y, presumiblemente, una vez aclarado quién mandaría en Francia tras el período provisional. El 7 de octubre se dio por concluido el segundo turno de conversaciones, con los temas planteados cuando no resueltos. Se abría el camino de la conferencia de Yalta.

Los «grandes» en Crimea: Yalta, 1945

«Sobre el tema del procedimiento de voto, en lo que no fue posible el acuerdo en Dumbarton Oaks, la presente conferencia ha resuelto el problema acordando que se convoque una gran reunión en San Francisco el 25 de abril de 1945 para preparar la Carta de las Naciones Unidas... Tan pronto como se haya consultado con Francia y con China, el texto de las propuestas sobre el procedimiento de votación se hará público.» Nos hallamos ante el comunicado de la conferencia de Crimea, que ha pasado a la posteridad con el nombre de la localidad balnearia soviética de Yalta, donde se celebró.

Allí, donde los zares habían creado las instalaciones para un templado recreo, las tres grandes potencias representadas por el líder soviético Josif Stalin, el presidente Roosevelt y el *premier* Churchill, sin adláteres chinos o «engorrosos» franceses, se pusieron de acuerdo sobre la paz y la guerra a primeros de febrero de 1945. Las posiciones soviéticas, apoyadas de buen grado por Churchill, el anticomunista más profesionalizado de la hora, iban a imponerse. Los tres grandes desairaron a De Gaulle no invitándole a Yalta e informándole *a posteriori* de sus decisiones.

El presidente francés replicó al desaire negándose a entrevistarse con Roosevelt en Argel, al regreso de éste a su país, el 20 de febrero. Y el día 28, en Washington, Roosevelt habló de lo que sería la organización en términos muy distintos a como lo hubiera hecho Wilson. Harían falta, quizá, 50 años, dijo, para que Alemania y Japón, si se hicieran acreedores a ello, pudieran ingresar en el concierto internacional simbolizado por las Naciones Unidas. No obstante, la Alemania de Weimar había entrado en la Sociedad de Nacio-

«Nosotros, los pueblos de las Naciones Unidas...»

La Carta de las Naciones Unidas, que consta de 19 capítulos y 111 artículos, es un documento en el que se exponen unos principios y se establecen unos mecanismos para su observancia. Su mérito estriba, quizás, en que aspira a recomendar más que a imponer determinados comportamientos a los Estados miembros, que su antecesora, la Sociedad de Naciones, no supo hacer cumplir. En 1945, todos esperaban menos de la ONU de lo que habían esperado de la Sociedad de Naciones en 1919. La decepción, por tanto, no podía ser igual de mayúscula.

El preámbulo de la declaración de principios dice así:

«Nosotros los pueblos de las Naciones Unidas, decididos a salvar a las generaciones futuras del azote de la guerra, que dos veces en nuestras vidas ha infligido desgracias sin cuento a la Humanidad: reafirmamos nuestra fe en los derechos humanos fundamentales, en la dignidad y el valor de la persona, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres, y de todas las naciones, grandes o pequeñas; estableceremos las condiciones bajo las cuales la justicia y el respeto por las obligaciones que se deriven del cumplimiento de los tratados y otras fuentes del derecho internacional puedan ser sostenidos, promoveremos el progreso social y la mejora del nivel de vida en un marco de libertad ampliada; practicaremos la tolerancia y la convivencia de unos con otros como buenos vecinos; aunaremos nuestros esfuerzos para mantener la paz y la seguridad internacionales; haremos que, por la aceptación de principios y el establecimiento de mecanismos adecuados, la fuerza armada jamás llegue a usarse excepto por el interés de todos; emplearemos los mecanismos internacionales para el bien del progreso social y económico de todos los pueblos; y, así, hemos decidido agrupar nuestros esfuerzos para el logro de estos objetivos, acordado la presente Carta de las Naciones Unidas y establecido una organización internacional que se conocerá como las Naciones Unidas.»





Popperfoto

nes en 1926, a los ocho años de la derrota. Pocos imaginaban que la muerte, semanas más tarde, le impediría a Roosevelt asistir a un futuro en el que aliados y enemigos iban a cambiar pronto de posiciones.

En la invitación cursada a 40 países por el Departamento de Estado norteamericano el 5 de marzo de 1945 en nombre de las cuatro grandes potencias, se incluía el texto de las propuestas sobre la fórmula de votación en el Consejo de Seguridad, que sería el caballo de batalla de la conferencia.

Siete votos decisivos

Los acuerdos establecían que cada miembro del Consejo de Seguridad tendría un solo voto, al margen de su importancia nacional, y que las decisiones sobre cuestiones de procedimiento deberían aprobarse con una mayoría de 7 votos sobre los 11 posibles. Es decir, los permanentes (de momento cuatro), a la espera de la incorporación del quinto, que sería Francia, más un mínimo de dos o tres miembros elegidos para un período determinado. En todas las demás cuestiones de fondo harían falta estos 7 votos, pero incluyendo entre ellos los de los miembros permanentes, lo que significaba que el voto negativo de uno de ellos equivalía al veto de cualquier resolución.

Más importante era todavía el marco de funciones previsto para el Consejo que, a diferencia de idéntico organismo de la Sociedad de Naciones, podía no sólo investigar cualquier disputa y formular recomendaciones, sino también decidir si se producía amenaza o agresión contra la paz, imponiendo medidas de pacificación, sanciones econó-

Los Estados fundadores

Las invitaciones para asistir a la conferencia de San Francisco, inaugurada el 25 de abril de 1945 y concluida dos meses más tarde, fueron cursadas por Estados Unidos en nombre propio y de los otros grandes (URSS, Gran Bretaña y China). Los países que inicialmente debían estar representados eran: Arabia Saudí, Australia, Bélgica, Bolivia, Brasil, Canadá, Colombia, Costa Rica, Cuba, Checoslovaquia, Chile, República Dominicana, Ecuador, Egipto, Etiopía, Filipinas, Francia, Grecia, Guatemala, Haití, Honduras, India, Irak, Irán, Liberia, Luxemburgo, México, Holanda, Nueva Zelanda, Nicaragua, Noruega, Panamá, Paraguay, Perú, El Salvador, Sudáfrica, Turquía, Uruguay, Venezuela y Yugoslavia, países todos ellos firmantes de la Carta del Atlántico. El único Estado firmante que no recibió la invitación fue Polonia, bajo el pretexto de que no se había formado todavía el Gobierno de unidad nacional con participación de fuerzas no comunistas, tal como se había estipulado anteriormente en la conferencia de Yalta.

Posteriormente se invitó a Siria y al Líbano, que acababan de obtener la independencia, y ya durante el transcurso de la conferencia se incorporaron a los trabajos Dinamarca y Argentina, en este último caso no sin polémica.

Rex Features

En la página anterior los delegados de Estados Unidos en la conferencia de San Francisco, entre los que se contaban miembros de los principales partidos, durante una reunión previa celebrada en la Casa Blanca con el presidente Roosevelt

En ambas páginas, un aspecto de la segunda sesión plenaria de la conferencia de San Francisco (primavera de 1945). Delegados de 50 países elaboraron la Carta de las Naciones Unidas y crearon la ONU

En esta página, abajo, el secretario de Estado norteamericano Edward Stettinius, firma la Carta de Las Naciones Unidas. A su izquierda, Truman



Popperfoto

micas o petición de ruptura diplomática, hasta llegar al uso de la fuerza. Con ello se rompía el precedente de la Sociedad de Naciones, en la que cualquiera de los miembros del Consejo podía vetar la adopción de medidas o resoluciones.

La última gestión antes de la convocatoria se dio a conocer el 29 de marzo, con el anuncio en Washington de que se accedía a la petición soviética de que fueran tres los votos de Moscú: uno para toda la URSS y otros dos para Bielorrusia y Ucrania, que estarían representadas también por delegaciones nacionales. Esto se interpretaba como una compensación al gran aliado del Este, ya que no se había cursado invitación a Polonia, país donde no estaba constituido ni se constituiría el gobierno de unidad nacional que exigían los acuerdos de Yalta, y que se hallaba ya entonces virtualmente en la esfera soviética. Por su parte, el 3 de abril, Estados Unidos anunciaba su renuncia al privilegio de los tres votos que le había ofrecido Moscú buscando la igualdad en las ventajas.

San Francisco, 1945

En la primavera de 1945 se perfilaba una mayoría anticomunista en el horizonte de la futura Asamblea General. De los 44 Estados con derecho a 46 votos —a causa de la prima a Moscú— que debían estar en San Francisco, más de dos terceras partes tenían en común una clara adscripción a lo que luego sería denominado mundo occidental.

Los trabajos de la conferencia duraron dos meses, del 25 de abril al 25 de junio, fecha en la que la Asamblea General, constituida por delegaciones

El aislacionista que miró al Atlántico

El aislacionismo tradicional de la política norteamericana de entreguerras, que obligó al presidente Wilson a renunciar a la Sociedad de Naciones, no era desinterés por las aventuras o la expansión exterior, sino alejamiento de las guerras y querellas europeas para permitir el equilibrio continental. El hombre que a fines de los años 30 dio la vuelta a esta situación, comprometiendo a Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial y sentando las bases de la cooperación aliada que desembocaría en la creación de la ONU, el presidente Franklin Delano Roosevelt, era, paradójicamente, un aislacionista clásico; pero, eso sí, con una capacidad enorme para adaptarse a las siempre cambiantes circunstancias internacionales.

Roosevelt no era un innovador ni un revolucionario, como la derecha de su país quiso presentarle. Era un conservador que concibió el «New Deal» como remedio intervencionista pasajero, que cesaría cuando la situación económica lo permitiera. De la misma forma, no tenía inconveniente en asociar a Estados Unidos a la política internacional, como cuando en 1935 propuso que su país se sumara al Tribunal Permanente de Justicia Internacional, pero sentía horror hacia la formación de superestructuras jurídicas que vincularan a su país en temas de guerra y paz.

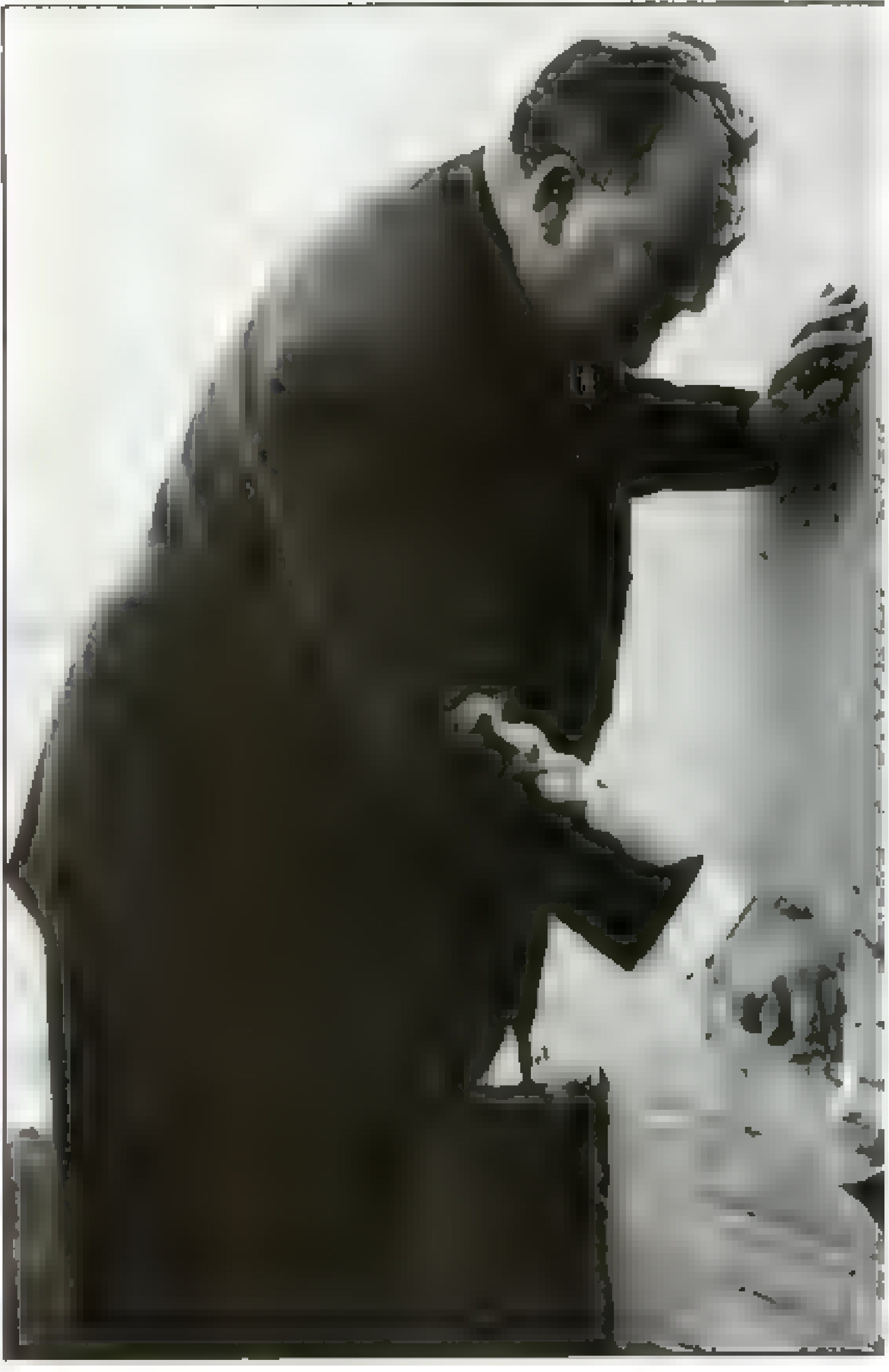
Puede decirse que fueron las circunstancias las que se impusieron a este patricio norteamericano, aquejado de poliomielitis a edad ya adulta, que luchó con las muletas y la silla de ruedas, hasta el extremo de que tuvo que suscribir un «acuerdo entre caballeros» con la prensa norteamericana para que jamás le fotografiara con sus ortopedias. La guerra chino-japonesa en 1937, la militarización de Alemania en esos años, la persecución antisemita, y el estallido de la Segunda Guerra Mundial fueron lesionando los intereses norteamericanos hasta el punto de hacerle comprender que el Atlántico no era sólo un océano, sino un continente marino que había que defender, y que la verdadera frontera de Estados Unidos eran las costas europeas.

Cuando empezó la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939, Roosevelt todavía creía poder mantener a su país fuera de la contienda, pero dos años más tarde, el ataque japonés a Pearl Harbour no fue tanto una sorpresa como un alivio al hallar el casus belli *que convertiría en guerra abierta la defensa de unos intereses que ya eran planetarios.*

Cabe poca duda de que Churchill jugó un fuerte papel para convencerle de que el mundo de la posguerra debía ordenarse de tal modo que los parientes anglosajones hicieran de directores de orquesta para la paz. Primero, en el año 1941, en las entrevistas celebradas a bordo de un buque de guerra en el Atlántico, el estadista británico y el norteamericano concibieron la resurrección de la Sociedad de Naciones. Posteriormente, en el curso de conferencias con participación de la URSS, quedó claro que Estados Unidos se disponían a organizar la paz.

Roosevelt murió en abril de 1945 sin ver culminada su obra. El idealismo puritano que subyacía a su capacidad de improvisación práctica, se habría sorprendido ante una ONU que iba a convertirse en un foro de disputas internacionales antes que en un seguro contra el terror atómico.





de 50 Estados, aprobaba unánimemente la Carta de las Naciones Unidas. Los cuatro presidentes de la conferencia fueron los ministros de Asuntos Exteriores de los grandes: Stettinius (Estados Unidos), Molotov (URSS), Eden (Gran Bretaña) y Soong (China). En las reuniones restringidas de los cuatro, el representante norteamericano hacía las veces de presidente.

Inmediatamente, el Congreso Mundial, verdadero parlamento internacional, se puso a trabajar creando cuatro comisiones que se ocuparían, respectivamente, de: 1) preámbulo, principios y objetivos, 2) Asamblea General, 3) Consejo de Seguridad y 4) organización judicial. Por encima de estas comisiones de trabajo se hallaba un Comité Directivo («Steering committee»), integrado por los jefes de todas las delegaciones nacionales y un Comité Ejecutivo formado por representantes de Estados Unidos, Gran Bretaña, URSS, China, Francia, Australia, Canadá, Holanda, Brasil, Checoslovaquia, Yugoslavia, Chile, México e Irán.

La conferencia dio comienzo, y durante las dos primeras semanas tuvieron la palabra los poderes intermedios; es decir, aquellos países que no podían aspirar al rango de superpotencia, pero que tampoco se resignaban a hacer número como Estados menores; una especie de «pequeña burguesía» de la comunidad internacional que se encontraba cogida entre el grupo de las élites y el del personal de tropa, pugnando por encontrar un sitio a la medida en una organización que difícilmente daría cabida a estas sutilezas.

Inicialmente, Francia, que jugaba al despecho táctico de no haber nacido grande, se erigió en portavoz de esa «clase media alta» de los Estados, y pidió que los puestos no permanentes del Consejo de Seguridad se reservaran en una proporción de, por lo menos, la



Popperfoto



Rex Features



Archivo Orbis

EFE

En ambas páginas, arriba, el Hunter College de Nueva York, primera sede de la ONU tras su fundación.

En ambas páginas, abajo, colocación de la primera piedra del moderno edificio de la ONU en el Día de las Naciones Unidas (24 de octubre de 1949). A la izquierda, Trygve Lie, primer secretario general de la ONU; a la derecha, el arquitecto Wallace K. Harrison, que planificó y dirigió las obras según el anteproyecto de Le Corbusier.

En esta página, arriba, esquema organizativo de las Naciones Unidas. Aparte de los seis órganos principales y de los organismos sobre los que aquéllos tienen autoridad, hay otras organizaciones de tipo autónomo y carácter especializado vinculadas al sistema de la ONU (columna de la derecha).

En esta página, abajo, Vjačeslav Molotov, protagonista de la confrontación Este-Oeste en San Francisco. La «guerra fría» estaba a punto de empezar.

mitad a los Estados que hubieran demostrado su contribución a la paz mundial. La respuesta fue relativamente inmediata, el 4 de mayo, con el ofrecimiento a París de que a partir de aquel momento se sumara a los trabajos y reuniones de las cuatro potencias, con lo que ya quedaba formado el quinteto directivo de las Naciones Unidas.

La confrontación Este-Oeste

Paralelamente a la gran cuestión del Consejo de Seguridad, que tanto preocupaba a los poderes medianos, el 30 de abril se planteó un tema que anunciaría la futura división del mundo en bloques y la pugna por ganar o negar escaños en la organización a los representantes del bando contrario. Ese día se produjo la ocupación formal de su representación por parte de Ucrania y Bielorrusia, y como clara medida de compensación, Estados Unidos invitó a participar en la conferencia a Dinamarca y Argentina. Washington había renunciado a sus dos votos de regalo, pero quería recuperarlos por otra vía más presentable.

El ministro soviético Molotov aprovechó la ocasión para llevar a cabo la que probablemente fue la primera confrontación Este-Oeste en la organización internacional. No sin habilidad, abundó en citas del fallecido Roosevelt, al que había sucedido el anticomunista Harry S. Truman, y de Cordell Hull, en las que se calificaba a Argentina de Estado fascista, comparando Molotov el pretendido ingreso a la negativa a admitir a Polonia, país firmante de la Carta del Atlántico y uno de los que más duramente había pagado la agresión nazi. Siguió argumentando el ministro soviético que India y Filipinas no eran Estados independientes y que, sin embargo, la URSS no se había opuesto a su presencia,

El Tribunal Internacional de Justicia

El 12 de junio de 1945 se dio a conocer el estatuto del Tribunal Internacional de Justicia, que reemplazó al Tribunal Internacional de La Haya creado por la Sociedad de Naciones en 1919.

Este estatuto consta de 70 artículos, de los que los más significativos son los siguientes:

Art. 3: *el Tribunal constará de 15 miembros sin que dos de ellos puedan ser nunca nacionales del mismo país.*

Art. 4: *sus componentes serán elegidos por la Asamblea General y el Consejo de Seguridad de entre una lista designada por cada grupo nacional.*

Art. 13: *la duración de su mandato será de 9 años, con posibilidades de reelección*

Art. 31: *los jueces que sean de países que se hallen representados en litigio ante el Tribunal podrán entender del caso, pero si se da la circunstancia de que sólo uno de los Estados en litigio tiene un juez de su nacionalidad, las otras partes podrán designar jueces* ad hoc *de su mismo país.*

Art. 34: *únicamente miembros de la ONU o firmantes del presente estatuto podrán comparecer ante el Tribunal.*

Art. 39: *el inglés y el francés serán las lenguas oficiales del Tribunal.*

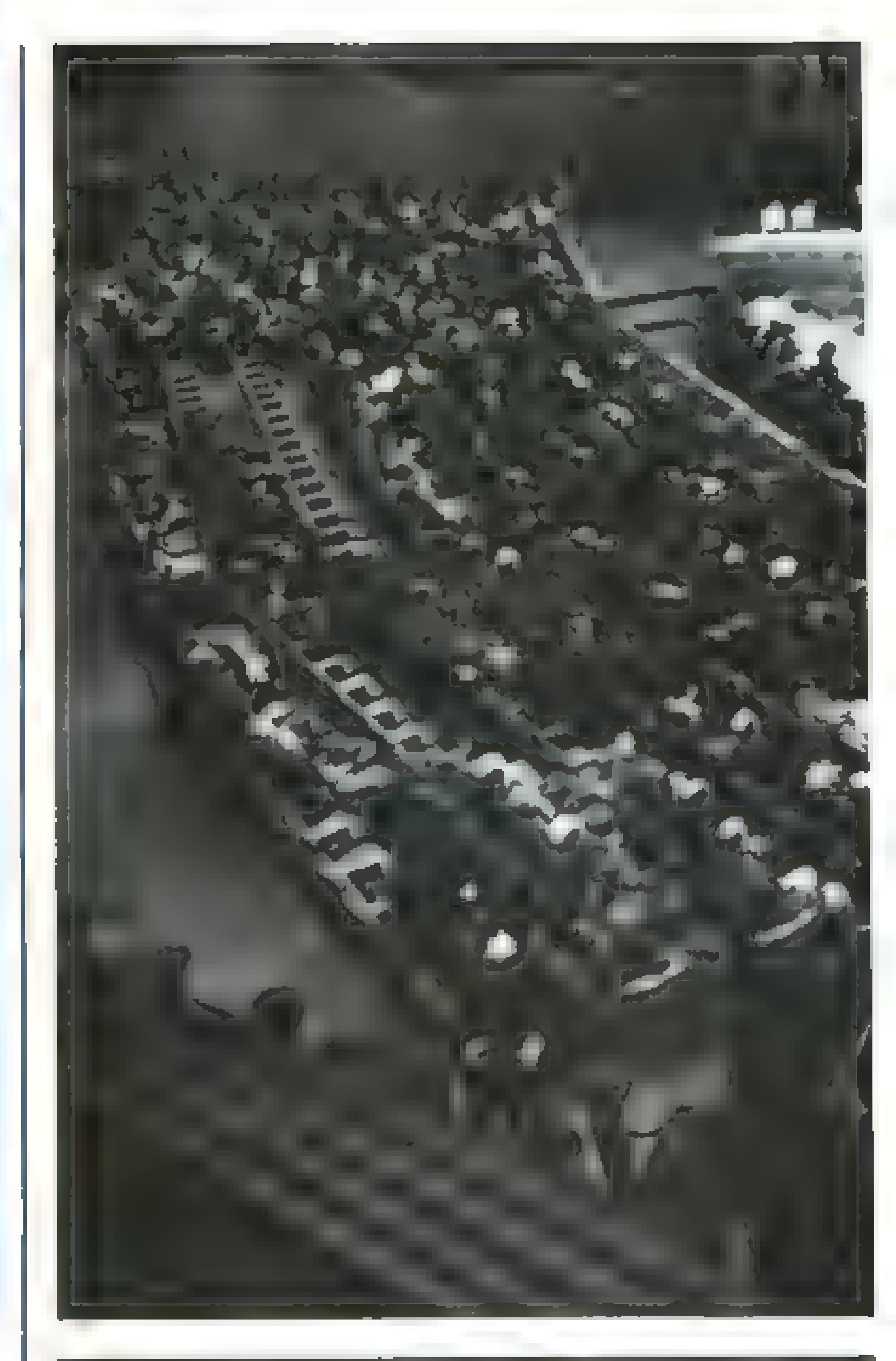
Art. 46: *las sesiones serán públicas, a menos que haya decisión previa en contra.*

Art. 55: *todos los litigios se decidirán por mayoría simple de los miembros presentes con un mínimo de nueve.*

Art. 60: *el procedimiento de litigio y juicio será sin apelación.*

Art. 61: *sólo habrá revisión de los fallos cuando surjan pruebas o hechos desconocidos en el momento de la sesión.*

Al igual que la de su antecesor, la sede del Tribunal quedaría fijada en la ciudad holandesa de La Haya.



por lo que el vaso de las concesiones estaba colmado. Efectivamente, India formaba todavía parte del Imperio británico, y Filipinas sólo se hallaba a punto de recibir el reconocimiento de su independencia formal de Estados Unidos, de los que era colonia desde 1898. Molotov afirmó que los dos votos de Bielorrusia y Ucrania estaban ya suficientemente compensados en el lado occidental, y obtuvo el apoyo catártico del ministro belga Paul-Henri Spaak. Europa, que había dejado a España fuera de la organización, sentía remordimientos al hacer una excepción con el peronismo.

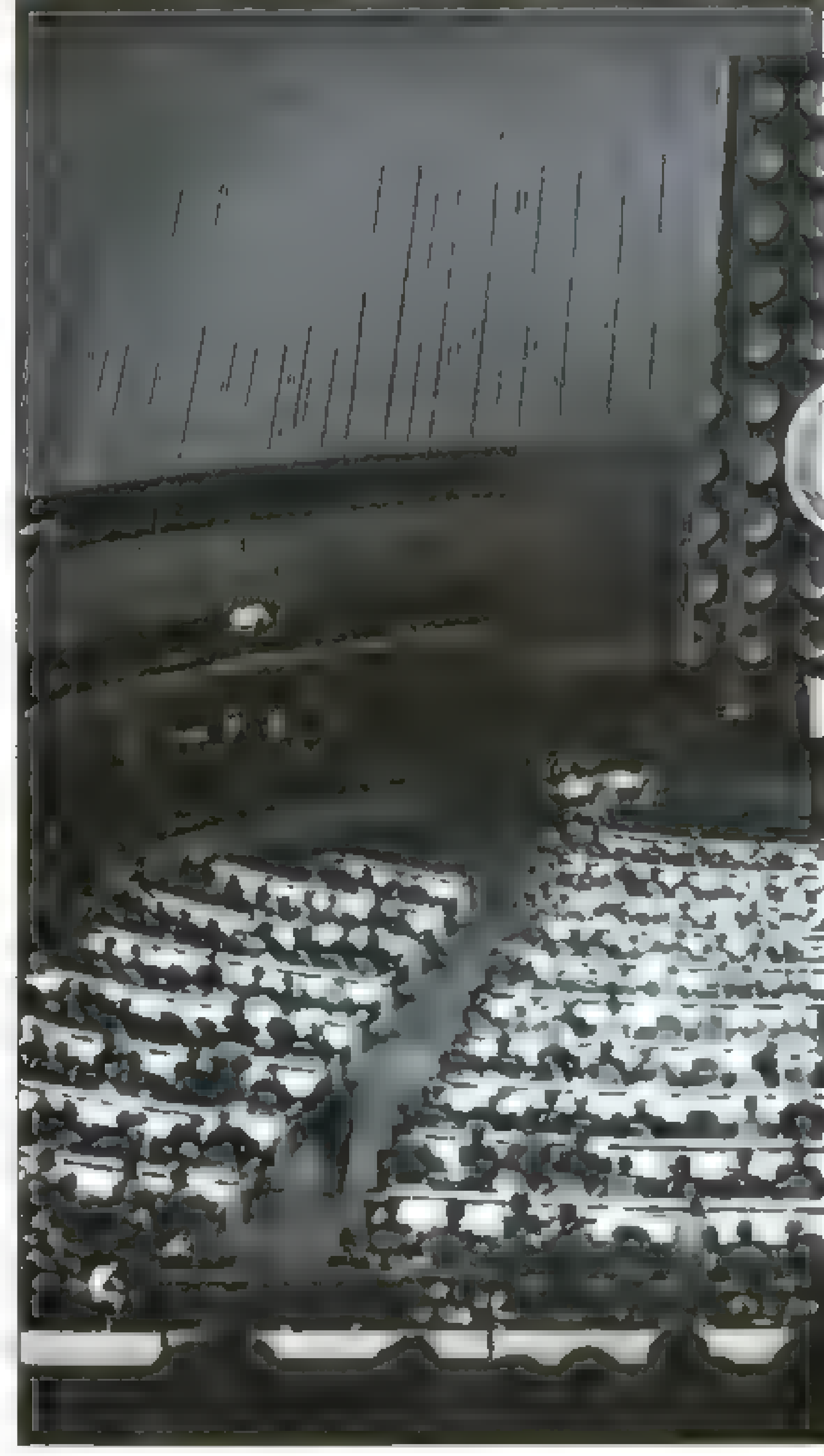
Los latinoamericanos y Estados Unidos contraatacaron, invirtiendo el argumento de Molotov: India y Filipinas estaban en el mismo caso que las dos repúblicas soviéticas.

El Comité Ejecutivo apoyó el ingreso de Buenos Aires por 9 votos a 3 (votos en contra de la URSS, Checoslovaquia y Yugoslavia) y Molotov pidió que hubiera remision al plenario, donde ganó de nuevo la posición de Estados Unidos por 28 a 7, sumándose a la negativa de los tres votos anteriores Nueva Zelanda, Bélgica, Irán y Grecia. Fueron las defecciones-coartada del bloque occidental, que en nada variarían el resultado de este y otros escrutinios. El 5 de junio, Argentina y Dinamarca ya eran miembros de la organización

La polémica del derecho a veto

La batalla por el veto en el Consejo de Seguridad se libraba ya a tambor batiente. Las posiciones eran las siguientes. La URSS sostenía la necesidad del veto universal a manera de excomunión contra todo lo que no satisfaciera a los cinco miembros permanentes; los anglosajones, ante la presión de los poderes medios, muchos de los cuales giraban en su órbita, estaban dispuestos a aceptar una suavización a la fórmula soviética; China prefería el veto, pero consideraba conveniente plegarse a la carta de Washington y Londres, y Francia coqueteaba con la posición de sus pares en la zona de poder intermedio, aunque manteniendo una fundamental ambigüedad.

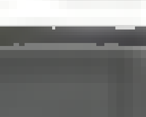
El Dr. Evatt, representante australiano, abrió el fuego con el apoyo de Nueva Zelanda, Canadá, Holanda y algunos países latinoamericanos, y pidió que el veto no se aplicara automáticamente a todas las deliberaciones de fondo, sino simplemente a aquéllas en las que se tratara la adopción de sanciones económicas o militares, dejando el planteamiento de las cuestiones y el intento de resolver pacíficamente las disputas a la mayoría de 7 votos sobre 11. Entablada la discusión, Francia retiró sus objeciones el 18 de mayo y se sumó al parecer de los anglosajones.



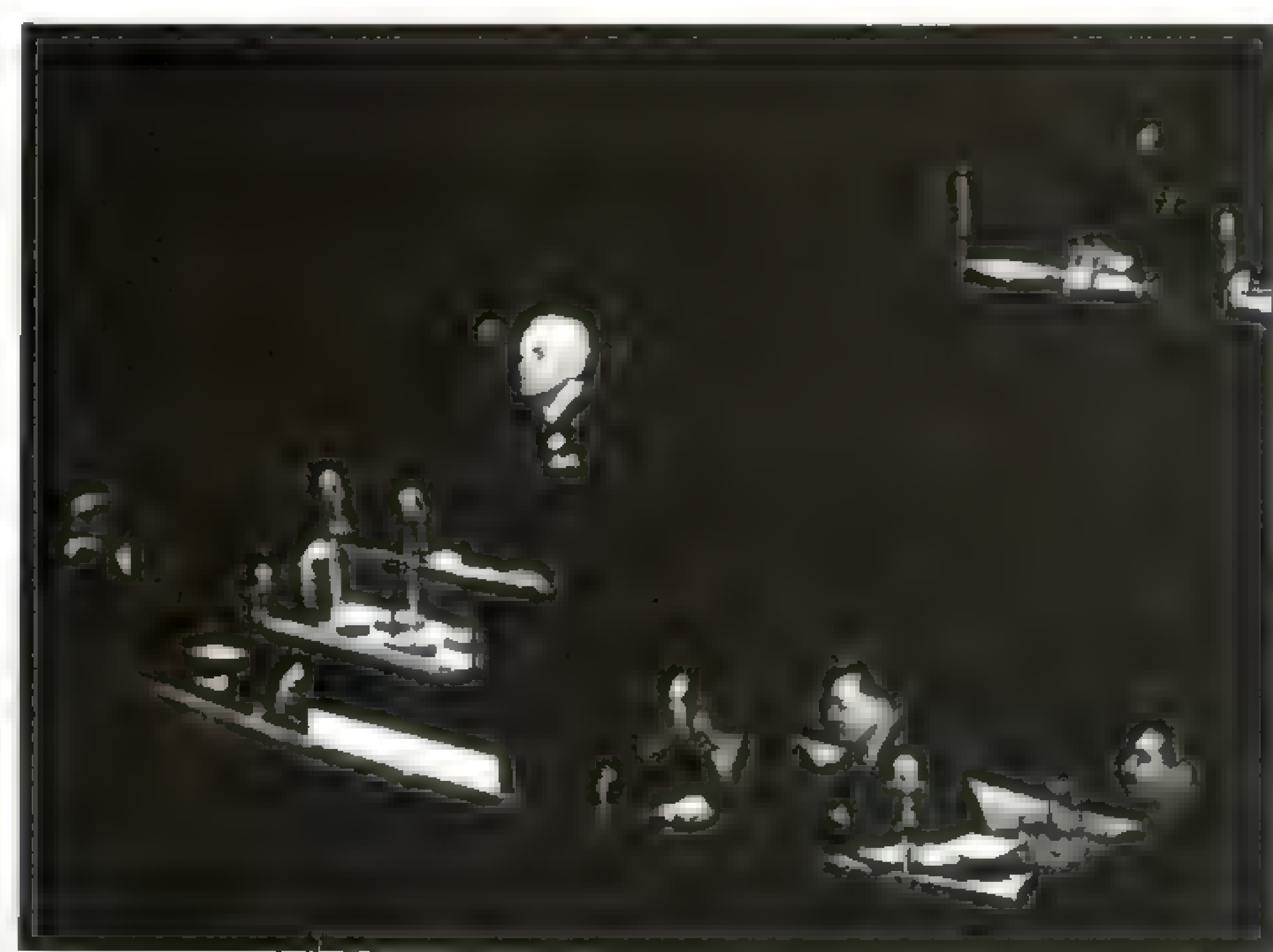
En ambas páginas, arriba, reunión del Consejo de Seguridad de la ONU en el Hunter College de Nueva York (25 de marzo de 1946). En San Francisco, el tema del derecho a veto provocó fuertes controversias entre los miembros permanentes y con derecho a veto: EE. UU., URSS, Francia, China y Gran Bretaña.

En ambas páginas, abajo, una histórica sesión de la Asamblea General (14 de octubre de 1952) por primera vez se reunía en el nuevo edificio neoyorquino. En esta página, el presidente de Estados Unidos, Harry Truman, pronuncia el discurso de apertura de la primera sesión de la Asamblea General

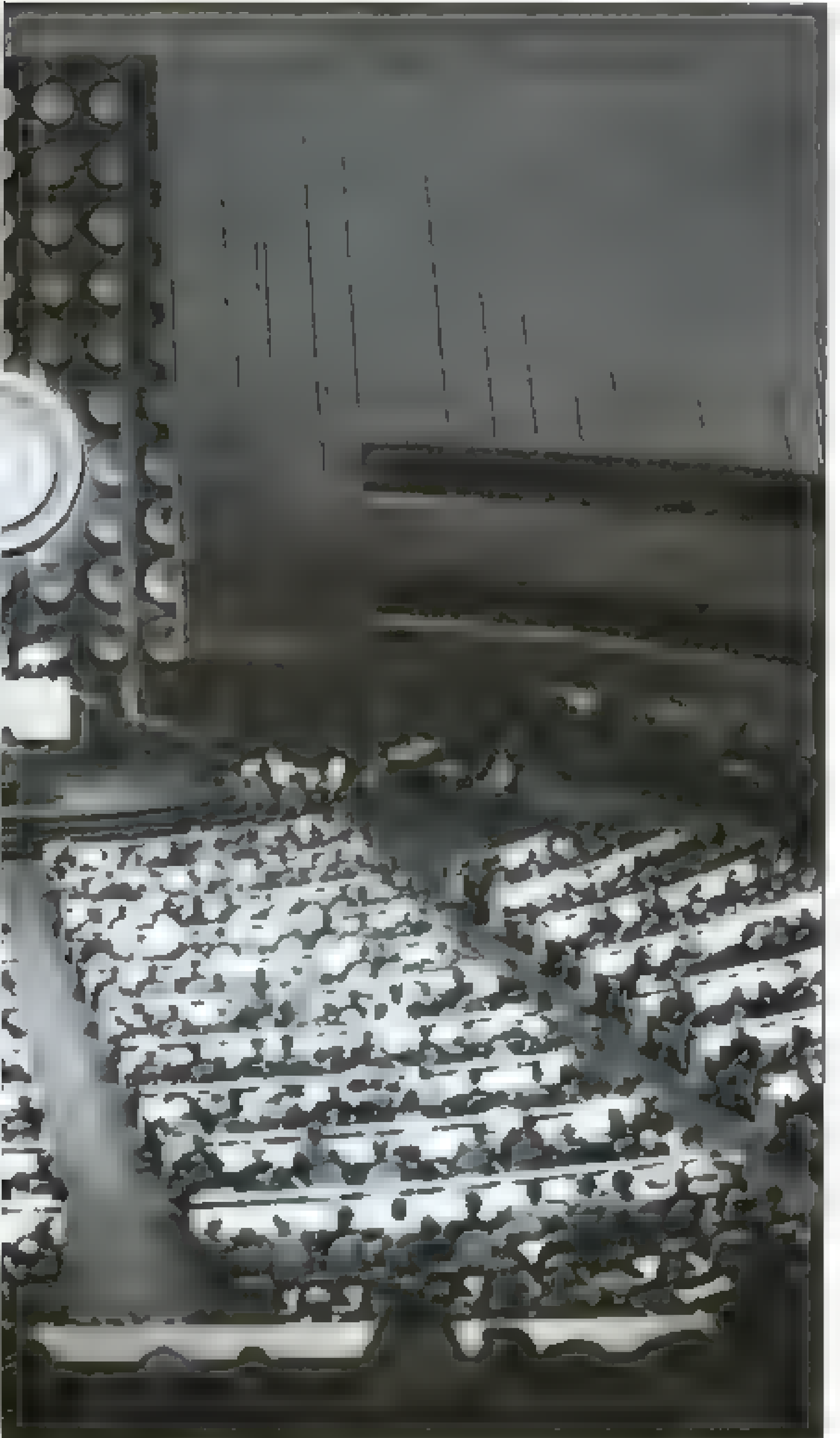




Popperfoto



Popperfoto



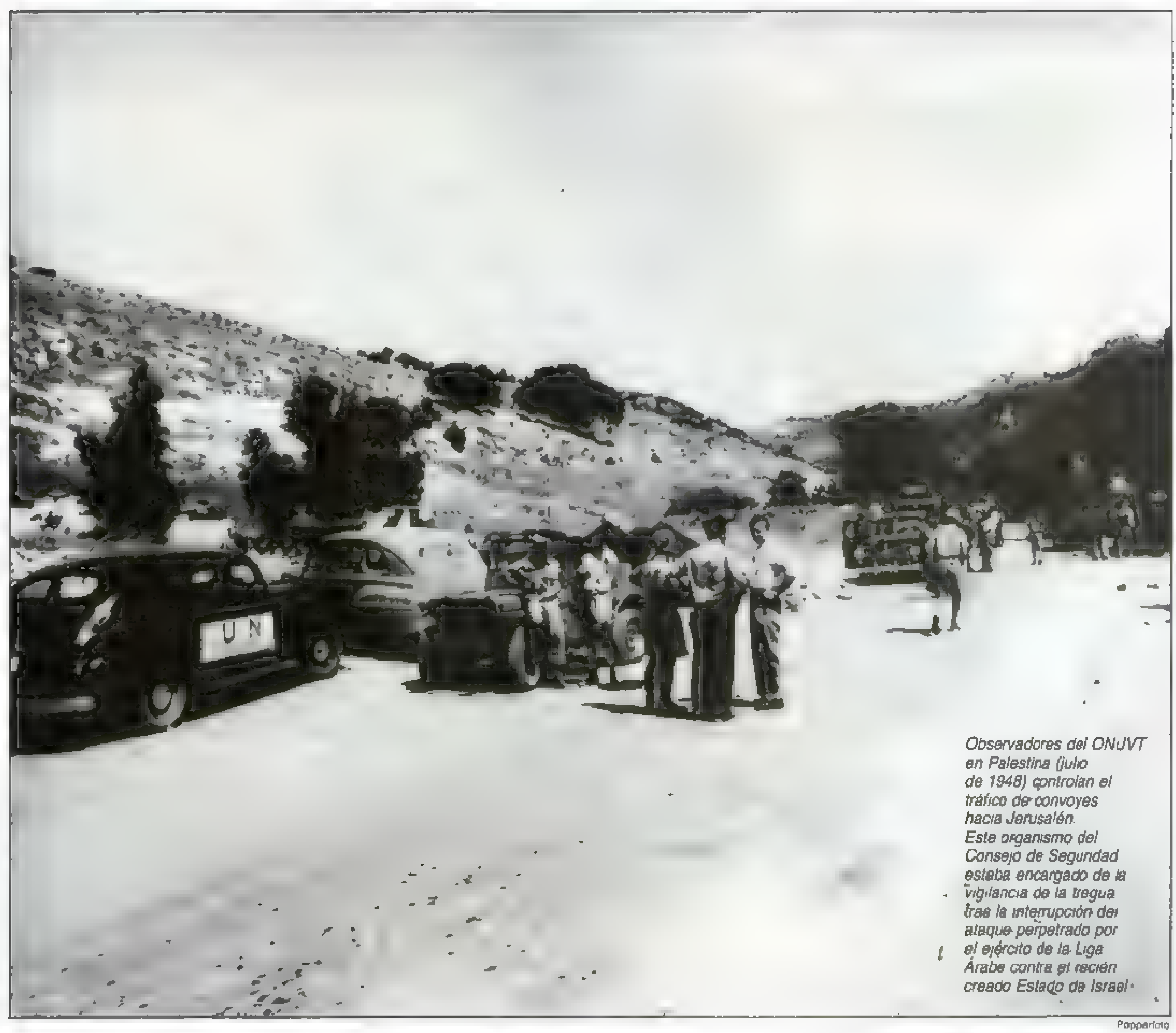
Rex Features

Aunque las diferencias entre el grupo que encabezaba Australia y la posición más permeable de Estados Unidos y Gran Bretaña eran de matiz, la divergencia no parecía de interés, porque se había acordado que todas las secciones de la Carta se aprobarían con una mayoría de dos tercios, y a los aliados occidentales no les interesaba forzar la mano a los Estados más próximos de su órbita. Por este motivo, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y China propusieron una transacción según la cual el veto no tendría validez cuando se tratara de hacerse oír en el Consejo o de iniciar investigaciones sobre alguna materia, pero podría utilizarse cuando conviniera enviar una comisión *in situ*. La filosofía de la distinción radicaba en que, en el primer caso, de conformidad con lo solicitado por Evatt, se trataría de resolver pacíficamente las disputas, y en el segundo habría riesgo de pasar a mayores. El 2 de junio, la URSS, totalmente desmarcada de los otros grandes, insistió en que el veto o la unanimidad absoluta de los miembros permanentes era básica, y se produjo el primer momento de tensión de la conferencia. Hacía unos días que la guerra había terminado en Europa con la rendición de Alemania, pero la batalla del Pacífico continuaba sin que el archipiélago japonés se viera todavía en peligro inminente de invasión. La bomba atómica norteamericana se hallaba en fase experimental, y a Washington le hacía falta atraer a los soviéticos al esfuerzo de guerra contra Tokio para acelerar el fin de la contienda.

Stalin interviene

Estados Unidos apeló directamente a Stalin para que rompiera con su autoridad personal el punto muerto, y éste respondió el 7 de junio con un «ucase» que pretendía ser conciliador: la URSS cedía y el veto no funcionaría automáticamente en todos los casos. Las partes podrían hacerse oír en el Consejo, pero en el momento en que se presentara una resolución que entrañase la condena de alguna de ellas, se entendería que se había puesto en marcha una cadena de acontecimientos que podía concluir en la adopción de sanciones, por lo que sí sería de recibo la regla de la unanimidad. La URSS conocía bien la aritmética y sabía que la tendría en contra cuando a la fraternidad de las armas sucediera la oposición de las ideologías, por lo que quiso precaverse contra una lluvia de admoniciones y condenas.

El 13 de junio quedó aprobado el procedimiento de voto en el Consejo, siempre con la voz en contra del Dr. Evatt. La propuesta de que cada miembro del Consejo de Seguridad tuviera un voto obtuvo un resultado de 33 a 0, con 14 abstenciones; la mayoría


Observadores del ONUVT en Palestina (julio de 1948) controlan el tráfico de convoyes hacia Jerusalén. Este organismo del Consejo de Seguridad estaba encargado de la vigilancia de la tregua tras la interrupción del ataque perpetrado por el ejército de la Liga Árabe contra el recién creado Estado de Israel.

Popperfoto

de cualesquiera 7 de los 11 miembros para las cuestiones de procedimiento obtuvo 30 a favor y el voto en contra de Cuba, más 16 abstenciones, y el mantenimiento del veto para cuestiones de fondo ganó por 30 contra 2 (Colombia y Cuba) y 15 abstenciones.

Lo esencial de los trabajos de la conferencia había concluido a mediados de junio con la creación de una Asamblea General, integrada por todos los Estados miembros con derecho a un voto por representación y la facultad de elegir a su presidente para cada sesión anual y al secretario general de la organización por recomendación del Consejo.

El 12 de junio, la conferencia estableció la composición y normas del Tribunal Internacional de Justicia y del Consejo Económico y Social, y un nuevo concepto de administración colonial para los territorios dependientes en camino hacia la independencia.

España, excluida

Poco antes de la conclusión, el representante mexicano, Quintanilla, especialmente sensibilizado por la «cuestión española» debido a la afluencia de exiliados republicanos a su país al término de la Guerra Civil, presentó una resolución por la que se abría la posibilidad de ingreso en la organización «a todos los Estados amantes de la paz», a excepción de las potencias del Eje y de sus simpatizantes, con mención expresa a España entre estos últimos. Por entonces, el Gobierno de la Segunda República española en el exilio tenía su sede en México. El representante francés, Paul Boncour se sumó a la resolución, confiando en que cuando cambiaran las circunstancias con el derrocamiento del franquismo, España encontraría su sitio en la organización internacional. El bullicioso Dr. Evatt también prestó su apoyo al texto, aprobado por una gran mayoría.

Nacen las Naciones Unidas

El 26 de junio, concluidas ya oficialmente las reuniones, se creó una Comisión Preparatoria, u ONU interina, que haría las veces de Asamblea General, Consejo de Seguridad y Secretariado hasta que la organización estuviera físicamente constituida. Ese mismo día firmaron los Estados miembros. Los primeros signatarios fueron: Stettinius, secretario de Estado por EE.UU.; lord Halifax, embajador británico en Washington; Gromyko, embajador soviético; el representante chino Wellington Koo y el embajador francés Paul Boncour.

La organización internacional, que repetía la aventura de la Sociedad de Naciones 26 años después con mayores precauciones y menores ilusiones, había recibido oficialmente el 7 de junio el nombre por el que ya se le venía conociendo: Organización de las Naciones Unidas

De Yalta a Potsdam

El reparto de las zonas de influencia

Eduardo Haro Tecglen,
director de *Tiempo de historia*

El 17 de julio de 1945 los tres grandes se saludaban sonrientes al empezar la conferencia de Potsdam. Roosevelt, muerto dos meses después de la cumbre de Yalta, era el gran ausente. Le sustituía Truman. Churchill, que perdería las elecciones generales de su país, estaría pocos días al frente de la delegación británica. En el intervalo entre Yalta y Potsdam la unidad Este-Oeste se hizo cada vez más débil: el mundo se dividía en dos bloques antagónicos

En febrero de 1945, cuando la guerra estaba terminando en Europa, los líderes de las tres grandes potencias vencedoras se reunieron en Yalta, a orillas del Mar Negro, para repartirse el control de los países «liberados». Cinco meses después terminarían las negociaciones y definirían sus posturas sobre la ordenación territorial y económica del mundo en Potsdam, cerca del Berlín destruido. Pero el reparto ocasionó las primeras divergencias. La frágil alianza de los vencedores iba a resquebrajarse: se estaba gestando la «guerra fría» y configurando el mundo en que vivimos hoy.



Rex Features



PS



PS



PS

El brindis de Stalin

Durante la reunión de Yalta, Stalin ofreció una cena en el Palacio Yusupov; algunos de los invitados la recuerdan como unas horas durante las cuales «el vino y el vodka se sirvieron en oleadas». En el curso de esa cena, Stalin pronunció este brindis.

«Hablo como un anciano... y por eso hablo tanto. Querría, sin embargo, beber a la salud de nuestra alianza, para que no pierda jamás su carácter de intimidad y siga siendo siempre un libre intercambio de puntos de vista. Algunos, ya lo sé, considerarán esta observación como ingenua. En una alianza, ¿no deben los aliados intentar engañar a sus compañeros? ¿O quizás esto es también una ingenuidad? Diplomáticos llenos de experiencia se preguntarán, sin duda, "¿Por qué no habré de engañar a mi aliado?" Pero yo, hombre ingenuo, creo que es mejor no engañar a mi aliado, incluso si es tonto. Si nuestra alianza es tan sólida es, probablemente, porque no nos engañamos los unos a los otros; puede ser también porque no es tan fácil engañarse recíprocamente. Propongo que levantemos nuestros vasos por la solidez de nuestra alianza.»

En esta página, arriba, Yalta, en la costa oriental de Crimea abajo, a la izquierda, Harry Hopkins, asesor de Roosevelt; a la derecha, Alan Brooke, principal consejero militar de Churchill

En la página siguiente, arriba, el Palacio de Livadia, sede de la conferencia de Yalta. abajo, a la izquierda, la sala de las reuniones plenarias, a la derecha, el jurista soviético Andrej Vychinski

Un balneario a orillas del Mar Negro

Llegué a Yalta un día de verano. Había muchachas con faldas muy cortas y lazos en la cabeza o en las largas coletas, gente ociosa que paseaba lentamente por las calles, puestecitos de helados y de sandía, colas en las tiendas de cualquier cosa, taxis desvencijados, un viejo cine con una vieja película, antiguos palacios bien conservados, balnearios para los obreros fatigados de los planes quinquenales. Y el palacio de la conferencia: el Palacio de Livadia. Hay que entrar descalzo, o con unas enormes pantuflas —como en las mezquitas del mundo islámico— para no deteriorar el parquet y las alfombras. Los soviéticos tienen un admirable sentido de conservación de un pasado al que vencieron. Me enseñaron el lugar donde se tomó la famosa fotografía de los «tres grandes» en 1945; yo tenía otra memoria. Y me explicaron la historia. También tenía yo otra memoria de ella. «Fue aquí —decía el guía— donde la Unión Soviética luchó por una organización democrática del mundo, frente a las ambiciones imperialistas de Gran Bretaña y Estados Unidos; gracias a su prestigio internacional pudo defender a los pueblos libres de Europa para que eligieran libremente su gobierno, y alcanzaran su libertad y su independencia una vez salvados definitivamente del fascismo.»

Cuestión de porcentajes

El nombre de Yalta evoca, en realidad, el reparto del mundo que hicieron los «grandes». Después de la Segunda Guerra Mundial, la situación de muchos países no ha dependido tanto de lo que ha sucedido en ellos, como de la decisión que respecto a ellos se tomó en Yalta, ratificada o confirmada después en la conferencia de Potsdam, para que permanecieran dentro de una órbita obligada. Si se lee o se recuerda lo que se dijo en aquellos momentos, se observará que no son sólo los soviéticos los que enmiendan el pasado. Roosevelt enmendaba el presente mismo cuando, al volver a su país, explicaba al Congreso el resultado de la conferencia de Yalta: «La conferencia de Crimea pone el punto final a los sistemas de acción unilateral, de alianzas exclusivas, de zonas de influencia, de equilibrio de fuerzas, y a todos los arreglos que se han intentado desde hace muchos siglos y que, invariablemente, han fracasado. Europa será políticamente más estable de lo que lo haya sido jamás: estoy seguro.» Nada más lejos de esa


PS


IPS


PS

seguridad que lo que había sucedido y lo que iba a suceder. Unos meses antes, Churchill había visitado a Stalin en Moscú; y el propio *premier* británico relató esa entrevista que precedía a los acuerdos de Yalta y Potsdam. «Vamos a arreglar nuestros problemas en los Balcanes —dijo Churchill a Stalin—; no merece la pena que regañemos por pequeñeces. En lo que concierne a nuestros dos países *(no estaba presente en la reunión ningún representante de Estados Unidos)*, ¿qué diría usted del reparto de nuestras influencias de la forma siguiente?» Escribió unas líneas en una hoja de papel: «Rumanía: los soviéticos, 90 %; los demás, 10 %. Grecia: Gran Bretaña, 90 %; URSS, 10 %. Yugoslavia: mitad y mitad. Hungría: mitad y mitad. Bulgaria: URSS, 75 %; los otros, 25 %.» Stalin consideró la propuesta durante unos instantes; luego tomó un lápiz de punta azul y marcó un gran trazo sobre el papel: parecía de acuerdo. «¿No pareceremos un poco cínicos al arreglar esta cuestión de esta manera tan poco formal?» «No —respondió Stalin—; guarde usted este papel.»

Luego, en Yalta, ya en presencia de Roosevelt, las cosas fueron de una manera ligeramente diferente. «Aquellos porcentajes —contaba Churchill, años más tarde— eran meramente aproximados.»

La guerra toca a su fin en Europa

Pero, ¿en qué situación se producía la conferencia de Yalta? Era el 4 de febrero —la reunión duraría hasta el 12— de 1945. Hitler todavía no había descendido al bunker de la Cancillería (bajó por primera vez el 16 de febrero). La contraofensiva angloamericana de las Ardenas progresaba inexorablemente; Berlín empezaba a ser machacado por la aviación aliada; los soviéticos llegaban al Oder, cerca de Frankfurt. La guerra estaba prácticamente decidida; aún pretendían los alemanes una paz por separado con las democracias, e incluso una última alianza con ellas para detener y derrotar a los soviéticos. En realidad, los vencedores estaban ya repartiéndose Alemania: era el objeto principal de la conferencia de Yalta

Churchill y Roosevelt se habían citado previamente en la isla de Malta, a solicitud del primero, que quería corregir la tendencia de Roosevelt a considerar a Stalin como un aliado seguro; pero éste apenas le escuchó. Roosevelt estaba enfermo: se sabía, probablemente, próximo a la muerte


IPS


IPS



y quería legar al mundo la paz estable que definiría poco después en su discurso al Congreso, antes citado. En la noche del 2 al 3 de febrero saldrían de Malta las setecientas personas que formaban el séquito del *premier* y del presidente. Churchill viajó también esa noche y durmió en su avión. El fatigado Roosevelt voló al día siguiente. Stalin había viajado de Moscú a Minsk, donde celebró una reunión con sus jefes de Estado Mayor, que le informaron de la situación militar en Alemania. Parece que Stalin temía que la ofensiva pudiera detenerse a orillas del Oder —última línea de resistencia alemana— y que los alemanes pudieran incluso infligir una derrota grave a los soviéticos; necesitaba partes triunfales para apoyarse en ellos en la conferencia de Yalta. La orden era seguir hacia Berlín.

Roosevelt preside

Diez meses antes, los alemanes ocupaban todavía Yalta, «ciudad gótica y morisca» ante «el amplio tapiz sombrío del Mar Negro» (Churchill). Se habían hecho reconstrucciones de urgencia para albergar a los visitantes. La delegación americana se quejó de la falta de confort —«al que estamos acostumbrados», anotaba Byrnes— y los ingleses de que les habían dado el palacio más pequeño y menos cómodo. Churchill exigió otra cama, que hubo que llevarle en tren desde Moscú. Stalin hizo unas breves visitas individuales a sus dos invitados, en las que les explicó los éxitos de su ejército. La primera reunión tripartita se celebró en la residencia de Roosevelt —el Palacio de Livadia, donde fueron fotografiados—, y apenas reunidos, Stalin propuso que Roosevelt presidiera; él mismo se sentó a un extremo de la mesa, señaló a Churchill el otro extremo y señaló a Roosevelt el centro. Eran las cinco de la tarde del 4 de febrero, y la reunión comenzó con un examen de la situación militar. (Al día siguiente, en relación con ese mismo tema, Roosevelt pudo anunciar un triunfo: la caída de Manila.)

El futuro de Alemania

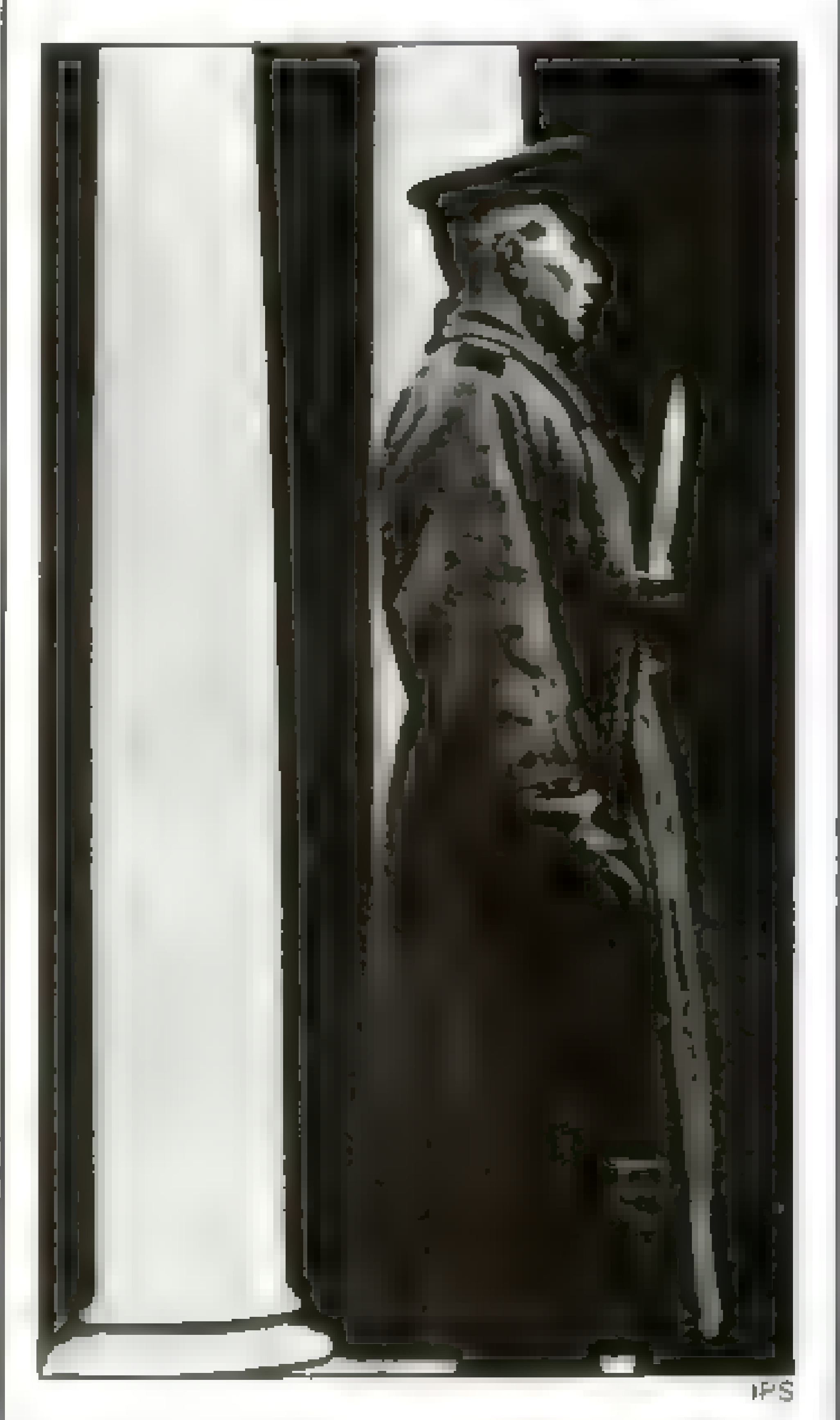
Entre el 4 y el 12 de febrero, los «tres grandes» convinieron en que Alemania caería pronto y decidieron rechazar de antemano toda oferta alemana que no fuera la de rendición incondicional. Dieron por supuesta la victoria y comenzaron a trazar los planes para Europa. Alemania sería dividida en tres zonas, coordinadas en una Comisión de Control. Surgió el tema de Francia, y Estados Unidos propuso que una parte de su zona de ocupación fuese entregada al general De Gaulle («el hombre más testarudo que he encontrado en mi vida», comentaba Stalin). Durante esa ocupación se produciría el desmantelamiento de Alemania. Roosevelt no era capaz de insistir en el plan Morgenthau, que proponía reducir a Alemania al estado agrícola

En la página anterior, arriba, expertos anglosajones en Yalta el general Marshall, el almirante Leahy y el mariscal sir Henry Maitland Wilson; abajo Roosevelt y Churchill con el encargado de prensa Stephen Early

En ambas páginas sesión plenaria del 9 de febrero de 1945. A partir de Churchill —a la derecha— y en el sentido de las agujas del reloj: Birse, Brise. Kerr (intérprete y consejeros de Churchill) Molotov, Vychinski, Gorsev, Stalin, Gromyko (la delegación rusa, Leahy, Stettinius, Roosevelt, Bohlen, Byrnes, Harriman, sir Cadogan y A. Eden

En esta página, un soldado soviético monta guardia delante del Palacio de Livadia

IPS



IPS

para siempre; pero todos estuvieron de acuerdo en admitir que Alemania no podría nunca rearmarse, que debería quedar sin ejército y que cualquiera de sus industrias que pudiera servir para producción militar sería controlada o eliminada. Se decidió también la celebración del juicio de los responsables de crímenes de guerra, y se eligió para ello la ciudad de Nuremberg.

La suerte de Polonia

Así mismo, se trató de la creación de una Sociedad de Naciones, pero sin este nombre, que era el símbolo de los días aciagos que precedieron a la guerra. Esto significaba el nacimiento oficial de las Naciones Unidas —preparado desde tiempo atrás— y de su organización: el Consejo de Seguridad y el derecho de veto de los miembros permanentes —los vencedores de la guerra— y la redacción de una carta —lo que sería, después, la Carta de San Francisco— con los principios morales de la fundación. Fue también en Yalta donde se decidió la suerte de Polonia, el país cuya agresión por Hitler había determinado el principio de la guerra, y que ahora se entregaba a los soviéticos. Estados Unidos y la URSS aceptaron dejar de reconocer al Gobierno polaco en el exilio (en Londres), que la URSS no aceptaba; Stalin reconocía en cambio un Comité de Liberación Nacional establecido en Lublin, «como núcleo —decía Stalin— de un Gobierno reorganizado de unidad nacional»; la idea era celebrar unas elecciones libres a las que pudieran presentarse todos los partidos «democráticos y antinazis» tan pronto como se pudiera. Las fronteras de Polonia quedaron sin definir claramente, aunque se acordó que en el este se establecieran de acuerdo con la «línea Curzon», lo que suponía la devolución a la URSS de territorios en Ucrania y Rusia Blanca; en compensación, la frontera oeste comprendería los territorios hasta la línea Oder-Neisse. Las elecciones no se celebrarían hasta 1947, asentado ya el Comité y ayudado por la presencia soviética. Aquél las ganó ampliamente y el régimen comunista quedó implantado.

El reparto de los Balcanes

Rumanía y Bulgaria, ocupadas ya completamente por los soviéticos, tenían regímenes comunistas. Churchill y Roosevelt protestaron débilmente, pero no insistieron, aunque pensaron que se las incluía en la cláusula de acuerdo que establecía el «derecho de los pueblos a gobernarse por sí mismos» y que consideraba los gobiernos de ese momento como meramente provisionales, a la espera de que se celebrasen elecciones libres en las que pudiera manifestarse «la voluntad de sus pueblos». Yugoslavia, que en las notas de Churchill y Stalin figuraba como «mitad y mitad», debería formar su Gobierno mediante un acuerdo entre las guerrillas comunistas de Tito y las

conservadoras de Ivan Subasitch. (A la larga, la fórmula de «mitad y mitad» se establecería con el «titismo», régimen comunista independiente de la URSS y de los aliados, representando un papel neutralista.) La cuestión del 50 % en Grecia se resolvió, después, por una guerra civil a la que acudieron como fuerzas anticomunistas, en primer lugar, las tropas británicas enviadas por Churchill y, luego, las de Estados Unidos, mandadas ya por Truman. La «doctrina Truman», como base de la «guerra fría», sufrió en Grecia su primera prueba. En realidad se estaba cumpliendo así el plan de reparto de Europa, que permitiría la occidentalización de Grecia por encima de lo que era voluntad mayoritaria de su pueblo. (Los avatares posteriores de Grecia, incluyendo el golpe de Estado de los coroneles, fueron una consecuencia del mal saldo de su posguerra.)

Una guerra engendra otra

Algunos de los problemas del mundo actual tuvieron su origen en la conferencia de Yalta. Polonia, Grecia, la división de Alemania, el equívoco estatuto de Berlín, el derecho de veto en las Naciones Unidas... Parece algo inherente a todas las guerras. Las teorías de la «guerra resolutiva» —es decir, aquella que se hace para resolver definitivamente y por la fuerza una situación irregular o peligrosa— se desmienten con el más somero vistazo a la historia real. No ha habido nunca una guerra que haya terminado sin dejar el germen de otra. La Segunda Guerra Mundial fue una consecuencia del tratado de Versalles, con el que se quiso saldar la Primera: ésta, a su vez, tenía sus raíces en la guerra francoprusiana, que a su vez... Este principio de saldo de la guerra mundial que se esbozó en Yalta sería el origen de la «guerra fría», que aparecería muy poco después, y de los peligros de una Tercera Guerra Mundial. La conferencia de Potsdam, que se celebró cinco meses después, puede ser considerada en algunos aspectos como el principio de la «guerra fría».

Entre Yalta y Potsdam

A partir de febrero de 1945, los hechos militares se desarrollaron incluso a mayor velocidad de lo que habían calculado los «grandes» y sus estados mayores. Las ofensivas contra Alemania penetraban en territorio enemigo como el cuchillo en la mantequilla; lo mismo sucedía en el frente de Italia, y en el Pacífico, donde los estadounidenses combatían ya en las islas del archipiélago japonés. Mussolini y Hitler murieron, pero Roosevelt no lo supo nunca: también él murió el 12 de



Foto Stark



El domingo 11 de febrero de 1945, Churchill, Roosevelt y Stalin posaron ante los fotógrafos en el patio del Palacio de Livadia. Los tres «grandes» ya habían decidido el futuro de la «Europa liberada»: división de Alemania en zonas de ocupación, fijación de nuevas fronteras para Polonia, formación de un gobierno de coalición en Yugoslavia... El viejo orden político y económico iba a cambiar

abril. Tampoco pudo ver el principio de la conferencia de San Francisco para la creación de las Naciones Unidas, a cuyos principios éticos y morales tanto había contribuido. Alemania capituló en mayo sin condiciones, como se había exigido; si resistió diez días a partir de la muerte de Hitler fue para intentar conseguir —en vano— una rendición aceptable y para tratar desesperadamente de llegar a un acuerdo con las democracias contra Stalin. Churchill se enfrentó en su país con las elecciones generales, y las perdió: Gran Bretaña no consideraba que el hombre que había ganado la guerra pudiera ser útil para la paz

Cita en Babelsberg: la conferencia de Potsdam

Cuando comenzó la conferencia de Potsdam, dos de los tres protagonistas de Yalta y de todo el desarrollo de la guerra no estaban, por lo tanto, presentes: Roosevelt había muerto y Churchill ya no era primer ministro. En su lugar se sentaron, junto a Stalin, Truman y Attlee (Churchill y su ministro de Asuntos Exteriores, Eden, asistieron a las reuniones de los primeros días, pero tuvieron que abandonar la conferencia para acudir al escrutinio y ya no pudieron volver más: les sucedieron los laboristas Attlee y Bevin)

En realidad, la conferencia se celebró en una ciudad próxima a Potsdam, a veinte kilómetros de Berlín, que se llamaba —nombre predestinado— Babelsberg (Monte Babel). Como en Yalta, los inmuebles donde se alojaban los «grandes» y el Palacio de Cecilienhof, donde se celebraron las reuniones, tuvieron que ser rápidamente reparados y amueblados; la comodidad era mayor que en Yalta, pero los sufrimientos de los delegados fueron también mayores: todos padecieron una inoportuna diarrea.

Probablemente, el suceso más importante de la reunión fue un telegrama aparentemente incomprensible que recibió Truman el día 17, es decir, el mismo día en que comenzaba la reunión, y que decía: «Babies well borned» («Los niños nacieron bien»). Este natalicio llenó de inmensa alegría a Truman y a los estadounidenses. Era la clave para informarle de que el primer ensayo atómico del mundo había funcionado perfectamente. En efecto,

PS



PS

a las cinco y media de la madrugada, había estallado la bomba atómica operativa en Alamo Gordo, en el desierto de Nuevo México. Hasta ese momento se tenían dudas acerca de la viabilidad del proyecto. Ahora, Truman sabía que tenía a su disposición lo que se consideraba entonces como «el arma absoluta». No vaciló en comunicarle a Churchill lo que sucedía y en anunciarle que la emplearía contra Japón: Churchill aceptó. «Ni siquiera se planteó la cuestión —escribió después Churchill—. El acuerdo fue unánime, automático, y nadie lo discutió en aquel momento, ni nadie nos sugirió que actuásemos de otra manera.» Pero dudaron si se le debía decir a Stalin. Truman lo hizo de una manera aparentemente casual: cuando salían de una de las reuniones y se dirigían a sus vehículos. Stalin felicitó a Truman y no pareció hacer más caso del asunto... En realidad, lo conocía todo perfectamente: más tarde se supo que su servicio de espionaje en Estados Unidos le tenía informado al minuto

EFE

Este hecho, sin embargo, presidió toda la conferencia: Truman estaba seguro de su fuerza y se enfrentaba a los soviéticos. Se ha dicho más de una vez que la personalidad abierta y colaboradora de Roosevelt fue sustituida por el conservadurismo de Truman, y es verdad; pero puede que sin la bomba, si el ensayo hubiese salido mal, la actitud de Truman hubiese sido más parecida a la de Roosevelt. Y en este punto están las bases para considerar que la conferencia de Potsdam inició la «guerra fría»

El «telón de acero» y la «reserva de Occidente»

En la conferencia se aseguraron los acuerdos de Yalta: el reparto de Alemania, las nuevas fronteras de Polonia, se fijaron las reparaciones de guerra y se sentaron las bases para los tratados de paz, que tardarían años en firmarse. Se decidió la suerte de los países que aún se conocen como «Europa del Este», y Churchill emitió por primera vez su frase sobre el «telón de acero»



EFE

En la página anterior arriba, Roosevelt da cuenta al Congreso de los resultados de Yalta. El acuerdo sobre la Organización de las Naciones Unidas sirvió de argumento para justificar las concesiones en el tema de Polonia. Estados Unidos esperaba del diálogo con la URSS una paz justa y perpetua, pero Churchill y De Gaulle eran menos optimistas.

En la página anterior abajo, Vychinski y el mariscal Zukov examinan un texto relativo a Alemania. Stalin confió al primero el tratamiento político de la Europa danubiana en la cumbre de Yalta

Arriba, Churchill en plena campaña electoral (14 de julio de 1945); abajo, Clement Attlee, el hombre que sucedió a Churchill en Potsdam tras ganar las elecciones

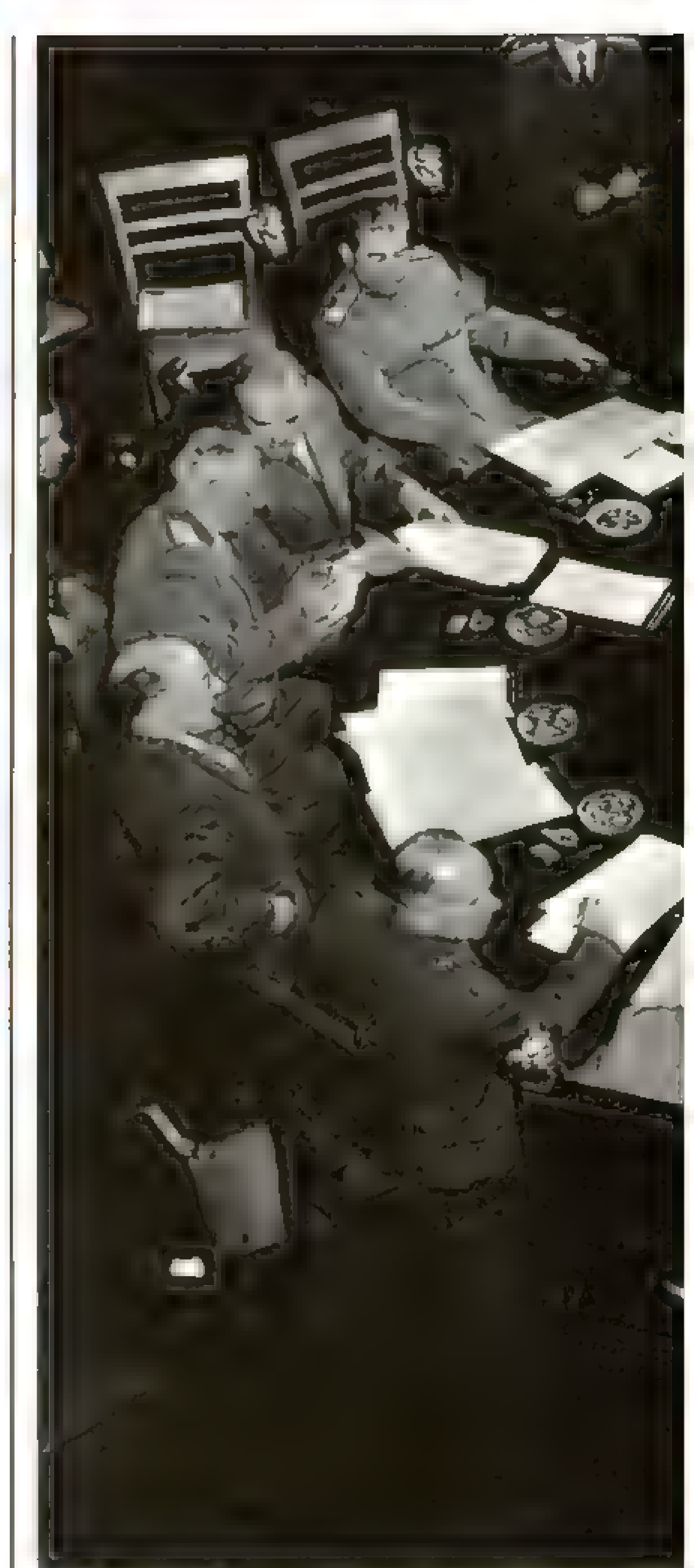
«Telón de acero»

Muchas personas aseguran que Winston Churchill pronunció la expresión «telón de acero» durante la conferencia de Potsdam, al ver los progresos soviéticos y la impenetrabilidad que iban a tener los territorios que caían bajo su influencia. En realidad, se empleó por primera vez en la Alemania nazi: la firmó Goebbels en Das Reich. Churchill la siguió empleando como suya, y la historia suele centrar la declaración de «guerra fría» en el discurso que pronunció Churchill en la Universidad de Fulton (Estados Unidos), en la primavera de 1946. El ex-premier británico había sido invitado a pronunciar una conferencia en el Westminster College de Fulton (Missouri). Llegó procedente de Washington en el tren presidencial, acompañado por Harry Truman. La frase en la que incluyó la expresión de Goebbels, dándola como suya, fue la siguiente: «Desde Stettin en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático, un telón de hierro ha caído sobre el continente. Tras él se encuentran todas las capitales de los antiguos Estados de Europa Central y Oriental: Varsovia, Berlín, Praga, Viena, Budapest, Belgrado, Bucarest y Sofía; todas estas famosas ciudades y sus poblaciones y los países en torno a ellas se encuentran en lo que debo llamar la esfera soviética, y todas están sometidas, de una manera u otra, no sólo a la influencia soviética, sino a una altísima y en muchos casos creciente medida de control por parte de Moscú.»

Stalin comentó ese discurso equiparando a Churchill con Hitler. Attlee se apresuró a declarar que el Gobierno británico no estaba obligado a expresar ningún juicio acerca de un discurso «pronunciado en un país extranjero por un ciudadano inglés privado».



U.S.S. Arch. Snark



A.G.E.

(sus palabras exactas fueron «telón de hierro»). Se habló también de España: fue una iniciativa de Stalin, en respuesta a una reciente aproximación entre Franco y Churchill, en la que Franco había, insensatamente, ofrecido a Churchill el mismo tipo de alianza que reclamaba Hitler desde su bunker: una coalición para enfrentarse a la URSS. Churchill y Truman veían en España lo que Franco decía, una «reserva de Occidente»; es decir, un país que podría ser todavía una fortaleza, o un portaaviones, si el comunismo se llegaba a extender por el continente. Stalin pedía que Franco fuera expulsado del poder; Churchill y Truman no lo aceptaron y alegaron que España había sido ya excluida de las Naciones Unidas y que su régimen sufriría las conse-



cuencias. Según algunos observadores, parece que el tema de España le fue «cambiado» a Stalin por una mayor influencia sobre Yugoslavia, y quizá por el de Irán, país que deberían evacuar ingleses y americanos. Austria quedó definida como país neutral, cuya ocupación provisional terminaría cuanto antes.

La presencia de un laborista: Clement Attlee

Las posiciones británicas apenas cambiaron cuando Attlee sustituyó a Churchill el 28 de julio (cuarenta y ocho horas después de las elecciones). Inesperadamente, los testigos advirtieron que Stalin se mostraba frío y cerrado con el nuevo conferenciante, cuando esperaban que un hombre «de izquierdas» hubiera sido preferido por él al viejo conservador cerrado. En realidad, Stalin sabía muy bien que los laboristas debían cuidar especialmente de no ser sospechosos de sovietismo —de lo que nunca nadie hubiera podido acusar a Churchill—, y que los partidos de izquierda habían sido siempre, y serían después, más hostiles a la URSS que los de derecha. En efecto, durante los días siguientes —y en las conferencias técnicas de ministros de Asuntos Exteriores que siguieron a la de Potsdam—, los británicos se mostraron siempre muy reservados. Truman expresó varias veces su impaciencia ante las discusiones interminables de británicos y soviéticos por puntos que él consideraba menores, o que le parecían inoperantes, seguro como estaba

La caída de Churchill

Cuando Churchill salió de Potsdam para asistir a las elecciones generales en el Reino Unido no dudaba de su victoria. Dejó tras de sí equipajes, notas y efectos personales que le esperarían a su regreso, cuando volviera para continuar la negociación con Truman y Stalin. Estaba seguro de que el pueblo británico, al que había conducido a la victoria después de unos años de esfuerzos sobrehumanos, no le iba a rechazar. Sin embargo, al amanecer del mismo día del escrutinio tuvo la intuición de que había perdido. «Poco antes del alba —escribió en sus notas— me desperté de pronto, sobresaltado, con una sensación aguda de dolor casi físico. Una explosión dominó mi cerebro: la convicción, hasta entonces ignorada, de que habíamos perdido.»

Así había sucedido. Los laboristas habían provocado las elecciones al negarse a continuar formando parte de un gobierno de coalición que sólo debía funcionar durante la guerra. Ellos sí tuvieron desde mucho antes la intuición de que ganarían. En efecto, el reparto de escaños en la Cámara de los Comunes les adjudicaba 393, frente a solamente 213 de los conservadores de Churchill y 12 del partido liberal. No sólo habían ganado: tenían, además, una amplísima mayoría.

Cuenta un testigo que, mientras los resultados negativos le iban llegando, Churchill permaneció «adosado a su silla, cruzadas las piernas cómodamente, sin manifestar sorpresa ni emoción, aunque los resultados fueran enteramente contrarios a sus previsiones». A las seis de la tarde fue a ver al Rey para entregarle su dimisión; cinco minutos más tarde llegó Attlee a Palacio, en un automóvil que conducía su esposa.

Churchill salió de Londres. Pero no hacia Potsdam, como tenía previsto, sino a Hendaya —en la frontera de Francia con España— para pasar unos días de descanso.

En la página anterior Stalin y Churchill en Potsdam (julio de 1945). El 29 de abril, Churchill escribió a Stalin una carta en la que decía «No es muy reconfortante mirar hacia un futuro en el que usted y los países por usted dominados (...) se hallen en un lado, y los que gravitan en torno de las naciones de habla inglesa y sus asociados en el otro. Es harto evidente que el choque destruiría al mundo.»

En ambas páginas sesión plenaria de la conferencia de Potsdam

de que su bomba le iba a permitir organizar el mundo a su manera después de la conferencia.

Alemania: un territorio dividido y una economía controlada

El balance final de la conferencia, contenido en parte en el comunicado, decidía principalmente que no se permitiría ningún gobierno central para Alemania, y que también su economía sería descentralizada y no se le autorizaría la creación de trusts, cartels o sindicatos económicos. Las tres potencias ocupantes —más Francia, en la parte de la zona que los americanos le cedían— dirigirían una política económica común para el conjunto del país; Alemania no podría fabricar más productos químicos y siderúrgicos, ni más maquinaria que la estrictamente necesaria para su consumo. La ciudad de Königsberg y los territorios próximos a ella serían transferidos a la URSS, y las fronteras polacas en el este se fijaban en la línea Oder-Neisse. Se acordaba también que las minorías alemanas que vivían en Polonia, Hungría y Checoslovaquia serían enviadas inmediatamente a Alemania. No faltaron, naturalmente, los párrafos destinados a explicar que la amistad entre los tres países vencedores en Europa permanecía inquebrantable, y que de la misma manera que habían conseguido vencer en la guerra podrían, también, superar todas las dificultades de la paz.

La frágil paz

A pesar de que hubo numerosas críticas a la despiadada forma de tratar a los vencidos y a las concesiones realizadas a la voracidad de los vencedores, la opinión pública pudo creer durante algún tiempo que la paz se iba a fundar en los principios de la Carta de San Francisco, en una moral que excluía no sólo el nazismo, sino también sus más solapadas manifestaciones imperialistas y cualquier forma de opresión o de limitación de los derechos humanos. Truman en Washington, Attlee en Gran Bretaña y Stalin en Moscú fueron recibidos con entusiasmo.

La realidad era que un nuevo drama se estaba gestando, que la alianza de la guerra estaba tan resquebrajada que no tardaría mucho en romperse y que ninguno de los coloquiantes de Potsdam iban a cumplir lo acordado. Gran Bretaña empezaba a desdibujarse; Alemania comenzaba ya a ser considerada por cada uno como una fortaleza contra el otro, a la que había que nutrir y cuidar; Francia era tratada como una potencia de segundo orden. Estados Unidos y la URSS, los únicos vencedores, se miraban recelosos entre sí.



EFE

Attlee, Truman y Stalin durante la segunda parte de la conferencia de Potsdam. El premier laborista reemplazó a Churchill: los electores británicos lo habían considerado más idóneo para desempeñar las responsabilidades de gobierno en tiempo de paz. En cuanto a Truman ocupaba la presidencia de Estados Unidos desde la reciente muerte de Roosevelt, ocurrida el 12 de abril. En Potsdam las diferencias entre anglosajones y rusos se hicieron evidentes.

Los «nuevos» de Potsdam

En la conferencia de Potsdam faltaron los grandes líderes de la guerra: Roosevelt, fallecido, y Churchill, que abandonó la reunión a la mitad y no volvió nunca, derrotado en las elecciones de su país. Y aparecieron hombres nuevos, desconocidos para Stalin, hombres que eran relativamente insignificantes cuando se celebraba la conferencia de Yalta.

Harry S. Truman *había nacido en 1884 en Missouri. Participó en la Primera Guerra Mundial y, cuando regresó, abrió una tienda de confecciones para hombre en Kansas (siempre fue llamado «camisero»). Entró en el partido demócrata y, cuando su tienda quebró, se dedicó por entero a la política. Fue presidente del Tribunal de Justicia de Jackson en 1926 y senador por Missouri en 1934. En el Senado presidió un Comité de Investigaciones para la Defensa Nacional. En 1944 entró en la candidatura de Roosevelt como vicepresidente, y fue elegido. Le habían seleccionado para que su conservadurismo contrapesara la audacia de Roosevelt, y por su insignificancia. Ascendió constitucionalmente a presidente a la muerte de Roosevelt y demostró que era un hombre enérgico y decidido: fue él quien ordenó lanzar las bombas atómicas sobre Japón y quien inició la «guerra fría». Su segundo mandato presidencial lo obtuvo por elección, y en 1952 renunció al que podría haber sido el tercero. Fue sustituido por Eisenhower. Tocaba el piano y acompañaba con él las canciones de su hija Margaret, que nunca alcanzó la fama. Murió en Kansas City en 1972.*

Clement R. Attlee *nació en Londres el 3 de enero de 1883. Entró en el partido laborista en 1907, y ascendió lentamente en él hasta convertirse en su líder, veintiocho años después, en 1935. Aceptó el gobierno de coalición presidido por Churchill durante la guerra y ocupó en él diversos cargos menores. En 1945 tomó la decisión de romper el gobierno de coalición y reclamar elecciones generales: fue un acierto que dio a su partido la mayoría y le convirtió en primer ministro. Los laboristas continuaron en el poder hasta 1951, en que perdieron las elecciones. En 1955 se retiró de la vida pública. Al año siguiente fue nombrado conde e ingresó en la Cámara de los Lores. Murió en Londres el 8 de octubre de 1967.*

Hiroshima
La hecatombe nuclear

Rafael Abella,
historiador

Hasta el 6 de agosto de 1945, Hiroshima se había librado de las calcinantes bombas incendiarias de los B-29 americanos. Pero aquel día, una sola bomba, de un poder destructivo todavía ignorado por la humanidad, convirtió a Hiroshima en el símbolo dramático de una nueva era: una explosión de 20 kilotones la sepultó bajo un hongo mortal

El día 6 de agosto de 1945, el mundo entró en una nueva era. Aquel día, sobre la ciudad japonesa de Hiroshima, se produjo la explosión de la primera bomba atómica. Sus terribles resultados, unidos a los experimentados en Nagasaki tres días después, trajeron la rendición incondicional de Japón y el fin de la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces, el mundo vive bajo los temores de la amenaza nuclear.



U.S.A.F. Snark

El hombre de la bomba: Robert Julius Oppenheimer

Robert J. Oppenheimer nació en 1904, en Nueva York, siendo hijo de un emigrante alemán llegado a América a los 14 años y que posteriormente haría fortuna en negocios textiles. Desde su más temprana infancia, Oppenheimer demostró poseer una inteligencia privilegiada. Sus estudios superiores los cursó en Harvard, simultaneando las humanidades con la física y la química. Dotado de una gran ansia de saber, y con una extraordinaria capacidad para asimilar conocimientos, se interesó por el pensamiento oriental, estudió el hinduismo y llegó a dominar el sánscrito, aparte de numerosas lenguas vivas. En 1925 se diplomó cum laude *en Harvard. Posteriormente, amplió estudios de física en Cambridge con Rutherford, en Gotinga con Born y Dirac y, más tarde, en Zurich y Leyde.*

Su brillantez intelectual y la profundidad de sus estudios le hicieron perfilarse como un científico de gran porvenir, que había encontrado su camino en la más fascinante empresa que en la década de 1930 se le podía proponer a un físico: la investigación atómica. En 1929 empezó a dar clases de física en la Universidad de Berkeley, donde dispuso de un importante laboratorio de investigación.

Alineado entre los intelectuales americanos de ideas socialmente progresivas, Oppenheimer no hizo un secreto de su antifascismo ni de su filomarxismo, aunque no llegara a militar en el partido comunista. En el período anterior a la Segunda Guerra Mundial, mantuvo una relación íntima con una doctora, conocida militante del comunismo.

En 1942 —a los 38 años— le ofrecieron la supervisión y el control global del proyecto Manhattan y la dirección del superlaboratorio de Los Alamos. La oportunidad de tener a su alcance la construcción del ingenio más poderoso de todos los tiempos fue tentación que venció todos los escrúpulos morales de Oppenheimer. Durante el proceso de fabricación de la bomba volvió a tener contacto con su antigua amiga, la militante comunista, hecho que no escapó al conocimiento del general Groves, responsable máximo de la seguridad. El general, tras una conversación a fondo con Oppenheimer, se aseguró de que éste había roto sus relaciones con la extrema izquierda y, valorando la importancia del físico en la realización del proyecto, lo confirmó en el cargo. El éxito alcanzado con la fabricación de la bomba y sus efectos sobre Japón hicieron que Oppenheimer fuera exaltado por la prensa y la opinión pública americana como el hombre que había hecho posible el victorioso final de la guerra.

Ante el problema moral suscitado por la carrera atómica, Oppenheimer descubrió el personaje hamletiano que llevaba dentro, manifestándose pese a sus reparos íntimos en pro de la continuidad de las investigaciones. Por eso constituyó una gran sorpresa el saberse, en octubre de 1945, que abandonaba la dirección de Los Alamos y volvía a la enseñanza. En 1947 fue designado director del Instituto de Estudios Superiores de Princeton y, al propio tiempo, entró a formar parte de la Comisión de Energía Atómica. Cuando en 1950 el presidente Truman ordenó la construcción de la bomba de hidrógeno, Oppenheimer, una vez más, se mantuvo en una duda atormentada por el alcance de la carrera nuclear, pero sin alinearse entre los opositores.

En 1954, al llegar el período de la «caza de brujas», Oppenheimer fue acusado de «actividades antiamericanas» por haber mantenido relaciones con elementos comunistas. Con arreglo a las prácticas utilizadas por la Comisión de Encuesta, se le declaró «indeseable para toda función que supusiese un acceso a secretos militares». Pese a la protesta de gran número de científicos, Oppenheimer hubo de sufrir años de ostracismo oficial. Durante ellos, no obstante, continuó trabajando en la Universidad y dando conferencias. En 1958 viajó a París, fue recibido en la Sorbona y el Gobierno francés le otorgó la Legión de Honor, todo lo cual fue una especie de desagravio al que se asociaron los científicos europeos.

En 1963 fue rehabilitado y se le otorgó el premio Fermi, el más alto galardón que se concede a los destacados en la investigación nuclear.

Falleció en 1967, en Princeton.

Su vida fue una demostración del enfrentamiento del hombre de ciencia con unos problemas éticos y morales que le desbordan. El mito del «aprendiz de brujo» tuvo en el patético destino de Oppenheimer su más patente manifestación.



Sobre estas líneas, Robert J. Oppenheimer, el físico que supervisó la construcción de las primeras bombas atómicas en calidad de director del laboratorio nuclear de Los Alamos (Nuevo México). Artífice del éxito del proyecto Manhattan, abogó luego por un control internacional de la energía atómica y se mostró reticente a que Estados Unidos desarrollara la bomba de hidrógeno



A la derecha, Truman, el hombre que, como presidente de Estados Unidos, tomó la decisión de lanzar la bomba atómica para forzar la rendición del Japón. Con brutal franqueza asumió su responsabilidad: «Consideraba la bomba como un arma y jamás he dudado, ni por un segundo, que no debiéramos emplearla.»

El día 5 de agosto de 1945, en la base aérea de Tinian, una isla de las Marianas a 200 km de Guam, una tripulación de B-29 —la famosa «superfortaleza volante»— integrante del 509.º Grupo Mixto y preparada desde muchos meses antes en la base secreta de Wendover, en Utah, para una misión especialísima, esperaba llena de ansiedad la llegada de una orden. El entrenamiento había sido durísimo y realizado en el más absoluto aislamiento. La tripulación la encabezaba el coronel Paul Tibbets, veterano jefe de grupo de B-17 con múltiples misiones en Europa y el norte de África y que había sido elegido por sus excepcionales cualidades técnicas y personales. Él había escogido como hombre de la más absoluta confianza, para acompañarle en la misión, al oficial bombardero Tom Ferebee, experto en el bombardeo por medios visuales, y al oficial de derrota Ted van Kirk, llamado «Dutch», navegante peritísimo.

Durante meses habían hecho prácticas de lanzamiento de una rara bomba a la que se llamaba familiarmente «La


US S

Cosa», un enorme cilindro dotado de cola, cuyo contenido explosivo era un arcano para casi todos. Sólo Tibbets estaba en el secreto de su carga nuclear y, llegado el momento del lanzamiento, la pregunta que le obsesionaba era: ¿la deflagración alcanzaría a volatilizar el avión portador de la bomba? «No obstante —confesaría después el propio Tibbets— yo confiaba plenamente en los científicos y sabía que sus cálculos eran de una precisión total. Ellos me habían explicado que, en el instante de la explosión, mi avión se habría alejado 17 kilómetros del punto cero en relación con la trayectoria de la bomba. Por otra parte, en cuanto al problema de la onda provocada por la bomba, los ingenieros aeronáuticos me aseguraron que mi superfortaleza soportaría un choque de 2 g, es decir, el doble de su propio peso.»

Aquel día 5 se llegaba a la fecha de la gran decisión, porque los meteorólogos habían pronosticado que el periodo entre el 6 y el 9 de agosto sería el más favorable para realizar el bombardeo desde el cielo japonés.

El proyecto Manhattan

En el verano de 1939, la energía nuclear había desvelado ya sus inmensas posibilidades destructivas. La fisión del uranio, llevada a cabo por primera vez por Enrico Fermi, iba acompañada por un desprendimiento enorme de energía. Pero esto no era todo: si la fisión del primer núcleo podía emitir varios neutrones, cada uno de éstos podía provocar la fisión de otro núcleo, que a su vez al fisionarse emitía... Era la reacción en cadena prevista por Joliot y Szilard. La idea de estar ante una fuente de energía inimaginable, la posibilidad de tener al alcance la preparación de una mítica fuerza explosiva, sobrecogió a los físicos que habían llegado a abarcar teóricamente los efectos de la fisión en cadena. Pero se estaba en 1939. Muchos físicos, investigadores del átomo, habían abandonado Alemania por su condición de judíos. Otros, como el italiano Fermi, habían emigrado en desacuerdo con el fascismo que imperaba en su país. Y todos ellos se habían refugiado en Estados Unidos. La idea de que los sabios alemanes que habían quedado en su tierra pudieran preparar el arma atómica era una suposición que podía hacer de Hitler el amo del mundo.

Ante esta temible eventualidad, Leo Szilard, un científico atómico húngaro refugiado en Norteamérica, pidió a Albert Einstein que llamase la atención del Gobierno americano sobre el peligro que amenazaba, si los nazis conseguían preparar una bomba atómica. Entre dudas y reticencias, el tiempo pasó. Entre tanto, los ensayos y las investigaciones nucleares habían proseguido en Princeton, en Berkeley, en Columbia... En 1941, los japoneses atacaron Pearl Harbor. Estados Unidos era ya un país beligerante. Ello precipitó la decisión. En agosto de 1942 se llegó a un acuerdo para unir esfuerzos entre el Gobierno americano y el británico a fin de comunicarse sus investigaciones, y el Ejército americano recibió el encargo de dar prioridad absoluta, acelerando, coordinando y recabando cuantos recursos fueran necesarios para realizar un proyecto al que se le puso el nombre clave de «Manhattan». Su objetivo era fabricar la primera bomba atómica.

En el otoño de 1942, el general Leslie Groves, que había sido designado responsable del proyecto, se entrevistó secretamente con el físico Robert J. Oppenheimer, un brillante investigador cuyas cualidades personales de animador, capacidades de coordinador y poder de captación le hacían especialmente idóneo para dirigir en lo técnico la suma de esfuerzos que iba a representar el proyecto.

El lugar elegido para situar la planta de acabado fue Los Alamos, en Nuevo México, lejos de cualquier centro habitado. En la bomba se puso a trabajar un ejército de científicos, de técnicos, de militares: directa o indirectamente, más de cien mil personas, la mayoría ignorantes de la finalidad real de su trabajo. La movilización fue total. Todos los recursos disponibles se pusieron al servicio de la gigantesca empresa. Cientos de millones de dólares se gastaron en un esfuerzo tecnológico que abarcó una colosal planta construida en Tennessee, un grandioso laboratorio en la Universidad de Columbia, una enorme instalación en Oak Ridge, otra en Hanford. Y en Los Alamos, junto a la planta atómica, surgió una ciudad habitada por los científicos y sus familias. Era difícil que aquella dispersión no traicionara el secreto exigido. Pero los severísimos controles y la más estricta vigilancia evitaron cualquier filtración.

Al principio se creyó que la bomba estaría lista en un año, pero se llegó a 1944, con el proceso muy avanzado. La evidencia de que Alemania no podría ya obtener la bomba y el sesgo favorable de la guerra contra Japón decidieron al científico danés Niels Bohr, premio Nobel de Física, a dirigir un memorándum al presidente Roosevelt previniéndole contra «la terrorífica perspectiva de una competencia futura entre las naciones por un arma tan formidable». Pero el mecanismo infernal no podía ya detenerse. La posesión de la bomba era un objetivo demasiado codiciado.

En julio de 1945, todo estaba listo para la gran prueba. En Los Alamos se hallaban Oppenheimer, Bohr, Fermi, Bethe, Lawrence, Frisch... toda la plana mayor de los sabios nucleares. El día 16, a las dos de la madrugada, las personas que debían intervenir en la primera prueba estaban en sus puestos a varios kilómetros del punto cero. Se fijó la hora H para las 5 de la madrugada. A las 5.30, una luz blanca, radiante, mucho más brillante que el sol del mediodía, iluminó el desierto, las montañas en la lejanía...

El Enola Gay

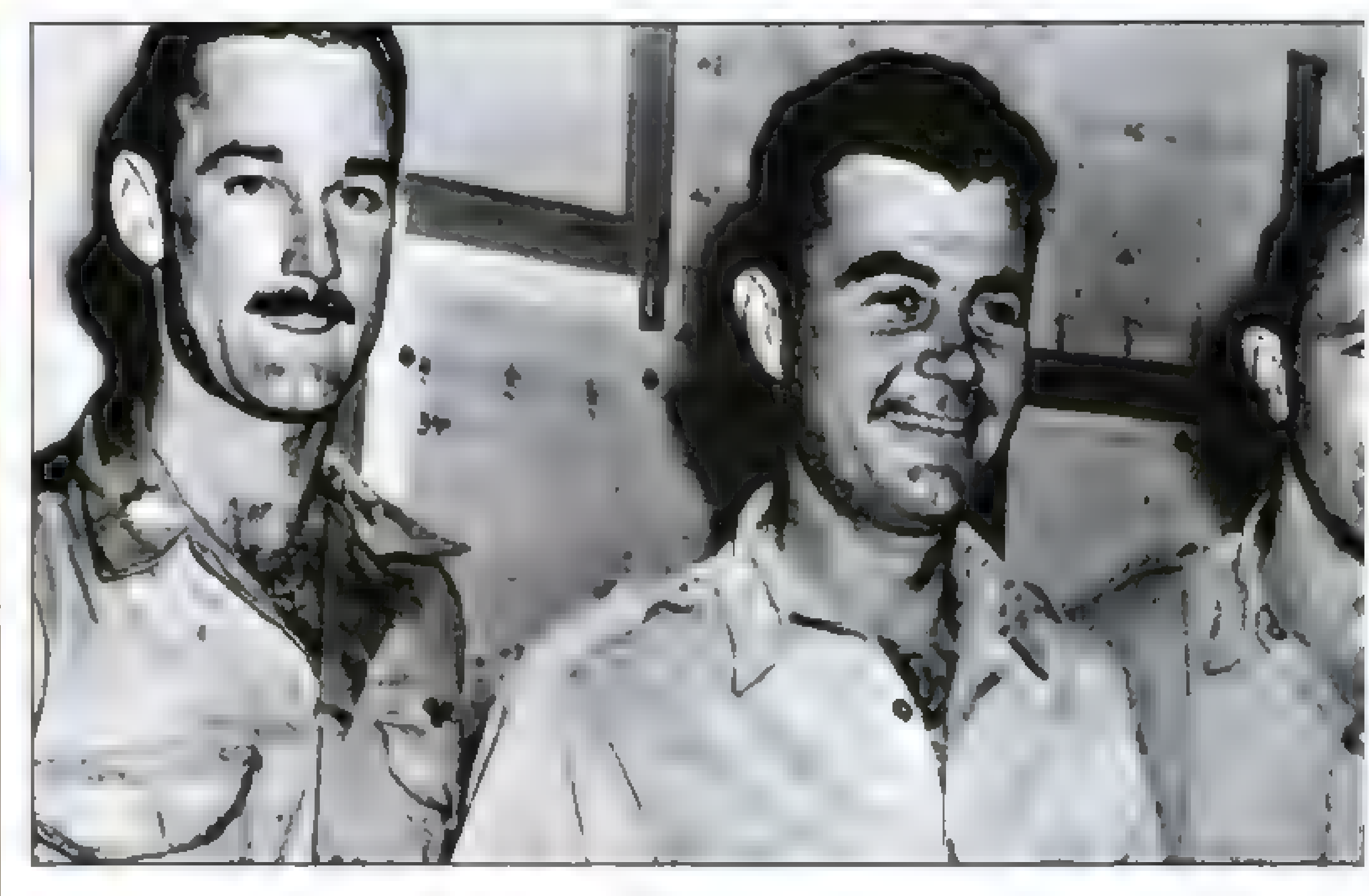
La superfortaleza volante B-29, fabricada por la Boeing, fue el mayor avión de bombardeo construido durante la Segunda Guerra Mundial. Proyectado en 1939 y tras un período de pruebas en el que tuvieron que superarse múltiples deficiencias técnicas, las primeras entregas a ultramar se hicieron en marzo de 1944. Intervino decisivamente en las operaciones aéreas contra Japón y Alemania.

Fue el primer gran bombardero construido en serie dotado de compartimentos presurizados. También fue el primero que dispuso de un sistema centralizado y sincronizado de tiro de las ametralladoras. Sus dimensiones eran gigantescas: longitud, 30 metros; envergadura, 43 metros. Iba equipado con cuatro motores Wright de 2.200 HP de potencia, que le daban una velocidad máxima de 585 kilómetros por hora a 7.600 metros de altitud. La velocidad de crucero de gran alcance era de 350 kilómetros a la hora, siendo su radio de acción de más de 8.000 kilómetros y su techo de servicio de 9.700 metros. Su tripulación estaba integrada por 11 hombres.

Su armamento constaba de 10 ó 12 ametralladoras y un cañón de 20 mm y su carga explosiva podía ser de cuatro bombas de 1.800 kilos u ocho de 900 kilos. Para cargar la bomba de uranio, el Enola Gay *hubo de acomodar su bodega, dado que las dimensiones del ingenio superaban los 70 cm de diámetro y los 3 m de longitud.*

La acción más espectacular y destructiva en la que participaron los B-29 fue el bombardeo realizado en la noche del 9 al 10 de marzo de 1945 por 279 aparatos de este tipo sobre Tokio. En una sola noche, las superfortalezas destruyeron casi 25 kilómetros cuadrados del centro de la capital japonesa y arrasaron el 25 % de los edificios de la ciudad. Cerca de 85.000 personas perdieron la vida y otras tantas resultaron heridas, mientras que un millón de habitantes de Tokio quedaron sin hogar.

El día de la rendición de Japón, las fuerzas aéreas norteamericanas tenían en servicio 3.700 bombarderos del tipo B-29. Las superfortalezas todavía tuvieron una importante participación en la guerra de Corea; pero en 1955, con la puesta en servicio de los grandes bombarderos a reacción B-47 y B-52 y la del B-36 mixto, los B-29 fueron retirados definitivamente.



De izquierda a derecha, cuatro miembros de la tripulación del Enola Gay, *la superfortaleza volante que lanzó la bomba atómica sobre Hiroshima: el mayor Ferebee (bombardero), el coronel Tibbets (piloto y comandante) y los capitanes Van Kerk (oficial de derrota) y Lewis (copiloto). Tibbets era el único que conocía su misión y la amplitud de la catástrofe que iban a provocar. Mientras sobrevolaban Iwo Jima les comunicó: «Cuando alcancemos las costas japonesas, todas las conversaciones interfono serán registradas para los archivos de la historia. Así que, cuidad vuestro lenguaje, llevamos la primera bomba atómica.»*



Sobre estas líneas, la superfortaleza volante B-29 Enola Gay, *el bombardero que lanzó la* Little Boy *sobre Hiroshima. (El coronel Paul Tibbets había bautizado el avión con el nombre de soltera de su madre.) Otros dos B-29 despegaron de la base de Tinian el 6 de agosto de 1945 para acompañar en su vuelo al* Enola Gay: *eran el* Great Artist, *desde el que se lanzaron dos contenedores en paracaídas cargados de instrumentos para medir los efectos de la explosión, y el N.º 91 que iba equipado con cámaras fotográficas.*



A la derecha, la bomba de uranio 235 Little Boy *(«Muchachito»). Su poder de explosión era igual a 20.000 toneladas de TNT; es decir, hubieran hecho falta un total de 2.000 bombarderos B-29 para llevar las 20.000 bombas convencionales de 1 tonelada a que equivalía la* Little Boy



Sobre estas líneas, la superfortaleza volante B-29 Bockscar *que lanzó la bomba* Fat Man *sobre Nagasaki. Este bombardero, pilotado por el mayor Charles Sweeney, era, junto con el* Enola Gay, *uno de los 15 Boeing B-29 último modelo que integraban el 509.º Grupo Mixto. El coronel Paul Tibbets era el encargado de esta unidad especial, de la que formaban parte 225 oficiales seleccionados entre los mejores pilotos de la USAF. Desde el mes de septiembre de 1944, este equipo se entrenaba secretamente en la base de Wendover (Utah).*



A la derecha, la bomba de plutonio 239 Fat Man *(«Gordo»). Funcionaba según el principio de implosión: 70 detonadores periféricos enviaban 70 minicargas de plutonio al centro del ingenio, se creaba así una masa superior a la crítica que daba lugar a la explosión.*



Keystone

Archivo Orbis

Archivo Orbis

A la derecha, un reloj de Hiroshima parado a las 8 15, la hora de la explosión. Era un lunes 6 de agosto, las mujeres preparaban el desayuno, los niños se disponían a ir a la escuela, muchos obreros ya estaban en su puesto de trabajo, los soldados (se calcula que eran unos 24 000) seguían su instrucción en los cuarteles. Cuando Radio Hiroshima dio la señal de alarma aérea, muy pocas personas le prestaron atención. Nadie podía esperar que uno de aquellos tres plateados B-29 que sobrevolaban la ciudad a gran altura y sin interferencia alguna (Japón no podía desperdiciar cazas) llevaba en su pañol la primera bomba atómica.



Pubifoto

Funcionamiento de la bomba atómica

En esencia, la bomba atómica es un reactor o pila nuclear que no utiliza moderador (es decir, ninguna sustancia que frene las partículas emitidas por el elemento radiactivo) y en la que se origina una reacción en cadena.

Dos trozos de material radiactivo (uranio 235 en la Little Boy *que se lanzó sobre Hiroshima y que aparece en la fotografía inferior; plutonio 239 en la* Fat Man *que se lanzó sobre Nagasaki), de masa inferior a la crítica (es decir, a la masa a la que la reacción en cadena se produce de forma espontánea) y separados por un espacio vacío, son impelidos a chocar entre sí mediante la explosión de dos cargas convencionales, de forma que la nueva masa resultante es superior a la crítica, produciéndose la reacción nuclear.*

Efectos a partir del centro

Dependiendo de su tamaño, los efectos de una deflagración nuclear, se expanden en círculos concéntricos a partir del punto de impacto, que normalmente se encuentra situado a cierta altura sobre el terreno.

El círculo más exterior es, lógicamente, el de menor destrucción y la causa principal de ésta es la radiación térmica, que produce una «tempestad de fuego», quemaduras e incendio.

En el círculo intermedio, donde la causa principal de destrucción es la onda de la explosión (expansión y choque), se producen derrumbamientos, roturas de conducciones de gas y agua, proyección de cascotes y cristales, etc.

Finalmente, en el círculo interior, la destrucción es total a causa de las enormes temperaturas (en Hiroshima, 17.000 personas «desaparecieron» carbonizadas y pulverizadas) y la radiación mortal.

Los diámetros de estos círculos varían; por ejemplo, en una bomba de cien kilotones (unas siete-cinco veces la de Hiroshima) son de dentro a fuera: 2,5 km, 8 km y 16 km.



Keystone

Truman toma una decisión histórica

La espera de la tripulación del *Enola Gay*, bautizado así por ser éste el nombre de la madre del coronel Tibbets, se hacía impaciente a la expectativa de una decisión que debía provenir, nada menos, del presidente Truman. En la sala de telecomunicación del aeródromo de Tinian se estaba pendiente del télex que desencadenara la operación «Bandeja de Plata», pues tal era el nombre en código adjudicado al lanzamiento de la primera bomba atómica de la historia. Finalmente, la orden llegó: «Proceded con arreglo a lo previsto, para el 6 de agosto.» Un hecho de incalculables consecuencias, morales y materiales, iba a desencadenarse a partir de aquellas simples palabras.

De entrada, estaba la incógnita del despegue. En el curso de unas pruebas sobre la limitada pista de Tinian, dos B-29 se habían estrellado al límite de la misma, con un cargamento semejante al que debía llevar el *Enola Gay*, aunque con bombas convencionales. ¿Qué catástrofe podría sobrevenir si el accidente se repetía transportando un ingenio atómico activado? Un científico atómico experto en artillería —Parsons, que formaría parte de la tripulación del B-29— había conseguido de los sabios el encontrar un medio de armar la bomba después del despegue, con lo que, en el peor de los casos, si la superfortaleza se estrellaba, no habría riesgo de que la isla de Tinian, con todos sus habitantes, desapareciera del mapa.

Plan de vuelo

El vuelo tenía prevista la hora de despegue para las 2.45 de la madrugada del día 6, esperándose alcanzar el objetivo —que podía ser Hiroshima, objetivo prioritario, o bien Kokura o Nagasaki— seis horas después, es decir a las 8.15, hora exacta que se había precisado en función de las previsiones de la meteorología. Tres superfortalezas acompañarían en el despegue al *Enola Gay*. Una de ellas tendría como misión el dar los datos meteorológicos en el último momento y ya sobre el espacio aereo japonés, designando en función de este factor la ciudad que quedaría marcada por el fatal destino de sufrir el comienzo de la era atómica. En los otros dos aviones viajarían los científicos encargados de observar y registrar los efectos de la bomba.

Al término de la exposición del plan de vuelo, Tibbets anunció con voz grave que le era necesario dar una información adicional del más alto interés. Y habló de que se trataba de lanzar una bomba cuyos efectos significarían muy probablemente la derrota de Japón y el fin de la guerra. Tibbets, sin embargo, se abstuvo de mencionar el calificativo de «atómica» aplicado a la bomba, pero precisó que la potencia del infernal ingenio equivaldría a la de 20.000 toneladas de trilita. Sus palabras causaron una impresión profunda en la tripulación, a la que se había incorporado el copiloto Bob Lewis, el ametrallador de cola Bob Caron y de la que formarían parte tres personas más: el capitán Parsons —ya citado— y su ayudante el teniente Morris Jeppson, quienes tendrían a su cargo el activado de la bomba una vez en vuelo; y a ellos se añadiría el teniente Beser, especialista en electrónica.

El despegue hacia un objetivo desconocido

Y llegó el momento decisivo. A la 1.45 de la madrugada despegó el B-29 destinado a la misión meteorológica Los otros despegarían después. A las 2.15, el B 29 modificado para que en su bodega cupiera la bomba de uranio 235, a la que se había bautizado con el nombre de *Little Boy* («Muchachito»), estaba en la cabecera de la pista probando a plena potencia sus cuatro motores Wright de 2.200 caballos de potencia. Entre una hilera de cámaras que querían registrar el histórico acontecimiento, iluminado por potentes proyectores, el *Enola Gay* arrancó de la pista con los cuatro mil kilos de la bomba en sus entrañas. Eran las 2.45 de la madrugada del 6 de agosto de 1945.

Alcanzada la cota de vuelo y con el rumbo puesto hacia el archipiélago japonés, Parsons y su ayudante pusieron manos a la obra en la bodega del bombardero para activar el arma nuclear. Veinte minutos después, habían dado fin a su tarea. Fue entonces cuando el coronel Tibbets, tras conectar el piloto automático, reunió a la tripulación y les explicó la naturaleza exacta del explosivo que llevaba a bordo. Para aquellos hombres, hechos al cumplimiento de unas misiones bélicas destructivas, cualquier reparo moral estaba en aquel momento fuera de lugar. Aún más, la idea de que con aquel explosivo podían acortar la guerra y ahorrar millares de vidas norteamericanas ahuyentaba cualquier escrúpulo de conciencia.

Entre tanto, el *Enola Gay* proseguía su vuelo sin novedad sobre la capa de nubes por encima de la zona de turbulencia. Poco a poco se iban percibiendo las tenues luces del amanecer. Se acercaba la hora del alba. Al llegar el avión a la altura de Iwo Jima, según el horario previsto, dos aparatos de escolta





Publifoto

A la izquierda, la nube de humo provocada por la explosión atómica se eleva sobre el cielo de Hiroshima, formando un hongo que llegaría a alcanzar 12 kilómetros de altura. «Dios mío —dijo Bob Lewis, el copiloto del Enola Gay— ¿qué hemos hecho?» Con la frialdad del perfecto comandante, Tibbets transmitió en clave a la base de Tinian el siguiente mensaje: «Operación claramente cumplida en todos sus aspectos. Efectos visibles más importantes que en Trinity.» (Trinity era el nombre con el que el físico Oppenheimer hacía llamar el desierto de Alamo Gordo, Nuevo México, donde el 16 de julio de 1945 se había probado por primera vez una bomba de plutonio.)

A la derecha, el hongo originado por la bomba lanzada sobre Nagasaki el 9 de agosto de 1945. En realidad, el objetivo era Kokura, pero aquel día esta ciudad estaba cubierta de nubes, y el B-29 tuvo que desviarse. El bombardeo falló el objetivo en casi cinco kilómetros y la explosión tuvo lugar en el área suburbial de Urakami, causando cerca de 40 000 muertos y unos 50 000 heridos.



Documentation Française

esperaban describiendo círculos la llegada del bombardero para, una vez avistado, ponerse a la altura del *Enola Gay* y seguir el vuelo juntos, hacia el objetivo.

El nuevo día empezaba a despuntar. Un nuevo día que millares de seres humanos de una ciudad todavía ignorada no verían llegar a su crepúsculo, víctimas de una horrible muerte.

La meteorología sella el destino de Hiroshima

A las 7.09 se recibió en el *Enola Gay* el esperado mensaje. Era del comandante Eatherly del *Straight Flush*, el avión meteorológico que les había precedido en el despegue y que en aquellos momentos volaba a 10.000 metros sobre Hiroshima. En él se confirmaba el objetivo principal como destino de la bomba. La ciudad, en medio de un anillo de nubes, aparecía a través de un hueco de 15 kilómetros en el que la visibilidad era perfecta. El mensaje del *Straight Flush* selló el destino de la ciudad. El navegante Van Kirk marcó el rumbo preciso para situarse en la vertical del objetivo.

Sobre Hiroshima se había despertado también el sol de la mañana de un nuevo día que —fatalmente— se anunciaba magnífico, sin nubes. Era una ciudad con más de 300.000 habitantes, famosa por sus bellísimos sauces y que hasta aquel día, pese al sesgo desfavorable que la guerra había tomado para el Japón, no había experimentado más conmoción que el estallido de 12 bombas enemigas. Aquella mañana despejada, sus habitantes se disponían a hacer su vida habitual. El puerto, antes animado por los embarques de tropas, aparecía desierto, porque la siembra de minas realizada por los aviones americanos hacía que casi ningún barco fondease ahora en Hiroshima. Fábricas, almacenes y enlaces ferroviarios trabajaban a pleno rendimiento para aprovisionar y equipar a un ejército que, muy pronto, tendría que afrontar el desembarco de los americanos en sus propias islas.

Afanada en sus quehaceres diarios, la gente prestó escasa atención a las sirenas que sonaron anunciando la presencia de un avión enemigo, un B-29 que volaba a gran altura y que, después



Publifoto





Los traumatizados

De los hombres que participaron en los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, no todos salieron incólumes de esa siembra de destrucción. Veinte años después, el mayor Claude Eatherly era víctima de fuertes trastornos emocionales. Era el hombre que, desde el avión meteorológico Straight Flush, *había marcado el destino de Hiroshima señalándola como el objetivo del* Enola Gay.

Eatherly, que siguió en el servicio durante un tiempo después de finalizada la guerra, una vez desmovilizado empezó a experimentar trastornos psiconerviosos influido por un claro complejo de culpabilidad. Su atormentado estado de ánimo se hizo público cuando fue detenido por provocar un gran alboroto y producir destrozos en un lugar público. Tratado como héroe de guerra en el juicio que se le siguió, rechazó toda consideración y pidió ser condenado, ya que se sentía profundamente culpable. Aquel fue el inicio de todo un proceso de autopunición, que le llevó de los tratamientos psiquiátricos a sucesivas detenciones cada vez que su conducta buscaba un motivo para ser castigado. Su plan, como él mismo confesó, era acumular actos de protesta contra la sociedad que, según él, le había convertido en un asesino. Su calvario se prolongó durante años y su figura fue esgrimida por grupos pacifistas y contrarios al uso de la energía atómica, mientras que la sociedad contra la que él se alzaba le tildaba de «loco».

Para otro aviador, la contemplación de la explosión nuclear y la idea de las muertes producidas significó también un profundo cambio en su destino. Fue el coronel inglés Leonard Cheshire, el piloto de bombardero más condecorado de la RAF, invitado a volar como observador en el avión meteorológico que escoltó al que bombardeó Nagasaki. Cheshire, superviviente de más de cien misiones sobre Alemania y los países ocupados, curtido en la destrucción por las «bombas terremoto» usadas por la RAF, quedó traumatizado por los efectos de la bomba nuclear. Y de su mente no pudo apartarse la imagen de hasta dónde puede llegar el poder destructivo que el hombre, movido por el odio de la guerra, es capaz de ejercer contra la propia humanidad. Terminada la guerra, pidió el retiro de la aviación, se convirtió al cristianismo y creó una fundación destinada a atender enfermos.

de cruzar por dos veces el cielo de la ciudad, desapareció. El fin de la alarma sonó a las 7.30. Era el B-29 del comandante Eatherly, que había cumplido su misión de guía del *Enola Gay*. Al cese de la alarma, la gente dio un suspiro de alivio. Los hombres inútiles para el servicio y los estudiantes que trabajaban en la defensa pasiva creyeron que, una vez más, el azote de las bombas iba a pasar sobre Hiroshima sin dejar rastro. Las gentes procedentes de zonas bombardeadas celebraron una vez más su buena fortuna en la elección de la ciudad que les había dado acogida.

La hora H: 8h 15' 17" del día 6

A las 7.50 hora de Tokio, el *Enola Gay* volaba sobre las inmediaciones de la isla de Shikoku. A las 8.09 se divisó desde el avión el contorno de Hiroshima. Tibbets ordenó a los dos aviones de escolta que se retirasen y, por el interfono, indicó a su tripulación que se pusiera los anteojos que habían de protegerles contra el resplandor de la explosión. A las 8.11, Tibbets accionó el mecanismo preparatorio para soltar a *Little Boy*. Faltaban menos de cinco minutos. Debajo del *Enola Gay*, la ciudad de Hiroshima se veía cada vez más cerca. El apuntador Ferebee se sabía de memoria la planimetría de la ciudad. Rápidamente encuadró su punto de mira en el lugar elegido: un gran puente sobre el río Ota. Cuando



U.S.A.F.-Snark



National Archives, Washington-Snark

En ambas páginas, tres imágenes de Hiroshima tras la explosión. En el espacio de unos segundos, unos 48.000 edificios fueron totalmente destruidos. De los 80.000 muertos que causó la bomba, 17.000 desaparecieron como «volatilizados». La guarnición militar fue arrasada y la mayoría de hospitales y depósitos de medicinas no eran más que ruinas.

lo tuvo, puso en marcha la sincronización automática para el minuto final del lanzamiento. El plan preestablecido era lanzar la bomba a las 8.15, hora local. Las favorables condiciones atmosféricas y la pericia de Tibbets permitieron que el avión coincidiera con el objetivo exactamente a las 8 horas, 15 minutos y 17 segundos. En aquella hora fatídica se abrieron las compuertas del pañol y, desde una altura de 10.000 metros, el ingenio atómico inició su trayectoria genocida

Aligerado de un peso de más de 4.000 kilos, el bombardero dio un gran brinco hacia arriba. Tibbets marcó un picado hacia estribor y a continuación hizo un viraje cerrado de 158º, a fin de alejarse al máximo del punto de explosión. Al mismo tiempo, desde el instante del lanzamiento, Tibbets se puso a contar mentalmente los segundos calculados hasta que la bomba estallara. Transcurridos 43 segundos, cuando el avión se encontraba a 15 kilómetros del punto del impacto, la bomba hizo explosión, accionada por una espoleta automática a unos 550 metros por encima del punto de caída y a 200 metros escasos del blanco elegido.

Una enorme bola de fuego se iba transformando en nubes purpúreas...

Repentinamente, el espacio se había convertido en una bola de fuego cuya temperatura interior era de decenas de miles de grados. Una luz, como desprendida por mil soles, deslumbró a pesar de los lentes a Bob Caron, el ametrallador de cola, que, por su posición en el aparato, quedó encarado al punto de explosión. Una doble onda de choque sacudió fuertemente al avión, mientras abajo la inmensa bola de fuego se iba transformando en una masa de nubes purpúreas que empezó a elevarse hacia las alturas, coronándose en una nube de humo blanco densísimo que llegó a alcanzar 12 kilómetros de altura y que adoptó la forma de un gigantesco hongo. «Entonces nos dimos cuenta —explicaría Tibbets— de que la explosión había liberado una asombrosa cantidad de energía.» El *Enola Gay*, superada la prueba de la onda de choque, viró hacia el sur y voló sobre las afueras de Hiroshima, a fin de fotografiar los resultados del histórico bombardeo. Y entonces fue cuando la tripulación pudo comprobar la espantosa destrucción que habían sembrado. Iniciado el vuelo de regreso, a 600 km de distancia todavía era visible el hongo que daba fe de la aparición del arma que abría una nueva y dramática era en la historia de la humanidad.

Una sensación impresionante dominaba a toda la tripulación, como si la tensión nerviosa liberada hubiera dado paso a la obsesionante idea de haber provocado una destrucción sin precedentes. Parsons y Tibbets lanzaron entonces el mensaje que iba a conmover al mundo: «Resultados obtenidos superan todas las previsiones.»

El fin de la Segunda Guerra Mundial

A las 2 de la tarde, el *Enola Gay* tomaba tierra en Tinian. La noticia del éxito de la operación «Bandeja de Plata» había circulado ya por el Pacífico. En el aeródromo estaban esperando los generales Le May y Arnold, venidos especialmente de Guam. El presidente Truman recibió el mensaje a bordo del crucero *Augusta*. En su entorno, todo era exaltación y entusiasmo. Sólo el general Eisenhower condenó espontáneamente el uso de la terrible bomba contra un núcleo habitado, considerando que tal demostración no era necesaria para derrotar a Japón. Pero la inmensa mayoría —como dijo Raymond Cartier— «no vio en la aparición del arma nuclear otra cosa que el fin rápido de la guerra y la economía de sangre americana que ello reportaba.»

No obstante, había algo más: ante la configuración del mundo de la posguerra y la emergencia de la Unión Soviética como gran potencia, la horrible demostración de Hiroshima perseguía el evidente fin de intimidar a Stalin y hacerle más razonable. Yalta y Potsdam estaban perfilando una posguerra en la que los ocasionales aliados de ayer iban a dividir el mundo en dos bloques antagónicos.

Sin embargo, como era de esperar, las previsiones en cuanto a lo resolutivo de la bomba se cumplieron: el día 7, Japón se dirigió a la Unión Soviética



Publifoto

para que mediara ante Estados Unidos en busca de un armisticio. Los rusos contestaron declarando la guerra a Japón y desencadenando de inmediato una gran ofensiva en Manchuria. El día 9, otro B-29, el *Bockscar*, pilotado por el mayor Sweeney, lanza otra bomba nuclear —ésta de plutonio— sobre Nagasaki. La «implosión» —pues éste fue el sistema practicado para provocar la reacción en cadena del plutonio activado— estuvo a punto de desintegrar la superfortaleza que efectuó el lanzamiento. Los efectos, debido a la topografía de Nagasaki, no fueron tan espantosos como los del ataque precedente. Pero fueron suficientes para que, a las 2 de la madrugada del día 10, el Consejo Supremo de Guerra japonés, presidido insólitamente por el emperador Hiro Hito —que, ante lo gravísimo de los momentos, había decidido descender de sus divinas alturas—, se dirigiera a Estados Unidos pidiéndole el cese de las hostilidades y aceptando la rendición incondicional exigida por los aliados.

La capitulación se firmaría el 2 de septiembre de aquel mismo año: la Segunda Guerra Mundial había terminado, tras 6 años y 1 día de duración. Pero queda por reseñar lo sucedido en la ciudad mártir, tras de recibir su bautismo de fuego atómico.

Los efectos radiactivos

Aparte de las lesiones producidas por el efecto explosivo de la bomba —comunes a todas las explosiones, aunque aquí muy incrementadas por la superior potencia de los artefactos—, la bomba atómica ocasiona lesiones producidas por la energía lumínica y calórica en forma de quemaduras de carácter grave en toda la piel, en las que, a la larga, se pueden producir tumores malignos de tipo epitelial. El intensísimo foco de luz crea también graves lesiones en el globo ocular, que pueden llegar a la ceguera.

Las lesiones específicamente radiactivas pueden revestir diversas características según la dosis de radiación absorbida; las principales son:

– Trastornos hemáticos muy intensos, desde anemia aplástica a leucemia, de inicio tardío pero mortal.

– Lesiones en los epitelios de revestimiento de la piel y en las mucosas, principalmente en la respiratoria y en la digestiva, con aparición de náuseas, vómitos, úlceras y hemorragias.

– Lesiones cutáneas del tipo de necrosis aguda y que coexisten con las propias de las quemaduras por el calor de la explosión.

– Lesiones del aparato genital, con castración y esterilidad; producción de lesiones en el epitelio gonadal, causa de ulteriores malformaciones fetales, aspecto que puede presentarse bastantes años después.



Photri

En la página de la izquierda, un aspecto del Palacio de la Promoción Industrial, conservado actualmente como homenaje al martirio de Hiroshima. En ambas páginas, este mismo edificio aparece rodeado de un amasijo de escombros pocos días después de la explosión.

A la derecha, una superviviente de Hiroshima amamantando a su hijo unas semanas después de la explosión. Son visibles las marcas de la radiación atómica. Los habitantes de las ciudades próximas que acudieron en auxilio de Hiroshima describieron a los quemados, vivos y muertos, como seres que ya no parecían humanos, en carne viva, sin pelo y desfigurados. Los hibakusha (afectados por la explosión) que lograron sobrevivir, quedaron marcados para el resto de sus vidas con lesiones físicas y psíquicas incurables, dominados por el miedo a las secuelas que podían dejar en ellos y en sus hijos las enfermedades derivadas de la hecatombe nuclear.



Pubifoto

Una explosión de 20 kilotones

La bomba lanzada en Hiroshima tenía una potencia equivalente a 20 kilotones, es decir, a veinte veces la explosión de mil toneladas de TNT. Los efectos mortales de esta bomba podían proceder de tres causas distintas: la acción mecánica de la onda expansiva, la temperatura desencadenada y la radiactividad.

El calor generado por la energía liberada se elevó a temperaturas capaces de fundir la arcilla, alcanzando decenas de miles de grados. Este colosal desprendimiento provocó una columna de aire huracanado y a continuación, para llenar el descomunal vacío, se produjo otra onda en sentido contrario cuya velocidad superó los 1.500 kilómetros por hora. El terrible soplo produjo presiones de hasta 10 toneladas por metro cuadrado.

El detalle de estos efectos sobre la ciudad llega a lo indescriptible: trenes que vuelcan como golpeados por un gigante, tranvías que vuelan con una carga de cadáveres hechos pavesas, automóviles que se derriten, edificios que se desintegran y se convierten en polvo incandescente, manzanas de viviendas que desaparecen por un ciclón de fuego.

Toda una zona de 2 km de radio se transformó en un crisol, que la dejó arrasada como si un fuego infernal y un viento cósmico se hubieran asociado apocalípticamente. Y en kilómetros a la redonda, incendios y más incendios atizados dramáticamente por un vendaval de muerte. Por los restos de lo que fueron calles, empezaron a verse supervivientes desollados, con la piel a tiras, unos desnudos, otros con la ropa hecha jirones. Los que murieron en el acto, sorprendidos en el punto de la explosión, se volatilizaron sin dejar rastro. Tan sólo alguno, situado junto a un muro que resistió la onda expansiva, dejó una huella en la pared, una silueta difuminada de apariencia humana, como una sombra fantasmagórica, que fue en lo que vino a quedar el inmolado. Otros se vieron lanzados, arrastrados por un rebufo arrollador, y se encontraron volando por el aire, como peleles de una falla sacudida por un vendaval. Alguno fue a parar milagrosamente a la copa de un árbol, a muchos metros de distancia de su lugar de arranque.

En los alrededores del punto cero, todo quedó carbonizado. A 800 metros, ardían las ropas. A dos kilómetros, ardían también los árboles, los matorrales, los postes del tendido eléctrico, cualquier objeto combustible. Tal era la fuerza del contagio ígneo.

El sol de la muerte

Pero quedaba el tercer y más traicionero efecto: el «sol de la muerte», como llamaron los japoneses al efecto radiactivo que provocó la acción de los rayos gamma, delta y alfa. Las personas, según su cercanía al punto de caída de la bomba atómica, aparecían llagados, llenos de terribles ampollas. Todos los supervivientes, en un radio de 1 km a partir del epicentro, murieron posteriormente de resultas de las radiaciones. Los muertos por estos insidiosos efectos lo fueron a millares y se fueron escalonando a lo largo del tiempo, según el grado de su contaminación. Veinte años después de la explosión, seguían muriendo personas a consecuencia de los efectos radiactivos.

Junto a los millares de muertos instantáneamente y de los que con posterioridad fallecieron de resultas de las quemaduras o de la radiación, se registraron hechos singulares. Por ejem-

Arch. Pentagono, Washington-Snark

Arriba, capitulación del Japón. Hora: 9 de la mañana. Día: 2 de septiembre de 1945. Lugar: cubierta del acorazado Missouri, fondeado en la bahía de Tokio. Tres años y ocho meses después del ataque a Pearl Harbour, la nación que había jurado luchar hasta la muerte se rendía sin condiciones ante la amenaza de ser borrada de la faz de la Tierra. Era el fin de la guerra



IPS

Abajo, la delegación japonesa encargada de firmar la capitulación a bordo del Missouri, en primer término, Mamoru Shigemitsu, ministro de Asuntos Exteriores, y el general Yoshijiro Umezu. El día 15 de agosto, Hirohito, emperador del Japón, ya había anunciado a través de la radio el fin de la guerra. Muchos oficiales se hicieron el harakiri al conocer la noticia de la rendición.

plo, algunos habitantes se salvaron por haberles sorprendido los efectos de la explosión con vestimenta clara; en cambio, los que vestían de oscuro murieron rápidamente, por la capacidad del color negro de absorber el calor. Esta misma capacidad de absorción de las ondas calóricas por los cuerpos opacos ocasionó otro sorprendente fenómeno: la fotografía atómica. Hombres desintegrados, así como objetos diversos, dejaron su sombra grabada sobre los muros de las paredes en cuya cercanía se encontraban en el momento de la explosión, como hemos mencionado antes. La onda calórica siguió exactamente los contornos de una silueta y la grabó, para siempre, sobre la piedra.

El holocausto

Y cuando los supervivientes se recuperaron del horror y los servicios de socorro empezaron a prodigar sus cuidados a los heridos y a los quemados, se produjo la caída de una lluvia viscosa, menuda y pertinaz, que hizo a todos volver los ojos al cielo: el aire devolvía a la tierra, hecho toneladas de polvo y ceniza, todo lo que había ardido en aquel horno —personas y cosas— y que las corrientes ascensionales habían succionado hasta las nubes.

Al día siguiente del bombardeo, un testigo presencial que recorrió la ciudad explicó el espeluznante panorama de desolación que constituía la visión de una población arrasada, sembrada de restos humanos que estaban en espantosa fase de descomposición, entre un olor nauseabundo a carne quemada. Una zona de 12 kilómetros cuadrados, en los que la densidad de población era de 13.500 habitantes por kilómetro cuadrado, había sido devastada. La llegada de un grupo de científicos confirmó que el explosivo lanzado era una bomba de uranio. La energía atómica había entrado en la historia por la puerta del holocausto.

Según los datos más fiables, el número de víctimas sacrificadas en Hiroshima fue de 130.000, de las que 80.000 murieron. Unos 48.000 edificios fueron destruidos completamente y 176.000 personas quedaron sin hogar.

El proceso de Nuremberg
Vencedores y vencidos

Eduardo Haro Tecglen,
director de *Tiempo de historia*

Entre el 20 de noviembre de 1945 y el 1 de octubre de 1946 se celebró en el Palacio de Justicia de la ciudad de Nuremberg un proceso en el que, por primera vez en la historia, un tribunal de vencedores juzgaba a los vencidos como culpables de crímenes contra la paz, de crímenes de guerra y de crímenes contra la humanidad. La barbarie nazi había asolado Europa y asesinado millones de personas: tampoco tenía precedente en la historia. Desgraciadamente, ni todos los crímenes de la Segunda Guerra Mundial fueron juzgados y condenados, ni la jurisprudencia de Nuremberg iba a evitar otros horrores que sucederían después.

El proceso de Nuremberg no fue sólo un ajuste de cuentas con los más destacados jerarcas del Tercer Reich, fue también el primer intento en la historia de juzgar a los máximos responsables de una guerra de agresión por los crímenes cometidos en ella, en base a criterios de justicia objetiva, legitimada por normas internacionales y fundada en principios universalmente aceptados. En la fotografía, un aspecto de la sala 600 del Palacio de Justicia de Nuremberg durante la celebración del juicio.



Ullstein



Snark International





En esta página, arriba, soldados soviéticos presentan en la Plaza Roja de Moscú las banderas arrebatadas al enemigo tras la caída de Berlín (24 V 1945)

En ambas páginas, arriba, la delegación alemana se dispone a rubricar el acta de capitulación en el cuartel general del Ejército Rojo en Berlín.

En la gran sala del Palacio de Justicia de Nuremberg se encendieron de pronto, al unísono, decenas de focos. Una voz pronunció en inglés —con acento americano— las palabras rituales: «Attention! The Court!» Casi simultáneamente, estas palabras se repitieron en francés, ruso y alemán. Era el 20 de noviembre de 1945; iba a comenzar el proceso contra los que poco tiempo antes habían sido los grandes protagonistas del nazismo. El proceso más largo, más preparado y más farragoso celebrado hasta entonces. (Al año siguiente le superaría el proceso de Tokio.)

Los acusados presentes —veintiuno— se sentaban en dos largos banquillos de madera, custodiados por ocho soldados de la policía militar con cascos blancos situados a su espalda. Frente a los acusados, en el otro lado de la sala —en el sentido longitudinal—, estaban sus jueces, que ocupaban una mesa elevada; tras ellos había unas ventanas por las cuales se veían las banderas de Estados Unidos, Gran Bretaña, la Unión Soviética y Francia. Delante de los acusados, sus abogados: veintisiete. Y delante de la mesa del Tribunal, pero en un plano menos elevado, los taquígrafos, que se iban relevando, aunque todas las palabras pronunciadas en la sala quedaron, también, grabadas.

Justicia pública

Si alguien sostuvo alguna vez que la justicia democrática exigía ser pública, sin duda predijo el proceso de Nuremberg. Doscientos cincuenta periodistas —aunque sólo cinco de ellos alemanes— representaban la opinión del mundo entero. Entre ellos figuraban algunas primeras firmas mundiales: John Dos Passos, Ilya Ehremburg, Erika Mann y Erich Kästner. De sus relatos y de sus testimonios podemos obtener, ahora, algunos de los rasgos de este proceso. Habían llegado de todas partes a través de una Europa devastada, enlutada. Acudían a Nuremberg con la idea de que iban a encontrar allí a los culpables de la gran catástrofe. Los periodistas estaban sentados a la derecha de los acusados. Algunos portaban grandes cuadernos: eran los dibujantes. A los fotógrafos sólo se les permitía actuar tras unos ventanales. Gruesos cristales insonorizaban también las cabinas de los locutores de radio y las que ocupaban los intérpretes simultáneos, cuyas traducciones podían escucharse mediante los auriculares que había ante cada puesto (un selector permitía elegir el idioma). En la sala había, además, la mesa de los fiscales y una mesa central, vacía, que utilizaban por turno fiscales o defensores.

Un millón de culpables

La decisión de aprehender, juzgar y castigar a los que por primera vez en la historia se llamarían «criminales de guerra» la habían tomado los aliados desde, por lo menos, dos años antes. Se había formado una Comisión de Crímenes de Guerra que escuchó denuncias, leyó periódicos y documentos e investigó testimonios. Al final había en su lista un millón de alemanes considerados, en mayor o menor grado, culpables de crímenes de guerra. El objetivo era la «desnazificación». Stalin sólo consideraba importante la culpabilidad







de unos cincuenta mil, y proponía, pura y simplemente, su exterminio. Hizo la propuesta en un brindis durante la conferencia de Teherán, en noviembre de 1943:

—«Bebamos por una justicia tan expeditiva como nos sea posible para los criminales de guerra, y por nuestra resolución de liquidarlos en cuanto los hayamos capturado. A todos, sin excepción. Habrá unos cincuenta mil.»

Churchill respondió:

—«Preferiría que me llevaran ahora mismo al jardín y me mataran antes que mancillar mi honor y el de mi país con semejante abominación.»

Y Roosevelt dijo bromeando para disipar la tensión:

—«En lugar de fusilar a cincuenta mil hombres podríamos ponernos de acuerdo y dejar la cifra, digamos, en cuarenta y nueve mil quinientos...»

El testimonio procede de fuentes declaradamente antisoviéticas, y fue escrito en tiempos de la «guerra fría»; por lo tanto, no es posible garantizar su veracidad. Pero sí es cierto que hubo bastantes diferencias entre aliados en el tema del castigo y de cómo aplicarlo. Parece también que Stalin, que de los tres interlocutores era el único cuyo país había sido ocupado en parte y terriblemente castigado por los nazis (el único país que haya tenido hasta ahora veinte millones de muertos en una sola guerra), era el más duro de todos.

El plan Morgenthau

En todas las situaciones de la guerra y, sobre todo, del final de la guerra, Churchill intentó siempre conservar lo más posible de Alemania y de su máquina de guerra, como posible reserva para un enfrentamiento con la URSS Roosevelt, por su parte, era muy sensible a la opinión judía, que reclamaba venganza para sus seis millones de asesinados en los campos de concentración: su asesor Henry Morgenthau le propuso que Alemania quedara reducida a un Estado agrícola y pastoril, en el que estaría prohibida toda actividad industrial. Lo que se hizo público en Teherán fue esta decisión: «Los criminales de guerra cuyos crímenes hayan sido cometidos en un lugar determinado se entregarán al Estado interesado, que les juzgará según su propia legislación. Los crímenes que no se puedan situar geográficamente, porque conciernan a varios países, serán castigados según una decisión común de los aliados.» Difícil decisión común. En la conferencia de Yalta —febrero de 1945— tampoco se estableció, y fue confiada a unas reuniones de los ministros de Asuntos Exteriores.

Consejos de guerra sumarísimos

La idea de crear un tribunal internacional de crímenes de guerra se debió a Estados Unidos y, durante mucho tiempo, fue exclusiva de ellos. La Unión Soviética era partidaria de procedimientos más expeditivos, más rápidos. En todas las guerras, decían sus representantes, los responsables de matanzas, pillajes, fusilamientos injustos y malos tratos a los prisioneros han sido juzgados en consejos sumarísimos de urgencia y fusilados inmediatamente después. Este procedimiento se había aplicado ya en los territorios soviéticos reconquistados: si un prisionero alemán era denunciado por violador, por asesino o por torturador, se forma-

En ambas páginas, abajo, el pueblo de París celebra el día de la victoria en los Campos Elíseos (8 V 1945). La guerra en Europa había llegado a su fin

En esta página, arriba los signatarios de los acuerdos cuatripartitos que fijaron la división de Alemania. Montgomery, Eisenhower, Zukov y Lattre de Tassigny

Doctrina del «crimen de guerra»

El acuerdo firmado por Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética para la persecución y castigo de los principales criminales de guerra llevaba aneja una carta, cuyo artículo 6 definía esos delitos de la siguiente manera:

«A) Crímenes contra la paz: planeamiento, preparación, iniciación o sostenimiento de una guerra de agresión, o de una guerra en violación de tratados, acuerdos o garantías internacionales, o participación en un plan común, o conspiración para realizar lo definido anteriormente. B) Crímenes de guerra: violación de leyes o costumbres de la guerra. Tales violaciones incluyen (pero no se limitan a ello) asesinato, malos tratos o deportación, o trabajo esclavista o con cualquier otro propósito de la población civil en los territorios ocupados, asesinato o malos tratos a los prisioneros de guerra o a personas en el mar; matar rehenes; pillaje o destrucción de propiedades públicas o privadas; destrucción deliberada de ciudades, villas o pueblos, o devastaciones no justificadas por necesidades militares. C) Crímenes contra la humanidad asesinato, exterminio, esclavitud, deportación y otros actos inhumanos cometidos contra una población civil, antes o después de la guerra; o persecuciones por razones políticas, religiosas o raciales en la ejecución, o con conexión con algunos de los crímenes dentro de la jurisdicción del Tribunal, violen o no las leyes internas del país en que hayan sido perpetrados.»







En esta página, arriba, Robert Ley, responsable del Frente del Trabajo del Tercer Reich. Ley dirigió la deportación de los obreros de los países ocupados a Alemania. Apresado en Baviera por una sección de la 101 División aerotransportada americana, se ahorcó en su celda el 26 de octubre de 1945, unos días antes de la apertura oficial del proceso de Nuremberg.

En ambas páginas, arriba, el cadáver del Reichführer SS Heinrich Himmler. Capturado por los británicos el 21 de mayo de 1945 en la región de Flensburg, donde se ocultaba con documentos falsos, se suicidó ingiriendo una cápsula de cianuro antes de someterse al juicio de los vencedores.

En ambas páginas, abajo, Joachim von Ribbentrop, ex-ministro de Asuntos Exteriores del Reich, dialogando con uno de sus abogados en el locutorio de la prisión. El tribunal le acusó de crímenes de guerra y de crímenes contra la humanidad, debido a sus actividades en relación con los países ocupados y satélites del Eje y al papel que tuvo en la llamada «solución final» del caso judío.

En la página siguiente arriba, una celda de la cárcel de Nuremberg.



Fairpoint



Ullstein



Ullstein

ba un tribunal de urgencia, se escuchaba brevemente a los testigos y posibles defensores, hablaba el acusado y, en caso de que se le considerara culpable, se le condenaba a muerte y la sentencia se cumplía. No era distinto en otros países. En Francia se da como válida la cifra de cuatro mil ejecuciones sumarias realizadas por los movimientos de liberación en el momento de terminar la guerra. En ellas cayeron alemanes, pero, sobre todo, franceses que habían colaborado con el ocupante en actos de represión y tortura o en ejecuciones. En Italia, los partisanos habían matado y colgado por los pies a Mussolini y a Clara Petacci, y habían ejecutado también a otros jerarcas fascistas. Situaciones similares se produjeron en numerosos países de Europa al finalizar la guerra.

Los escrúpulos de Gran Bretaña

En Gran Bretaña había una fuerte oposición a que se celebrase un proceso. País eminentemente jurídico, no entendía cómo se podía procesar a un enemigo que había perdido la guerra; además, aún prevalecía, incluso después de que Churchill dejara de ser primer ministro, la esperanza de convertir a Alemania en un país aliado. La propuesta británica era más bien excéntrica: consistía en que los principales culpables fueran trasladados a una isla o a un lugar aislado y desértico, y deportados allí para el resto de su vida. Francia pretendía celebrar sus propios juicios —luego lo hizo y dictó numerosas sentencias de muerte, muchas de las cuales fueron cumplidas— y dejar que cada país se las arreglara como pudiera.

Sentar jurisprudencia

Pero se impuso la opinión de Estados Unidos. Se trataba de que un gran juicio, con toda la difusión y garantías jurídicas posibles (dentro de lo que podía ofrecer una relación entre vencedores absolutos y vencidos absolutos), enseñara al mundo que la guerra tenía sus propias reglas, su «código de caballeros», y que sus transgresores deberían ser castigados severamente para que nadie cayera, después, en la tentación de imitarles: había que sentar jurisprudencia. Robert Houghwout Jackson, juez del Supremo de Estados Unidos, fue designado para organizar el proceso y para vencer las últimas renuencias de los aliados. Lo consiguió. Uno de sus argumentos más convincentes fue éste: «No vamos a juzgarles por haber perdido la guerra, sino por haberla iniciado.» Fue también decisivo que Estados Unidos —que organizaron el proceso— pidieran que la garantía de imparcialidad estuviese dada por la presidencia de un magistrado británico, un *Lord Justice,* como homenaje a la rectitud del país del «habeas corpus».

«Fiat justitia». La acusación contra los criminales de guerra alemanes (un total de 24 000 palabras) pedía la pena de muerte para la totalidad de los encartados. Los cuatro cargos principales que se les imputaban eran: 1, participación en la conspiración general (crímenes contra la paz, de guerra y contra la humanidad) 2, responsabilidad de haber conducido a Alemania a una guerra de agresión y a violar los compromisos contraídos en sus tratados; 3, ejecución directa o indirecta de crímenes 4, responsabilidad por ejecución de crímenes de lesa humanidad

El proceso en cifras

El proceso de Nuremberg duró 218 días. Los sumarios comprendieron cuatro millones de palabras, escritas en 16 000 páginas. Los fiscales presentaron 2 630 pruebas, los defensores 2 700. Comparecieron 240 testigos y se comprobaron 300 000 declaraciones juradas. Los acusados contaban con 27 abogados defensores, 54 ayudantes legales y 67 secretarias. Cinco millones de hojas, con un peso total de veinte toneladas, fueron precisas para copiar a máquina en los idiomas del proceso los documentos necesarios. En los laboratorios fotográficos del Palacio de Justicia de Nuremberg se revelaron 780.000 fotografías y 13 000 carretes. Las palabras pronunciadas en el proceso se grabaron en 27 000 metros de cinta magnetofónica y 7 000 discos. Los teletipos transmitieron catorce millones de palabras. En las 550 oficinas anejas se consumieron 22.000 lápices.

(FUENTE: J. J. Heydecker y J. Leeb, El Proceso de Nuremberg, *Editorial Bruguera, Barcelona, 1978.)*

Criminales de guerra en un hotel de lujo

Fueron también los americanos los que se encargaron de la guardia y custodia de los más destacados «criminales de guerra» capturados. El centro donde estaban detenidos se mantenía en secreto: se citaba como «un lugar en Europa». Después se supo que era el Gran Hotel de Bad Mondorf, en Luxemburgo. Había sido un establecimiento lujoso y aún seguía siendo cómodo. Los prisioneros estaban alojados en habitaciones dobles, paseaban por los jardines, un cocinero vienés les preparaba las comidas, charlaban entre sí y escribían las notas para su defensa. El encargado de su vigilancia era un coronel americano, Burton C. Andrus





É. Nueva

La sentencia

Herman Goering: *condenado a muerte. Se suicidó en la cárcel pocas horas antes de la ejecución.*
Joachim von Ribbentrop: *condenado a muerte.*
Wilhelm Keitel: *condenado a muerte*
Alfred Rosenberg: *condenado a muerte*
Alfred Jodl: *condenado a muerte.*
Wilhelm Frick: *condenado a muerte*
Arthur Seyss-Inquart: *condenado a muerte*
Ernst Kaltenbrünner: *condenado a muerte.*
Hans Frank: *condenado a muerte.*
Fritz Sauckel: *condenado a muerte*
Julius Streicher: *condenado a muerte.*
Martin Bormann: *juzgado en rebeldía y condenado a muerte. No se conocía su paradero al final de la guerra*
Rudolf Hess: *cadena perpetua*
Walter Funk: *cadena perpetua. Fue liberado en 1957*
Erich Raeder: *cadena perpetua. Fue liberado en 1955.*
Baldur von Schirach: *20 años. Fue puesto en libertad en 1966*
Albert Speer: *20 años. Fue puesto en libertad en 1966.*
Konstantin von Neurath: *15 anos. Fue puesto en libertad en 1954*
Karl Doenitz: *10 años. Fue puesto en libertad en 1956.*
Hjalmar Schacht: *absuelto.*
Franz von Papen: *absuelto.*
Hans Fritzsche: *absuelto*
Robert Ley: *se ahorcó en la cárcel el 25 de octubre de 1945, antes de iniciarse el proceso.*
Alfred Krupp: *su caso fue desglosado del proceso general. Condenado en 1948, fue amnistiado tres años despues.*

especialista en cuestiones de seguridad y policía. Era un hombre glacial, y esa frialdad le obligaba a matizar de distante corrección el odio que sentía por los prisioneros. Goering le llamaba «capitán de bomberos» y Schacht le consideraba «sumamente desagradable». En el mismo hotel estaban las oficinas donde se instruía el proceso: interrogatorios que a los acusados les parecían interminables, pero que siempre fueron correctos.

Los comentarios de los encausados —recogidos por el psiquiatra norteamericano G. M. Gilbert, que estuvo de servicio permanente en Nuremberg— eran siempre una proclamación de inocencia: Schacht decía que no comprendía de qué se le acusaba; Frank espera-



Fototeca Storica Nationale



Ullstein

Wilhelm Keitel cuando era jefe del Oberkommando de la Wehrmacht y durante el proceso. Empleó prisioneros de guerra rusos en la industria bélica alemana

Popperfoto



Süddeutscher Verlag

La salud de Rudolf Hess, ex-secretario privado de Hitler, empeoró durante el proceso. Su estado de postración mental no le libró de la cadena perpetua.

Popperfoto



ba que el «juicio de Dios» cerraría «la terrible época de padecimientos sufridos con el reinado de Hitler»; Kaltembrunner afirmaba que no debía pagar él las culpas de Himmler; Von Papen sostenía que el verdadero culpable era «el paganismo y el régimen totalitario que poco a poco transformaron a Hitler en un embustero patológico»; para el almirante Doenitz todo el proceso era simplemente una muestra del «humor americano»; Hess repetía que no se acordaba de nada; Keitel, que un soldado se limita a cumplir órdenes y está exento de responsabilidad personal. El doctor Robert Ley, jefe del Frente de Trabajo, redactó un programa en el que proponía que Alemania se convirtiera en un estado de Estados Unidos, los cuales deberían adoptar un régimen copiado del nazi, pero sin el antisemitismo; incluso se proponía a sí mismo para dirigir todo el plan. Todos se burlaban de él, hasta que logró hacer una cuerda con tiras cortadas de su manta y se ahorcó. Su compañero de aventura nazi y de prisión, Goering, le puso este epitafio: «Era un pobre borracho. De todas formas habría terminado ahogado en alcohol.»

Nuremberg, sede del juicio

La primera reunión del tribunal internacional se celebró en Berlín, el 18 de octubre de 1945. Pero la ex-capital del Reich no ofrecía las condiciones necesarias para el juicio y se eligió como sede a Nuremberg; en parte porque su Palacio de Justicia estaba casi intacto, en parte porque la ciudad había sido cuna del nazismo y se consideraba simbólico y ejemplar que aquel siniestro movimiento muriese donde había nacido. Se ordenó el traslado de los presos a Nuremberg; lo organizó el coronel Andrus, que también tomó las medidas necesarias para la seguridad y el control de las personas que iban a asistir. En la misma prisión se leyó a los acusados la requisitoria. Era prácticamente una historia del movimiento nazi y de Europa en la que se relataban prolijamente las atrocidades cometidas por el régimen de Hitler y se responsabilizaba de ellas a los acusados. Algunos de ellos se dieron cuenta por primera vez de lo que se les venía encima.



US Army

En la página anterior, arriba, el banquillo de los acusados. Faltan Rudolf Hess (ausente) y Martin Bormann (juzgado en rebeldía).

En ambas páginas y bajo estas líneas, dos escenas del juicio. Obsérvese el aspecto demacrado de Rudolf Hess y la actitud vigilante de Hermann Goering. De todos los encausados, este último fue el único que adoptó una postura agresiva e, incluso, arrogante; el resto prefirió escudarse en el silencio. Pocos se confesaron arrepentidos; uno de ellos, Hans Frank, conocido como el «verdugo de Polonia», agradeció antes de ser ahorcado las bondades que con él tuvieron durante el cautiverio y musitó una plegaria mientras le ataban los pies. La decisión del tribunal de no estimar a todos los procesados culpables del delito de conspiración para desencadenar la guerra fue interpretada como una derrota del ministerio fiscal, que había insistido en que todos los jefes del Reich, políticos, militares, financieros y del partido, estaban implicados. También sorprendieron las absoluciones de Schacht, Von Papen y Fritzsche, el adjunto de Goebbels.



Ullstein

Todo quedó dispuesto para el proceso, que comenzó el 20 de noviembre. Las primeras palabras las pronunció el procurador americano, el mismo Robert H. Jackson, que había convencido a los aliados de la necesidad del proceso. Su discurso comenzó así: «Debemos precisar que no tenemos intención de acusar en conjunto a todo el pueblo alemán.»

El banquillo de los acusados

El historiador y periodista William L. Shirer se quedó sorprendido de ver a aquellos orgullosos semidioses que había conocido en el esplendor de su poder convertidos en unos tristes personajes, «vestidos pobremente, hundidos en sus bancos, nerviosos, agitados; no se parecían en nada a los arrogantes jefes de otros tiempos. Era difícil imaginar que tales seres hubiesen detentado un poder monstruoso, conquistado una gran nación y la mayor parte de Europa». Todos los testigos coinciden en la descripción de los acusados. Allí estaba Hermann Goering, que había adelgazado cuarenta kilos; su uniforme era una simple chaqueta gris después de arrancados los distintivos de mariscal del Reich y las condecoraciones que siempre le constelaron. Rudolf Hess, que fue el número tres del régimen, mostraba un aspecto «como si la cabeza hubiera disminuido a la mitad de su tamaño normal» (Kästner), con síntomas de locura. El ex-ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, estaba «pálido, encorvado y abatido» (Shirer). Wilhelm Keitel, jefe del Oberkommando de la Wehrmacht, también con su uniforme sin distintivos, parecía un chófer o un guardabosques. Hans Frank, que había sido el verdugo de Polonia, no podía disimular su nerviosismo, y enseñaba sus dientes con una sonrisa mecánica. Alfred Rosenberg, el ideólogo del nazismo, se apretaba la corbata como si presintiera la horca. Julius Streicher, que había dirigido el exterminio de los judíos, tenía ahora un tic nervioso en la parte derecha de su cara, y sudaba. El administrador del partido, Wilhelm Frick, era el más enérgico, el más vivaz de todos. También estaban allí, Hjalmar Schacht, presidente del Reichsbank,

El Nuremberg japonés

El proceso contra los «criminales de guerra» japoneses comenzó en Tokio con una orden del general Douglas MacArthur, comandante supremo de las fuerzas aliadas en el Japón, publicada el 19 de enero de 1946. Casi duplicó en duración al de Nuremberg: 417 días. Fue esencialmente distinto en procedimiento y formación. El tribunal estaba constituido por miembros de once naciones (Australia, Canadá, China, Francia, Holanda, India, Filipinas, Nueva Zelanda, Unión Soviética, Gran Bretaña y Estados Unidos). Lo presidió el australiano sir William Webb. El fiscal era estadounidense.

Las diferencias entre los magistrados fueron muy acusadas. Tres de ellos, el francés, el filipino y el holandés, manifestaron sus reservas respecto al resultado del juicio.

Los idiomas utilizados en el proceso fueron solamente dos: el inglés y el japonés. El tribunal tuvo en cuenta como atenuante la obligación de los acusados de obedecer órdenes y sus posiciones oficiales en el momento de ser cometidos los delitos. En el acta de acusación figuraban los mismos cargos que en Nuremberg: crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. Hubo 25 acusados: 7 fueron condenados a morir en la horca, 16 a prisión perpetua y 2 a penas de prisión. El juicio terminó el 12 de noviembre de 1948; la lectura de las sentencias duró ocho días. El personaje más importante del juicio fue el general Tojo Hideki, ministro de la guerra y primer ministro del Japón durante el conflicto bélico, aunque fue depuesto como responsable de los últimos fracasos militares japoneses. En cumplimiento de la sentencia fue ahorcado el 22 de noviembre de 1948.



US Army



En esta página, Tojo, ex-primer ministro y ministro de la guerra de Japón, declara en el proceso de Tokio. Antes de ser arrestado, intentó el suicidio con objeto de no ser juzgado «por un tribunal de invasores». Condenado a muerte, fue ejecutado el 22 de noviembre de 1948.

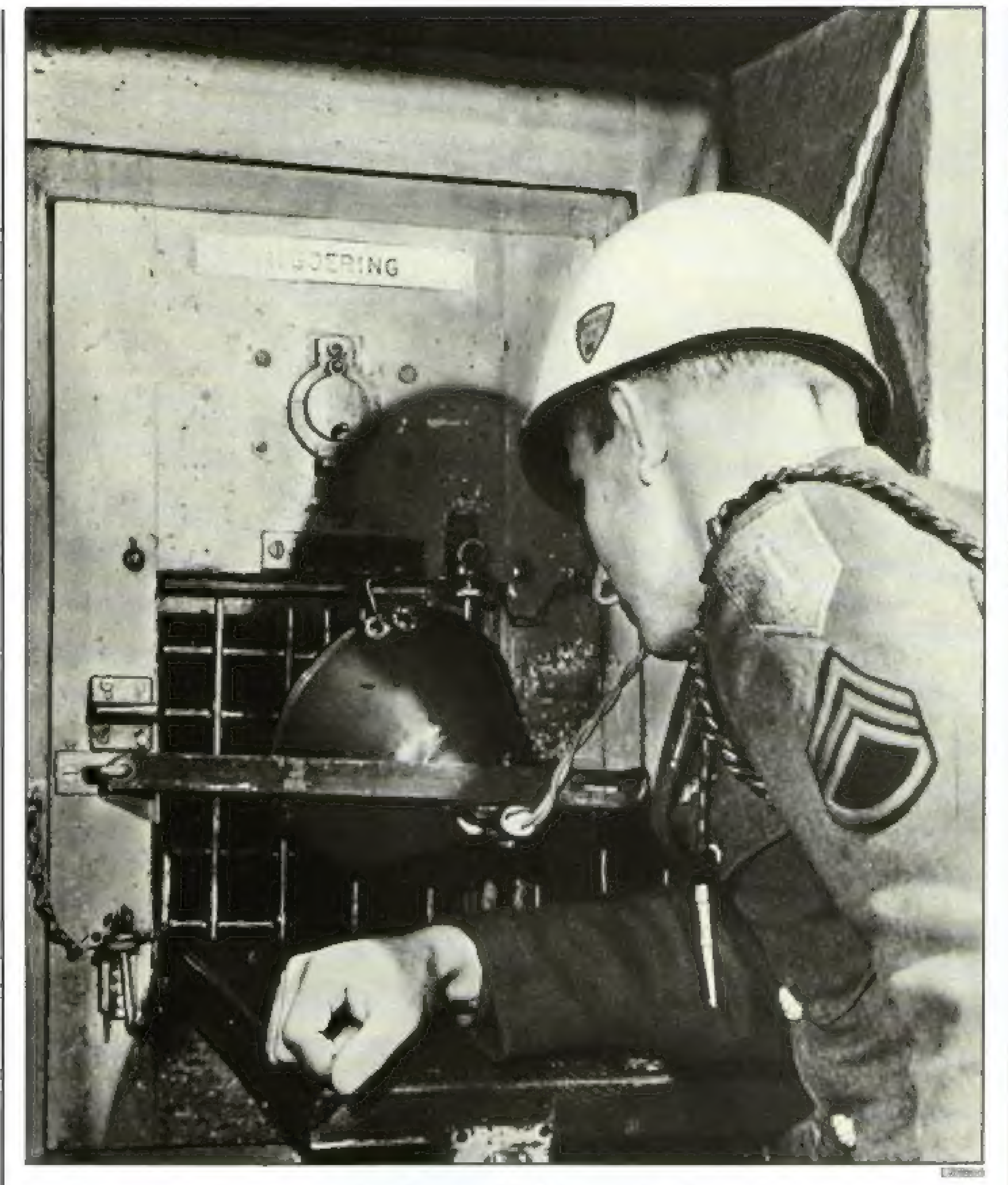
En la página siguiente, un miembro de la MP del ejército americano vigila la celda de Goering. A pesar del estrecho control al que estaban sometidos los prisioneros, Goering se suicidó pocas horas antes de la ejecución, ingiriendo una cápsula de cianuro. No se pudo determinar cómo logró ocultar el veneno y burlar la diaria y rigurosa revisión que se hacía de sus ropas y objetos personales. Un periodista y el ex-general Bach-Zelewski se atribuyeron luego el «mérito» de haberle proporcionado cianuro.

que había pasado los últimos meses en los campos de concentración de Hitler y que creía que eso podría salvarle, y Walter Funk, su sucesor («parece un molusco, con su odiosa cara de rana, pálida», decía Kästner). Fritz Sauckel, que había dirigido los campos de trabajo forzado, llevaba un bigotillo recortado y escaso en homenaje al de Hitler. El almirante Erich Raeder estaba sentado con su guerrera despojada de todo el oro. El almirante Karl Doenitz, que había formado el último gobierno alemán a la muerte de Hitler, vestía un traje barato de confección. Arthur Seyss-Inquart, comisario del Reich en Holanda y austríaco pasado a la Alemania nazi, esperaba también su suerte. Franz von Papen, aristócrata y diplomático, aparecía elegante y seguro de su destino clemente. El general Jodl procuraba hacerse invisible en su afán por pasar desapercibido. Hans Fritzsche, la voz del régimen en Radio Berlín, estaba convencido de que su propia insignificancia le salvaría. Konstantin von Neurath, ministro de Asuntos Exteriores de Hitler, era un hombre envejecido y abatido. Ernst Kaltenbrünner, jefe de la Gestapo, desviaba toda la culpabilidad hacia Himmler (que se había suicidado). Albert Speer, organizador de la industria bélica, era el único que no trataba de diluir su responsabilidad y contestaba con rectitud.

Los magistrados

Frente a ellos estaban sus jueces: el presidente del tribunal, sir Geoffrey Lawrence, acostumbrado a llevar la peluca blanca de su oficio, generalmente sonriente, y su adjunto, sir Norman Birkett. Los soviéticos eran dos militares: el teniente coronel Volchkov y el general Nikitschenko, los dos únicos miembros del tribunal que vestían de uniforme. Estados Unidos estaba representado por el juez Biddle —que a algún testigo le recordaba a Clark Gable— y su adjunto, el juez Parker. Los franceses eran el juez Donnedieu de Vabres —llamaba la atención su «bigote de foca»— y su adjunto, Robert Falco.

El juicio iba a durar 218 días. Tras la lectura del acta de acusación general,



que los encausados ya conocían, fueron turnándose los fiscales de los cuatro países vencedores. Desfilaron testigos, se proyectaron documentales, se exhibieron fotografías. Los interrogatorios de los fiscales y de los defensores fueron largos y también los contrainterrogatorios. A lo largo de casi un año pasó por delante del tribunal, del público y de los periodistas y sus cámaras la imagen de una Europa deshecha; se evocaron los fantasmas de los muertos de todas las nacionalidades.

La «obediencia debida»

Los argumentos de la defensa pretendían, en primer lugar, negar la competencia del tribunal y poner de manifiesto la dificultad de aplicar unas leyes con carácter retroactivo. Un tribunal sólo debe tener jurisdicción —decían los defensores— sobre sus propios súbditos, y no sobre los de un país al que se ha vencido por las armas. En segundo lugar, las acusaciones describían delitos que no lo eran en el momento de haberse cometido, porque no existían las leyes internacionales que habían sido creadas después, y que se produjeron cuando los países acusadores mantenían aún relaciones con el país en el que gobernaban los acusados (incluso pactos, como el de británicos y franceses firmado en Munich o el germano-soviético; además, Estados Unidos había mantenido relaciones con Alemania hasta muy entrada la guerra). En muchos casos esgrimían la eximente, o sólo atenuante, de la «obediencia debida». En cada caso trataban de disminuir la responsabilidad del acusado, ya fuera alegando que obedecían órdenes, o ignorancia de lo que estaba sucediendo en realidad.

Sentencia contra la guerra

Estos argumentos ya los conocían los jueces, y en un principio habían entorpecido el acuerdo sobre la necesidad de este tribunal y su verdadera legalidad. Pero ahora el tribunal estaba totalmente imbuido de su significado histórico: quería sentar jurisprudencia y condenar no sólo a los jefes nazis, sino a la guerra misma y a sus horrores. Se pretendía entonces que las sentencias

Desnazificación

Los acuerdos entre los aliados determinaban que, tras el gran juicio de Nuremberg contra los principales autores de «crímenes de guerra», se celebrasen otros menores hasta completar el castigo de los culpables. Sin embargo, tras el juicio de Nuremberg, se acordó que cada potencia vencedora organizase y celebrase los procesos que le parecieran oportunos en su zona de ocupación. Nuremberg estaba en la zona americana, y en su Palacio de Justicia tuvieron lugar otros 12 procesos denominados «Procedimientos Subsecuentes», que también estuvieron bajo la autoridad de un tribunal internacional. Cada uno de estos procesos estuvo dedicado a enjuiciar acusados pertenecientes a un determinado sector profesional (altos funcionarios ministeriales, magistrados, médicos, militares, etc.). La República Federal de Alemania organizó los Tribunales de desnazificación, que juzgaron casos menores. Esos delitos debían prescribir en 1965, pero se prorrogó el período. Numerosos nazis, sin embargo, escaparon a la «desnazificación». Muchos se fueron al exilio (España, países neutrales de Latinoamérica) y otros fueron depurados con leves penas.

Cada país juzgó a sus criminales de guerra. En Francia hubo dos procesos famosos: el del mariscal Pétain y el de Pierre Laval, acusados de colaborar con el enemigo. Pétain fue condenado a muerte, pero, por su edad —90 años— y su brillante hoja de servicios en la Primera Guerra Mundial, su sentencia fue conmutada por la de prisión perpetua y murió deportado. Laval fue condenado a muerte en un juicio de muy poca limpieza jurídica, sin verdaderas garantías para su defensa. Intentó suicidarse, pero fue salvado a tiempo y, medio inconsciente, fusilado. Noruega condenó a muerte y ejecutó a Vidkun Quisling, el colaboracionista cuyo patronímico se convirtió en sinónimo de traidor (un «quisling», un «gobierno quisliñg»).

La última ejecución fue la de Adolf Eichman, responsable de las deportaciones y de los campos de concentración nazis en Europa Oriental. Refugiado con nombre falso en Argentina, en 1960 fue raptado por un comando israelí, trasladado a Israel, juzgado (1961) y ahorcado (1962). Sus cenizas fueron esparcidas por sus ejecutores en el Mediterráneo el 31 de mayo de 1966.



Soldados de la Policía Militar de Estados Unidos montan guardia delante de la prisión de Berlín-Spandau, donde fueron encarcelados los siete encausados en el proceso de Nuremberg condenados a penas de privación de libertad. A cada uno de ellos se le asignó una celda de 3×4 m, sin calefacción. No podían hablar entre sí, debían saludar a la guardia que entraba en la celda (pero sin dirigirle la palabra) y no se les permitía tumbarse en la cama más que en las horas de descanso reglamentario (de las 22 a las 6 de la mañana). Tres veces por semana les afeitaba un barbero, y cada lunes podían tomar una ducha. Estas duras condiciones fueron sucesivamente suavizadas. Rudolf Hess es el único encausado que todavía permanece tras los muros de este edificio del siglo XVIII. Veintiocho soldados se encargan de la custodia de este último superviviente del juicio más célebre de la historia.

Ullstein

de Nuremberg fueran una norma de conducta para la humanidad: todo aquel que cometiera atrocidades en una guerra, o que la provocara sin las razones propias de la «guerra justa», podría ser castigado de la misma manera. En realidad, el proceso, las actas de acusación y las sentencias de Nuremberg formaban parte de una doctrina que se había ido perfilando en los días de la guerra y que había cuajado en la Carta de las Naciones Unidas: la imagen de un mundo más civilizado, la esperanza de que la victoria no sólo fuera el triunfo de unos países sobre otros, sino el primer paso para una nueva humanidad. Hay que advertir que, si bien muchos estaban conformes con el necesario castigo de los autores de una horrible barbarie, otros temían que el mismo hecho de que los vencedores juzgasen a los vencidos contradecía esa misma imagen de una humanidad nueva y generosa; para estos últimos, el proceso carecía de base jurídica. Así mismo, pudo pensarse que algunos de los crímenes de guerra juzgados también fueron cometidos por los vencedores: los bombardeos aéreos de Dresde y de Hamburgo, las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, los asesinatos de las fosas de Katyn...

¿Un ejemplo inútil?

Un pensamiento que entonces no dejaba de preocupar a algunos intelectuales era el de la inutilidad de las sentencias de Nuremberg; el escepticismo acerca de su ejemplaridad para el futuro. Habría más guerras, habría más atrocidades y más crímenes, y quizá no habría nadie para juzgarlos. Algunos de estos intelectuales sostendrían, años más tarde, esta misma convicción lúcida y pesimista, y constituirían tribunales internacionales para juzgar lo que consideraban nuevos crímenes de guerra, como los cometidos por Estados Unidos en Vietnam. Personalidades de la talla de Bertrand Russell o Jean-Paul Sartre promovieron estos tribunales, cuya sentencia, sin ninguna capacidad condenatoria real, tenía sólo un valor moral. No puede decirse que fueran enteramente inútiles y, por tanto, que la jurisprudencia sentada por el tribunal de Nuremberg hubiese sido estéril. La formación de una conciencia moral, incluso dentro del mismo país acusado, Estados Unidos, contribuyó a generar un movimiento de oposición a la guerra. Aquel conflicto terminó, pero las atrocidades, los genocidios o los crímenes contra la humanidad siguen presentes en las páginas de los periódicos.

La madrugada de las horcas

El proceso de Nuremberg terminó en el mes de octubre de 1946. Schacht y Von Papen acertaron al creerse a salvo de la sentencia: fueron absueltos; posteriormente pasaron por los tribunales alemanes de desnazificación, que les condenaron con severidad, pero las penas apenas se cumplieron. Hess, Raeder y Funk fueron condenados a prisión perpetua; Speer y Schirach a veinte años; Neurath a quince; Doenitz, a diez. Algunos cumplieron, otros murieron en prisión. El único que queda aún encarcelado en la prisión de Spandau —el último preso de aquel juicio— es Rudolf Hess. Todos los demás acusados fueron condenados a muerte. Goering no llegó a la horca; no se sabe cómo fue introducida en su celda una cápsula de cianuro, y se suicidó dos horas antes de la fijada para su ejecución. A la una y cuarto de la madrugada del 15 al 16 de octubre de 1946, Von Ribbentrop fue ahorcado en la prisión de Nuremberg. Con breves intervalos, y por este orden, le siguieron Keitel, Kaltenbrünner, Rosenberg, Frank, Frick, Streicher, Seyss-Inquart, Sauckel y Jodl.

La sentencia de Nuremberg había sido cumplida, pero la humanidad no se había salvado de los verdugos.